

F. E. MOSCOSO PUELLO

# CAÑAS Y BUEYES

(NOVELA)



Editorial LA NACION  
Santo Domingo, R. D.



CAÑAS Y BUEYES







32381  
D9



---

Propiedad del Autor. Esta obra será registrada inmediatamente después de su publicación.

---

NOV. 26 1973



BN  
R0863.42  
M896ca  
e.1

# CAÑAS Y BUEYES

---

## I

Al Norte de la Provincia de Macoris, un poco más arriba de sus límites políticos, cruzaba un camino, cuyo nombre no es del caso recordar y por donde sin duda, anduvo hace siglos, lleno de las mejores esperanzas, fundando ciudades, Don Juan de Esquivel. Era una antiquísima trocha que se mantenía abierta porque los vecinos la repicaban por temporadas. Sobre el suelo de esta trocha se marcaban varios trillos caprichosos bordados de grama. Comprendido este camino entre dos ríos, unía dos de sus numerosos pasos, y cruzaba por un bajo cubierto por un monte centenario.

Se alcanzaba a ver desde muy lejos como una muralla, como una cortina que cerraba el horizonte, entre el cielo azul y la sabana amarillenta. De un verde oscuro, negruzco en las horas de poca luz, hacia el crepúsculo; se tornaba en

Reg. No. 000565



verde brillante, al medio día. Su aspecto variaba con la luz. Una línea distinta, pero sinuosa, lo destacaba sobre el cielo. Sobre esa línea sobresalían las copas de las ceibas.

Abarcaba y protegía este monte varias secciones rurales que se unían por trillos que bordeaban sus orillas, junto a las cuales, como recostadas sobre sus macisos de verdura, se levantaban, a la distancia que recorre un grito, numerosos fundos. !

Cuando el viajero lo alcanzaba a ver respiraba. Ya se prótejería del sol, encontraría agua fresca en algunos de sus hoyos, o en sus manantiales, que brotaban debajo de una roca pulida o al pié de un tronco. Ya podría desmontarse y hacer su parada allí, para descansar o para comer, abrir la alforja o para que el caballo se refrescara. Cuando se divisaba, ya se había recorrido la mitad de la distancia entre dos comunas importantes, y se llegaba a él con alegría. Cuando se dejaba a la espalda, a poco se podían escuchar las campanas de la iglesia del otro pueblo vecino.

Era este un monte denso, tupido, poblado de numerosos palos de calidad. Lo constituían una variedad de troncos de diferentes dimensiones, rectos, inclinados, con curvas variadas, de corteza lisa o rugosa, blanda o dura, agrupados caprichosamente. Se levantaban como columnas. Se cubrían los unos a los otros de modo que no se podían ver todos al mismo tiempo. A diferentes alturas, se desprendían de estos troncos una innumerable



cantidad de ramas vigorosas, que se entrelazaban desordenadamente para sostener el follaje, a través de cuyos espacios se colaba la luz del sol o las gotas de la lluvia.

Cerca ya, se podían distinguir sus árboles. Casi todos palos de calidad. Cayas, ciguas, quiebrahacha, cabilma, capá. Podían distinguirse una gran variedad de colores y tintes sobre el verde del fondo. Verde pálido de retoños, casi blanco, verde negruzco, verde amarillento y, aquí y allí las hojas plateadas de los yagrumos, las hojas rojizas de los caimitos, las hojas grises de las caobas, y los diferentes matices de las yayas, de las ceibas, de los espinillos.

Dentro de este monte se escuchaba el canto de una infinidad de pájaros, desde el colibrí hasta la paloma silvestre, y las cotorras y los pericos que llegaban de las lomas próximas. Todo el día rasgando el aire, revoloteando entre el follaje, persiguiendo a los insectos que vivían allí dentro.

Al entrar a este monte, las pisadas de las bestias no se sentían a causa de la cantidad de hojas secas y de hojas podridas que cubrían la tierra como una alfombra. La temperatura se mostraba agradable en su interior, y el canto de los pájaros y el ruido de los insectos, producía la impresión de que se entonaba bajo esa bóveda de hojas un himno extraño.

El aspecto de este monte era imponente. Con frecuencia se sentían en él cruzar cerdos salvajes

y se veían, aquí y allí, los dormideros de éstos al pié de los troncos. La tierra aparecía limpia en estos dormideros, pulida, y excavada. Cuando soplabla la brisa se producía en este monte un ruido agradable de mar embravecido. Varias horas se empleaban en cruzarlo. Las monturas debían ir al paso, porque no había caminos y el jinete tenía que ser dirigido por un verdadero práctico. Se caminaba observando los árboles, observando los caminitos de los cerdos o los rastros de las reses que conducían a las salidas, a las aguadas, a los sitios en que goteaban las frutas, o las hojas que les servían de alimentos. Daba trabajo cruzarlo por las muchas ramas que podían herirnos o producirnos golpes. Era necesario doblarse sobre las monturas muchas veces para evitar esto.

Sitios había en el corazón de este monte en que era necesario dejar las bestias y continuar a pié. Una enorme bejuquera como jarcias de un buque, ascendían hasta la copa de los árboles y allí se entretejían formando una red tan fuerte como extensa. Eran bejucos caros, bejucos de barracos, abrazapalos y ojos de vaca. Algunos tan gruesos como el puño que era preciso cortar con machetes afilados. Caminábase dando vueltas por entre los troncos, como en un laberinto, poco a poco, hasta que al fin, a la salida, volvíase a ver la luz y el cielo que se perdió de vista desde que se entró en él. Un monte como pocos este monte que se levantaba entre esos dos ríos. Los campesinos cortaban allí su madera, sus yaguas y sus



cortezas de anón para torcer sus lazos, sus jáquimas y sus bozales. Esa tierra cubierta de hojas secas y podridas era de una fertilidad asombrosa, y toda semilla que allí caía germinaba con vigor.

Durante la época de las lluvias había que atravesarlo muy temprano, porque en la tarde las nubes se resolvían en agua encima de las copas de sus árboles. Casi todas las tardes llovía sobre ese camino. Se veía tempranito un humo que se desprendía de las hojas secas, acumuladas al pié de los troncos como un colchón. Un olor de madera podrida, mezclado con el perfume de las flores silvestres, se respiraba en él.

Si arreciaba el agua al cruzar por el camino había que seguir. Colábase ésta por entre las hojas, produciendo un ruido sordo, agudo, fuerte, como si llovieran piedras o arena. Dentro del monte persistía largo tiempo la lluvia, después de haber cesado fuera, porque las gotas que habían quedado en equilibrio sobre el hojerío iban resbalando, a medida que el viento aumentaba y continuaba de este modo la lluvia. “El que pasa agua debajo de un monte se moja dos veces”—dicen en el campo. Al cesar la lluvia corría el agua precipitadamente por los declives para los bajos, se formaban caños y hasta arroyitos, cuyo ruido se oía desde lejos. Estas aguas iban reuniéndose en cauces cada vez mayores hasta alcanzar los hoyos del camino para formar lagunas de agua sucia, enrojecida, que permanecían semanas y semanas secarse, o llegaban hasta los ríos próximos, des-



lizándose por sus vertientes como minúsculas cataratas.

Pero en verano, después de atravesar la sabana, donde el sol se sentía sobre la cabeza, sobre la espalda, sobre las manos, sobre la silla de montar, cuando habíamos sudado un poco y teníamos la ropa empapada, el cuello húmedo, las manos pegajosas, al entrar a este monte sentíamos un fresco agradable, un deseo de detenernos para gozar de la brisa fría que nos envolvía. El sol no calienta el aire de los montes. Cuando lo cruzábamos nos parecía que habíamos descansado y salíamos de él con más ánimo para seguir la ruta. El piso estaba seco. Las hojas no se podrían tan pronto. Había más aves entre el follaje.

Por las noches se alcanzaba a ver como una sombra negra, espesa, alta, que cerraba el horizonte. Apenas lo podíamos distinguir. Si lo atravesábamos no veíamos la montura ni nuestras manos. Pero en las noches de luna, cuando ésta salía detrás de él, nos parecía que estábamos viendo una cordillera de montañas coronadas de nieve. Sobre el follaje se extendía una línea luminosa. Su interior entonces presentaba un aspecto fantástico. Nos parecía que caminábamos entre las estrellas. Cruzaban cocuyos en todas direcciones trazando rayas de luz. Cantaban miriadas de grillos. Sentíase el aleteo de algún ave nocturna. Las pisadas de las bestias se acompañaban de un eco que sólo dejaba de oírse al salir de nuevo al claro.

Cuando se ha nacido a la vera de un monte



no se puede vivir sin él. El monte es como una nodriza. Nos provee de alimentos. Nos da la madera para el fundo, nos da la leña, cría nuestros animales, protege el agua que bebemos, atrae la lluvia, modera el calor. Nos regala la sombra para protegernos del sol. Detrás o enfrente del bohío lo vemos todo el día. Escuchamos sus ruidos. Lo observamos para ver si sus hojas se mueven o están quietas. Siempre ahí, inmóvil, como una cortina, como un muro, como una montaña, dándonos la sensación de lo permanente, de lo inmutable. Por eso el hombre lo ha considerado en otra época sagrado. Nos es tan útil que hemos pensado en que nos protege. Y lo hemos considerado humano, preocupado por nosotros, por nuestros hijos, como un Dios. Como él, crea y sostiene una infinidad de vidas, como él, castiga, y como él, protege. Sin darse cuenta el campesino siente un gran respeto por los montes. Los admira, los quiere y hasta les teme. Siente una profunda devoción por esos enormes macisos de troncos y de hojas. Los adora. Cuida de que no mutilen sus árboles sin necesidad y quiere que todos lo respeten como él. Dice "mi monte", "el monte", "los montes", como si hablara de algo que formara parte de su espíritu.

Y es fama que los cruza a pié o sobre bestias, silencioso, con recojimiento, con la cabeza baja, mirando hacia el suelo, en muchas ocasiones. En otras, lo cruza alegre, porque va a pasar por su entraña, va a disfrutar de su protección. A veces



lo cruza y mira hacia arriba, para gozar de su belleza imponente que le provoca un silencio religioso.

La belleza del monte es múltiple, infinita. Cuando lo dora la luz del sol, cuando lo baña la luz de la luna, cuando lo azota la tormenta, cuando lo abate la lluvia. A toda hora, en cada día, en cada estación, eternamente.

Y estos montes densos, que el hombre atraviesa pocas veces, donde la tierra permanece protegida, cubierta por el denso follaje, alfombrada por el hojerío que cae perennemente, donde no ha penetrado el hacha, donde sólo el rayo por mandato divino ha podido abatir alguno que otro árbol; estos montes, son los montes vírgenes, inviolados, casi sagrados, cuya destrucción alcanza las proporciones de una catástrofe.

Partíalo en dos el camino y, a uno y otro lado, se alzaban los árboles como una elevada muralla de verdura.

Hace años que la caña de azúcar reemplazó este monte y borró aquel camino. Desde entonces, sólo se ven por allí innumerables campos de cañas, alguna que otra ceiba, tres o cuatro bateyes, y en los sitios por donde cruzaba el camino, espacios claros cubiertos de pajón, pequeñas manchas de grama dulce, mucho barro y tierra oscura.

La caña que llegó primero a la orilla de aquel camino fué la de la colonia Inocencia de don Marcial Martínez.

En el centro de esa colonia se levantó un

batey. Una calle de bohíos, media docena de casitas de zinc, una bodega, cuatro barracones y un molino de viento. Don Marcial Martínez que fomentó su colonia donde se encontraba el monte de Las Malas Mujeres, fué el primero que trancó un pedazo de ese viejo camino y dejó uno nuevo, lleno de peligros, que se cubre de baches en la época de las lluvias y es menos derecho que el antiguo.

Quando las hachas abatieron aquel monte y el fuego lo redujo a carbones y cenizas, los moradores de las secciones vecinas pusieron el grito en el cielo. Una protesta, un clamor, se extendió por aquellos parajes, en donde flotaba, como una niebla, la indignación de centenares de campesinos, que perdieron para siempre su ambiente, su tradición y sus fortunas.

Esa indignación no tuvo límites cuando se le notificó a la vez, que ellos no tenían nada allí y se les desalojó violentamente y tuvieron que dejar sus cercados, sus conucos y sus fundos. Azorados, presas de dolor y de espanto al mismo tiempo, cruzaban los caminos silenciosos, resignados con su suerte, como si una fuerza sobrenatural los empujara. No faltaron, sin embargo, quienes alzaron su voz.

—Una cosa nunca vista!—decía el viejo Pancho, mordiéndose los labios.—Esas colonias acabarán con el prójimo.

Cómo no lo iba a decir! Acababa de ver cien-

tos de matas de plátanos arrancadas. Vasos de potreros abiertos, y vió las palmas que había sembrado Juan José trozadas, rodando por el suelo. Venía por el camino sufriendo y no sabe como no se le saltaron los ojos de ver tanto destrozo en un momento, como si una maldición hubiera caído sobre aquel lugar.

Para los moradores de esos sitios, desde que se fomentó la Inocencia y las otras colonias que le siguieron a poco, todo lo bueno que por allí había se acabó. Hubo que sacar la crianza, llevársela a las lomas, entregarla en manos de amigos y hasta de simples conocidos, a la media, o al tercio, según se conviniera. Las rabizas padecieron mucho por los robos, por la pérdida de sus sitios, porque muchos animales se extraviaron, se desgarraron, por habérseles quitado sus comederos. Se secaron los hoyos donde josaban. Tumbaron entonces los palmares, y todos los árboles de frutas que las engordaban tanto, desaparecieron también. A las vacas, lo mismo que a las bestias que se mantenían realengas, les ocurrió otro tanto. Perdieron sus pastos. Y perdieron muchas y muy buenas aguadas. Ahora no se puede conseguir una paloma ni una guinea, cuando antes se cojían con gran facilidad.

Apenas hay hoy donde cortar una vara, cojer una yagua, procurarse anón para las sogas. Desde entonces no se puede criar sin cerca, ni vivir sin la preocupación de los dichosos portillos, para evitar que los animales se vayan para la Finca y



vengan multas o las apresen como sucede con frecuencia. Fué una calamidad sin nombre!

Por todas partes sólo se ven ahora cañas o retoños, alambres de púas. Carretas y bueyes. Han aumentado los robos y los caminos están llenos de gentes desconocidas que no tienen un maíz que azar.

—Una desgracia grande!—decía la vieja Juliana moviendo la cabeza.—Un verdadero castigo!

Y cómo no iba a serlo! Si le contaban tantas historias. Más vale que no las hubiera sabido nunca! Si no fuera porque las presencié su compadre, cuándo iba ella a creerlas! A ser verdad lo de Josefa y lo del vale Hilario, qué otra cosa podía decir sino que se trataba de un castigo.

El vale Hilario fué desalojado de sus trabajos a viva fuerza y a Josefa le abrieron el conuco para que los animales se metieran dentro. Las vacas acabaron con el platanar y no quedó rabiza de batata que los puercos no sacaran.

Había que preparar las tierras cuanto antes para sembrar la caña. Y los peones se ayudaban con los animales para dejar limpio el terreno. Con los picos, con las mochas y con el fuego se iban agrandando las colonias de la Finca. Todo quedó abierto. Los conucos, los potreros. Se arrancó la yerba y todo quedó liso como el camino, mintras los fundos parecían estar dentro de una sabana. Por todas partes golpes de hachas, estallidos de candela y humo, mucho humo que, hacia



llorar los ojos y a veces cortaba el resuello. Una devastación!

—Pa que no hable habría que trozarme la lengua,—repetía indignado Evaristo.

Un Mayordomo le advirtió a Evaristo, el de Las Cañas, que se callara, que no le convenía hablar tanto de la Finca, porque lo podía pasar mal. ¡Y qué más mal podía pasarle a Evaristo ya, si hacía tres días sisos que andaba detrás de una vaca jorra que por causa de la Finca se le había perdido!

—Monte? Hay que dir a los haitises,—dice Medardo con frecuencia.—Dentrarse por las lomas. Lo que es po aqui no queará ni con que parar un bohío ni componer una cerca.

Porque desde cualquier sitio se alcanza a ver ahora el cielo limpio, sin que lo manche una sola copa de árbol ni lo cruce ningún pájaro. Es una claridad que corta la vista. Todo de un solo verde que cansa, que fatiga. Y un calor que no se puede soportar. El sol le derrite al cristiano los sesos. No se puede dar la menor salida sin tener que cubrirse la cabeza, para evitar un tabardillo.

—Pero, y los víveres? Dónde vamos a desecchar los víveres?—se preguntaban muchos.

Las mejores tierras las habían perdido. El bajo del arroyo, la cuchilla de la cañada Prieta. Dónde harían ahora conucos? Cómo traerían los frutos si tenían que ir a fundar a las lomas, con tanto camino malo y sin bestias suficientes. Por allá dentro se darán rabizas y las siembras se vol-



verán tabucos, porque la distancia impedirá ir amenudo para mantenerlos limpios. Dónde vamos a trabajar conucos?

—Dónde?—repetía José Lelo, encojiéndose de hombros.—Donde no estorben! Donde se puea!

Las colonias se multiplicaron con asombrosa rapidez. Todas las tierras apropiadas fueron puestas en estado de cultivo. Por allí no quedó alambre que no fuera de la Finca. La Inocencia, la Elisa, la Esperanza, Doña Ana, Juana Lorenza, ocuparon toda la faja de tierra que comprendía los ríos. Sobre las cabezas el azul del cielo, y abajo el verde uniforme de los retoños, reemplazó a la variedad de tonos del monte y de los conucos. Apenas queda alguna que otra ceiba a medio trozar o seca, con las ramas pobladas de pequeños pájaros que apenas se escuchan al pasar. Los cañaverales se multiplicaron y ahora había que dar innumerables vueltas para cruzar de una sección a otra y para salir a la sabana.

Las Malas Mujeres, Tavila, Palmo Espino, Doña Ana, sólo existían de nombre. La inmensa cantidad de maderas que allí se encontraban se convirtió en cenizas. Muchas noches permaneció el cielo enrojecido y tan altas fueron las llamas que allí se vieron, que desde la subida del Higuamo parecía que el cielo era un mar de sangre.

Cuando los vecinos de la sabana llegan ahora al corral común, levantado junto al fundo viejo del difundo Tomás Liranzo, corral antiquísimo,





como los del centenario hato de la Pringamosa, formado por gruesos troncos de jobos vivos, bajo cuya sombra jugaron a los jueyes sus abuelos y donde trabajan los restos que les quedan de sus puntas de ganados, mientras los animales se cornean alrededor del bramadero, subidos en las horquetas, los criadores, sus hijos, y alguno que otro peón, evocan los ganados de Las Malas Mujeres, bravo y salvaje, para cuya recojida era menester perros especiales, peones prácticos y tiempo disponible.

Añoran la tremenda bejuquera de ese monte que sin machete no se podía franquear, cruzado sólo por rastros de vacas y bestias y en cuyo centro, Eulojio, como un perdido explorador, les daba posada, les ofrecía en que dormir, porque era con los primeros claros del día, o en las últimas horas de la tarde, con la fresca, cuando podían montar, evitando fatigas, vaqueros y perros, y sorprender los ganados al levantarse o al recojerse entretenidos en rumiar por lo alto, las hojas del monte, que es fama que dan mejor carne que los pajonales sabaneros.

Los muchachos escuchaban estas historias como si fueran fantásticas, atentos, silenciosos, pendientes de los labios de Fausto o de cualquier peón que las hiciera. Les parecía imposible que eso hubiera pasado en el sitio en que se encontraban las nuevas colonias, tan claras, tan limpias, donde se veía tanta caña, donde se encontraban esos bateyes que parecían pueblos.

—Por el No. 15,—decía uno—había un tronco de caobán que dos hombres no lo abarcaban. En ese lugar tuvo peleando Teniente con un toro josco más bravo que el de la Piedra. Fué un pleito sin comparación! Tuvimos que dejarlo.

—Y donde está la casa de don Marcial,—decía otro—maté yo un puerco cimarrón con una navaja así.—Y ponía el índice de la mano derecha sobre la muñeca de la mano izquierda, para dar una idea aproximada del tamaño del colmillo.

—Ofrézcome!—exclamaban todos.

El viejo Gollo Brito apretando su andullo en el cachimbo murmuraba:

—Pa lo que quea, más valiera que arrasán con tó. Y con nojotros también.

Por todas estas calamidades y otras más que proporcionó, es por lo cual, aún todavía, los campesinos del lugar miran a Don Marcial con mal disimulada ojeriza.

Todo este mal fué la obra de la Finca y de Don Marcial que sembró la primera caña.

Y por eso es que Manuel al oír las pisadas de una bestia y ver una cara extraña, exclama en tono despectivo.

—Ese será un finquero! Po aqui no andan otras jentes.

Y los trataba así, por rencor y porque sabía que se creían muy grandes. Como trabajaban a los blancos ya se consideraban más gente que los otros. Y ponía por prueba a Candelario que des-



pués que usaba zapatos de la bodega, no era con él como antes.

Al pasar por los carriles algunos campesinos miran su desgracia en esos extensos campos de cañas tan hermosas, en esos bateyes llenos de tanta gente mala, entre las cuales muchos no parecen cristianos.

Es verdad que ahora se consiguen cosas de bodega y se puede vender algo en los bateyes, pero con tanta dificultad que preferible sería vivir como de antes. Tantas leyes nuevas se han sacado!

Pero lo peor de todo, lo más triste, es que don Marcial encontró quienes lo defendieran. Gentes que lo alabaron y encontraron bueno todo lo que estaba haciendo en perjuicio de los probes campesinos.

Afortunadamente la mayoría no era nativa del lugar. Casi todos de otras partes, que acudieron allí para caerle encima a los cuartos de la Finca y aprovecharse de la desgracia ajena. Muchos de esos trabajadores fueron tan perversos que amacheteaban a los animales por cualquier cosa. Como dieron la orden de trancar la crianza, no había reclamo.

Estos amigos de don Marcial y de la caña eran muchos por desgracia.

A uno de ellos fué a quien el viejo Pablo oyó decir una vez en la bodega en tono jactancioso.

—Desengáñese compadre! El monte es para los pájaros!



Para los pájaros! Para los pájaros tanto caobán que no lo abarcaba un hombre, tanta caya, todos esos árboles de madera tan dura y que tenían tantos años, que nadie en el lugar se acuerda de haberlos visto de otra manera que como estaban ya de grandes. Ese monte tan fresco, ese sombrío con tantas aguadas! Con qué dificultad se van a hacer ahora los fundos! Dónde se va a acotejar el hombre de trabajo?

Estos amigos de la caña, sin duda, han mejorado después que llegó allí don Marcial. Muchos han conseguido monturas y mujeres y hasta han fundado. Gautier Mojica, Chencho, Murciélagos que nunca quiso hacer conucos, se sienten bien. Hay ahora sueldos. Quincenas. Manijan plata.

—Todo eso debía ser caña,—siguen diciendo cada vez que ven alguna que otra punta de monte.—El monte no da producto. Cuándo?

—Yo tumbo con gusto, compadre!,—le oyó decir el mismo viejo Pablo a un correo de a pié en la bodega.—Alzo caña, cojo una carreta, hago cualquier cosa, pero los víveres, que lo siembren otros más brutos que yo! Eso no deja. Lo tengo exprimentao. Por mi parte no habría conucos.

—Jesús! Estos hombres no tienen conciencia,—exclamó la vieja Juliana cuando se lo contaron.

Una tarde esta misma vieja Juliana preguntó a Gollo Brito, el de la Lima.

—Y de ónde ha venío don Marcial?

—Hombre, yo no sé! Pero él no es de estos laos.

Muy pocos sabían en La Inocencia que don Marcial era de Santo Domingo. Nació en la Capital. Una noche, cuando apenas le apuntaba el bozo, a bordo de un balandro, se trasladó a Macorís. Don Marcial deseaba trabajar. Una vez en Macorís, qué podía hacer don Marcial? Dedicarse al comercio o ser colono.

Tuvo un empleo en una casa de comercio importante. Y un día lo mandó su jefe a hacerse cargo de una bodega en Quisqueya. Allí fué donde se apasionó y le cobró amor a la caña. Más tarde, con sus economías, compró unas tierras que retuvo mucho tiempo. Cuando se deshizo de ellas fué para comprar otras y fomentar La Inocencia. Esto era lo único que sabía Chencho el Mayordomo.

Pero un día Chencho quedó mejor informado. Don Antonio se sintió ofendido. Supo que don Marcial lo había murmurado con Abelardo. No fué gran cosa lo que dijo, pero no debió decirlo. Y desde ese momento don Antonio le pagó con la misma moneda. Abelardo le suplicó que guardara reserva y no se diera por entendido. Por eso, por proteger al Ajustero fué por lo que no hizo una averiguación. Dudar de su honradez? Si ese era el único capital que él tenía.

Este enojo de don Antonio dió lugar a que un día éste le dijera a Chencho:

—Aquí nadie puede hablar. El que más y el que menos tiene sus trapos sucios.



—Pero yo estaba engañado,—respondió el Mayordomo.—Yo lo tenía por muy honrado.

—Pues estabas equivocado. Yo porque no hablo. Ni quiero que lo repitas tampoco. Eso pasó hace mucho tiempo. Ya casi se ha olvidado. Pero de que fué así, no tengas duda.

—Parece mentira!

Don Antonio le contó casi todo lo que él sabía. Se lo dijo un comerciante muy serio de Macorís. Se reservaba el nombre. Dió malas cuentas en Quisqueya. Casi quebró la bodega. Compró tierras, compró casas y todo eso lo puso en nombre de otra persona. No lo procesaron porque lo salvó un abogado. Fué un desastre.

Chencho se quedó asombrado. Don Antonio agregó.

—Pero no repita eso. Que se quede entre tu y yo. Te lo he dicho porque me ha dado soberbia que se pusiera a hablar de mi en esos términos. Sin tener razón.

Muchas veces, cuando Chencho veía a don Marcial conversando en la bodega con don Antonio, se recordaba de esta conversación. Sin duda ya don Antonio la había olvidado. Y él no se la iba a tocar. Quién sabe si eso no era verdad y el bodeguero lo dijo por despecho. La jente habla tanto!

Don Marcial gozaba, sinembargo, de muy buena reputación. Todos en la colonia lo consideraban recto y honrado. Y para los campesinos y para sus peones un colono muy importante.

—Lo que yo sé es que como cañas tiene,—decía Gollo!—Eso es una barbaridad!

—Debe tener buen resto,—afirmó Juliana.

—Tomaríalo yo! Ese es rico y rico!

Y por lo que se refería a la caña, el viejo Gollo no mentía. Sabía bien lo que afirmaba. Demasiado conocida tenía él la colonia de Don Marcial. La había cruzado a pié, a caballo, en todas direcciones, por todos los carriles. Es verdad que comparada con las colonias que tenía la Finca, La Inocencia era una cabeza de alfiler, pero para un sólo hombre, no hay duda que era bastante. Y buenaza esa caña! Lástima que no estuviera en mejores condiciones!

Pero en la apreciación de la fortuna Gollo se había equivocado. Rico, don Marcial? Así creían también los peones y un día el mismo don Marcial oyó de paso que lo murmuraban.

—Si Don Marcial aflojara!....

—Es un hombre muy agarrao!

—Duro como una piedra!

Iba sobre su caballo para el corte y no pudo menos que sonreír al oír una de estas expresiones.

Las cosas de la vida! Sus trabajadores no podían conocer su verdadera situación. Rico? Debía serlo. Pudo haberlo sido! Y si la cantidad de trabajo midiera la fortuna, si el trabajo honrado fuera el medio de adquirir riquezas, don Marcial tendría que contarse entre los ricos. Desgraciadamente para él, no es trabajando que se logra la fortuna.



Rico? Amenudo don Marcial pensaba en las circunstancias que lo determinaron a fomentar esa colonia.

Las tierras ocupadas por La Inocencia se conocían por el sitio de Las Malas Mujeres. Para la Compañía Nacional era el Departamento Norte, o la zona William, así llamada porque fueron compradas esas tierras por un antiguo empleado que llevaba ese apellido. Por el oeste de esta zona se extendía otra más grande todavía. la zona Marmolejo, que llegaba hasta el pié de la montaña, y la cual se fomentó al mismo tiempo. La Compañía procedía en todos esos sitios con gran actividad a la siembra de cañas por Administración o por Contrata, alentada por el buen precio y con el propósito de aumentar rápidamente la producción. En ese tiempo se compraron miles y miles de tareas de tierras y centenares de posesiones que eran potreros, conucos y botados, y otras fueron ocupadas en virtud de adjudicaciones judiciales, por sentencias de Tribunales competentes.

En Las Malas Mujeres, sitio muy nombrado, quedó fuera de las compras de la Compañía, la parte que ocupaba La Inocencia. Era esta una especie de bejuquera muy estratégica, difícil de explorar y por donde no había trillos, ni transitaban los moradores de las secciones de la sabana. En esos terrenos había vacas cimarronas y era difícil el monte. Allí estaba sitiado el ganado de Don José Contreras, que se vió obligado a tomar esos terrenos por la circunstancia de que en ellos tenía

la mayor parte de su crianza del monte. Cuando hicieron la mensura del sitio, que comprendía muy buenas tierras, llanas y fértiles y con innumerables aguadas, él expresó el deseo de que le midieran allí sus títulos y desde entonces una gran área de tierra se había respetado como de su exclusiva propiedad.

José Contreras nació rico. Sus padres fueron propietarios de grandes puntas de ganados y extensas propiedades en diferentes sitios. Las principales tierras que poseía las había heredado. Compró después algunas con el propósito de asegurar pasto a sus ganados, entre ellas el pedazo de Las Malas Mujeres.

Durante su juventud se ocupó de la crianza de ganados. Era considerado como un campesino acomodado. Al pasar por ciertos lugares los ganados no mostraban otra estampa que la de él, contituída por una figura extraña que recordaba una de las letras del alfabeto griego.

La casa de sus padres era un antiquísimo fundo situado al pié de una cuchilla de monte. El sitio se conocía por La Ceibita. Allí había un viejo corral, donde se trabajaban las reses, dividido en corral grande y corral pequeño. En este último se hacía el ordeño. Huho un tiempo en que la familia se ocupó en la fabricación de quesos criollos. En la sala del bohío podía verse sujeta por dos sogas torcidas en la casa, una tabla ancha sobre la cual se ponían a secar los quesos en sus sun-



chos de yaguas. No faltaba allí también la buena longaniza, como tampoco en la tasajera, situada del lado del patio, un par de cesinas, hechas por Cundo, un negro fuerte y alto, que hacía las funciones de esclavo, cuando sus projenitores que lo fueron, habían ya desaparecido.

José era el más pequeño de la casa. La familia estaba compuesta por cuatro. Una sola hermana. Permaneció soltera toda la vida. Blanca y alta como una espiga, con su pañuelo de madrás muy bien atado a la cabeza y su cachimbo en la boca, su túnico de pursiana morada o de fondo blanco con diminutos dibujos negros, se veía hasta hace poco en el dinte! del fundo casi todas las tardes, oteando la sabana, su panorama familiar desde que abrió los ojos al mundo. Uno de los hermanos, el mayor, que a la muerte de su padre también llamado José, se había encargado de los bienes, murió en la Capital a causa de las viruelas. El otro hermano casó joven y levantó su fundo cerca de Casa vieja. Allí formó una familia numerosa, entre la cual se encontraban algunos varones trabajadores y honrados.

Siendo José el más pequeño entró muy tarde en posesión de lo suyo. El y su hermana soltera quedaron en comunidad. El administraba los bienes de los dos. Su fortuna consistía en tierras situadas en lugares muy distantes y casi todas comprendidas en sabanas, porque su haber principal consistía en ganados.

José siguió viviendo en la casa vieja con los



hermana y Cundo. La Ceibita era un sitio muy conocido de todos los criadores.

—El que tiene ganado gana de noche y gana de día, por eso los Contreras son ricos,—decía mano Hilario.

Siempre fueron respetados y queridos en el lugar. Se les acusaba de avaros, pero muchos los consideraban jenerosos, porque allí obtenían leche en primavera, cuando los pastos estaban buenos y las vacas venían paridas. También la tasajera dió de comer en muchos fundos.

Don José era un zagalejo cuando la anexión a España. Recuerda que su familia se trasladó en esa época a Santo Domingo. Todos eran adictos a la Metrópoli y consideraron conveniente refugiarse en la Capital, para librarse de las depredaciones de los patriotas, llamados entonces mambises. Contaba don José que fué esa una época triste para su familia. Su padre era un rico propietario en el Este de la República, emparentado con Pedro Santana, el libertador y anexionista. En su casa tenía colocado en sitio de preferencia un retrato del Marqués de las Carreras. Sentía una gran admiración por el grande hombre, honra de la Patria y de la familia.

Un día fué huésped de Contreras un tal Ramírez, de la Capital, que iba de paso para Higüey a cumplir una promesa. Como viera en la sala de Don José el retrato de Santana, sin saber que era pariente de su amigo, exclamó.



—Cómo tiene usted ahí ese retrato? Porque usted no tiene el de Duarte?

—Bueno. Este es primo de mi padre y el que usted dice no lo conozco. Ni sé nada de él. Ni nadie me ha contado nada de él, ni creo que tiene familia aquí. Quizas hablarán de él papeles. Pero a éste lo conoció aquí todo el mundo. Aquella casa que usted vé allí,—y señaló un viejo case-rón situado en una esquina, construído de tablas en bruto de caoba—era la casa en que se hospeda-ba cuando pasaba por aquí. Era dominicano por sus cuatro costados, valiente, honrado y responsa-ble. Yo creo que fué él quien hizo salir de aquí a los haitianos, si no me equivoco.

—Si, pero fué un traidor.

—Traidor? De quién?

Manuel Ramírez hizo a don José algunas consideraciones sobre la Independencia y luego sobre la Anexión. Cuando terminó, Don José le replicó.

—Yo no sé de eso. Pero tengo mi creencia. Para mi salimos de los haitianos porque eran más prietos que nosotros y salimos de los españoles porque eran más blancos. Aquí los que mandan son los mulatos. Aquí ningún dominicano vale nada. Depende de su color.

Después de una pausa, Don José continuó.

—Yo voy a decirle mi creencia. Aquí en el pueblo hay dos barberos: uno es blanco como yo, el otro es prieto, o bajo de color, como dicen. Pues



bien, si usted pregunta en el pueblo cual es el mejor barbero, nadie le dirá: éste! Para los blancos es el blanco, para los prietos es el prieto. Puede que los blancos se arreglen con el prieto y viceversa, pero esto no quiere decir que no tengan su partido dividido. Nadie lo dice por lo claro, pero todo el mundo busca el de su color. Bueno, se reburujan, pero no se juntan.

“Todas las cosas son aquí por color. Cuando un prieto coje a un blanquito lo fusila. Y cuando un blanquito coje a un prietico le hace igual. Hace tiempo que yo vengo pensando en esas cosas. Mi papá me contaba que cuando los españoles, por aquí, sólo eran sus enemigos los negros de Las Cañadas, que venían en cueros aquí a robar y a matar. Todas las familias blancas de aquí se protejieron con los jefes españoles. Todavía usted puede averiguar eso. Traidor! Si su idea hubiera salido estaríamos mejores!

Ramírez, que pensaba salir al día siguiente, inventó un pretexto para continuar su viaje después de comida. Comprendió que había incurrido en el desagrado de don José por estar echándose las de patriota, porque después de todo, pensó, que esas discusiones ni le iban ni le venían.

Por el camino iba después reflexionando sobre lo que había oído. Don José puede que tuviera razón. Un pueblo de veinte colores, nadie puede obtener la opinión unánime de esos veinte grupos. Por eso aquí nadie es nada, sino para su grupo. Y



por eso cuando uno sobresa'e en un grupo, los otros diez y nueve lo aplastan. Aquí todo el mundo tiene que tener la misma medida.

Como don José tenía ganados por los lados de Hato Mayor, donde su padre había entregado al tercio una becerro, perdida hacía muchos años, y ya su estampa era la más numerosa en aquellas llanuras, tenía que ir todos los años a esos sitios para trabajar las reses que allí tenía. Esos viajes duraban más de una semana. Continuó don José las viejas relaciones de su padre. Dejó los mismos Mayorales y en la mismas condiciones hasta que el último, José el Tuerto, murió a causa de un palo que le cayó sobre la cabeza haciendo una tumba. Fué entonces cuando encargó del ganado de Cola Sucia y del de Las Malas Mujeres a su compadre Eudósio Sosa, casado con una prima segunda de él. Hasta ahora estaba satisfecho de su conducta. Era un hombre honrado. Siempre le guardaba los cueros de las reses que se morían o malograban para poner a salvo su conducta. Esto satisfacía mucho a don José.

Fué en uno de esos viajes que José conoció a Anastasia Rojas. Era hija única de unos pobres campesinos muy honrados y distinguidos del lugar. José se enamoró de ella y formó una familia compuesta de tres hijas. Hubo una época en que Contreras permaneció hasta un mes en casa de Anastasia, pero nunca vivió allí permanentemente. No quiso dejar sola a su única hermana y qui-

zas fué esa la causa por lo cual en esa época no se casó con la hija de los Rojas.

Viviendo con ella murieron los padres de Anastasia y desde entonces tuvo que ir periódicamente a ver a sus hijas. Estas visitas no fueron tan regulares a partir de la fecha en que, por razones de conveniencia, tuvo que casarse con una jóven prima hermana suya que vivía en el pueblo. Toda la vida guardó José la más tierna afeción por Anastasia quien observó una conducta ejemplar.

A la muerte de los padres de Don José la herencia estaba constituida por un centenar de reses sitiadas en diferentes lugares y por unos cuantos pesos de derechos de tierras. Esto sin contar la casa y una infinidad de chucherías de menos valor. El padre de D. José tenía tierras en Las Pajas, en El Cuero, en Juana Lorenza, y ganados en el primero y en el último de estos sitios. Las reses se dividieron entre los hermanos. Las tierras quedaron en comunidad hasta que el hermano mayor tomó estado. Don José recibió entonces lo que le correspondía. Esta partición se hizo sin intervención de la justicia.

Cuando don José se casó a su vez aumentó su fortuna. Su esposa también tenía reses y tierras. El padre de la mujer le entregó enseguida lo que le correspondía.

En una ocasión don José quiso darse cuenta del valor de sus bienes. Las reses de las Pajas estaban divididas en dos ganados, el de Cola Su-



cia y el de Las Malas Mujeres, uno de monte y otro de sabana. No sabía exactamente el número de cabezas que poseía. Nunca las había contado, porque eso era de mal agüero. Se lo oyó repetir muchas veces a su papá. Y si sabía exactamente el número se cuidaba mucho de decirlo.

—Una poquita,—repetía a todo el que le preguntaba como cuantas reses tendría.—Una mi-gajita.

Tenía además otras reses en otros sitios, pero en pequeña cantidad.

En cuanto a sus tierras la apreciación era más precisa. En Las Pajas tenía cincuenta pesos de títulos. De estos, veinte eran de su mujer. Y el resto proveniente de su herencia. Con estos derechos había tomado solamente dos posesiones. Una en la sabana y otra en el monte, en el sitio de Las Malas Mujeres. La posesión de la sabana era la misma que tenía su padre. Solamente que el antiguo vividor había muerto y él, don José, puso a otro, a su compadre Magdaleno del Rosario, hombre honrado y de trabajo. En la de Las Malas Mujeres tenía a Eulojio Mejia, un negro como pocos. Estos vividores tenían derecho a hacer conucos, para su provecho, con la condición de traer de cuando en cuando a Don José algunos víveres. Podían aprovecharse de todo, pero no tenían autorización para desperdiciar el monte, cortar maderas, hacer carbón. Podían vender ya-guas y frutas. En cambio atenderían al ganado, lo curarían y podían ordeñar las vacas paridas



que quisieran, hacer quesos a la media y si alguna se malograba o se moría, les correspondía una parte de la carne, la mayor porción era para don José.

La cantidad de tierras que poseía don José era enorme. El sitio era muy grande. Una vez don Gerardo, un Agrimensor, le dijo que podía tener, por lo menos, diez caballerías, es decir, una, doce mil tareas nacionales. Para su ganado eso era más que suficiente. No las necesitaba para otra cosa, puesto que tenía más tierras en su propia casa y estas las utilizaba para tener los animales del servicio y hacer conucos. Aquí donde estaba el fundo sí tenía cercas.

No ambicionaba tener más tierras. Por eso cuando en una ocasión llegó a su casa un señor de Macorís, muy apurado, ofreciéndole en venta unos cien pesos de títulos de Las Pajas los rehusó. Qué iba a hacer con más tierras. Inútil fué que este señor se las propusiera a buen precio. Ni regaladas que se las hubieran dado las quería. Para tener más papeles?

Refiriéndole al Alcalde esta visita, don José recalcó:

—Qué voy yo hacer con más tierras? Yo creo que la mitad de las Pajas es mío.

Pero el Alcalde que había llegado la víspera de Macorís lo puso en autos de lo que él no sabía.

—En Macorís,—le dijo—se rumora que van a fomentar nuevas colonias en ese lugar y dicen



que hay muchos títulos falsos. Que los están haciendo a la carrera.

Luego agregó:

—Usted se fijó de quién eran esos títulos?

Don José ni siquiera los tuvo en la mano.

Por la noche en su casa don José pensó un buen rato en esta noticia que le dió el Alcalde.

Dos meses después se apareció otro individuo en casa de don José vendiéndole otros títulos del mismo sitio. Esta vez don José quiso averiguar a quien pertenecían. Tomó el título en la mano, se colocó sus espejuelos y se acercó a la lámpara. Don José quedó sorprendido. Esos títulos eran de José del Carmen, un negro más pobre que un ratón de iglesia, que él conoció muy bien, y que, además, hacía años que había muerto.

Don José se limitó a decir, al vendedor.

—Y cómo consiguió esas tierras este sujeto? De quién las heredó? A quién se las compró?

Pero el vendedor no pudo contestarle. Realmente él no era el dueño. Le habían entregado esos títulos en Macoris para que los vendiera a personas que tuvieran interés en esas tierras.

Cuando don José volvió a ver al Alcalde lo puso al corriente de lo que pasaba.

Algunos meses después los propietarios del sitio de Las Pajas se reunieron para pedir al Tribunal por medio de una instancia, que ordenara la mensura del sitio que hasta entonces había permanecido comunero.

Se realizó esta mensura y como resultado de

ella, don José se enteró de que no poseía las tierras que él imaginaba. Con los títulos que poseía apenas podía cubrir la tercera parte de la cantidad de tierras que en ese sitio, desde tiempo inmemorial, se había considerado como de propiedad de los Contreras.

Esto ocasionó a don José una gran preocupación. Cómo se haría para que su ganado dispusiera de la cantidad de tierras que necesitaba. Le era indispensable proporcionarle pasto a estas reses. Y además asegurar las posesiones que allí tenía.

Después de reflexionar un poco resolvió comprar una cantidad de títulos suficientes para cubrir esas tierras. No le quedaba otro remedio.

Con ese motivo hizo un viaje a Macorís y allí celebró un compromiso con un individuo que poseía títulos de Las Pajas, porque los había comprado a diferentes propietarios. Don José no quiso averiguar si eran de los lejitimos o de los falsos. Lo importante era que estuvieran reconocidos por la Comisión correspondiente. No quedó hecho el negocio, de una vez, pero el señor le dió palabra de que contara con ellos. Don José no disponía en ese momento de efectivo y tenía que vender algunas madejas para hacer dinero.

Don José no pudo ocultar la contrariedad que esto le produjo. Pasó un tiempo haciendo diligencias para conseguir el dinero para los títulos. Se le presentaron algunas dificultades, porque no quería quemar sus reses. Deseaba venderlas bien y la



situación no era muy buena. El dinero estaba escaso.

Transcurrió un tiempo. Un día fué informado de que los títulos que tenía tratados en Macorís fueron vendidos a Don Marcial Martínez y que éste vendría a medir lo que le correspondía de un momento a otro. Fué inútil que don José hiciera un viaje expresamente para arreglar este asunto. Cuando se vió con el dueño de los títulos ya era tarde. Hacía cosa de dos semanas que había cerrado el trato con el otro comprador. Por toda excusa le dijo:

—Yo lo aguardé bastante, mi amigo. Y le escribí dos o tres cartas que usted no me contestó.

Don José no había recibido nada. Estaba seguro de que no se las escribió. En vista de esto D. José regresó a su casa y no le quedó otro remedio que conformarse con lo sucedido.

Como consecuencia, perdió casi la mitad de la posesión que tenía en Las Pajas. La más importante. El pedazo de monte de Las Malas Mujeres, donde tenía el mejor ganado. Allí sólo le quedó una cantidad de caballería y media. Y en la sabana se hizo medir una seiscientas tareas para cubrir el otro sitio.

Este fué uno de los mayores disgustos que experimentó don José. Pero ya había tenido otros no menos desagradables.

Hacía cosa de dos años le ocurrió otro incidente que estuvo a punto de arruinarlo. De esa fecha databa su odio a los abogados y a la justi-

cia. Cada vez que se refería a su pleito exclamaba:

—Ya si que no se puede vivir. Estamos rodeados de pillos, mi amigo.

Un día vino uno de los vividores de Las Pajas a avisarle que se había muerto una res. Le dieron la noticia en Las Cañas y fué a reconocerla. Era una vaca recién parida. Pero la novilla estaba bien y se podía criar. Don José encargó que no se la dejaran morir y el vividor le prometió que se ocuparía mucho de cuidarla. Ya don José se había olvidado de esto, cuando seis meses después volvió el vividor a decirle que los Madrigales, una jentes de Juana Lorenza habían herrado la novilla. Don José sacó en limpio que el vividor no la había herrado, que además la dejó mostrenca y que por ese descuido los Madrigales se aprovecharon para cojérsela. Después de reconvenir al vividor don José resolvió, en mal hora, someterlos a la justicia. Fué a Macorís, buscó un abogado y entabló un pleito. Varias veces tuvo que presentarse al Tribunal. El abogado le hizo gastar alguna plata y, seis meses después, fué sentenciado a pagar daños y perjuicios a los Madrigales por falta de pruebas. D. José hizo oposición a la sentencia. Se prolongó la litis mucho tiempo. Una mañana se presentó en su casa un Alguacil notificándole un embargo de todos sus bienes. Volvió don José a Macorís y habló con su abogado. Tumbaron el embargo, pero la litis se prolongó por más tiempo. Don José gastó una suma considerable. El abogado lo arruinó.

Por fin al cabo de un tiempo para no seguir perdiendo dinero tuvo que hacer una transacción con los Madrigales, dándoles una suma para que abandonaran el pleito. Sufrió tanto Contreras en esta ocasión que no quería que nadie le hablara de eso.

—Yo no comprendo cómo por reclamar uno lo que le pertenece, tenga que perderlo y pagar dinero encima.

Desde entonces cada vez que le nombraban abogados se le subía la sangre a la cabeza. Los consideraba como la peor plaga del mundo.

Como iba don José a querer saber de abogados. No podía olvidar lo que le decía el suyo siempre que iba a Macorís. Después que le pintaba las cosas muy bonitas lo despedía siempre con lo mismo.

—No se preocupe. Ese asunto no se puede perder. Déjeme treinta pesos para los actos y descúidese. A mi no hay quien me gane pleito.

Otras veces le abría un libro grande.

—Vea lo que dice el artículo 32... Esto está más claro que el agua. Yo no sé en que se habrá podido fundar el Juez para dar esa sentencia. Bueno, aquí se ven cosas! Vea este otro artículo,— y le abría el libro por otra parte.

A última hora Contreras tuvo que cerrar el bolsillo. Si se sigue llevando de todo lo que le decía lo hubiera pelado como una gallina.

—Abogados! Abogados! A mi que no me los mienten,—decía cuando se indignaba.—No saben





más que sacarle cuartos al prójimo. Y cuando pierden todos dicen lo mismo: "Estos Jueces!"

Todos los años iba don José de temporada a casa de su compadre Eudosio Sosa, que vivía en la sabana, y que era su Mayoral, para recojer el ganado mostrenco, señalarlo y herrarlo. Una semana pasaba allí. Durante ese tiempo, en compañía de Eudosio y de algunos peones, monteaba todos los días, sacando el ganado que allí se hacía extravagante. Considerábase buen comedero el sitio de Las Malas Mujeres, porque ese ganado así salvaje se conservaba siempre grueso. En el centro se levantaban los trabajos de Eulojio, el vividor, quien mantenía un par de conucos en buenas condiciones. Era la única persona que se había arriesgado a fundar dentro de ese monte por donde no pasaba un cristiano. Cuando monteaban en él tenían que ir provistos de machetes para hacerse camino en ese intrincado laberinto de bejucos. A esa circunstancia se debía que ese ganado padecía poco a causa de los cuatreros que por esos lugares no eran escasos.

Eudosio Sosa se había hecho cargo de ese ganado extravagante de su compadre José, porque contaba con Fausto y con Chaqueta. Muy inteligente, dispuesto y trabajador aquel, y un perro sin compañero éste. Como Fausto eran pocos los hombres que había conocido Eudosio. Una noche se presentó en su casa. Supo después que había desertado del Batallón en Santo Domingo. Le dió posada. Luego trabajó en sus conucos y le amansó

unas reses. Fué su brazo derecho. Con relaciones con su hija, cuando lo descubrió, lo despidió de su casa. Pero ella lo quería de veras y fué de él. Un hijo y luego las paces y desde entonces se instaló en su casa, para el conuco, para las reses, para la diligencia precisa, curó el caballo, cobijó el rancho, levantó trabajos en sus tierras y ya no sabía á quien querer más, si a Manuel su hijo o al negro Fausto que no tenía comparación.

Y en cuanto a Chaqueta, se lo llevó su compadre José, después de habérselo ofrecido muchas veces y por su comportamiento le cojió cariño. Cuántos disgustos le ocasionó con los vecinos! Lo tuvo oculto un tiempo porque se lo entregaron después que produjo una avería en Hato Mayor. Le clavó un colmillo al hijo del Alcalde. Pero ya había pasado un tiempo de ese suceso y todos sabían en el campo la historia del perro. Para Chaqueta no había ganado bravo que no sujetara. El era el verdadero mayoral de las vacas de Contre-ras. Hasta la más extravagante, la Careta, una vaca jorra que siempre estaba gruesa, se podía traer al corral con gran facilidad. Perro que trabajara como ese no lo había en esos contornos. Salir al campo con él era no perder el tiempo. Las encontraba donde quiera que estuvieran. Rejendía los montes, atravezaba ríos, no reconocía obstáculos y las paraba en cualquier forma y en cualquier sitio. Nunca lo habían herido y más obediente que él ni la misma Azucena.

Alto, de pelo fino, con una mancha en la fren-

te y el hocico largo, los ojos color de nísperos, Chaqueta acompañaba al vale Eudosio a todas partes y hacer su elogio le producía un placer incomparable. Con mucha dificultad había permitido, a muy contados amigos, que sacaran crías.

Pero hubo una época, sin embargo, que no se podía trabajar. En el Este se declaró un bandidaje sin nombre. En todas partes aparecían partidas de bandoleros que no respetaban ni la vida ni los intereses de nadie. No se podía contar con nada. Todo estaba perdido. Y Las Malas Mujeres se convirtieron en madrigueras de estos bandidos. Con ese motivo Don José no pudo ir a Las Pajas a ver sus intereses durante mucho tiempo. Era un peligro cojer un camino. No había garantías. Hasta el mismo Eulojio tuvo que salir huyendo. Allí paraban los malhechores más renombrados que ha tenido la República. Más de dos años pasó Eudosio sin ver esas reses. Entonces no se podía montar ni dar salidas con frecuencia. Por muchos sitios y a todas horas se podía tropezar con partidas de aquellos. En el campo no había tranquilidad. Diariamente se referían andanzas, crímenes, robos y atropellos. Los campesinos honrados vivían asustados. A cada hora un suceso.

Y de allí, de Las Pajas, de La Sierra, de La Yerbabuena, de todos los rincones surjían bandadas de malhechores que infestaron toda la Provincia.

Y una noche se acercaba al mostrador de una bodega un hombre oscuro, vestido de andrajos,



con un sombrero de cana con el ala baja, cubriéndole parcialmente el rostro. Pedía un trago y mientras el dependiente se lo servía, echaba una mirada por los alrededores. Luego desaparecía sin decir una palabra, sin hablar con nadie. Solamente se le vió un cuchillo en la cintura. A poco, un peón se acercaba al dependiente y con mucho sigilo le decía:

—Uté vido ese hombre? Ese no e de po aquí! Yo credé que e de la gente.

Y no se hablaba de eso. Quizás, si al dependiente no se le olvidaba, al cerrar la bodega, decía al dueño, sin darle gran importancia:

—Esta noche estuvo aquí un gavillero. Pidió un trago y se fué.

El encargado de la bodega no contestaba. Simplemente examinaba su revólver, le recordaba al empleado que revisara las puertas y luego se acostaban para no dormir.

Otro día, un sábado, se bailaba en la enramada del camino del Hoyón. Frituras, bebidas, caballos, gritos y vivas. Gran animación. Es Ventura quién está en el palo. Nicumedio canta.

La guardia rudal, ay!

La guardia rudal, ay!

De pronto, Eufemio se retira hacia fuera y llama a su compadre:

—Vale, sálgase. Uté conoce ese hombrecito que se ha arrimao a la esquina del bohío?



—No compadre. Deberá ser de los que tan tumbando pallá arriba.

—No compadre,—respondía Eufemio y casi en secreto añadió.—No me guta esa facha. Ese pué ser de la gente. Vámono quedando aqui por si acaso.

Pero en una ocasión, detrás del primero que aparecía en la fiesta se presentaba un segundo, más tarde un tercero y cuando la bachata culminaba en entusiasmo, sonaba un tiro, y otro, media docena enseguida. Relucían los machetes, las mujeres huían dando gritos, se oía un tropel de caballos, las luces se apagaban y las detonaciones continuaban, pero más lejos. En el piso hay tres o cuatro hombres y sangre. En la bodeguita una mujer está casi desnuda, con los vestidos rasgados, el cabello alborotado y hablando en alta voz.

—Fueron ellos,—decía uno.

Y Mientras se ocupaban del muerto y de los heridos, comentaban:

—A mí me se puso. Yo no quería veni.

—Y mi compadre me lo dijo,—decía otro.

—Ese hombrecito que taba pegao al palo me dió mala epina.

Y una negrita que no cesó de bailar desde que llegó y no repuesta todavía del susto, al ver como cayeron a balazos y cuchilladas aquellas jentes, exclamó:

—Y por ónde vinién?

Mientras un hombre delgado, ya un poco viejo, murmuraba.

—A mi me lo dijién, pero como jablan tanto no lo quise creer.

Y un negro con un pañuelo rojo en el cuello, lanzando quejidos e imprecaciones decía a otro:

—Me han cortao, vale, pero no hay cuidao!

Al día siguiente al trabajo. Qué iban a hacer! “El muerto al hoyo. . . .” Andar con precauciones, desconfiar del desconocido, no olvidar sus armas. Ganarse la confianza de ellos si era posible. Hacerse sus amigos y no delatarlos. Servirles en lo que podían. Y confiar en mejores días.

Días después, por la gran calle de Santo Angel van dos carretas cargadas de cañas. Margarito va de pié sobre el pértigo. Antonio a pié dándole clavo al tronco para salir de un mal paso. Un hombre bajito con una mocha en la mano cruza en dirección contraria sin saludar. Después de un rato, cuando las carretas están cerca del peso. Margarito, se dirige a Antonio y le dice:

—Ese hombre que pechamo hace un rato e dellos, vale. Yo lo conozco como mis manos. A ese le llaman **El Pato**.

Y Antonio no dice nada. Sigue arreando sus bueyes.

Una prima noche Esteban, el Mayordomo de La Cuchilla se dirigía al batey. No había luna. Al cojer el carril del chucho, cerca de la esquina del cañaveral, le salieron tres hombres. Uno le agarró la brida, mientras profirió:

—Párece!,—enseñándole el revólver.

Los otros dos le metieron la mano por





jo del saco. Le quitaron el revólver y le cojieron cuanto llevaba encima. Un reloj con su leontina y unos cuarticos de billete. No pudo defenderse. Venia muy cerca de la caña y cuando se dió cuenta ya estaba desarmado. Afortunadamente le dejaron el caballo. Siguió su camino, como si nada le hubiera sucedido. En el batey no contó a nadie la ocurrencia.

Y Pedro levantaba la cabeza en el conuco cuando sentía pisadas de bestias. Gertrude dejaba el camino real si le cojía la noche. Josefa golpeaba la ropa en la cañada, pero se iba derecho a su casa si algún desconocido cruzaba por el paso y la miraba con fijeza. El caballo se amarraba a sogas cortas todas las noches. Las puertas se reforzaban en los fundos, y pocos hablaban de eso. Cuando algún forastero preguntaba por los del monte, le decían lo mismo.

—Ello, po aquí no se ha sentío ná.

Y a veces estaban cuatro o cinco detrás del conuco, en el monte vecino, esperando un sancocho que Agustina les estaba haciendo. Y en el fundo solo se oía el picoteo de los carpinteros y el chirrido de las ciguas.

Una noche, seis hombres a caballo, cuatro o cinco de a pié, unos detrás de otros, descendían hablando en voz baja, cuesta abajo, en dirección al llano, encendiendo cigarrillos o arreglándose las armas que se le deslizaban en la cintura. A trechos una densa oscuridad en la cual apenas se veían unos a otros. Más adelante, en un claro, la

luna dejaba ver los contornos de los troncos y las manchas del ramaje. A veces el trillo y los gramales. Un paisaje a dos tonos. Saturado de silencio, tanto más profundo, cuanto que sólo recojía las pisadas de las bestias y el susurro de la cañada que corría por un lecho de piedras.

Allá fuera les esperaban otros tantos para justárseles y resolver lo que harían esa noche. Eran ellos, los del monte, que iban a desparramarse a esas horas por los bateyes, por los bohíos, o se encaminaban en busca de algún hablador, o de algún acomodado para obtener fondos o simplemente para conseguir dos o tres revólveres más.

Camino de La Piedra, enfrente del fundo de Felipa, los perros ladraban un buen rato y dentro Patricio murmuraba:

—Vale, uté ta oyendo lo perro? Azunte!

—Parece que e gente. Y no son poquito.

Mientras Felipa intranquila, agregaba:

—No prendan lú.

Y luego de pasar una hora desvelados, volvíanse a dormir confiadamente.

Y transcurrían días, semanas, meses, viviendo esa vida sin remedio, sin consuelo. En cualquier sitio, a cualquier hora, alarma, pánico o una desgracia inesperada, tanto más trágica y dolorosa cuanto más impune. Pero muchos sentían secretas simpatías por ellos. Por su mediación había crecido su hacienda, a su protección debían el aumento de su prestigio, y de su amistad derivaban variados y frecuentes beneficios. No hay desgra-

cia, ni mal, ni acontecimiento que no sea útil. Todo en la vida tiene necesariamente su compensación. Los del monte, pues, tenían sus favorecedores que a veces eran aliados o simplemente copartícipes a la hora del botín. Cómo recuerdo ahora mi reloj de bolsillo! De las manos de Bulito Batías volvió a las mías, haciendo escalas.

Y una tarde, bajo la mata de mango del fondo de Eudocio Sosa, mientras arreglaban un puerco. Saturio, un mozo de veinticinco años, que anduvo con una sogá atada a los brazos y anudada a la espalda, con el grupo de El Pato, que lo hizo preso por el paso del Higuamo, refería su historia.

—Me cojién como a las cuatro de la tarde. Me quitán el machete y el cuchillo. El Pato jué que me amarró. A poco pasamos a lotro lao. Seguimos po el camino de Hato Mayor un rato, dispué nos metimos en el monte. Andamo mucho, pero nos paramos detrás de un conuco. Ya había dentrao la noche. Un mulatico le pidió el revólver a otro.

—“Déjame ve, te ha salío bueno?”

—“Bueno y bueno,—le contestó el otro.— Ete revólve era del Jefecito del batey de Punta Larga. Ese hombrecito si era pendejo. Se puso como caliche”.

—“Credía que tu lo diba a matar?”

—“Se volvió un fleco, sudaba la gota gorda y to se le volvía: “Mire que yo tengo tre sijo, por Dió no me maten. Cójanse to lo que yo llevo encima! No me maten! Bueno no me dió gu to ma-



tarlo. Se volvió una mujercita". Y se echaban a reir.

Y mientras los demás hacían su oficio, contó de la marcha que hacían de noche, de los proyectos que tenían, de las jentes que les decían que no se presentaran, de lo mucho que se dilataba la revolución. Mientras estuvo con ellos no mataron a nadie. En algunos bohíos le hacían comida, tenían sus mujeres y lo sabían todo. **El Pato** tenía morocotas en su cinturón, dos revólveres legítimos, un sable y un puñal. Otro tenía relojes, anillos y prendas buenas. De todo.

—Ellos pensán que yo era epía, pero cuando no lo creyen me soltán. Me soltán de noche, lejos, po aquellas lomas,—y señaló para La Sierra.

Luego agregó:

—No son poquito, no. Lo que pasa e que son mucho grupo. **El Pato, José, Machito**, esos son lo jefe. Pero el cabeza es **José**. Un día le dijién que cerquininga habia una fuerza del Gobierno y se desparramán. **El Pato** les dijo: "nos juntamos donde usted saben". Y ensegúia ca uno cojió por su lao solito. Al otro día, vale, tábamos toiticos junto otra vé, por La Yerbabuena. Por eso e que no lo puén cojé.

—Bueno pues cállate,—le dijo el viejo que estaba desollando.—No siga repitiendo eso. En boca callá no entran moca.

—Nooo! Si yo nomá lo digo aquí. Dió me libre! Me dan una colgá!

Y el viejo abriendo la barriga del puerco, exclamó:

—Pa ellos jacerle asina a la gente e un biscochito. Hay mucho malo en el mundo, vale!

Mucho tiempo se prolongó esta situación en el Este. Y como don José Contreras fueron muchos los que se arruinaron. A lo largo de los caminos se veían las casas y los conucos abandonados, cubiertos de brosqe. En alguno que otro sitio se quemaron ranchos y las familias tuvieron que salir huyendo para salvar la vida. En el campo no estaban garantizadas ni ésta ni la propiedad. Fué una situación que recordaba la época de los marrones, en que los esclavos fujitivos saqueaban las fincas y mataban a discreción. Pero, muchos, lejos de arruinarse se enriquecieron. Los bandidos pasaban a otras manos lo que robaban o favorecían la venta o el abandono de las propiedades. Muchas tierras pasaron en esa época a manos de Compañías que las obtuvieron por precios ridículos. Los gavilleros cumplieron una misión. Parece que respondieron a una necesidad.

Fueron muchos los cabecillas. Vicente Evangelista, Bulito Batías, El Fañoso, Tolete, El Niño, Chepito, Ramón Nateras y muchos más menos famosos. Yo tuve oportunidad de conocer algunos y no los he olvidado jamás.

Oh! Tolete! Cómo evoco ahora tu figura singular. Parecías un batracio gigante, con tu vientre péndulo, tu color de aceituna, tu cara cuadrada, tu frente estrecha. Paréceme verte. Tenías

los ojos pequeños, oscuros, de mirada fría y vaga. La sonrisa entre mueca y amenaza. Los dientes blancos y recios y el bigote hirsuto. Veo tu cinturón ancho sellado de cápsulas relucientes, tu par de revólveres niquelados y tu enorme puñal. Cruzaste las calles de Macorís seguido de la muchachería curiosa y tocada de admiración por la leyenda que te aureolaba.

Vestías un pantalón kaki, lucías unas polainas nuevas, un sombrero de vaquero y te mostrabas a todo el mundo como un héroe. Contástes a muchos tus aventuras por las montañas, por el llano y eras celebrado. Yo fuí de los pocos que enmudecieron ante tu presencia. De los pocos a quienes serviste de motivo de hondas reflexiones. No te he olvidado más y hay días, cómo hoy, en que mi pensamiento no se aparta de tí, Tolete magnífico! Emulo de El Chivo y del no menos célebre Florentino. Tolete! que compartes conmigo el privilegio de haber nacido en esta tierra. Quiera el cielo que algún historiador indocumentado o caprichoso no te presente a la admiración de las jeneraciones futuras como un héroe de la Tercera República. Aún suena en mis oídos el romance que te ha inmortalizado:

“Tolete, tu me va a matá  
Tolete, por la madrugá,  
Tolete, ya lo rulo tán  
Tolete, pa come con pan”.





“Tolete, mañana me diba  
Tolete, ya yo no me voi,  
Tolete, sólo e pa que sepa  
Tolete, lo que es el amor”.

“Tolete, tu tenía una novia  
Tolete, llamada María,  
Tolete, ya tu no me quiere  
Tolete, como me quería”.

Durante esa época el ganado de Contreras sufrió mucho. Se le perdieron reses y le mataron bastantes. Más de una vez su compadre Eudosio fué avisado para que viera en bohíos de la misma sabana los cueros tendidos al sol.

Pero cuando las dificultades de Don José llegaron al colmo fué cuando don Marcial fomentó La Inocencia y la Finca resolvió casi al mismo tiempo abrir extensiones por esos terrenos. Llegó a su conocimiento que un Agrimensor estaba midiendo por sus posesiones, que se fomentarian nuevas colonias y que había que retirar toda la crianza. Pero todavía le ocurrió otra cosa peor. Un día vino Eulojio expresamente, enviado por su compadre Eudosio para participarle que estaban abriendo una trocha en su monte. Inmediatamente don José hizo un viaje para ver por sus propios ojos lo que estaba pasando. Al llegar vió que no sólo habían hecho una trocha sino que habían comenzado una tala. Mandó a buscar al Pedáneo y protestó delante de él del atropello que se estaba

cometiendo. Logró ese día que se suspendieran los trabajos. El encargado de estos le prometió que iría enseguida a participárselo a la Administración. Esta vez le dieron una satisfacción. Se le hizo saber que habían sufrido los empleados una equivocación.

Todas estas cosas produjeron en Contreras un gran disgusto. Pudo enterarse igualmente de que la Central abriría trabajos enseguida y que un gran número de propiedades desaparecerían porque los que se consideraban dueños de ellas sólo podrían disponer de las mejoras. Casi nadie tenía títulos suficientes para cubrir y muchos los tenían ilegales, por no haber cumplido con las formalidades de las nuevas leyes que se habían votado.

Pero don José Contreras creyó prudente consultar con un abogado. Esta vez se dirigió al bufete del Lic. Martínez López, en Macorís. Llevaba una carta de recomendación del Alcalde. López lo recibió con deferencia y le oyó con atención. Don José comenzó por decirle que él no creía mucho en los consejos que pudieran darle los abogados, porque estos le habían causado muchos perjuicios, pero que su amigo el Alcalde le dió muy buenas referencias sobre su persona.

—Me ha dicho, que usted es uno de los abogados más honrados y competentes que hay aquí. Por eso no tuve inconveniente en venir a verle.

Contreras se extendió en detalles. Le refirió todo cuanto le había pasado con sus tierras.

—Ese es uno de los problemas más importan-

tes de este país. Sobre todo aquí en el Este. Ahora mismo tengo pendientes muchos asuntos parecidos. Aquí ha venido mucha gente a verme. Eso es una barbaridad.

—Barbaridad no! Eso es un crimen. Ustedes no se pueden dar una idea aquí en el pueblo de lo que está pasando por allá.

—Cómo no. Aquí me han contado atrocidades.

Y Don José refirió al abogado como se estaban haciendo las cosas en el campo. No quedará nada, ni un fundo, ni una mata, nada! nada! La gente está loca. Son una infinidad los campesinos que se han quedado en la miseria. Abren los potreros, sueltan el ganado, matan los puercos, sacan la yerba, tumban los plátanos. Es un acabose! Tienen un ejército de hombres en ese trabajo. Hacha y candela por todas partes! Y amenazas y hasta golpes!

—Yo no sé que será de esto!—exclamó don José.

El Licenciado se quedó mirándolo, mientras pensaba en las cosas que acababa de oír.

—Este es un desgraciado país,—dijo.—Un pobre país! Cualquiera se hace chino, mi amigo. Lo único que puedo decirle es que están sucediendo cosas inauditas. Jamás se habían visto hechos tan extraordinarios como ahora. No se respeta la propiedad, ni la vida, ni las costumbres ni los usos del pueblo, mi amigo. A mi conocimiento han llegado noticias de atropellos innumerables sin sanción. Y lo peor es que tenemos que ver y que



callar. Yo estoy a punto de cerrar la Oficina por inútil. Para qué alegar derechos, ni leyes, ni procedimientos, ni nada. Todo eso es vascuencia. Es el más fuerte el que domina. El capital! El dollar! Yo me imagino como estarán esos campos. Qué pa.s, mi amigo!

Don José escuchó estas palabras con visible satisfacción.

—Bueno,—le dijo el abogado volviendo al asunto de la consulta.—Yo estudiaré eso. Veremos lo que se pueda hacer, lo que yo le pueda aconsejar.

Después de un silencio, el abogado tiró de una gaveta de su escritorio y sacó unos papeles.

—Vea esto! Hace tiempo que tengo escrito estos apuntes con el propósito de publicarlos, pero creo que es inútil. Aquí nadie lee más que tontorías. A estas cosas no le hacen caso.

Arreglando las cuartillas el Lic. Martínez no se pudo contener:

—Voy a leerle algunos párrafos:

“Hace poco más de medio siglo que estas regiones estaban casi despobladas. La cantidad de habitantes por kilómetros cuadrados era irrisoria. Se cruzaban grandes extensiones sin encontrar un bohío ni un conuco. Eran inmensos bosques vírgenes que rodeaban el pequeño caserío de pescadores que se habían establecido en la margen oriental del río Macorís. Los escasos pobladores de esos montes estaban amparados por títulos de pesos de tierra que poseían por herencia

o por compras. La cantidad de tierra que correspondía a esos pesos de títulos era excesiva. Los propietarios de esos títulos podían ocupar cualquier pedazo de monte en el lugar que designaba su escritura, siempre que no estuviera ocupado antes o fuera reclamado por otra persona. Así con una docena de pesos se podía ocupar una extensión equivalente a una caballería o más. La cantidad de tierra dependía de la extensión del sitio y del número de habitantes con que contaba. De este modo había sitios en los cuales una docena de pesos sólo correspondía a una peonía, es decir, aproximadamente unas trescientas tareas.

“No había necesidad de disputar pedazos de tierras, por esa época. Era tanta para tan poca gente! Muchos años duró este estado de cosas en el Este. Los trabajos que en esas tierras se realizaban se reducían a conucos o cercas en botaos para encerrar dos o tres animales. Una vaca o dos y uno o dos caballos. Junto a esos trabajos se levantaba el fundo, para ser ocupado por la familia amenudo numerosa, pero sin demasiada ambición. No se podía hacer más. El caserío que se levantaba a la orilla del río contaba con una escasa población que consumía muy poco, y gran parte de este consumo, lo encontraba en sus alrededores. Así es que los habitantes de los bosques retirados de la costa sólo producían lo indispensable para su manutención y el excedente tenía muy difícil salida, por la distancia a la cual se encontraban las otras aldeas y por las condiciones

de los caminos que eran prácticamente intransitables.

“La tierra pues, tenía muy poco valor. En este estado de cosas comenzó el fomento de potreros en grandes extensiones para la crianza de animales. Estos trabajos fueron iniciados por inmigrantes cubanos. En este país no se conoció hasta entonces los pastos artificiales. Los ganados pastaban en los montes o en la sabana, que en el Este son numerosas. Además el ganado que existía por aquella época era poco, gran cantidad de éstos salvajes, residuos de los que habían quedado abandonados en diferentes épocas a causa de las emigraciones que la historia accidentada de esta parte de la Isla ha vivido, desde el descubrimiento, hasta hace pocos años.

“El Este estaba dividido en grandes sitios que comprendían inmensas extensiones de tierras, montes víregnes y sabanas. Estos sitios abarcaban hasta centenares de caballerías. Muchos de ellos pertenecían a las sucesiones de los favorecidos por mercedes concedidas por SS. MM. los Reyes de España. Los títulos y demás documentos que amparaban el derecho de propiedad se originaron en estas donaciones y luego de pertenecer a españoles, pasaron, en el transcurso de los años, hasta las manos de los esclavos y sus descendientes por ventas o donaciones igualmente. Los terrenos que no pertenecían a particulares, los de la Corona, pasaron por derecho de conquista a los



países que dominaron esta parte de la Isla. De este modo fué subdividiéndose la propiedad territorial hasta el estado en que se encuentra en nuestros días.

“A medida que las tierras fueron utilizadas, primeramente para el fomento de potreros bajo cercas, su valor fué aumentando paralelamente a la codicia por su posesión o retención, necesidad que no se había experimentado antes.

“En muchas rejiones del país esta división de la propiedad territorial se ha efectuado lentamente, sin apresuramientos, siguiendo el ritmo de la población y sus necesidades, en cambio, en otros, Macorís, particularmente, esta división no llegó a efectuarse y el establecimiento del cultivo de la caña de azúcar, en su época contemporánea, dió lugar, por la extensión de tierras que esta industria requería, al establecimiento por todos los medios, lícitos e ilícitos, al latifundio. Las tierras volvieron a ser acaparadas por un sólo propietario, como en los tiempos de la conquista. Cuando esto sucedió, la población nativa no había aumentado lo bastante, por lo cual, fué fácil apoderarse de esas grandes extensiones de suelos vírgenes que nadie ocupaba. Estas selvas que no se habían deslindado, que simplemente estaban demarcadas convencionalmente por sus límites topográficos, estaban pobladas por los propietarios de acciones, derecho o títulos, y se conocían bajo la denominación de tierras comuneras. Todos los que poseían acciones sobre esos sitios tenían derecho de levantan-

tar trabajos y criar animales. No había necesidad de disputarla, la tierra sobraba.

“Los Gobiernos nacionales trataron de arreglar aquella situación, cuando los intereses de los nuevos propietarios lo demandó. Se hizo lo que se pudo, lo que se creyó bueno, o lo que convenía a las exigencias del momento.

“Todas esas tierras que se encontraban con escasa población fueron destinadas al cultivo de la caña de azúcar. En ellas se establecieron los primeros Ingenios. Desde entonces, debido a la gran cantidad de braceros que esta industria utiliza, el Este posee la mayor población flotante de la República compuesta por nacionales y extranjeros, constituida en su mayor parte de parias infelices, que no poseen nada, y cuya vida depende de un jornal que ha seguido las fluctuaciones del mercado del azúcar, y que nunca ha sido suficiente y sí lo bastante exiguo y reducido, para hacer de esta rejión un territorio de miserables esclavos, que de generación en generación, han ido perdiendo hasta la más elemental dignidad humana. Han llegado hasta el extremo de renunciar al derecho de posesión de toda propiedad, contentos de que se les permita vivir a cambio de no utilizar más que sus brazos al servicio del machete, único instrumento indispensable para sostener y hacer prosperar esa industria, la más esclavizante y embrutecedora de las industrias que existen en el mundo. A esa industria debe este país, desde la época colonial hasta nuestros días, su estancamien

to, su atrazo, su desorganización y, sobre todo, su inferioridad racial. La industria azucarera en los trópicos no ha necesitado otra cosa que tierras, bueyes y negros. Mientras más negros, mejores.

“Como para la adquisición de toda esa tierra era indispensable multiplicar los derechos a ella, pareció natural multiplicar las acciones, los pesos, tarea fácil que en ninguna otra parte de la República alcanzó el auge que en Macorís. La multiplicación de los títulos en tareas y en pesos, la alteración de las cantidades por ellos respaldadas, luego la posesión violenta, seguida de la utilización inmediata, todo esto y algunos procedimientos más, de acuerdo todo con la legislación que paulatinamente se creó para garantizar el derecho de propiedad, son las causas del estado en que se encuentra esa rejión de la República. Cada nueva ley ha dado origen a nuevos procedimientos de rapiña. Por los Tribunales de la República han cursado expedientes dignos de ser estudiados y comentados.

“El Este ha sido fecundo en la creación de medios para adquirir la propiedad territorial. En ningún sitio se han industrializado los procedimientos para esta adquisición como en el Este del país.

“Muchos corredores, muchos notarios, muchos abogados, no han tenido otra ocupación durante años. Ya hoy los pequeños propietarios han desaparecido. Se ha creado el latifundio. Tanto en los campos como en las ciudades se encuentra una



población compuesta por gentes miserables que han perdido totalmente su independencia y que para cubrir sus necesidades sólo cuentan con el favor de las Compañías, caprichosas e injustas, ya que sólo están al servicio de sus intereses, que no son ciertamente los de la comunidad que los rodea.

Al terminar el Lic. Martínez López, don José, que oyó la lectura con marcada atención, exclamó:

—Eso está muy bueno! Pero muy bueno!

De regreso Don José fué a ver inmediatamente al Alcalde.

—Ese abogado es una potencia. Sabe mucho.

—Cuando yo se lo recomendé! Yo no lo iba a mandar a usted donde una porquería, donde un chivito. Ese es un mozo de porvenir. Dios quiera que no lo echen a perder. Por que aquí, compadre, todo se malogra. Aquí no se puede andar por el camino. Hay que cojer el atajo.

—Eso si es verdad!

Y Don José contrajo los labios y movió la cabeza.

## II

Hacia meses que la Compañía Nacional de Inversiones Territoriales, propietaria de algunos Ingenios en el Este de la República, habia creado una situación de intranquilidad en aquella rejión. Esta Compañía estaba presidida por Mr. Franklin Harrison, un norteamericano intelijente, audáz y ambicioso, conocedor de las condiciones económicas y políticas del país, por haber permanecido una temporada residiendo en él. Vivía habitualmente en New York, donde dirijía además uno de los más poderosos bancos de aquella Metròpoli.

La Compañía Nacional tenía necesidad de expansionarse, de extender sus cultivos de cañas de azúcar, y el Presidente, de acuerdo con sus abogados y contando con la benevolencia de la Administración y la complicidad de las autoridades, puso en ejecución un vasto plan para adquirir una gran cantidad de tierras.

Se comenzó por poner a sueldo algunas autoridades rurales. Dos o tres Alcaldes Pedáneos fue-

ron nombrados Inspectores de Montes de la Compañía Nacional. Se contrató un Agrimensor, Juan Bautista Guerrero, para que levantara los planos de seis o siete sitios importantes, que comprendían una extensión de más de trescientas mil tareas nacionales. Esos planos en los cuales estaban incluidos los límites de todas las propiedades privadas, con todos sus detalles, se dividieron en Zonas, y cada una de estas zonas se le atribuyó a un Agente especial encargado de hacer las compras por cuenta propia, sin que la Compañía figurara directamente en esta operación. Luego se haría el traspaso. Juan Bautista era además otro de los agentes compradores. A medida que hacía sus mensuras informaba a la Compañía Nacional de las condiciones en que se encontraban las propiedades. Él había hecho mensuras en años anteriores en esos mismos sitios por comisión de los Tribunales de esas jurisdicciones y era una persona bien conocida por todos los campesinos de la región. Por esta circunstancia nadie estaba mejor preparado que él para influir en los ánimos de los campesinos que le reconocían gran autoridad en el conocimiento de las leyes de tierra. Juan Bautista era asistido en esa tarea por uno o dos de los Alcaldes Pedáneos o Inspectores de Monte, previamente interesados y aleccionados. Durante algunos meses, anteriores a la campaña, estuvieron visitando a los pequeños propietarios para hablarles de las condiciones en que se encontraban sus propiedades. A muchos le pedían sus



papeles para examinarlos y ponérselos en debida forma. Como se trataba de la autoridad y el Agrimensor estaba encargado de ese trabajo, los campesinos no vacilaban en entregar sus viejas escrituras, muchas de las cuales estaban mal instrumentadas, por ignorancia o por mala fé. Amenu-do les devolvían esos títulos diciéndole:

—Usted compadre, tiene que salir de este punto. Usted no tiene nada. Todos esos terrenos son de la Compañía Nacional y si usted no hace algún negocio ahora, luego lo perderá todo. Usted no cubre con sus títulos ni siquiera el lugar que ocupa su fundo.

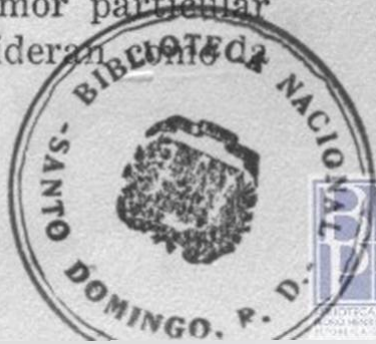
Estas expresiones se repetían en todos los bohíos por el Alcalde y por el Agrimensor. La ignorancia de nuestros campesinos en muchas regiones de la República es extraordinaria. Por lo cual esta campaña tenía que dar sus frutos.

Una vez demarcadas las zonas y levantados los planos, estas fueron repartidas entre dos o tres agentes de la Compañía. Las zonas de Juana Lorenza, Las Pajas, San Jerónimo, se atribuyeron a un tal Mr. William, un hombre muy activo y astuto. Completamente sin escrúpulos y hablando perfectamente el español, hacía creer a los campesinos que actuaba por cuenta propia. La adquisición de la zona William estaba a cargo de Juan Bautista que tenía una comisión, del Alcalde Díaz y del propio Mr. William. El Notario de la común vecina, Medardo López, también estaba asociado. Los tres se trasladaban en días deter-

minados a los diferentes sitios y establecían allí sus oficinas, en cualquier enramada, previa convocatoria de los vividores del lugar por el Pedáneo Díaz.

Los campesinos dominicanos sienten una gran admiración por el blanco extranjero. No le discuten nunca y creen que todo cuanto les pueda decir es verdad. Y si estas opiniones son corroboradas por dos o tres dominicanos, sobre todo, si son personas conocidas por ellos, no se atreven a discutir las.

En una ocasión, un domingo, en una bodeguita del Hoyón, la Oficina ambulante se estableció en la mañana. Díaz había hecho venir allí a más de cincuenta propietarios. Se había organizado una fiesta. La bebida y la música corrían por cuenta de Mr. William. Durante toda la mañana el guiro, el acordeón y el balseo no cesaron de hacerse oír, y se tomó en demasía. Con doce o catorce pesos el Pedáneo organizó este fandango. En un rincón de la enramada, frente a una mesita rústica, estaba instalada la Oficina. Medardo López, Mr. William y el Pedáneo estaban sentados alrededor de la mesita. Los campesinos, en su mayoría pequeños propietarios del sitio, pasaron una mañana llenos de alegría, tomando y comiendo, obsequiados tan suntuosamente con ron Campana, anís y cerveza y empanadas. Mr. William había llevado algún dinero en oro acuñado. Sabían que nuestros campesinos sienten un amor particular por las monedas de oro, que consideran



única verdadera, y que se pueden guardar indefinidamente sin que jamás se desvaloricen.

Esta fiesta patrocinada por los delegados de la Compañía, duró toda la mañana y algunas horas de la tarde por cuenta de ellos, y se prolongó en la noche por cuenta de los campesinos enriquecidos esa mañana con la venta de sus mejoras, por sumas ridículas y miserables. De sus mejoras únicamente, porque ya se les había dicho y casi probado, que no eran propietarios de la tierra, según afirmaba el Agrimensor, el Notario y los demás agentes de la Compañía.

En esa sola mañana Mr. William, con un gasto de diez o doce pesos en la fiesta que resultó suntuosa, y con algunos centenares de dólares en papeletas nuevas y oro acuñado, se había hecho propietario de más de diez mil tareas de tierras, con el concurso de dos o tres dominicanos, asociados y amigos suyos.

Este plan se realizó con algunas variantes en diferentes rejiones ricas en bosques. El Pedáneo le prometía a los campesinos que habían vendido que podían descosechar y que, por algún tiempo, nadie los molestaría. Conseguidos de este modo los propietarios más importantes, los demás vendrían voluntariamente a deshacerse de lo poco que tenían, para aprovecharse de la oportunidad que se les ofrecía y evitarse contratiempos con el amo mayor en el futuro.

Por la tarde de ese día, regresaba a su fundo Baldomero Rubert, un loco, acompañado de su



mujer con cuatro morocotas en el bolsillo. Había vendido su potrero, media caballería, situados en un sitio muy importante, por donde debía pasar el proyectado ferrocarril que transportaría la caña de las nuevas colonias que se abrirían para las próximas zafras que se estimaban por este motivo que serían extraordinarias. Esas morocotas que traía Rubert serían enterradas, con toda probabilidad, y aún cuando ya no tendría éste donde soltar sus bestias, no le faltaría algo que hacer a él o a sus hijos, aunque fuera tumbar alguno de esos montes que había vendido o sembrar caña, o encargarse de algún tiro de bueyes. De esta manera fácil, ingeniosa, quedaron convertidos en simples peones, si acaso, más de un centenar de campesinos, dueños de conucos y fundos, de donde sacaban el diario sustento para su familia.

Una vez adquiridas de tal modo las diferentes zonas, la Compañía dió principio inmediatamente a sus trabajos y todos los antiguos propietarios fueron desalojados violentamente, sin que pudieran muchos descosechar sus frutos como se les había prometido.

Transcurrido algunos meses, una mañana, José Prieto, padre de una familia numerosa, contemplaba en la puerta de su fundo, que estaba situado en el centro de un potrero, en el cual tenía cuarenta vacas, algunas bestias de silla y de carga, como los peones de su amigo Antonio le estaban sembrando cañas en el patio y en la misma puerta de su casa. Triste, apesadumbrado, en-

cendió su cachimbo y se sumió en un silencio profundo. Su fisonomía no tenía expresión. Aquello era obra de la fatalidad, algo superior a sus recursos y fuera del alcance de su escasa inteligencia.

No todos sintieron esa estúpida resignación, y no fueron pocos los que protestaron de ese despojo violento e inaudito. Instruidos por algunos de sus relacionados en los pueblos vecinos, buscaron quienes les redactaran una protesta, y una comisión, formada por antiguos propietarios de aquellos sitios, fué a visitar al Gobierno sin que obtuviera ningún resultado. La Compañía Nacional estaba obrando conforme a sus derechos, garantizados por la ley.

Don José tuvo, por esta causa, que retirar su ganado del monte. Había perdido, ya una parte de el que consideraba como de su propiedad y el paño que le quedó se encontraba dentro de la zona en la cual la Compañía abriría los trabajos. Las Malas Mujeres serían colonias y seguramente casi todas las tierras de los alrededores. Con el ganado de don José también se sacaron las puntas que por esos lugares tenían algunos criadores de la sabana. Don José distribuyó el suyo, al tercio, entre amigos y compadres. Hubo que llevarlo lejos para que por la querencia no volvieran al sitio y le ocasionaran nuevas dificultades.

Las pérdidas de don José fueron de consideración. Muchas reses se extraviaron, los cerdos que cuidaba Eulojio fueron robados en su mayor

parte. Todo esto sería poco, si no se le hubiera agregado el dolor de ver despojadas a sus hijas de las tierras y del fundo que allí tenían.

Sin dificultad pudo enterarse de que esas tierras estaban comprendidas entre las que se debían tumbar de un momento a otro. Uno de los primeros pasos que dió fué en el sentido de tratar de hacerles donación de una cantidad de títulos para que se cubrieran. Pero él no poseía ninguno y ya era tarde para conseguirlos. Con motivo de lo que sucedería los precios a los cuales estos títulos se vendían eran fabulosos.

Las preocupaciones y sufrimientos de Anastasia no eran menores. Mientras José estaba lejos, ella estaba al corriente de todo lo que pasaba en el campo y sobre todo en su vecindario. No transcurría una semana sin que a su puerta llegaran amigos, compadres, o familiares con malas noticias. Sabía que de un momento a otro se abrirían los trabajos en sus alrededores. Gollo Brito le hizo una relación de como se habían hecho las mensuras y de los planes que él oía acerca de las nuevas colonias que se fomentarían.

Un día se presentó en casa de Anastasia Anselmo Benitez.

—Yo creo que esto será caña,—dijo, después de referirse a otros asuntos que aparentemente eran el motivo de la visita. Yo le dije al vale José que sus papeles no estaban en regla como los míos. Si se hubiera llevao de mi no le pasa tó lo que le pasó.



Y le repitió a la vieja que José era muy testarudo.

Otro día se presentó el Pedáneo con el propósito de tratar el fundo. Le interesaba la horconadura que era de calidad.

Anastasia no respondió. Prefirió callar y que sus yernos y José se ocuparan de salvarle sus tierras si podían. Pero amenudo le decía a Ramona:

—Me tienen sin juicio estas gentes. Ya desco que llegue el Agrimensor para que esto se acabe.

Pero ya Juan Bautista había medido el terreno. Sin decirle nada a la vieja hizo un replanteo y cuando terminó, al pasar por delante del fundo de Francisco, le dejó un mandado.

—Dígale que no se apure. Que esta mensura no quiere decir nada.

Amenudo se presentaban allí trabajadores que le informaban lo que se decía en las colonias acerca de las tierras, de la mucha caña que se iba a sembrar y del peligro que corrían los animales si no los encerraba a tiempo. Ya en su conuco habían hecho algunos robos.

Una tarde, Rosendo, un hombre que había llegado de Angelina para trabajar en la nueva colonia de Don Marcial, subió hasta el fundo de Anastasia. Después de hablar largo rato sobre la situación tan triste que atravezaban los vividores de esas tierras; tras un largo silencio, preguntó a la vieja:

—Cómo cuantos años tendrá usted?

Le habían dicho que él era más viejo que

Anastasia y aunque se sentía y veía más joven, la ocurrencia lo dejó confuso. Ahora quería disipar esa duda.

—Hombre yo no sé!,—respondió la vieja y después de reflexionar un momento añadió— yo me acuerdo de los blancos. Yo estaba una zaga-leja. Una vez tuvimos que dirnos al monte para salvarnos de los mambises que andaban por esas lomas.

—Entonces,—afirmó Rosendo—yo soy más nuevo que usted, porque yo si que no hago memoria de los blancos. Yo sé de los blancos por las historias. Por lo que me han contao.

Y después de una pausa, agregó:

—Me han dicho que entonces corría más plata que agora.

—Cristiano! Eso no tiene comparación! Entonces cualquier viejito tenía onzas guardadas. En mi casa no faltaban.

Rosendo se quedó pensativo. A poco dijo:

—Porqué se dirían! Aquí no para na bueno, vieja. Más malos que nojotros, no hay cristiano!

—Y dígalo! Y pa estos blancos de agora que naide los entiende en su jerga, más valían aquellos. Hablaban como nojotros. Y no eran intere-saos. No le quitaban a naide lo suyo. Esos sí eran buena gente. Figúrese! Con tanta gente mala como andan, por esos bateyes.

Rosendo volvió a quedarse pensativo y después de un rato murmuró:

—Entonces, no habría Finca?



—Por aquí no había—respondió Anastasia. —Yo no sé por otra parte. Por aquí sólo había monte. De aquí salía uno y no veía claro hasta la sabana, del otro lado del río, camino de Los Llanos. Por Palmo Espino, por las Taranas, por Tavila, al medio día estaba oscureció. Y del lado de Macorís se llegaba hasta Higuamo por entre monte. Sólo se veían conucos. Y entonces sí que había crianza. Y no había esa tanta media. Yo he oído mentar el Agrimensor agora. No había esa tanta angurria.

Conversaron un buen rato. Anastasia sólo tenía noticias de Don Gerardo. El fué quien dió la mensura de todas esas tierras. Hace mucho tiempo. Pero ahora ya la tenían cansada con ese cuento. Y Rosendo insistió en que las tierras traían muchas dificultades.

—Ya naide es dueño e nada, vieja. Ni se puede hacer conuco ni se puede criar. Agora to e caña. Jasta los viejitos de la sabana quieren tumbar el montecito que les quea. Es un entusiasmo!

—Lo que ha traído esa Finca son robos. Al probe Francisco no le para gran cosa en el conuco. Es un saqueo en grande.

Anastasia dejó sólo a Rosendo para ir a la cocina a colarle una taza de café.

Rosendo se quedó contemplando el monte que rodeaba el bohío. Monte claro, flojo, donde sólo se podían sacar varas y alguna leñita, charamuscos, si acaso. Observó el caimito de perro con sus hojas rojizas, los yagrumos con sus hojas



redondas. Las palmas, la pana parida. Fijó por último la vista en el árbol que trajo José que él tampoco conocía.

Al volver la cabeza hacia el trillo alcanzó a ver a Francisco que subía la cuesta.

—Y usted que tal?

Rosendo se levantó para tocarle el brazo con la mano.

—Ya pué ver. Bregando!

Las gailinas iban subiendo a la varía que les servía de dormitorio. Unos carpinteros alborotaban en la palma. El sol acababa de hundirse detrás del monte.

Anastasia vió a Francisco al traerle el café a Rosendo, y después de saludarlo, volvió para la cocina para servirle café a su yerno.

Hablaron de trabajos. La cosa estaba floja. Luego se refirieron al Agrimensor. Hacía días que se decía por el campo que volvería a medir por cuenta de la Finca y todos los propietarios estaban aguardando ese momento para ver lo que iba a resultar. Francisco trabajaba en las tierras de la vieja Anastasia. Había levantado un conuco, y otro ya viejo, lo convirtió en potrero. Allí tenía dos vacas paridas y su caballo. También hacía negocios y cuando necesitaba plata y le pagaban bien trabajaba en la Finca. Chapeaba, componía empalizadas y tumbaba monte. Otros trabajos no le atraían. Pero prefería ocuparse de lo suyo. La caña no le gustaba.

—Y qué nos hadremos!—exclamó Francisco.—La Finca tiene más fuerza que nojotros.

Y refirió que en la mañana se hab a tropezado con Anselmo Benitez y que le aseguró que Juan Bautista no tardaba.

—Me dijo,—agregó Francisco—que él lo estaba esperando de un momento a otro. Que le iba a probar que él no tenía facultá para mensurar posesiones ajenas. Dijo que Juan Bautista le anda sacando el cuerpo, porque con él si que no hay tutía. Ese Anselmo es un coluquio, vale! Que a él le habían salío los colmillo bregando con tierra. Que Juan Bautista sabrá ma de número, pero que con la intelijencia que Dió le ha dao no se deja engatuzar.

Rosendo sonrió.

—Yo no sé quien se va a llevar de Anselmo. Esos abogaos de sabana son los que ofuscan a la gente.

Anastasia depositaba toda su confianza en José. El le había asegurado que a ella no le tocarían lo suyo, que sus papeles estaban en regla.

—Y como él sabe de letra,—agregaba—tal vez no me la quiten!

Rosendo aseguró que ni la letra valía. Lo malo es que se antojen. Hab.a visto muchos atropellos por tierras. Esa era una angurria de todos los diablos. Y concluyó:

—Y tós nos vamos a morir! Yo si que no sé pa que tantas agallas, si solamente necesitamos la del joyo. Manífica! Por eso yo no he tenío nunca

ná. Toy conforme con mis brazos. To lo que gano me lo hecho encima. El que no tiene na, vale, no pierde na. Ni sufre! Yo no tengo na que me roben ni que perder. Como lo que encuentro y bebo en el río. Los camino pa andar. Y eso jasta que Dios quiera! Nunca le he tenío tirria a na, ni an la vida mesma la he querío, porque la he jugao mas vece que pelo tengo en la cabeza. Toy vivo porque el malo no se muere.

—Jesús! No hable asi cristiano!—murmuró Anastasia.

—Y cómo voy a hablar?

Se levantó, se alzó los calzones y se hechó atrás el machete. Es que ya eso de las tierras lo tenía cansado. Ese era un cuento de nunca acabar. Los pesos ya no valían, así le dijo Candelario el de La Loma. El que contaba con pesos de tierra no tenía nada. Tampoco los que no llevaron sus papeles a la firma. Y los que dejaron pasar el plazo lo perdieron todo. Gautier Mojica dice que a muchos les ha pasado por desconfiados y el Mayordomo asegura que por brutos. Los Amparos Reales dizque se habían perdido. Sólo había uno en casa de Silverio el de La Sierra, según Anselmo Benitez. No entendía bien ese rebú. Y terminó por referir con detalles que una vez vió en la cárcel a un Notario, junto con otros hombres decentes, que estaban presos dizque por falsificar escrituras con semillas de aguacate. No pudo explicarse bien el asunto, pero aseguró que conoció al Notario muy bien, y que hasta habló con él. Por cierto que se



quejaba de los mosquitos. No parecía tan pícaro un hombre tan blandito.

—Yo nunca había visto, vale, picar una jente con tanto gusto. Parecía como de virguela. O tenía el pellejo muy fino o la sangre muy dulce, porque lo que es a mi, vale, jasta los mayes me respetan.

Oían a Rosendo tranquilamente Anastasia y Francisco, cuando de pronto la vieja volvió la cabeza hacia el trillo. Sintió como un tropel de bestias por la parte de atrás del bohío. Rosendo se calló para escuchar mejor. Trotaban bestias y oyeron algunos golpes secos. A esa hora y por ese sitio esos ruidos eran extraños y Anastasia sorprendida exclamó:

—Señor! Y eso?

Se dirijieron los dos hombres a la esquina del bohío por donde seguía el trillo hasta la cañada.

—Es un atajo de burros,—dijo Rosendo.

La vieja Anastasia adivinó.

—Ese es ese dianche de burro que se ha soltao. Ofrézcome a los clavos de Cristo! No hay sogas que pare, toíticas las troza.

Francisco y Rosendo se dispusieron a cojer el burro. El atajo abandonó el trillo y se metió en el monte. Las burras corrían por dentro del monte haciendo sonar las hojas secas y quebrando ramas. Detrás el burro prieto de Anastasia, un burro mañoso que tenía fama en el lugar por mordedor. De pronto se paran y lanzan patadas al burro que las quiere detener mordiéndolas por

el pescuezo, mientras hecha hacia atrás las orejas, enardecido, colérico casi. Las burras se defienden y corren. En vano siguen los hombres detrás de los animales. No se detienen. Les tiran palos y hasta piedras. Rosendo tiene que hacer uso de su machete para cortar algunas ramas que le impiden el paso.

Anastasia instintivamente se ha emplazado en la esquina del bohío con el palo de la escoba en la mano, molesta, violenta, hablando sola y con la vista dirigida hacia el sitio por donde han desaparecido Francisco, Rosendo y el atajo.

—Es un animal aborrecible,—decía.—Parece que está tentao del Diablo.

Por un momento le pareció que se encaminaban a la cañada. El ruido del trote de los animales se apagó. Oía solamente las voces.

—Burro del Diablo!

—Shi tó, só, só!

A poco oyó a Francisco.

—Atájelo por ahí! Corra, vale, corra!

Luego se hizo un silencio y Anastasia pensó que los animales se habían detenido o que habían cruzado al otro lado.

De pronto, volvió a oír las voces. Los burros se acercaban al bohío. Anastasia se retiró a la puerta. Ese burro podía hasta tumbarla. Cuando estaba así, ni a ella la respetaba. Entonces sí que se ponía mañoso!

Salieron al claro. El burro seguía tirándole mordidas a las burras y éstas le correspondían

asestándole patadas. Sobre el pescuezo de! burro y aún en los costados sonaban los golpes que daban las pezuñas. Y lejos de apartarse, el burro las acometía con más violencia. Su enardecimiento era más que patente.

—Burro! Burro!,—gritaba Anastasia. Y hablando consigo misma murmuraba.—Parece que se le mete el espíritu malo en el cuerpo!

El atajo se detuvo, por fin, frente al árbol de José. El burro parecía cansado. Las burras dieron todavía más brincos. En eso llegaron Francisco y Rosendo. Aquel traía una rama en la mano y éste su machete. Empezaron a silvar.

—Sho! Sho!

Fatigado por las carreras el atajo quedó tranquilo. Efectivamente, Anastasia pudo ver que el burro había roto el lazo. Sin duda también había roto la empalizada. Esas burras siempre lo estaban embromado. No salían de la vera del cercado. Y un burro ocioso, que apenas trabajaba no podía estar tranquilo viendo ese atajo. Rosendo se colocó frente al trillo que bajaba, con el machete siempre en la mano, mientras Francisco procuraba llegarles poco a poco. Anastasia con su palo de escoba se quedó en la puerta del bohío. Estaba tan vieja que no servía ni para atajar las bestias. Después de algunos fracasos, mientras una de las burras seguía pateando al burro, Francisco pudo agarrar el extremo del lazo que arrastraba el animal, y aunque éste hizo un esfuerzo por escapar-



se, esfuerzo que por poco hace caer a Francisco, quedó cojido.

En el bohío le cambiaron la soga por otra y lo metieron en el patio para que se apaciguara un poco antes de llevarlo a la cerca, si el portillo que sin duda, había abierto, no era muy grande y se podía componer de una vez. De lo contrario quedaría amarrado y sin cenar.

Las burras siguieron con la vista al burro mientras Francisco lo llevaba. A poco, descendieron por la pendiente corriendo, pateando y mordisqueándose las unas a las otras. Rosendo le tiró algunas piedras para que se alejaran a la mayor distancia posible del bohío y no molestaran más.

Comentaron un rato la ocurrencia. Las carreas que dieron por el monte fueron muchas. El burro no los atendía por más que lo vociaban. Rosendo aseguró que cuando los burros se ponen así pierden el juicio. Y contó que en una ocasión vió a un hombre que perdió un brazo de una mordida que le dió su burro.

—Son unos animales sin confesión,—agregó.

Anastasia elojó el suyo que le rendía muy buenos servicios. Pero reconocía que cuando las burras lo alborotaban no había otro más mañoso que él. Y eso que ya no era muy nuevo. A lo que contestó Francisco:

—Es que no hay cosa pior que un viejo enamorado.

Anastasia sonrió. Luego dijo:

—Vean que cosa! Yo si que no se como me



voy a hacer con ese animal. Me mandó a decir el Jefe o el otro, el Mayordomo, que como lo vuelva a ver suelto me lo va a poner preso y lo va a mandar al Batey. Figúrese! Un burro que se ha criado por esos bajos! Ya si fué verdad!

Calló. Volvió la cara hacia el pedazo de cielo bajo el cual se extendían los inmensos cañaverales de la Finca, y sus labios se movieron varias veces como si estuvieran dejando escapar palabras.

A poco descendía Rosendo por la cuesta, camino de La Inocencia y los demás quedaban solos en el bohío. Era casi de noche. Lejos sonaba un balsié, en el Hoyón sin duda, y el fundo iba a ser arropado por las sombras, mientras sobre su techumbre refuljían ya las estrellas.

Francisco se despidió.

Cuando quedó sola Anastasia rezó un Padre Nuestro y luego se entregó al tema habitual de sus meditaciones. Cuántas cosas pasa una mujer sola en la vida. A no ser por Francisco y por Rosendo cómo hubiera podido cojer el burro. A estas horas, pensó, estaría correteando por esos tabucos o por la sabana detrás de las burras y tal vez se hubiera perdido, como ocurrió una vez con el caballito que no supo de él en toda una semana. O sabe Dios si se lo hubieran cojido preso.

José pasó por su imaginación. Cuándo hubiera pasado tantas cosas si José se hubiera quedado a su lado, ayudándola a criar las hijas. Tan bueno José! Y después de evocar algunos recuerdos, casi

todos gratos, que le iluminaron un tanto las pupilas ya definitivamente opacas, exclamó, levantándose a buscar el lebrillo para lavarse los pies y acostarse.

—No taba de Dios! José era pa otra!

El fundo de la vieja Anastasia era antiquísimo. Más de cien años habían transcurrido desde que lo construyeron. No estaba aplomo ya, se inclinaba hacia un lado. Las puertas eran de caoba. Cuatro tablas simplemente cepilladas y clavadas sobre un marco de la misma madera. Estos marcos debieron ser cuadrados, pero ya se habían torcido y las tablas se inclinaron. La puerta no ajustaba en su hueco, quedaban hendijas a uno y otro lado de consideración, pero sin importancia. Quién iba a aprovecharse de esto en esta casa tan mala y tan pobre. El fundo de Anastasia tenía todo el aspecto de una casa abandonada. Delante de la puerta se veía una calzadita hecha con piedras de sabana, grises y pulidas, orladas por la grama. En una esquina una cerca prolongaba el frente del bohío. Una cerca de palos finos, torcida, y dentro dos o tres arbustos cubiertos de flores y algunos rosales ya envejecidos. Almiras y mosquetas. Alrededor otros sembrados: yanten, romero, apasote, mejorana, alquitira, malva, yerba buena. La tierra estaba seca. El arroyo retirado y ya Anastasia no tenía fuerzas, como antes, para regarlas todos los días.

Al frente de la puerta creció un árbol desconocido que nació de las semillas que le trajo una



vez José. Nadie lo conocía por allí y a ella se le olvidaba a cada momento cuál fué el nombre que le dió. Lo sembró cerca del fundo, porque José le dijo que era muy bonito y con eso adornaría el claro del bohío. Junto al árbol se alzaban tres cruces sobre un montón de callados. Este era el calvario.

Se alcanzaba el fundo subiendo por un largo trillo tortuoso tendido bajo una ceja de monte. A la mitad del trillo, a la derecha, se veía un claro cubierto de grama siempre fresca y verde. A uno y otro lado un poco más arriba troncos de capá de sabana. A medida que se avanzaba el silencio y la soledad producían la sensación de un sitio deshabitado. Oíase tan sólo el canto de algunos pájaros: rolones, rolitas, carpinteros y ciguas de cuello amarillo.

De pronto, atajaba el paso el bohío, desencajado, con las tablas lavadas, grises, y la techumbre de yaguas ennegrecidas por el tiempo. Aparecía por sorpresa en medio de otro claro cubierto de grama, también verde y brillante. No ladraban perros. Anastasia no tenía nada que cuidar. Su perro, envejecido, dormitaba bajo la mesa. Ella creía que había ensordecido con los años. Además parecía enfermo, todo el santo día rascándose y ya no le valían remedios.

Nadie recibía. El bohío parecía abandonado. Pero había gallinas cerca. Se oían escarbar en el monte vecino. Desde la puerta del fundo se divisaba el llano. Extendido a la izquierda lo

limitaba allá lejos, una lista de monte. A medio día estaba desierto. No se veía ningún atajo, nada. Por las tardes se cubría de puntos rojizos, blancos o negros. Eran los ganados que pastaban. Por las mañanas se observaban los mismos puntos y el horizonte más diáfano. Se llenaba de sol. Del bohío se escuchaba a veces, a medio día, el pito del Central. La Finca estaba cerca ya. Y se apercibía también el ruido de la locomotora cuando llegaba a la colonia, con su pesada carga de vagones.

A la caída de la tarde, la vieja Anastasia, se sentaba sobre una de las piedras de la calzada, con su cachimbo encendido, a ver recojerse las pocas gallinas que le quedaban, o a ver las vacas que salían del monte y siguiendo el trillo iban a echarse a la sabana. Todas las tardes hacía lo mismo.

El pañuelo le cubría hasta la mitad de la frente. Delante y detrás de las orejas se mostraba el cabello lacio, blanco hacía ya mucho tiempo. El rostro cubierto de arrugas profundas, la boca sin relieve, casi una línea. La mano que sujetaba el cachimbo, temblorosa. Anastasia miraba y remiraba y tornaba a mirar lo que veía todos los días, lo que hacía años la rodeaba, lo que vió desde niña: el calvario, el monte, los pájaros que cruzaban por el pedazo de cielo que cobija el rancho, el caimito, el árbol de pana, los yagrumos de hojas plateadas, la palma de Julián y el llano. Y mientras observaba todo eso, pensaba, pensaba siempre



mismo, y articulaba palabras, lentamente, como un rezo y como si hablara con alguien, con alguien, a quien sólo ella vé.

Allí, en ese sitio y en ese fundo, nació. Allí creció. Fué ese fundo el nido de sus únicos amores. Nacieron en él sus padres y allí nacieron sus hijas, las hijas de José, que la abandonó después de haberla hecho sufrir tanto, para casarse con una del pueblo. La más pequeña, Ramona, mudaba los dientes cuando José dejó de vivir con ella. Era tan bonita entonces!! Daba gusto verla!

Para criar esas hijas trabajó mucho. Hizo conucos con sus propias manos, lavó mucha ropa, planchó por paga. Lo que sí no hizo nunca fué ir al pueblo a vender cargas de víveres como hacen otras. Sus hijas sí fueron. Levantar una familia cuesta muy caro! Afortunadamente los vecinos la querían mucho y ella se llevó bien con todos. Por eso tal vez pudo criarlas. Su compadre Domingo, más que ningún otro, siempre la ayudaba. En su conuco podía cojer los víveres que quería cuando a ella le faltaban.

Se levantaba a veces para acozar una res majadera que quería sacarle yaguas al bohío o para ver por donde cojía una gallina que estaba poniendo. Cantaba tanto! Luego volvía a su piedra y allí permanecía hasta que se ocultaba el sol. A esa hora a penas podía ver.

Hacía tiempo que Anastasia se quejaba de la vista. Cuando se asomaba a la puerta del bohío para ver si alguien subía por el trillo, o cuando ve-



nía a su casa alguna persona, colocaba la mano derecha abierta sobre la frente a manera de pantalla para amortiguar la luz. Y como ésto no fuera suficiente para permitirle distinguir mejor, sonreída solía decir:

—Y quién eres tú?

Otras veces se hacía repetir las palabras para reconocer a las personas por la voz.

Y concluía siempre:

—Suponte hijo! Sólo figuro bultos. Lo que es la vista ya la tengo comida.

Todas sus hijas estaban colocadas ya. La mayor, Rosario, se casó con Faustino y las otras dos se aplazaron con hombres buenos, aunque pobres. El peor era Polín, porque era viejo y casi inútil. Trabajaba en la Finca. Cuando Anastasia lo nombraba no podía evitar un jesto de inconformidad. A Polín no le gustaba hacer conucos. No quería saber más que de cañas.

Era del Sur. Una tarde se apareció en el fundo y pidió posada. Al segundo día le dieron unas calenturas y se quedó casi una semana en la casa. Las muchachas le cojieron pena y lo atendieron de tal modo que con teses y bebedizos se las pudieron cortar.

Una mañana llegó José de paso para el llano y como necesitaba un peón para que ayudara a Fausto a trabajar el ganado se llevó a Polín, que no tenía que hacer. Pasaba el día allá en la sabana enlazando y herrando reses, señalando bece-

rros mostrencos. Por la noche venía siempre a tender su hamaca. Eduvijes le guardaba cena.

Después que se fué José quedó sin trabajo. Entonces ayudaba en la casa. Iba al conuco, daba algunos mochazos y después de medio día venía al fundo.

Se declararon unas aguas muy fuertes y le atacó un poco de reumatismo. Un mes permaneció sin salir del bohío. Mientras tanto Eduvijes le conseguía hasta para la fuma.

Por fin abrieron los primeros trabajos de la Finca y un lunes dió una salida para ver al Mayordomo, por la tarde llegó diciendo que había enganchado.

Desde entonces todas las mañanas salía para el trabajo y regresaba en la tarde. Las colonias quedaban lejos todavía. Los días de pago le traía a'go a la vieja. Venía con dulces, con andullo y con otras cosas que sólo se conseguían en la bodega.

Poco a poco el vecindario se acostumbró a verlo en la casa. Algunas veces la vieja Anastasia mal humorada decía:

—Y cuándo saldremos de éste cristiano!

A lo que contestaba Eduvijes:

—Máma si este próbe hombre no la ofende! Cuando no nos sirviera para mucho, nos sirve para respeto.

Algún tiempo después ya no le molestaba.

—Cuándo vendrá Uribe?

—Sácale su comida a Polín.

—Jesús! Cuánto tarda Uribe. Ni me fío que le haya pasado algo.

Los domingos Uribe salía por el vecindario vestido de limpio. Su chamarra de fuerte azul brillaba. Su camisa no carecía de almidón. Y Eduvijes anudaba los chavos que por este servicio Polín le daba, en todas las quincenas. En una ocasión le llevó un túnico de la Finca, en otra, un par de chancletas, lo cual justificaba a los ojos de Anastasia, las atenciones que con él gastaba su hija.

Pero una mañana Eduvijes no se levantó. Sintió unos dolores atroces en el vientre. Se tomó unos cuantos teses que le hicieron, pero le arreciaron tanto esos dolores que ella misma le dijo a la madre:

—Máma, yo creo que sería bueno que viniera Nieve.

—Nieve? Y pa qué?,—contestó la vieja.

—Mande por ella. Después le digo.

La vieja no fué tonta. Se le clavó una sospecha, pero no dijo nada. Uribe estaba en la Finca, trabajando.

Por la noche Anastasia tenía una nietecita obscura, una negrita, y se acostó temprano para no verle la cara a Uribe que la había engañado traicionando su confianza.

Es por eso, y porque es amigo de la Finca, por lo que Anastasia todavía no podía reprimir un jesto de inconformidad cada vez que lo nombraba.



Un tiempo después se instalaba en la sabana, del otro lado del arroyo, en tierras de José, que lo autorizó a fundar.

Los otros dos yernos eran más trabajadores y más apegados a lo suyo. Ramona vivía al pié de la loma, del otro lado del monte que rodeaba el fundo. Rosario, un poco más lejos, en Las Puntas. Varias veces al día subía Ramona para darle vueltas. Más apegada que Eduvijes, le hacía los oficios, le cargaba el agua, le ayudaba a arreglar la cocina, le traía leña, le lavaba la ropa. Anastasia ya no tenía gran cosa que hacer. Y los yernos también le daban vueltas. Cuando iban a la Finca le traían café, pan, galletas, azúcar y una o dos veces al año algún vestido. El pañuelo que usaba fué regalo de Francisco.

—No puedo quejarme,—decía.—A naide le falta Dios!

Por las mañanas Ramona subía a besarle la mano. Entre días venía Eduvijes, y muchas veces, antes que Ramona, llegaban los nietecitos, un varón y una hembra. Se le colgaban del cuello, la besuqueaban y se disputaban sus piernas. El varoncito se quedaba luego hasta tarde, dándole tormento. Le alborotaba la casa, pero la ayudaba a buscar los huevos en el monte. Le hacía compañía y muchas veces dormía con ella. Y mientras permanecía en el fundo, Lechuza, abandonaba su rincón y se animaba un poco.

Causábale sinembargo sufrimientos, entre otras cosas, el estado del bohío que ya se le quería

caer encima. Muchas tablas se le habían zafado y los principales horcones estaban casi trozados. Afortunadamente las goteras no le preocupaban tanto, porque uno de sus yernos, Faustino, vino expresamente un domingo para cojerlas todas. Ya no se mojaba. Pero las reparaciones que debían hacerse le eran tan costosas, que sus fuerzas no le permitían realizarlas. Panchín se lo había arreglado hacía ya años. Le compuso la puerta, lo entablicó, lo blanquió y le repasó la cobija. Entonces ella podía trabajar. Pero ahora, ya no tenía fuerzas para nada.

Un día,—dijo a Ramona—me van a encontrar muerta debajo del fundo. Desde que sople un ventarrón fuerte.

—No diga eso máma! De que tamo nojotro! De aquí allá lo compongamo.

Su única esperanza era vender un novillo que tenía en La Piedra. Anastasia tuvo sus vaquitas, pero ya no le quedaba casi nada. La seca por un lado, y los ladrones por otro, terminaron con la bobería que le restaba.

—Y sin hombre en la casa. Figúrese!

Iba para dos años que apenas salía. La última vez que lo hizo fué para ir a la sabana a un mortuorio de un compadre que se portó muy bien con ella. Desde entonces, sólo bajaba de tarde en tarde donde Ramona. Ni siquiera había visto el alambre de la Finca. Sabía de esos trabajos por el pito de la máquina, por lo que oía hablar a sus yernos y por los peones que llegaban al fundo. Ro-

sendo era el que más le había contado. Pasaba con ella las tardes de muchos domingos sentado a la puerta del fundo o sobre la canoa de la sala. Para él no había en todo ese lugar una vieja más servicial y honrada.

—Para mujer de orden y respeto Anastasia Rojas,—decía siempre Gollo Brito.—A esa se la juego yo a cualquiera. De esa sí que no se ha podido decir ni un tanto así.

Y Gollo extendía la mano derecha y oponía el dedo pulgar a la extremidad del índice para dar una idea de una cantidad muy pequeña.

Seiscientas tareas poseía Anastasia alrededor del fundo. La mayor parte heredada de sus padres. No eran de lo mejor esas tierras. La loma era un poco árida. Pero en ella fundaron sus antecesores. Esa tierra le pertenecía desde tiempo inmemorial. Cómo iba a abandonarla! Anastasia recordaba haber cojido muy buenos víveres de sus conucos. Se daba de todo allí. Y ella misma cosechó hermosos plátanos y mucho bastimento. Entonces sí que daba gusto trabajar. Corría dinero. Se vivía mejor. Había respeto. Y no se conocía el alambre. Se criaba en el monte y no se robaba como ahora.

Anastasia pasaba muchas horas del día sentada en su hamaca y dando vueltas por el bohío. Arreglaba varias veces la cama, componía los santos, atizaba la candela por si se le ofrecía tener que colar café. Se asomaba a la puerta para perci-



bir mejor el eco del monte o para esperar una bestia que sintió.

Ramona la sorprendía a menudo hablando sola.

—Con quién estaba hablando máma?

—Yo?—respondía la vieja sorprendida.—  
Yo misma?

—Sí máma. Uste taba hablando.

Anastasia sonreía.

Y como Francisco observara lo mismo, decía algunas veces a Ramona:

—Siña Anastasia tá escrépita.

Así pasaba Anastasia sus últimos años. Sola, esparante. De vez en cuando un familiar, un compadre, al cruzar frente del fundo, se detenía.

Hacía tantos años que ese fundo se levantaba en esa altura, que todos los moradores del lugar lo considraban como algo que completaba el sitio.

—Fundadora, lo que se dice fundadora, no quea po aquí mas que Anastasia Rojas,—repetía Gollo Brito con frecuencia.



### III

La Compañía Nacional inició sus trabajos para terminar con todos los litijios que se le pudieran presentar y tomar definitivamente posesión de las nuevas tierras que había adquirido. Los trabajos se iniciaron por las tierras de Anastasia que estaban comprendidas en una de las zonas que la Compañía consideraba de su propiedad.

Fué un vértigo. Los paños de monte eran abatidos como por una tormenta. Por los caminos se cruzaban los compradores de tierras. Los Agrimensores pasaban temporadas en los campos midiendo. La humareda de las quemas, de los habites, cubría el cielo en grandes extensiones. Se destruyeron potreros, conucos, cacaotales. Se rectificaban caminos, se construyeron líneas férreas, bodegas y pozos. Aquí se alzaba un nuevo molino de viento, allí se destoconaba un carril, más allá aparecía un peso. Las colonias surjían como por obra de encantamiento. Los campesinos se perdían

en sus propias posesiones. Todo cambió de la mañana a la noche.

El sitio de Anastasia se pobló de tumberos. Coplas y golpes de hachas se oían desde el camino. A la semana se alcanzaba a ver el bohío desde muchos sitios. El monte iba desapareciendo poco a poco. Los trillos que por allí pasaban para la sabana, para el arroyo, para los otros fundos, se cubriera de ramas y de troncos. No se podía transitar más por allí. Nuevos senderos abrieron los tumberos para ir a sus cuadros. El cielo se veía más grande, como si hubiera aumentado al desaparecer el monte que lo recortaba. Y los pájaros parecían más numerosos, porque cruzaban muchos desorientados buscando refugio.

Ya en los alrededores del fundo no quedaba nada. Lo fueron destruyendo para que saliera más pronto. A veces los tumbadores se acercaban al bohío a pedir agua, a comentar lo que pasaba. Se retiraban entristecidos al ver como la vieja les pasaba el jarro de agua con los ojos humedecidos por las lágrimas.

El fundo quedó a merced del viento y del sol. El jardín perdió su empalizada destrozada por las vacas que de noche entraban y salían por las tumbas. Unas cuantas yaguas desaparecidas dejaron un boquete en el alero del frente. La puerta no se cerró más. Desde lejos se veía el hueco comprendido en su marco. El conuco quedó a discreción de los trabajadores. Se abatieron los troncos para cojer los frutos.



Pero Anastasia no hizo resistencia, no podía hacerla. Cuando le avisaron que iban a ocupar sus tierras no dijo una palabra.

—Qué voy a hacer!

Francisco fué a ver al Notario de la Común vecina.

—Yo no puedo hacer nada. Me parece que ya es tarde.

Vió de paso al Jefe.

—Eso es cuestión de la justicia,—dijo.

Una semana después fué a Macorís. Un abogado le manifestó:

—Ustedes no tienen dinero para un pleito.

Vió a otro. Le habló más detalladamente y éste le contestó:

—Lo mejor es ver si la Finca les regala algo. Le hace una pequeña indemnización. El fundo ese, según usted dice, no valía nada. Era una ruina.

Francisco regresó al batey y quiso ver a Mr. Moore, pero no estaba allí. Se lo dijeron en la bodega.

Al día siguiente, ya desesperanzado, resolvió que Anastasia se fuera a casa de Polín. El se iba a La Loma. Hasta allí no irían.

Cuando Don Marcial Martínez vivía en Quisqueya encargado de la bodega de Atilano y Co., consideraba la caña de azúcar como un buen negocio. En ese Ingenio había aproximadamente unas doscientas colonias, casi todas pertenecientes a dominicanos. La mayoría de éstas eran pequeñas, hasta de doscientas tareas, y todos los colo-

nos vivían relativamente bien. El dueño del Central era un hombre excelente, cubano, y el sistema por el cual se administraba era totalmente distinto al de las Compañías americanas.

—Nosotros no estamos aquí para jacer favores. Estamos para gana dinero,—le dijo un dia Mr. Moore.

Cuándo iba a decir esta expresión el dueño del Central Quisqueya! En realidad, qué podía traerlos a este país! Muy tarde lo vino a comprender.

En aquella época no había Bancos y las refacciones se hacían por intermedio de una casa alemana muy antigua que existió en Macorís.

Tres años pasó don Marcial en ésta Bodega. La casa ganó dinero y él también. Durante esa época compró una propiedad en la ciudad y formó su familia. Vivía bastante bien, hasta que un día, Atilano y Co. mandó a hacer un inventario y, tan pronto como éste se realizó, lo despidió de la manera más cordial, pero sin darle explicaciones. Se trasladó seguido a Macorís y allí se estableció por su cuenta.

Los negocios no le fueron bien. No podía hacer economías. Apenas los gastos. Pero en una ocasión en que ganó unos chavos se le ocurrió comprar unos títulos de tierras a don Rafael Pérez, negociante en tierras, siempre con la idea de que quizás con una colonia podía hacer dinero.

Guardó estos títulos hasta que se ordenó la mensura del sitio de Las Pajas. Fué de este modo

como adquirió las tierras en las cuales se encontraba La Inocencia.

A Don Marcial Martínez le hicieron varias proposiciones para la compra de esas tierras. Un amigo le hizo una visita en su casa de la ciudad con ese propósito. El le manifestó que no pensaba vender. Más tarde le propusieron que las arrendara o hiciera una colonia, que el Ingenio le daría el dinero suficiente y todas las facilidades para el fomento. Don Marcial vaciló, pero consultó con personas entendidas. Todos le aconsejaron que se decidiera. Hizo una visita a Mr. Moore y éste se mostró muy complacido.

—Muy bien. Usted quiere jacer colonia? Ta bien. No estar lejos. Yo lleva línea allá. Yo dar buen semilla. Quién jace cargo de esa? Ta bien. Yo manda despues contrata.

Dos días después recibía una carta de la Administración en la cual se detallaban las condiciones bajo las cuales haría la colonia, así como un proyecto de contrato.

—Es un buen negocio,—le decían.—Usted ha obtenido ventajas que no se las conceden a todo el mundo. Dinero barato, azúcar en el muelle, los sacos. No hay que vacilar. Y ahora que hay buen precio!

Una noche don Marcial vió a un amigo en el Club.

—Me dicen que vas a hacer una colonia?

—Así pienso.



—Cuántas libras te dan?

—90.

—Te has salvado. A la mayoría sólo le dan 80, dos o tres reciben 85. Aquí no dan más. Sólo en Cuba es que se dan 125. Yo no sé porqué aquí no obtenemos eso. Yo creo que es porque no nos hemos propuesto.

Don Ezequiel se quedó pensando un momento. Luego preguntó:

—Cuántas tareas vas a tumbar?

—Tres mil, poco más o menos.

—Buena cantidad.

Don Ezequiel sacó un lápiz y buscó en el bolsillo interior del saco un papel. Sacó varios sobres y en la cara sin dirección de uno se puso a hacer números. Sumó, multiplicó, borró dos o tres veces.

—El primero y segundo año puedes calcular cinco toneladas por tarea. Son quince mil toneladas. Luego calcularás tres toneladas a partir del tercer corte. En el primer corte harás alrededor de cuarenta mil pesos. La colonia te costará veinte mil. Muy bien. Es un negocio redondo.

Don Marcial observaba los cálculos y escuchaba a don Ezequiel, hombre reputado de mucha experiencia en negocio de cañas. Hacía muchos años que vivía de su colonia. A veces se le consideraba como un hombre rico y a veces se decía que estaba apurado. En realidad pocos conocían su verdadera situación.

Después de rectificar los cálculos preguntó a

qué tipo de interés recibiría el dinero de la refacción:

—El Ingenio me da el dinero y me cobrará 6 por ciento.

—Magnífico! Todos pagamos 12 por ciento. Y los sacos, te darán los sacos?

—Creo que sí.

—Y el azúcar en el muelle?

—Eso lo voy a exigir.

—Muy bien. Todo eso hay que detallarlo. Mientras más claridad mejor.

—Tienes bueyes? Eso es muy importante.

Los interrumpió Miguel López, un negociante en azúcar muy conocido en la localidad.

—Aquí, aconsejando a Marcial. Sabes que va a ser colono?

López lo felicitó:

—Te meterás en plata.

Don Marcial recojió estos cálculos de su amigo y los repasaba con frecuencia. En realidad los números no engañan. La caña era un buen negocio. Sin embargo, amenudo pensaba en que casi todos los colonos estaban apurados por lo regular. Algunos habían botado mucho dinero, pero otros perdieron sus propiedades y no podían soportar sus compromisos. “En fin,—pensaba—hay que probar”.

Uno de esos amigos insistió:

—No dejes que pasen la cuenta al Banco. Si el Banco te agarra te embromaste. Eso sí que es un peligro.

Afortunadamente a él lo iba a refaccionar la misma Finca. Ya procuraría evitar esta contingencia.

Pero no le faltó quien le hiciera serias advertencias. Manuel Rodríguez le dijo un día:

—Esa es una cuestión que hay que pensarla. Para entrar todo se facilita. Le ofrecen a usted todo y de todo. Pero después que se ha entrado comienzan las dificultades. Entonces baja el azúcar. Sube el tipo de interés. Se quema la caña. Le pasan la cuenta al Banco. Se piden nuevas garantías. Se tienen que hipotecar las tierras y todo lo que uno pueda tener para garantizar la cuenta. No es tan bello país el de América. . . .

Pero don Marcial sabía que Rodríguez era un botarate. Muchos aseguraban que había ganado dinero con la caña, pero que lo había despilfarrado en mujeres, en autos, en parrandas. Una vez fué a New York y gastó un buen pico.

Amenudo pensaba don Marcial en la diversidad de opiniones. Quién tenía razón? Unos aseguraban que la colonia era un buen negocio y otros decían que era una ruina. Y todos eran personas serias y reputadas como prácticas y concedoras del negocio.

—Lo mejor será probar. Sólo se experimenta con la propia cabeza. De quién me llevo?

Un amigo abogado le dijo:

—Con esa carta basta. Ese es un contrato. Conteste aceptando esas condiciones.

Otro abogado opinó:



—Esa carta y nada es lo mismo. Todavía en los Tribunales de la República no ha cursado la primera demanda por incumplimiento de contratos de colonias de cañas. Allá, en el país de ellos, hasta las cocineras tienen contratos cuyo incumplimiento puede causar serios trastornos al jefe de familia, pero aquí, todo esto es pura solfa. Por eso se han arruinado muchas gentes. Las únicas obligaciones que no eluden las Compañías es pagar los impuestos que crean razonables, de este modo favorecen el cumplimiento del presupuesto que, sin esas entradas, sería ridículo y comprometería la existencia de la República. Por eso pesan tanto esas Compañías en el ánimo de todos los Gobiernos. Lo demás, no vale la pena.

Y dirigiéndose a otro colega que estaba en la Oficina, agregó:

—Imajínese fresito, estas gentes tienen una opinión muy triste de nosotros, pero nosotros parece que ignoramos esto y siempre estamos como dicen pelándoles el diente. Somos unos ilusos. Están cansado de vernos frente a sus escritorios vendiéndoles hasta la camisa. Y una infinidad de funcionarios han vivido echándoles fajazos. Qué concepto pueden tener de nosotros? Nos montan en un caballo, nos ponen a voltear por los carriles, nos dan unos golpecitos en la espalda, nos sonríen y terminan por burlarnos siempre.

“Ustedes tienen ahora buen gobierno. Presidente estar simpático. País estar in páz. Mocho progreso in todo”,—dice Mr. Perkin a un Diputa-

do. Y enseguida nos hacemos eco de esta opinión que por ser dicha por un extranjero nos parece muy valiosa, y repetimos llenos de satisfacción: —“Mr. Perkin habla muy bien del Gobierno!” Así somos todos fresito, unos ignorantes, pretenciosos, que no tenemos concepto de nada. Le ofrecen muchas cosas en esa carta y después la dan por no escrita.

Pero Don Marcial creyó que estos juicios eran exajerados y se decidió.

Tumbaría tres mil trescientas tareas para comenzar, casi la totalidad de las tierras que poseía en ese momento.

Recordaba a veces don Marcial con tristeza, el día que emprendió su viaje al campo, decidido a probar fortuna. Le parecía que esta vez no andaba equivocado. Por el camino repasaba mentalmente los cálculos que le hizo don Ezequiel, los más autorizados de todos, a causa de su gran experiencia en materia de colonias. Se complacía viendo, al pasar por los carriles, las cañas en los campos por donde iba sobre un caballo bermejo que le prestó un amigo, luciendo un sombrero de anchas alas, unas polainas recién compradas y una guerrillera color kaki con dos bolsillos al frente. Al cruzar por los bateyes, fijaba la vista en las construcciones, las cuarterías, la casa del encargado, la bodega, el molino de viento. Pronto tendría él la suya!

Con qué entusiasmo dió comienzo a sus trabajos! No podía olvidar la mañana que detuvo por

primera vez su caballo en el camino de Palmo Espino ahora convertido en carril. El azúcar valía algo entonces. La semana anterior a su viaje había subido más de tres puntos. La perspectiva se presentaba halagadora. Todo el mundo hablaba de las extensiones que hacían los Ingenios. Recordaba la animación que existía en el campo. Muchos amigos de él compraron tierras y pensaban sembrar cañas. Se hablaba de la posibilidad de que el precio subiría más todavía. Los Bancos abrieron créditos. El valor de las tierras se elevó. En la ciudad se comentaba el futuro halagador y próspero que se avecinaba.

—Este año la zafra hará ricos a mucha gente.

—Carlitos pagará sus compromisos y le sobrará un pico.

—Manuelico conseguirá dinero con que comprar tierras.

—Don Jacinto se resolvió por fin a sembrar.

—Antonio hizo un nuevo arreglo con el Banco.

—Se han embarcado 20.000 sacos a \$3.50 Cif.

Cuántas ilusiones! Don Marcial paseó su mirada aquella mañana por el monte. Monte virgen por el cual cruzaron algunas bandadas de pericos y cotorras que venían de las lomas próximas. Un bosque poblado de árboles antiquísimos. Duro, tupido, oscuro. Acompañábalo Ambrosio, un peón de confianza, práctico en el lugar, que le dieron en la colonia Amistad y el cual le había



repetido una infinidad de veces durante el reconocimiento del terreno la misma expresión: .

—Esta es una tierra bendita, don Marcial. Aquí se da de todo buenazo, la caña se dará como en ninguna parte.

Por dos o tres ocasiones le señaló lugares en los que se veía una gruesa capa de tierra, negra como el carbón, en los hoyos, en los derrumbes producidos por las aguas, en las remociones causadas por la raíz de un gran árbol caído.

—Esta tierra no engaña, don Marcial. Aquí va usted a cojer como diez toneladas por tarea en el primer corte. Usted se va a salvar.

Cruzaron ese día el monte en varias direcciones y al regresar al camino por segunda vez, ya alto el sol, alcanzaron a ver un grupo de hombres al cual se acercaron. Eran peones que habían llegado allí para tratar la tumba. Ya sabían que se iba a fomentar esa colonia y que don Marcial llegaría ese día y a esa hora para tratar.

Algunos portaban hachas, otros solamente machetes. Casi todos cuchillos en la cintura.

—A cómo van a pagar?—preguntó uno de ellos.

Don Marcial respondió:

—A dos pesos con cincuenta. Tala, tumba y habite.

Para colonia, a son de desjarrete no estaba caro. Don Marcial sacaría después la leña. Tenía interés en sembrar caña de frío. Aprovechar el tiempo.



Hablaron un buen rato sobre las condiciones del trabajo y se convino en que el próximo lunes se daría comienzo a la tumba.

Varios de estos hombres se internaron en el monte para reconocerlo y señalar sus cuadros. Cortaron varas, las hendían por un extremo con su machete y enganchaban en éste extremo otro pedazo de palo para formar una cruz y clavaban éstas cruces en el sitio que les parecía mejor. Otros cortaron varas de tamaño determinado, varas conuqueras, y con ellas empezaron a medir sus cuadros. Algunos, los más, se fueron sin hacer nada. Pero todos prometieron volver el lunes y avisar a otros para que no faltara gente.

—Con tanta gente,—dijo Ambrosio a don Marcial—esta tumba será una pasada.

El conocía a muchos de los que habían venido. Al vale Tiburcio, a Juan Francisco, a Petronilo. Esos eran los mejores hombres del lugar. Vió también algunos de los que acababan de perder sus conucos. Allí estaba José del Carmen. Cibaenños vió pocos. Sin duda no sabían por allá de esos trabajos. Esas gentes son muy largos en cuestiones de tumbas.

Don Marcial preguntó a Ambrosio por un hombre que le llamó la atención por ser el único que tenía zapatos:

—Ese es Prudencio. Ese tiene gente. Si usted ve que la cosa va floja no tiene más que avisarle. En un momento le llena la tumba de hombres. Lo que tiene es que trabaja más caro, por-

que él gana con sus hombres. Cada uno le paga por el enganche.

Ambrosio y don Marcial al regreso pasaron por delante del fundo de Anastasia Rojas y siguieron la sabana para ver de paso el monte que le había quedado a Don José Contreras y otros sitios que se pudieran utilizar para potreros y que don Marcial pensaba comprar después.

Frente al fundo de Anastasia, Ambrosio le dijo a Don Marcial:

—Ese es el fundo más viejo del sitio. De momento esa vieja tendrá que soltarlo.

Don Marcial no pudo reprimir la curiosidad que le despertó ese bohío torcido y solitario. Todavía al dejar el claro en que se encontraba, al internarse en la ceja, volvió la cara por última vez para contemplarlo.

A las dos semanas el monte de D. Marcial estaba lleno de hombres. La tumba prosiguió con algunas interrupciones, pero se hizo con bastante rapidez. Fué una tumba al desjarrete, los troncos se trozaban por su base, no muy alto y luego se le daban dos o tres cortes, según su largo y enseguida se destocaban. La Finca no necesitaba leña de momento y Mr. Moore le prometió que poco a poco se la compraría, lo cual le produciría algún beneficio.

Don Marcial tomó la dirección de sus trabajos desde ese momento con el propósito de realizar las mayores economías. Diariamente cruzaba las tumbas en su caballo, a pié, sólo o acompañado



de su Mayordomo. Quería aprovechar la seca para que la tumba quemara bien, de modo que el habite no le costara mucho y la siembra se pudiera efectuar en tiempo oportuno.

Al terminar el habite, don Marcial había gastado una cantidad de dinero razonable. La suma invertida hasta esa fecha era sensiblemente igual al promedio gastado por los otros colonos en esa época. Al iniciarse la siembra fué cuando comenzó su desastre. La semilla fué suministrada por el Ingenio. Por orden del Administrador se escogió para cortarla una colonia que quedaba del otro lado del río, porque según Mr. Moore era de las pocas en las cuales la caña no padecía mosaico. El transporte de esa semilla resultó demasiado costoso. Pagó viajes de carretas muy caros, porque éstas sólo podían dar un viaje por día. Esto dió lugar a innumerables contratiempos. Primeramente se traían las cañas enteras, mucha de ésta después de haber permanecido días en el cargadero a causa de que las carretas de que se disponían no eran suficientes. Cañas llegaban a la colonia completamente borrachas, apenas se podían utilizar algunos pedazos para semilla y de éstas nació una cantidad muy pequeña.

Don Marcial tenía interés en que Uribe apurara la siembra, pero como había necesidad de seleccionar la semilla antes de dársela a los muchachos y los picadores sólo tenían órdenes de picar las cañas que estuvieran sanas, no se podía avanzar. Muchas veces se vieron obligados a uti-

lizar semillas borrachas, porque aflojaba el tiro y las cuadrillas perdían tiempo.

Varias veces se quejó don Marcial de los gastos, pero Mr. Moore le decía que era preferible gastar más y tener una buena semilla que hechar a perder los campos con caña enferma.

La consecuencia fué que su cuenta aumentó de tal modo que el costo de cada tarea representaba una suma escandalosa. Qué iba a hacer! Tenía que soportar esto. La Compañía lo refaccionaba y ésta no ponía objeción al gasto que se hacía.

—Don Marcial usted se va arruinar,—le decían hasta los mismos carreteros.

Por varias ocasiones vió al Administrador y siempre le repetía lo mismo.

—Usted va gana dinero. No tener miedo. Yo va ayuda a usted.

La siembra fué hecha por administración. Se la hizo Polín, un trabajador honrado y competente. Se lo había recomendado Gautier Mojica.

Su Mayordomo fué un día a casa de Anastasia y le dejó un mandado.

—Dígale que don Marcial lo quiere ver.

Polín estaba sin trabajo. Vivía en la sabana. Organizó algunas cuadrillas y dió comienzo a la siembra en un verano. Los primeros campos hubo que sembrarlos hondo, porque no llovía hacía cosa de un mes. Esto ocasionó también perjuicios a Don Marcial, a causa de la mucha semilla que dejó de nacer, porque se secó.



Polín pensaba que por ese motivo habría que hacer una gran resiembra. Varias veces lo advirtió para salvar su responsabilidad. Los carreteros por su parte, como siempre, tampoco traían los viajes completos. Se pensó luego en picar la semilla en el desembarcadero para que la trajeran en sacos. Pero en realidad Polín no se explicaba lo que pasaba en esa colonia. Se habían presentado en ella muchas dificultades.

—Esta siembra va a salir por un ojo,—decía Polín al Mayordomo.—Estos blancos saben mucho!

Cuatro cuadrillas de muchachos de la sabana tenía Polín bajo su vigilancia. Veintiocho por todos. Cada uno llevaba un saco sujeto del hombro. Descalzos, vestidos de harapos, muchos con sólo el pantalón. Dos o tres con sombreritos viejos de fieltro, sucios y rotos y los demás con la cabeza descubierta. Alborotadores, pasaban el día riéndose, celebrando cuentos, burlándose de algunos trabajadores. Polín tenía a veces que mandarlos a callar. Entre ellos los había relativamente tranquilos, pero otros tenían una boca insolente. En ocasiones reñían y había que reprenderlos con dureza. Tuvo que botar dos por malcriados, por insoportables. El hijo de Mauricia fué uno de ellos. Tamaño disgusto le ocasionó ésto, porque la vieja vino a comérselo para que le dijera por qué causa se lo retiró del trabajo. En la gran calle le armó un escándalo.

Diez picos y seis picadores de semillas esta-



ban también bajo sus órdenes. Y cuatro cordele-  
ros. Un montón de gentes.

Trabajaba el día corrido. Desde las seis de la mañana hasta pasado medio día, casi a las cuatro suspendía el trabajo. Y cuando había bastante semilla trabajaba hasta más tarde. Pocos fueron los días que perdieron muchas horas.

Afortunadamente el trabajo no le quedaba lejos. Polín vivía cerca. Entre la colonia y la sabanita de Eudosio Sosa había una tira de monte claro, de monte de botao. Pasado este montecito se llegaba a la sabanita de Baldomero Rubert, pequeña, desigual, cubierta en su mayor parte de pajones de novillo, alto, duro, amarillento. En el fondo estaba el fundo de Sinencio. Un buen bohío, grande, desahogado, con su techumbre de yaguas ya ennegrecidas. Detrás quedaba la tira de monte del arroyo. Este era el mayor inconveniente para Polín, pues con frecuencia hacía unas crecientes terribles. Una noche estuvo a punto de ahogarse él y el burriquito. Del otro lado del arroyo, junto al monte, había levantado con grandes dificultades un fundo de palos parados, que todavía no tenía puerta. Por las noches cubría el hueco de ésta con un saco de pita.

El terreno pertenecía al padre de su mujer y con permiso de él había levantado esa vivienda. Junto al bohío construyó una pocilga para cebar un puerquito que, por trabajos, le había dado un hombre de La Sierra. Un cerdo pequeño, un lechón de cuatro meses, hocicudo, flaco y cerdoso. Pero

Polín tenía esperanza de engordarlo y venderlo a buen precio en pié o picado. Poseía además tres o cuatro gallinas y un gallo de calidad que su compadre Justino le dió para que lo soltara con ellas, porque no podía tenerlo en su casa, debido a que tenía otro con el cual siempre estaba peleando. Frente a la vivienda se extendía una sabana más grande, que hacía horizonte, donde pastaban los más importantes ganados de esos sitios. En el fondo había un fundo deshabitado donde estuvo hace años la escuela. Lo abandonaron por causa de los gavilleros. Ya la cumbrera se le había caído y los chivos no salían de allí.

En ese bohío se reunían diez o doce muchachos del vecindario. Llegaban en las primeras horas de la mañana, descalzos, los pies enlodados por el estado de los trillos por donde tenían que transitar, o simplemente cubiertos de polvo, con su ropa de trabajo. Acababan de encerrar la vaca para el ordeño o de regresar del conuco. De lunes a sábado la asistencia disminuía. A veces sólo se reunían tres. Pedro Tomás, el Profesor, les enseñaba las letras, pero por lo regular contábales cuentos. Casi siempre decían que estaba enfermo donde una mujercita que vivía del otro lado de la sabana. En la escuela no había útiles pedagógicos de ninguna clase. Pedro Tomás consiguió eso, gracias a la influencia del Gobernador de la Provincia, a quien sirvió mucho en unas elecciones.

—Yo sé que me chismean los envidiosos,—dijo una vez delante del Pedáneo—pero ellos no

saben el apoyo que yo tengo. Para quitarme de aquí hay que tumbar el Gobierno.

Y carraspeaba. Luego sonreía. Y agregaba.

—Mucho guamié yo para ponerlos ahí. Todavía debo alquileres de caballos de las elecciones.

Antes de salir el sol, Polín cruzaba por delante de la escuela después de pasar el arroyo, todos los días. Venía con su cachimbo encendido, después de tomar el primer café en su casa, porque al pasar por el batey, que estaban construyendo, solía tomar otra vez en casa de una morena, conocida vieja por haber estado establecida en otros Ingenios donde él había trabajado anteriormente.

Al llegar a los campos ya estaban allí los muchachos que vivían más cerca. Poco después comenzaban a sembrar. Faltábale todavía más de la mitad de la colonia. La siembra no fué fácil. No habían hecho leña de la madera y se veían grandes troncos por todas partes. No tenían necesidad de leña y resolvieron sacarla en el primer corte de la caña. Por eso no se podía avanzar.

Los piqueros comenzaban a abrir hoyos, los muchachos a llenar sus sacos y los cordeleros a marcar las hileras. Desde que empezaban a trabajar cantaban.

Dominga quiere já, já.

Dominga con Calfullé.

Los muchachos saltaban con pasmosa agilidad por encima de los troncos, a veces por ésto,





botaban la semilla y Polín tenía que llamarles la atención. El tiro empezaba más tarde. Sólo llegaban en el día hasta seis carretas. Era un tiro muy fuerte.

A medio día, si podía, sesteaba un rato, pero casi siempre trabajaba corrido. Sin parar.

Dentro del campo, negro, cubierto de troncos en muchos lugares, mal habitado, y en otros sitios mal tumbado, como se hacen los trabajos en la Finca, cuando están de prisa y quieren aprovechar la estación, los muchachos, yendo detrás de los piqueros, colocaban la semilla dentro de los hoyos apretándole la tierra encima con los pies.

Por las tardes, a la caída del sol, Polín regresaba, y con frecuencia se detenía en el batey a conversar un rato con sus conocidos o a cambiar sus vales en la bodega. Allí se tropezaba con Rosendo o con el Mayordomo Sosa, hablaba del trabajo, hacía algunos cuentos o refería alguna historia. Llevaba azúcar y café, un poquito de anduyo, o se tomaba un palito de ron Campana.

Siempre vestía Polín un pantalón y una chamarra de fuerte azul, que en las horas de trabajo solía quitársela por el calor, quedando en cuerpo de camisa. Un sombrero de cana de alta copa y alas anchas, y unos zapatones amarillos claros, de cordones, claveteados, de punta redonda. Se los quitaba siempre al pasar el arroyo, o en el trabajo para refrescarse los pies. Le eran muy útiles. Las espinas y los tocónes son peligrosos en las colonias. A veces usaba un pañuelo rojo por de-

lante del cuello. Polín no sabía de letras, pero era inteligente y muy práctico en trabajos de Finca.

Su apellido era Uribe. Pero alguno que otro, y sobre todo la muchachería de las cuadrillas de la siembra, amenudo, para verle incómodo, le decían simplemente Guribe.

Camino del trabajo, al encontrar un peón o un carretero los grupitos de pillos preguntaban:

—Mire amigo, ya Guribe pasó?

Porque Polín madrugaba. Siempre puntual en todos los trabajos que hacía, antes más que ahora, cuando trabajaba con aspiración. Llegaba primero que todos y era el último que salía. Epocas tuvo en que no seesteaba. Cuando hacía tumbas, su hacha era la primera que hería el silencio del monte, cuando carreteaba, sus bueyes se enyugaban al resplandor de las estrellas. Y cuando fué Sereno, logró que se le pasmara el sueño. Porque no hubiera tolerado que nadie le llamara la atención con malas palabras. No era hombre de aguantarle a otro hombre un insulto. Eso tenía su gente.

Y cuando atravezaba la sabanita para venir a la siembra, todavía los ganados estaban echados y el lucero alto. Sólo tropezaba con los vendedores que iban para la Finca con sus cargas, o los oía cantando.

En su casa, después de cenar, en la puerta, contemplando la sabana, perdida la vista en el horizonte o simplemente observando los animales que se acercaban al bohío, los que subían del arro-

yo para los dormitorios, sentado en una sillita baja, se lavaba los pies cuidadosamente, y después de secárselos más cuidadosamente todavía, se retiraba a la cama a descansar y a dormir.

La cama era una barbacoa sobre la cual se extendían algunas tablas de palma, que sostenían el colchón de lana grueso y cómodo, hecho por Eduvijos, cubierto siempre con una colcha de tela roja. Ancha y fuerte era ésta cama. Montada sobre buenas horquetas, ocupaba un rincón del cuarto, estrecho y húmedo, con el piso de tierra, sobre el cual había extendido un poco de cascajo del arroyo.

Toda la familia dormía en la misma cama. Su mujer y su hijita María del Carmen, que apenas tenía tres años. Por esta muchachita había fundado. Oscura como su padre, de ojos vivos, de cabello duro y amarilloso, recogido en varios moñitos, con la barriguita prominente, el ombligo invertido hacia fuera como un dedo de guante, siempre tenía una batica levantadita por delante y de color encendido, azul o roja. Pálida y ojerosa, la naricita escoriada, porque no se le quitaba un catarro permanente. Siempre le pendía de ella un hilito de moco que la madre se empeñaba en quitarle.

Cansado estaba Polín de medicinarla. Le preocupaba, más que el catarro, las ombrices. Se había convencido de que ese era el principal quebranto de su hija.

Varios meses permaneció en la colonia, por-



que, además de la siembra, tuvo que hacer una gran resiembra y no se logró por esa causa que los campos quedaran bien cerrados el primer año. El costo de fomento de La Inocencia, por éstos y otros contratiempos, se elevó considerablemente sobre el presupuesto que se había calculado. Pero se consiguió que la caña cerrara al fin. Y se dió excelente, tal como Ambrosio le había pronosticado a Don Marcial. En los bajos fué una bendición. Caña gruesa, larga, matarrones que provocaban la admiración de cuantos los veían.

—Buenaza esa caña,—afirmó Gautier Mojica, al pasar por la colonia—Don Marcial en el primer corte empata lo que le ha costado la siembra.

Un día Anselmo dijo en la bodega:

—Dicen que aquí se ha dao una caña buenaza. Si hubiera sido en mi monte se da el doble de buena. Porque aquí en toda la Finca no hay tierras mejores que esa.

El bodeguero sonrió. Las cosas de Anselmo!

Don Marcial quedó satisfecho del trabajo de Uribe. Apesar de todo, se portó muy bien, y por eso siempre trataba de ayudarlo. No le faltaba qué hacer en la colonia. Y cada vez que lo veía recordaba siempre todo lo que le había dicho, sobre el costo de la siembra, y sobre todo aquellas palabras proféticas:

—“Estos blancos saben mucho!”

Detrás de La Inocencia quedó una faja de monte que pertenecía a un particular que no de-

seaba sembrar cañas, porque se dedicaba a la crianza de animales. Era un monte grueso que producía un bello contraste, por su altura y su tinte obscuro. Era el monte de Manuelico. Le faltaba un ojo y por eso usaba unos espejuelos oscuros. No quería saber de cañas. Continuamente estaba averiguando en el batey quienes eran los que cortaban varas en su monte. Y constantemente el Jefe le apresaba reses que se pasaban por los alambres a la colonia. Vivía en continua zozobra.

Un día, pasando por delante del monte de Manuelico en compañía del Mayordomo, Gautier Mojica no se pudo contener.

—Vea que monte, vale!

Y alzó la vista para pasearla por los árboles que se levantaban como un muro frente a la caña. Mientras a la derecha sólo se veía el cielo y el tono verde amarilloso de los cañaverales, a la izquierda predominaba una variedad de matices y de formas infinitas. Todas las variedades del verde y todas las formas posibles de follaje, desde la hoja menudita y graciosa de los caimitos y de los caobos, hasta las hojas anchas y rugosas de los capaces. También hojas rojizas y hojas plateadas. Algarrobos, panas, palmas, espinos, ceibas, cayas, cigua prieta, candelones, yayas, quiebrahacha y caimitos cimarrones.

Y Gautier Mojica refirió al Mayordomo que una vez Manuelico se expresó en éstos términos: “Dejen a cada cual con su idea, señore. Pa eso e

que uno manda en lo suyo" Mojica no pudo reprimir su indignación.

—Si es un hombre tan bruto, vale. No come yerba de casualidad. Más cerrado que un calabazo.

Bajo los troncos una capa de hojas secas amortiguaba el ruido del paso de las bestias.

—Yo no sé que piensa éste hombre,—agregó Mojica.

—Quizas espera que se lo compren a buen precio.

—O se lo quiten. El no puede enfrentársele a la Finca. Para mí es un estúpido.

Y mientras siguieron el estrecho camino que separaba éste monte de la caña, Mojica siguió hablando:

—Este hombre es muy bruto. Qué va a hacer con esa tierra? El creerá que con rabizas de yuca, con ahuyamas y plátanos se va a salvar. Ni que hiciera diez conucos se salvaría. Los conucos no dan ná. Para los ladrones. Si acaso para un mal sancocho. Con todo ese monte sembrado de víveres no encuentra quien le dé un centavo. No puede manejar más chavos que los de la carguita que vende. Desgraciao! Si tuviera aunque fuera cien tareas de cañas estaría salvo. Manejaría plata. No hay como la caña. Si yo me viera con ese monte ya lo hubiera tumbado. No embrome Manuelico! No en balde es tuerto. Yo creo vale, que a Manuelico debe pasarle como a los gallos tuertos, que nada más ven media valla.



—Pero no se apure, vale, él tendrá que caer. Más tarde o más temprano eso será caña. Qué remedio!

Porque Gautier Mojica sentía un entusiasmo extraordinario por la caña.

—Si no fuera por la caña toditos nos estuviéramos muriendo de hambre. Hablan de ella, pero la necesitan. Sin caña no veríamos ni un chele. Dónde? La caña es la que nos mantiene a toditos.

El Mayordomo estaba de acuerdo con Mojica. Para manejar dinero hay que estar con la caña. Esa es la salvación de todos. Por eso él está de acuerdo con que sembraran más.

A causa de ese monte de Manuelico, La Inocencia resultó una colonia más larga que ancha, situada de sur a norte y sobre una superficie ligeramente accidentada. Era un bajo la parte más importante, la otra tenía una ligera elevación. Un arroyo la dividía en dos partes casi iguales. Contaba cerca de veintiocho campos irregulares, y en todos ellos la caña, no había alcanzado el mismo desarrollo. La parte alta era seca, pedregosa, en cambio la baja, era más húmeda y de mejor terreno. Por aquí cruzaba un camino que hubo que desviar, no sin que se presentaran algunas dificultades con las autoridades, las cuales se vencieron al fin, gracias a las facilidades que se le conceden a las Compañías Azucareras. El arroyo ofrecía inconvenientes para la comunicación entre las dos porciones de la colonia. Un gran tra-

bajo tuvo que realizar don Marcial para rebajar los barrancos a fin de que las carretas pudieran pasar de uno a otro lado.

El costo de la porción alta fué mayor que el de la baja debido a esta circunstancia. Por el lado del éste el límite de la colonia era la sabana. Doce o más kilómetros la separaban del Batey Central. Y la línea férrea se encontraba a dos kilómetros aproximadamente. Esto creaba más dificultades al personal. Muchas razones obligaron a la Administración a abrir esos trabajos, aún cuando no dispusieran de las comodidades indispensables en éstos casos. Entre otras, había que aprovechar los precios, y sobre todo, ocupar rápidamente las tierras que todavía estaban en litigio, y fomentar las de los particulares para evitar que pasaran a otras manos.

Antes de comenzar el fomento de La Inocencia, era Dos Hermanos la última colonia por el Norte. Esta colonia era más grande que la que don Marcial estaba fomentando.

Pertenecía al Ingenio y estaba encargado de ella Juan Sucí, un puertorriqueño, a quien muchos veían con malos ojos, porque lo consideraban un adulón. Referían de él que en la zafra pasada regaló a Mr. Moore un caballo puertorriqueño que había comprado con grandes sacrificios.

—Mr. Moore es el mejor Administrador que ha tenido el Ingenio,— decía.—Es un hombre que sabe distinguir las personas. Con él no hay más que cumplir.



Sucí se las daba de Perito Agrónomo y amenuado criticaba a los colonos dominicanos, a quienes consideraba como incompetentes.

—Yo, con la mitad de lo que gastan otros, mantengo mis campos en condición. Yo desafío al que tenga aquí mejores cañas.

Una vez tuvo un pleito con Gautier Mojica. Este supo que había criticado una siembra que él estaba haciendo. Sucí creía que la caña se apasionaría porque estaba muy junta y Gautier Mojica se enteró. Se encontraron en La Inocencia. Sucí iba de paso para la sabana y se detuvo en la bodega.

—Usted no sabe de cañas más que yo,—le dijo Mojica.—Usted lo que sabe es dárselas. Métese en lo suyo y deje a los otros tranquilos.

Entraron en discusión. Se insultaron y Mojica terminó por decirle:

—Mire, amigo, aquí puertorriqueño sólo sirven los que han venido a pié.

Sucí hizo ademán de llevar la mano a la pistola, pero Don Antonio saltando por encima del mostrador, al mismo tiempo que lo hizo un dependiente, los reprendió con energía:

—Dejen eso! Dejen eso! Por un chisme van ustedes a tener un pleito? No jueguen ustedes!

Los convenció de que debían irse cada uno para su trabajo. Mojica fué encaminado por el dependiente que llevaba cojida la brida cerca del bocado.

—Eso lo arreglaremos después,—dijo, mien-



tras sostenía el brazo derecho levantado y ajitaba la palma de la mano.

Cuando desapareció, Suci se quedó hablando con don Antonio.

—Este hombre es un malcriado,—dijo.—Hace tiempo que me tiene mala voluntad. Yo no sé por qué!

Y después de un silencio agregó:

—En estos bateyes hay dos o tres malos, de esos que se atreven a matar a uno por la espalda, pero no son ningunos valientes. Asechan a uno y le dan una puñalada, pero se dejan dar palos de los Jefes.

Don Antonio le aconsejó que se callara.

—Es que ya estoy cansado de tanto comejente. De tantos bocones, porque tienen un revólver, Usted no vé como se despachan los Jefes aquí en el Ingenio. Creen que cuando tienen autoridad es para matar, para dar golpes y desconsiderar a las gentes.

Don Antonio volvió a decirle que dejara eso ya, y Suci terminó por seguir su camino.

—Vea que cosa!—dijo don Antonio al dependiente,—por poco se arma aquí la de San Quintín. Estas jentes siempre están de chismes en estas colonias.

—De chepa! Pero ellos se prenden de momento. Eso no es por lo de la caña!

—Y por qué?—preguntó Don Antonio.

—Esos son pretextos. Es que Gautier ha vis-

to a Sucí por la sabana rondándole la gallina. Es cuestión de celos.

—Ya esa son otras quinientas!—murmuró don Antonio, sonriéndose, mientras dejaba el mostrador para no entrar en detalles.

Realmente, la colonia Dos Hermanas era una de las mejores atendidas de la Compañía. Siempre estaba limpia. Hasta allí llegaba la línea férrea. Aproximadamente tenía cinco mil tareas y cuatro o cinco cortes. De esa colonia se iba a tomar la semilla para sembrar La Inocencia, pero a última hora, Mr. Moore dió otras órdenes.

Sucí le hizo muchas indicaciones a don Marcial desde que comenzó los trabajos de su colonia. Gracias a éste Sucí, don Marcial se evitó algunos inconvenientes.

Diez mil tareas de cañas y dos o tres bateyes se encuentran ahora en el sitio de Las Malas Mujeres, en las tierras de Anastasia Rojas y en la de sus vecinos. Una red de carriles dan paso a los trenes de carretas, y a los vividores de la sabana, y de La Sierra, que por ellos cruzan continuamente. Y en los dos chuchos, allí establecidos, el pito de la locomotora ha sustituido al bramido de las reses montaraces.

Centenares de campos de todas formas y tamaños donde la caña de azúcar crece vigorosa, exuberante, alzando de vez en cuando su penacho gris para romper la monotonía de su follaje. Ordinariamente de un verde amarillento, en las primeras horas de la mañana, o en las últimas horas

de la tarde, o al recibir la sombra de una nube que pasa, o en los momentos que la lluvia cae, ofrece cambios de matices sólo perceptibles para los que están acostumbrados a verlos todos los días.

En los primeros cortes que allí se dieron, muchos campos produjeron admiración. Grandes matarrones, bien ahijados, con innumerables cañas dobladas por su gran tamaño. Corte fácil, mucho peso.

—Esa caña rinde mucho,—decían los cortadores. Da ventaja.

Desde la galería de la casa de viviendas que estaba en un alto se podía apreciar la cantidad de cañas que tenía don Marcial. Desde allí se podían ver muchos campos de su colonia. Esos campos de La Inocencia se continuaban con las cañas de la Finca que parecían la mar. No tenían los cañaverales ninguna interrupción, a no ser las que le oponían los ríos que los cruzaban a manera de canales de riego, o alguna que otra cinta de monte, tan estrecha, que apenas daba sombra. La caña no terminaba hasta llegar al pueblo y al mar, porque seguía a la de los otros Ingenios. Allí en el mar ya no se podía sembrar, ni en el pueblo tampoco. Esos eran sus límites infranqueables. Desde el batey de La Inocencia hasta allí se podían contar cerca de cuarenta kilómetros. Poco más o menos. Qué barbaridad de cañas!

Por la parte de atrás de la misma galería de la casa de Don Marcial se domina el peso de las carretas. Y en los días claros se podía localizar





el Ingenio por el humo de la chimenea. Se vé la bodega y la calle de los barracones que queda un poco distante y casi todo el batey. Unicamente no puede verse el chucho, queda lejos, pero se sabe por el ruido o por el humo o por el pito, cuando llega la máquina, y se puede apreciar si trae vagones, si llega sola o si carga con ellos para el Batey. Cosa fácil para los que están acostumbrados.

Fué la casa de viviendas lo último que hizo don Marcial en la colonia. Poscído de su entusiasmo, quiso hacer una construcción amplia, fresca, ventilada, donde pudiera vivir con la mayor comodidad. Se levantaba en la parte más alta y más seca. La tierra era allí negruzca. Debajo de ésta capa se encontraba un barro amarillo, que podía verse en los cortes y en los hoyos. Cuando llovía se hacía lodo, pero las aguas corrían pronto para las partes bajas, y bastaban algunas horas de sol, para que el piso se secara.

De toda la colonia era el lugar más apropiado para una vivienda. Esa circunstancia decidió a Don Marcial fundar allí. La casa era regular de tamaño. De cuatro aguas y una galería corrida. Techo no muy alto y de zinc acanalado. Montada sobre altos pilotillos, de un poco más de cinco pies de altura, el espacio o piso que quedaba debajo, se podía utilizar como depósito. Y lo era en efecto.

Allí había de todo lo que es indispensable en el campo. Se guardaban yugos hasta un centenar, porque siempre hay que tener una buena porción de ellos de repuesto, por los que se rompen, por

los que se pierden, apesar de las marcas que se le hacen con hierro al rojo, por los que se parten por descuido de los carreteros, y además, porque hay que utilizar toda la madera propia para hacerlos a fin de obtenerlos a muy bajo costo. Estos yugos eran hechos por Panchín, el mejor yuguero de la Finca. Siempre estaba trabajando, porque tenía muchos compromisos. Vivía en la sabana y pasaba temporadas en los bateyes dedicado a su labor. Los sábados iba a su casa y regresaba los lunes con sus herramientas. Los buros los hacía en la misma colonia. Dentro de las árganas, llevaba siempre un cepillo, su excelente zuela, como no había otra, con un palo liviano labrado por él, sus limas y su cerrucho, entre otras cosas. No le faltaba un buen lápiz y algún patrón para trazar los yugos. Un verdadero especialista.

Panchín tenía conciencia de su oficio, no era un improvisado. Y lo decía con orgullo.

—Tó el mundo no sabe guadrar bien un yugo, vale. Si quea más pesao de un lao que de otro se cansa el buey de ese lao. Y si no le dan buena lima po abajo le jace matadura y le caen gusanos. No es de bobo que me procuran tanto.

Debajo del piso se guardaban también las cadenas de los bueyes, los tornillos, los clavos y la grasa para las bocinas. Había dos o tres pares de ruedas de carretas con las bocinas malas y los rayos rotos. Dos o tres yantas vacías de repuesto. Se guardaban sogas, lazos, tablas de palma para construir o reparar algún bohío. Horcones labra-

dos y palos de caoba procedentes de las tumbas y que don Marcial guardaba para alguna obra o para venderlos, como había vendido muchos cuando le pagaban buen precio. Eran escojidos, de horqueta y por eso se los había reservado. También se guardaban allí árganas y aparejos. En una esquina se ponía la yerba para las bestias del servicio. Algunos peones de confianza, dos o tres, tendían allí su hamaca. Además, todo lo que no podía estar en otro sitio, por su tamaño, por la falta de espacio o por su poco uso, iba a parar debajo de la casa. Los sacos para la semilla, la cuerda y unos cuantos barriles vacíos ocupaban otra esquina. Ese espacio estaba abierto, pero nadie tenía que ir allí a buscar nada, a menos que no fueran los peones de la casa. Allí también tenía Tunino su gallo amarrado. Por un costado se podían entrar bestias ensilladas para evitar que se le calentara la silla. Cuando don Marcial llegaba y tenía que volver al campo, él mismo o Tunino entraban el caballo debajo del piso para proteger los aperos de la lluvia o del sol.

La casa tenía una sala regular. En el comedor había una mesa de pino en la cual comía. En el aposento una cama provista de mosquitero. Se sentía a veces una cantidad enorme de mosquitos. En los cetos, sillas de montar, frenos y sogas. Un almanaque de La Tabacalera, una chamarra y un capote colgados en sendos clavos. Junto a la cama una mesita en la que colocaba don Marcial el revólver cuando se acostaba. En un rincón una es-



copeta de dos cañones, la mejor de por esos lados.

Detrás de la casa, la cocina a ras del suelo. El servicio se hacía por medio de una escalera y ésto daba lugar a que no le pararan cocineras, porque le huían a este tanto subir y bajar, que como es sabido "causa tanto daño a las mujeres".

En el fondo la caballeriza. Dos mulos, muy buenos, comprados en San Juan y el caballo. En el centro del cercado que limitaba el patio, el tanque para el agua, montado sobre pilotillos de cemento.

Don Marcial quiso tener un jardín. En el frente, dos o tres arbustos de malvarosa, eran testimonio de sus intenciones. Y unas cuantas maticas de albahaca. No omitió detalles para no echar de menos nada en el campo, mientras preparaba su futuro bienestar.

En el primer año don Marcial no pudo tirar su caña. El chucho que le prometió Mr. Moore no se pudo construir. Por este motivo le ofreció comprar gran parte de su caña para semillas.

Un día Mr. Moore dió órdenes para que empezaran a cortar. Le ofreció pagarle a quince pesos por tarea. Era un buen negocio. Pagaría su colonia y le sobrarian algunos miles de pesos. Realmente la caña era un negocio brillante para don Marcial.

Pero solamente vendió quinientas tareas. Y lo que ésto produjo se lo abonaron en cuenta.

Al año siguiente le ofreció darle dinero para comprar bueyes. Quincenalmente le daría ciento

cincuenta pesos. Don Marcial se llenó de esperanzas. Compró doce yuntas y cuatro carretas para pagarlas con éste dinero. A la tercera quincena, después del compromiso, no le pudieron dar mas y don Marcial tuvo que hipotecar su casa de Macorís, para responder de la deuda de los bueyes. Fué un desastre.

En la zafra siguiente pudo tirar toda la caña, pero ya su cuenta estaba por las nubes. Y el precio del azúcar había bajado. Ya no saldría más nunca a flote. Adiós ilusiones! Desde ese momento la vida de don Marcial fué una lucha continua en medio de la más negra miseria.

Muchas tardes contemplando desde la galería de la casa los inmensos cañaverales dentro de los cuales había vivido y donde se habían consumido algunos de sus mejores años sin beneficio apreciable, estimulado solamente por las alzas y bajas del azúcar, sufriendo un millón de contrariedades, no podía reprimir su inconformidad.

Varios años llevaba metido allí, embrutecido, contemplando ese panorama monótono todos los días. El batey lleno de peones. Un montón de hombres ignorantes, casi salvajes. Atravezando carriles. Alejado del mundo. Con una mesa pobre. Trabajando únicamente para cubrir las necesidades ordinarias de la vida. Esclavo del capital ageno. Desconsiderado a veces por hombres inferiores a él, pero más afortunados.

El estado de sus negocios lo mantenía preocupado. La colonia lo había endeudado de una

manera extraordinaria. No sabía exactamente lo que le debía a la Administración. Pidió su cuenta en varias ocasiones, pero el Auditor le dijo que se la estaban preparando para el final de la zafra. El año pasado llegó a cerca de cincuenta mil pesos, pero pensaba que este año podría hacer un fuerte abono. Hacía tiempo que vivía estrecho con el propósito de bajar esa cuenta, porque le tenía miedo a los intereses. Se había visto obligado a tomar algunas sumas al Doctor Giacomo, un italiano que vivía de eso, pero que era muy exigente, imponía unas condiciones y garantías que pocos podían ofrecérselas a cabalidad. Todos los años le prometía abonarle algo, pero era imposible. Ya habían transcurrido tres, sin que le sobrara un sólo centavo. Apenas los gastos de la familia. Y eso muy estrechamente. Privándose de todo. Su familia no iba ninguna parte. Las hijas vestían mal. La casa del pueblo hipotecada a Gutierrez y Co., estaba al perderla. Hace dos años que Mr. Moore le prometió que lo ayudaría a salir de ese compromiso, pero a última hora, se excusó con el pretexto de la baja del azúcar, que ocurrió en los últimos meses de la zafra pasada. También tenía otras deudas en el comercio. La señora tomaba en algunos establecimientos, a crédito. De vez en cuando, con grandes sacrificios abonaba algunos pesos. Afortunadamente su reputación de hombre honrado le protegía hasta cierto punto, de que lo desconsideraran.

Las noches que pensaba en estos brodos in-





terminables no podía dormir. Se alegraba de permanecer en el campo para evitarse humillaciones y disgustos. Ni los días que venía al pueblo salía. Leía las cartas, abría los memorandums, rompía los papelititos y de vuelta a la colonia los lunes, procuraba olvidar todas esas cosas, dedicándose a su trabajo. Había perdido la fé. Otros años luchaba con entusiasmo. Noticias oídas en la Administración sobre el precio lo animaban. Esto ocurría siempre al principio de todas las zafras. Llevaba ya algunos años de bregas en el campo y no recuerda haber estado desahogado nunca. Gracias a ser un hombre económico había podido vivir. El primer año le daban en la Administración, sin gran dificultad, lo que pedía. Hoy le costaba recurrir a ciertos manejos para poder sacar algo más del sueldo que le habían señalado. Porque ahora todo era medido. Le controlaban el trabajo, le fiscalizaban la hoja de pago. Le inspeccionaban los cultivos y hasta le contaban la gente que tenía. Se avergonzaba de tener que poner nombres supuestos en las listas de pago para poder sacar algo para hacer frente a ciertas atenciones inaplazables. Qué pena! En otros tiempos todas sus esperanzas estaban en la caña. No quiso vender las tierras, para explotarlas él mismo. Era su única fortuna. Y ahora ni de las tierras era dueño. No las había vendido, pero la enorme deuda que tenía se lo tragaría todo, tierras y casa. "La caña es un juego de embite", se decía. "Hay que tener corazón. Se vive de esperanza en esperanza. Y lo me-

jor es que hay que sufrir callado. No se puede bostiquear". Sólo en secreto cambiaba impresiones con otros colonos. Cuando se veían en la Administración o en el campo. Y eso que sabía ciertamente que otros estaban peores. Todavía él vivía y quién sabe, dentro de dos o tres años, si el precio subía....

En la colonia, a la hora del descanso, agarraba sus libretas y se hacía los sesos agua haciendo números de todos tamaños. A veces salía para el batey a distraerse visitando al Mayordomo o al bodeguero, o se iba a ver alguna bachata. No le interesaban los periódicos, ni los leía. Tampoco tenía libros. En su escritorio sólo había formularios para la lista de pago, para el pesador, y libretas de vales, un tintero y una mala pluma. Lápiz no le faltaba. Lo llevaba consigo siempre para apuntar nombres y hacer números. Una vida horrible. En su batey no había luz. El agua la tenía en tanques. El molino la subía. Un agua pesada, mala, que le echó a perder el estómago. Creía que ni a los bueyes le convenía.

Esta era la amarga enseñanza que le había dado la caña. Este año volvería a cortar la colonia y quedaría con los bolsillos vacíos! Qué experiencia tan dura!

Rico? Y Don Marcial sonreía. En realidad para sus peones que no vivían como gente sino como animales, él era un verdadero millonario. Y cuando pasaba por los barracones y los veía devorando con marcado apetito un arenque y un trozo de

plátano, cuando echaba una mirada a sus calderos negros, donde hervían a borbotones algunos víveres, un pedazo de bacalao, arroz de mala calidad, duro como una piedra, con manteca vegetal de la peor clase, excusaba las murmuraciones que le hacían en diferentes ocasiones, cuando trataba los trabajos, los días .le pago o con cualquier otro motivo. Infelices!

— Este año las cosas serían peores. Veía venir la zafra con indiferencia. A él le había pasado otro tanto que a los pobres campesinos. Ellos perdieron lo que tenían y él lo perdería también. †

Quién sabe si tendría que salir de allí a pasear las calles de Macorís, como un vago, después de tanto esfuerzo, de tanta lucha, de haber sufrido tantas desconsideraciones. Y con otra familia.

Amenudo recordaba Don Marcial las palabras de Uribe.

“Estos blancos saben mucho!”



## IV

Entró Diciembre. Los caminos se han secado ya. Las noches son frescas, transparentes, estrelladas. Se avecinan las pascuas. Por las madrugadas, el aliento que despiden las bestias es un humo blanco y hay que abrigarse, algunos días, para no temblar de frío al cruzar por los carriles. Ahora se escuchan más gallos cantar. Y muchas mañanas aparecen neblinas sobre las lomas, sobre los bajos, sobre las cañadas, sobre la sabana, sobre la colonia. Durante el día sopla una brisa lijera y agradable.

Alto el sol, Chencho, el Mayordomo de La Inocencia va llegando a la bodega, después de atravesar diferentes carriles y contemplar las cañas hermosas y bien nacidas. Detiene su mula por delante del mostrador. Se quita el sombrero, saca su pañuelo y se seca el sudor. Conversa un buen rato sobre la zafra que ya está encima y, al despedirse, don Antonio le pregunta:

—Y cómo están de bueyes?

—De eso no hay que hablar. No tenemos muchísimos, pero contamos con algunos.

—Los bueyes son uno de los elementos más importantes de toda colonia. Colonia sin bueyes, no es colonia.

Desde que se hace el presupuesto para el fomento, desde que se da el primer hachazo en el monte, hay que pensar en la bueyada.

—Cómo cuantas yuntas necesitaría usted?

—Con cuántas yuntas cuenta usted?

—Tiene buenos bueyes?

Don Julián responde:

—Quiero hacer una buena bueyada.

Y en la bodega o en el barracón los peones dicen a veces:

—Como la bueyada de Fuljencio no la hay en parte.

—En La Amistad tienen como treinta yuntas.

—En Dos Hermanos pueden montar más de quince carretas.

Un día sube Chencho hasta la casa de don Marcial con un viejito de la sabana.

—Este hombre viene a venderle una yunta, don Marcial.

—Y cómo son esos animales?

El viejito contesta:

—Es una yunta de novillos. Son de la sabana. Del sitio de La Lima.

—Criollos?

—Sí criollos, pero de ese ganado salen bueyes buenazos.

—No han jalado todavía?—pregunta don Marcial.

—Un poquito. Pero a esos no hay más que ponerles el yugo. Son nuevos y limpios. De vista.

—Son grandes?

—Tamañitos!

Y Don Marcial termina por prometerle al hombre que mandará a verlos lo más pronto que le sea posible.

Es que son indispensables los bueyes. A veces no tiene el colono dinero con que comprarlos, pero toma de aquí, toma de allí, hace economías i hasta contrae deudas para completar su bueyada.

Pedro Cuevas quiere sembrar cañas y Mr. Moore, el Administrador del Ingenio, le pregunta:

—Usted tieni bueyis? No podemos dar para bueyis.

Y este inconveniente lo hace desistir.

Otras veces se necesita caña. Ha subido el precio del azúcar y hay que aumentar la producción. Mr. Moore se complace en dar la enhorabuena:

—Le daremos para comprar bueyis.

Chencho no oculta su satisfacción. Conoce la bueyada de Don Marcial. En la bodega hablando con un transeunte se entusiasma:

—Los tenemos buenazos. Careto, Cola Sucia, Candelón, Rosita, Puntafuera, Nomeolvides. Tenemos poquitos, pero descojidos.





Son sinembargo, los carreteros los que más hablan de estos animales. Fonso dice que la bueyada de Don Marcial, tiene dos o tres yuntas como no hay otras en toda la Finca.

Durante el tiempo muerto apenas se ven bueyes en las colonias. Por lo regular están lejos, en los potreros de la Finca, de las colonias, de los criadores que los toman a piso. A veces se llevan fuera de la jurisdicción del Ingenio, cuando la yerba está en éste muy escasa. Para los bueyes son casi todos los potreros del Este, que en la primavera, se alcanzan a ver desde los caminos, cubiertos de yerba de paez o de yerba de guinea, divididos en vasos más o menos extensos por dos o tres cuerdas de alambre de púas. Destacan estos vasos en el paisaje por su color verde claro, como el de los retoños de los campos de cañas.

Ocupan estos potreros casi siempre las vertientes de las lomas, únicos sitios en que no ha trepado la caña de azúcar, para la cual van siendo cada vez más escasas las tierras bajas apropiadas.

La cuenta del piso de los bueyes constituye uno de los gastos de más consideración, durante la época de los cultivos.

Ya en Diciembre, los bueyes tienen poco que comer. El pasto ha desaparecido. Los vasos están pelados. El verde de la primavera ha sido sustituido por un amarillo pálido y opaco. Caminan por sobre pedregales, por sobre la tierra limpia o salpicada, aquí y allí, de matarrones secos, pajo-

sos. Los últimos meses del año son penosos para las bueyadas. Afortunadamente, para esta época, ya tendrán cojollos en abundancia en las colonias.

Porque apenas transcurridos los primeros días de Diciembre, una mañana, Chencho dice en la bodega:

—Ya salieron a recoger la bueyada. Deben estar al llegar.

Y esta noticia rueda por todo el batey. En los barracones se comenta. Fonso, Juan Tarana y Murciélago, están fuera. Vienen con los bueyes. En las casitas también comentan la nueva.

—Yo creo que empezaré mi trabajo el lunes, —dice el pesador.

El batey está alegre. El personal va y viene por los carriles. Debajo de la casa de Don Marcial se nota movimiento. Se sacan yugos. Se oyen ruidos de cadenas. Tunino entrega paquetes de grasa, por orden de Don Marcial. Y en la bodega se despachan brazas y más brazas de sogas de pita. El corte está abierto ya. Brillan al sol los filos de las mochas.

Rosendo oye un vocerío. Alza la cabeza y la inclina hacia un lado. Quiere aguzar el oído.

—Por ahí vienen los bueyes!—exclama:

Se oye un canto, luego un estallido. A poco, por la gran calle llena de sol, aparece la bueyada.

Siguen el ganado de cerca los peones. Van armados de látigos que producen estallidos como si fueran disparos. Caminan detrás de los animales, a pié o montados sobre mulas viejas, a las

que han colocado sobre el lomo un aparejo desverecijado, en muy mal estado o simplemente un saco de pita. Van los peones gritando o cantando. A veces profiriendo palabras gruesas, obscenas, propias para animales, pero a las cuales están acostumbrados todos los oídos en el campo.

Y caminan los bueyes por el carril, lentamente, paso entre paso, unos detrás de otros o agrupados. A veces los peones los apuran y los hacen trotar por el carril como si fueran caballerías.

Van corneándose, encabritándose, subiéndose los unos encima de los otros, golpeándose por el testuz, atropellándose. Algunos abandonan por momentos a sus compañeros como para escapar, y un estallido de los fuetes de los peones o una palabra dura, o un insulto soez, los hacen volver a enfilarse. Otros, simplemente se detienen, aparentan no querer seguir, vuelven la cabeza hacia los lados como si buscasen algo, como si reflexionaran, pero no tardan en reanudar la marcha. Los bueyes por lo regular caminan silenciosos, atentos a las voces de los conductores. No braman. Sólo se oye el ruido de las pisadas y el choque de las cornamentas cuando van a prisa.

Chencho detiene su mula para verlos pasar. Le recoge el freno en previsión de que el animal se espante. Es tan mañosa esa mula! Se ha colocado a un lado del camino que los animales van a seguir con interés de atajarlos él también en caso de que fuera necesario.



—Si yo me viera con una bueyada así. Qué salvada me daba!—exclama entusiasmado.

—Cualquiera!—agrega un peón que lo ha escuchado.

Pasan bueyes de todos colores y de todos tamaños. Negros, berrendos de blanco o de colorado. Araraos, joscos, barreteados, indios. Pequeños, de pelo largo, criollos; y grandes, de pelo corto, africanos. Pasan también cebuses. Pertenecen estos bueyes a varias razas y a diferentes variedades. Los cebuses o mysosres caminan majestuosamente. Llevan una prominencia en la cruz y su cornamenta es alta y su papada larga y elegante. Las patas de estos cebuses son más finas que las de los bueyes criollos. Son bueyes fuertes, ventajosos para el tiro, porque caminan más aprisa, pero son bravos y por eso se consideran peligrosos. Tienen estos cebuses por lo regular, un color uniforme, de gris perla al gris oscuro. La cabeza de líneas finas, los ojos negros y encima de éstos, se les vé un grupo de líneas oscuras y curvas que no tienen los otros.

Marchan por el carril, obedientes, mientras algún perro, su eterno enemigo, no les ladre. Entonces, abandonan las filas y furiosamente le embisten, poniendo los ojos en blanco.

Murciélago, Fonso, Juan Tarana, los van jarriando.

Continuamente vocean:

—Ojó! Ojó! Ojooo!

Pero de vez en cuando sólo murmuran:

—Shuva! Shuva!

Y el ganado sigue lentamente por el carril, que parece ahora un callejón por lo alta y hermosa que está la caña en sus orillas.

La llegada de los bueyes marca el comienzo de la zafra. La zafra! Cuántas ilusiones, cuántas esperanzas trae a todos! Desde el más humilde peón que afila su mocha, la garantía de su vida, hasta el Administrador, abrumado de responsabilidades, todos tienen el pensamiento puesto en la zafra. Y la ciudad, allá, confía en que todo ese esfuerzo, toda esa energía que se desplegará en los campos se trueque en bienestar para sus habitantes, que ven en los cañaverales riqueza, prosperidad, progreso.

Don Marcial, desde la galería de la casa los vé pasar con indiferencia. Lo que le cuesta esa pequeña bueyada!

Compró unas cuantas yuntas en El Soco, para pagarlas al finalizar la zafra. Otras las obtuvo de diferentes criadores de la sabana. Dos yuntas, las que siempre lleva la carreta de Murciélagos, le cuestan un dineral.

Los sigue con la vista mientras avanzan por el carril.

—Buenazos esos bueyes don Marcial,—exclama Tunino.—Mire a Cola Sucia, que jarto va.

Se asombra de lo grueso que se ha puesto Quitasueño y pregunta a Don Marcial, cuando llegará Abelardo con los suyos.

La zafra! Chencho ya no tendrá descanso.

Vivirá seis meses a horcajadas sobre la mula. Yendo y viniendo, recorriendo todos los carriles, descendiendo por momentos en el corte, en el chucho, en la bodega.

—Ya están enyugando,—dice al día siguiente con satisfacción.

Y a partir de ese momento las carretas comienzan a pasar y repasar los carriles. Llenas de cañas, camino del chucho. Vacías hacia los cortes.

—Ya empezamos, vale,—le dice Murciélago a un conocido de la sabana.—Toavía no ha dentrao mucha jente, pero yo pienso que dentrará!

—Vamos de a poquito,—dice Chencho a Don Antonio en la bodega.—Esto se vendrá a animar después que llegue Abelardo.

Cuando Chencho afirma que La Inocencia cuenta con una buena bueyada, lo hace pensando en Lalo.

—Y han tenido noticias de él?—le pregunta don Antonio.

—Ya salió. De momento llega.

Y un domingo en la tarde, después de una semana de haberse iniciado el corte, entra Abelardo a La Inocencia con su tren de carretas montadas. Hay que aprovechar los domingos que son días muertos para hacer los traslados, y utilizar los lunes completos. En el batey hace una parada y va a ver a Don Marcial:

—Acabamos de llegar,—dice.—No tuvimos tropiezos en el camino.

Conversan sobre el trabajo. Don Marcial le



asigna sus campos, y al día siguiente, Abelardo al ver a Chencho, exclama:

—Ya entré en fajina, vale. A julepiar se há dicho!

Y Chencho con la pierna enganchada en la silla de montar, le refiere las informaciones que ha podido recoger:

—Yo creo que este año se puede hacer algo. Piensan hacer 100.000 sacos. Como cañas tenemos!

—Y buenaza! Mire que yo he visto campos que dan gusto. Por esos laos de abajo los matorrones son así.—Y Abelardo separa los brazos y acerca las manos como para formar un círculo.

Don Marcial no tenía suficientes bueyes para el tiro. Pero Lalo en la zafra traía los suyos con sus carretas, y por eso era que Chencho no dejaba una caña parada. Lalo poseía unas cuantas yuntas propias y alquilaba otras. Esa era su ocupación. Antes de comenzar la zafra, hacía sus arreglos con uno o dos colonos para ayudarlos en el tiro. A veces tomaba uno o dos buenos carreteros en la colonia. Esta vez consiguió a Fonso, uno de los clavos de mayor reputación.

Este trabajo le producía poco, pero suficiente para vivir y sostener su familia. En ocasiones sufría pérdidas. Algunos años se le inutilizaban carretas. Se le partían ejes o pértigos, se le rompían algunas ruedas. Se le morían bueyes o simplemente se los destarraban. Cuando esto ocurría sus ganancias disminuían. El precio que le paga-

ban por el tiro también fluctuaba. Todo en la Finca depende del valor del azúcar y pocos productos tienen más alzas y bajas en el mercado.

—Durante la zafra, Lalo, el Ajustero, se instala en la colonia. Ocupa una de las casitas de zinc y come en casa de Lupe. Su familia vive en Hato Mayor.

En la calle Duarte, en una casa de madera con tres hermosas puertas, donde en un tiempo estuvo la pulpería de Finfo, vive doña Candelaria. Por las mañanas recibe la leche en la puerta y echa el primer regaño a los muchachos que, por no tener al padre en la casa, no le dan reposo. Doña Candelaria está acostumbrada a esta falta casi permanente del marido. Tan acostumbrada, que apenas hace caso de las habladurías que de tarde en tarde escucha, acerca de la fidelidad de Lalo. Tantas mujeres le han pegado!

Pero los sábados Lalo viene a verla, cuando el trabajo no requiere su presencia en la colonia. Llega en la tardecita. A veces estropeado. Pasa el domingo conversando con sus amistades, o en la gallera, y esto le causa pena a Doña Candelaria.

—No lo veo. La Finca me ha dejado viuda. Los domingos, Lalo no para en casa. Tengo marido dos noches cada quince días. Qué voy a hacer!

Nadie sabe lo que ella sufre con esa Finca. A cada instante tiene que notar la falta.

—Si Lalo estuviera aquí,—dice mirando la mesa puesta.

O cuando sobre Fiofió se forman densas

nubes negras, y el verde de las laderas se oscurece, no puede dejar de exclamar:

—Si el pobre Lalo se estará mojando! Es una calamidad la Finca! Pero que vamos a hacer. Gracias a ella tenemos la comida asegurada.

El lunes regresa Abelardo, tempranito, de madrugada, y desde que llega a La Inocencia se le vé sobre su mula en el corte, vijilando a los carreteros y a los bueyes. Procurando que los viajes sean completos, que se den los suficientes en el día; o en el peso, conversando con el pesador, pidiéndole notas, o en el chucho, tratando de evitar litijios entre sus carreteros y los de don Marcial. Aquí en el chucho se orijinan disputas. Todos quieren descargar al mismo tiempo. A veces no hay vagones, o los que ha traído la máquina son insuficientes y muchos carreteros tienen que esperar cargados, lo cual les perjudica, porque no pueden hacer los viajes que se han propuesto, o los que deben representar su tarea diaria.

En ocasiones aquí ha tenido que hacer uso de sus dotes de autoridad para establecer el orden. Los carreteros se han ido a los puños o se han amenazado con sus cuchillos. Pero Abelardo, que fué en una ocasión Jefe Comunal, se hace respetar prontamente y por esto ha evitado desgracias.

—No descanso,—dice a don Antonio.—Estos carreteros son jente del demcnio. Malos! Me cuesta estar encima de ellos. Maltratan a los bueyes, pierden las sogas, tiran la carreta por cualquier



parte y nunca están conformes. Ellos clavan a los bueyes y yo tengo que clavarlo a ellos. Para mantener montado un buen tren de carretas, se necesita Dios y ayuda.

— Porque de los bueyes depende el éxito de la zafra. Sin los haitianos y los bueyes es un fracaso.

— Son estos sufridos bueyes los que transportan pacientemente toda la caña de los campos a los chuchos, para alimentar los trapiches que no descansan durante medio año, hasta que el último trozo de caña no ha sido convertido en bagazo.

A la salida del sol y muchas veces antes, ya están uncidos a los yugos. Tres parejas para cada carreta. Los guías, los tercios y el tronco. Cada pareja requiere cualidades especiales y no todos los bueyes pueden indistintamente desempeñar las mismas funciones. Mientras trabajan llevan el pescuezo erguido y son limitados sus movimientos, apenas pueden mover la cabeza, sujeta a los yugos por los lazos. Mueven únicamente el pabellón de las orejas, para recoger el menor ruido que se produzca en su vecindad. Cuando las carretas están detenidas en el corte, durante la carga, o en el chucho, durante la descarga, los bueyes permanecen inmóviles. Rara vez suelen echarse. En ocasiones lo hace alguno de la guía. El tercio y el tronco no pueden hacerlo porque están junto al pértigo que se lo impide. Con frecuencia se contentan con rumiarse algún pedazo de caña, y cuando van marchando suelen de vez en

cuando, al pasar por los carriles, alcanzar con su lengua áspera las hojas de cañas, para entretenerse con ellas por el camino.

Durante el día no tienen descanso. Van y vienen desde el alba hasta el anochecer bajo el yugo. A medio día, sin embargo, seatean un buen rato. Durante la noche, permanecen en el borbojo, atados por lazos, cuidados por el sereno para que no maltraten la caña.

Sobre los lomos y en los cuartos traseros se les ve las picaduras producidas por el clavo cuando les toca en suerte un mal carretero. Los buenos bueyes no dan ocasión para tanto. El clavo les hace bramar. Se encuentran con frecuencia carreteros brutales, que no se consideran ni ellos mismos. Los que más sufren, son los guías y los troncos. El tercio no hay que apurarlo.

Hay que saberlos utilizar. En las guías van los amaestrados. Bueyes inteligentes, con frecuencia dotados de aptitudes sorprendentes. En el tercio, van los mediocres; pero en el tronco, se acostumbra enyugar a los más fuertes y a los más retrancas.

Adquieren hábitos. Muchos se especializan. En la bueyada de Don Marcial, los hay muy buenos. Colorado y Fortuna, son guías. Pero Colorado sólo tira bien puesto a la derecha y Fortuna a la izquierda. Los que se han acostumbrado a trabajar de tercio no lo hacen bien en ninguna otra parte. Y aquí también los hay derechos e izquier-

dos. Es indispensable conocer los bueyes para poderlos enyugar.

Conocen los bueyes a sus carreteros. Sólo trabajan bien cuando lo hacen bajo la orden de su carretero favorita. Por eso Murciélagos no cambia los suyos. Ni Dionisio tampoco. Las yuntas tienen sus simpatías y sus caprichos. Muchos bueyes se detienen con sólo, presentarles la vara. Otros al grito de "Oh! Oh!" Eso es suficiente. Pero en ocasiones el carretero tiene que tirarse de la carreta para situarse por delante de la guía y vocearle de cerca y hasta usar de su vara para golpearles la cabeza o el hocico. Son estos los bueyes torpes. Mañosos.

Domarlos es un arte. No todos los carreteros tienen sangre para esto. Los bueyes que han tenido un buen domador no tienen precio. Se les busca y se les estima.

Se domaban antes en los trapiches. En el corte de madera, monte adentro, arrastrando gruesos y pesados troncos. Otras veces se machacan en el tercio. Los más inteligentes los destinan para guías.

Una buena bueyada para el Colono y para el Ajustero del tiro es un capital de consideración. Se las cuida, se las atiende y hay que conservarles en buenas condiciones los potreros. Colonia sin potreros no está completa.

En el tiempo muerto muchos trabajan en la preparación de los campos. Entonces tiran del





arado. Trasportan la leña, la semilla o las provisiones para las bodegas.

Y ya se pueden ver por los carriles de La Inocencia, todos los días, jadeantes, sudorosos, a Corocito y Desengaño, Quemao y Palomo, camino del chucho, guiados por Juan Tarana, a Santa Rita, el mejor tronco de la colonia, con Tumba Tiro y Bocanegra en la carreta de Dionisio, que no los cambia por otro en ningún tiempo.

Pasan también Cantaclaro, Manchao, Quiebrahacha y Mapembá, los guías más renombrados, con Botagancho y Lechuza, los troncos que más retrancan, y que José Lelo no desea ver en su carreta, porque no quiere hacer mala sangre ni tener rompecabezas. Bueyes para bajar cuestras, acostumbrados a tirar por malos caminos, pero que en La Inocencia no sirven para gran cosa.

Mientras en el corte se oye llamar a Careto, a Pajarito, a Puntafuera, y en los carriles trotan con sus carretas, Cola Sucia y Cola Blanca, y el más haragán de todos, que nadie quiere enyugar, Palomo, y el más mañoso Fortuna. El más viejo Quitasueño y el más lobo Rosita, bautizado así por el vale Alipio, en recuerdo de una muchacha que tuvo en el Paso de la Guama, hace mucho tiempo, pero a quien quiso mucho "por su comportamiento".

Tienen los bueyes sus admiradores en la colonia.

Y en la bodega, en el barracón en las horas de descanso, en las primas noches tristes del ba-

tey, se habla de ellos. Se les hace justicia. Murcié-lago conoce los mejores bueyes de toda la Finca. Dedicar un recuerdo a los que han muerto y han dejado su nombre a otros que lo llevan ahora por parecerseles en algo, ya que iguales no han podido ser. Y se espera mucho de los nuevos, de los que han comenzado a trabajar en esta zafra. Se habla también de los inutilizados. De los que se desyuncaron en algún mal paso por una falsa maniobra, por un descuido del carretero, por no desenyugarlos a tiempos. De los que se han destarrado por las mismas causas. Y de muchos que murieron de enfermedades desconocidas. Con ajoguío, con guaguana o por picaduras de arañas.

Cuando se les cuida, viven años trabajando en las colonias. Entran lobos, novillos, del potrero de algún criador o de la sabana, y tirando de la carreta o del arado, les pasan los años por encima, hasta que la cornamenta exuberante, el pelo caído, la pérdida de carnes, el piojillo, denuncian su vejez y entonces son sacados un día para el potrero o para la carnicería.

Y un domingo, después del pago, el sonido de un jututo avisa al batey que hay carne fresca.

—A cómo la libra?—pregunta una mujer en la puerta de un bohío.

—Qué carne tan dura, vale. Ni que la hubieran tenio un día en el caldero se ablanda

Y Murciélago supo por la noche, que ese día habían pesado a Quitasueño.

—Tan buen buey!—exclama.—Y tanta gente mala en el mundo!

Por eso don Marcial lo estimaba tanto.

—Murciélago tiene sangre pa los animales, —dijo un día Fonso, en el barracón.

—Sangre, no! Consencia!—agregó otro.

Murciélago, es uno de los carreteros más populares en la colonia. Todos los años tiene su trabajo asegurado en La Inocencia. Un jugador, un bachatero y un excelente clavo. Cuida los animales y los arreos. Sólo a él no se le pierden sogas, ni parte yugos, ni rompe carretas. Pero los lunes no se puede contar con Murciélago, porque todos o casi todos los domingos está de parranda. En otros bateyes, en la sabana, en donde sonare un acordeón o hubiere algún jueguito gordo. Nunca tiene nada. Lo que gana va para donde las mujeres, para la cantina o se lo tragan las cartas. Un negrito interesante. Se había criado en el Mamey, con Don Pancho, que era su padrino. Muchos años trabajó con él, pero en estos últimos parece que ya no se entendían. Constantemente estaban riñendo. Ya en otras ocasiones pasó temporadas trabajando en otras colonias, pero luego se reconciliaba y volvía al Mamey a ayudar a su padrino.

Hacia, sin embargo, unos cinco años que sólo llegaba de paso. Tres de éstos los trabajó con Don Marcial, que lo había conquistado por su trato y por las consideraciones que le guardaba. Es el



mejor carretero de todos los que tiene. Honrado, trabajador, respetuoso. Porque Murciélago cojió donde su padrino muy buenas costumbres. Su madre trabajó y murió en el Mamey, protegida de su padrino. No tenía más familia. Desde pequeño bregando con bestias y vacas, tenía una gran experiencia. No le gustaba otra cosa. En una ocasión, trabajó a las órdenes del encargado del ganado en el Consuelo. Le complacía hablar de eso. Cada vez que se pierde un buey o aparece alguno desconocido en los cortes, sólo Murciélago puede decir a quien pertenece y hasta hacer la historia del animal. La estampa no es para él. Los conoce por la pinta. O por otros detalles que él sólo repara.

Durante la zafra se vé a Murciélago por los carriles de La Inocencia, de pié, sobre el pértigo, la vara en alto, pitando o tarareando el bolero de moda, con su sombrero de cana, de ancha ala, a menudo levantada por delante y prendida de la copa por una cintica, recuerdo de la bachata del último domingo, camino del corte. Sus bueyes son los mejores. Los más gruesos. Los mejor cuidados. Siempre trabaja con los mismos. Su guía y su tronco son incomparables, causa de envidia de muchos carreteros. Tiene después, sangre, como dice él para sus animales. Le obedecen maravillosamente. Ni malos pasos ni carga pesada le importaban. Su carreta puede ir a todas partes. Carretear es su orgullo. Sobre el pértigo se siente dichoso. Ninguna carreta mejor envarada. Ni con

más gracia. Ni que hiciera menos ruido, ni que estuviera en mejor estado. Siempre casi nueva.

Sus lazos, siempre estaban en condición. Nunca había destarrado bueyes. Ni maltrataba con el clavo. Sus animales parece que no trabajan. Y beben a tiempo, descansan lo necesario y siempre están dispuestos para la carreta. Muy buenos eran sus yugos. Bien labrados. De las manos del mejor labrador de yugos de por esos sitios. También él sabe guiar. No echa sus bueyes por todas partes. Les evita trabajo excesivo. Porque hay que ver por donde se jarrea. Todo el mundo no sabe eso. Y como eso vale también tratar bien a los animales. Vocearles cuando es necesario y nunca atolondrarlos con gritos. Murciélago apenas alza la voz. Contrariamente a otros carreteros que se escuchan a leguas maldiciendo, a Murciélago apenas se oye. Cara Suca y Mapembá, sus guías, no trabajan igual con otros carreteros, y cuando por alguna circunstancia son guiados por otro, enseñada lo nota, porque se los descomponen, le enseñan malas costumbres. Se los ponen mañosos. No los apura tampoco. Sabe que mientras más descansado trabajan los bueyes, mayor tarea podían rendir. Al filo de medio día, los llevaba a beber al tanque y les daba un ligero scsteo. Entendía que los animales como la jente tiene que reposar y no hacer las cosas saltando. Y así, aparentemente sin apurarse, rendía mayor labor que los otros carreteros. Sabía sacar provecho de los cuidados que prodigaba a sus bueyes. Comparable con

Mapembá, sólo Marapicá, un buey de su padrino. Después ninguno en toda la Finca.

A la caída de la tarde, parado en la calle central de la colonia, la guía rumiando y el tronco irguiendo la cabeza para descansar, sentado en la parte trasera de la carreta, Murciélagos conversa con la amiga que va a la bodega de compras, y rie y la requiebra, si es buenamoza o le hace confidencias de sus nuevos amores de la sabana, los que nacieron en la última velación o en el baquiní de Vloria. La brisa mece las cañas o hace un remolino de barbojo en el corte. El sol da tono de oro a todo el paisaje y lejos se escucha el pito de la máquina que va de regreso al Batey con el último tren de vagones del día, que Murciélagos contribuyó a llenar con su último viaje.

Colgándole las piernas en el aire, los pies empolvados, el sombrero colocado en una rodilla y la vara sujeta como una lanza, la mirada encendida, brillante, ante el recuerdo de la hermosa que ahora es dueña de todos sus entusiasmos y sostiene llama de pasión en su corazón juvenil, Murciélagos, sonreído, no puede ocultar su alegría. El la había visto ya en dos ocasiones, pero no la había reparado. Un amigo habló de ella delante de él, un domingo en la gallera. Creyó primero que tenía hombre, y tal vez por eso, no se había fijado. Pero cuando él comprendió que le gustaba fué el día que bailó con ella. Perdió la cabeza. Pocas mujeres bailaban así. Mujer liviana, con más compás, no podía haberla en toda la Finca. Le gusta-



ron sus ojos, sus dientes y sobre todo su cuerpo. Bailó mucho, todos los merengues que tocaron, y no se hubiera cansado nunca. Cuando el vale Antonio se la pidió, sintió una cosa mala que le pasó por el cuerpo y si no hubieran sido tan amigos, no se la hubiera prestado. El conocía muchas mujeres, pero por ninguna había sentido lo que sentía por La Niña.

Y la amiga le oía complacida y le daba bromas, porque se decía de Murciélago, que no quería a nadie. Las mujeres le tenían desconfianza y le decían zumbador, porque no se paraba mucho tiempo delante de ninguna flor. Ahora se complacía en hablar de una y pedía informes a la amiga con un interés que no dejaba duda. Supo así que no había tenido más que dos enamorados, uno de ellos muy fuerte, pero que La Niña no le había hecho caso. Que era trabajadora como pocas, que no salía amenudo de su casa, y que el lunes, al día siguiente de la velación de Vitoria, cuando estaba en el arroyo, las amigas le dieron bromas sobre él y pudieron adivinar que le gustaba. Mientras le hablaban de Murciélago no hacía nada y cuando Dolores se atrevió a decirle que si a ella no le parecía un buen partido el carreterito de Don Marcial, bajó los ojos y disimuló dándole palos a la ropa sin decir una palabra.

Murciélago conversó mucho esa tarde en que sólo le interrumpían los bueyes al tirar de la carreta para rumiarse en el carril. Cruzaron otras carretas para el corte y alguno que otro carre-

tero le soltaba algún dicho grueso al pasar, sin que Murciélago hiciera el menor caso.

Esa tarde fué el último que desenyugó. Era casi de noche. Algunos peones se dieron cuenta porque cuando brillaban ya intensamente las estrellas le oyeron entonar un canto con tal fuerza y entusiasmo que denunciaba en él una muy grande alegría:

“Tengo mi caballo a lazo  
el lazo le tumba el moño,  
si consigo esa muchacha  
que bonito matrimonio”.

Al día siguiente, Fonso, se atrevió, delante de Remijia, que compraba una manteca, a darle una broma a Murciélago. Cantaba mucho y había comprado en la bodega polvos y un jabón de olor. Rió Remijia a carcajadas y ya de marcha dijo: “que los hombres que más se la dan son los que más pronto dan el piojo”. Murciélago se contentó con clavarle los ojos un buen rato y al volver a la carreta y cojer la gran calle se le oyó de nuevo:

“La vida del carretero  
es una vida azarada,  
ni toma café caliente  
ni duerme la madrugada”.

Por los carriles de La Inocencia se oirán ya todos los días, mientras dure la zafra, el golpe

seco de las bocinas de las carretas, apesar de que por ellas chorree la grasa. Se oirán crujir los lazos sobre las cabezas de los bueyes y los balsones sobre el pértigo. Se oirán asi mismo los ruidos metálicos de las cadenas, cuando los bueyes tiren de ellas y las atesen o cuando las aflojen. En las subidas, en las bajadas, en los malos pasos. Cuando los carreteros, por interés de llegar pronto al corte o al chucho, o porque ya declina el sol, hagan apresurar los bueyes hostigándolos con el clavo.

Cric, crac. Cric, crac

Irán al chucho a vaciar y regresaran al corte a cargar de nuevo por el mismo carril siempre. Todos los días. Desde que se presienta la salida del sol hasta la caída de la noche.

—Montaré diez carretas,—dice Chencho a Gautier Mojica.—Ya tengo siete jirando.

Giran en efecto. Es un ir y venir dentro de un espacio limitado.

Por eso, los bueyes aprenden pronto la ruta. Conocen todos los accidentes del camino, las subidas, donde tienen que desplegar toda su fuerza, las bajadas, en las cuales descansan porque las carretas se deslizan sin su esfuerzo. Desechan los malos pasos. Se apartan de los atascaderos. Aprecian la distancia. Se detienen en los terminales del tiro automáticamente.

En una palabra, colaboran con el carretero para hacer más fácil el trabajo.

—Sabén como jente estos bueyes,—dicen los buenos carreteros.



Paso entre paso, sin temor a la fatiga, orgullosos de su fuerza, poseídos de su resistencia, con la vista sobre el carril o sobre los campos, siguiendo el rastro de los otros, y con las orejas levantadas para no perder la voz del carretero, caminan los bueyes por los carriles de La Inocencia desde que se inició la zafra, tirando de sus carretas cargados de cañas hasta el tope. Pacientes, sumisos, silenciosos.

Cric, crac. Cric, crac

La molienda se va desarrollando normalmente. Desde que comenzó el corte ningún incidente se ha producido en La Inocencia. Don Marcial está seguro de que tal como le dice Chencho, no quedará una caña parada. No sobran elementos como en otras colonias, pero cuenta con los suficientes. Su personal es muy bueno y con el concurso de Abelardo, el número de carretas montadas le permitirá sostener el tiro sin flojar.

Diariamente se ven Don Marcial y el Ajustero en la casa, en el chucho, o en el campo.

—Cómo va eso, Abelardo?

—Va de oro, don Marcial. Hoy tenemos un tiro teso. Si la cosa sigue como va, y hace verano, esta semana no me dan abasto los vagones.

Esa es también la preocupación de Chencho. Los vagones. Un disgusto tuvo con el maquinista de la No. 2. Sus carretas estuvieron casi toda una mañana cargadas, esperando vaciar y la máquina se apareció cerca de las doce del día. Indudable-

mente el tráfico no andaba bien. Siempre algún estorbo!

—Pida vagones con tiempo,—decía también él a don Marcial.—Esto es lo único que nos puede atrazar. Con el personal que tenemos no se puede fracasar.

—Pero Don Marcial no muestra la alegría de otras épocas. Trabajaba a empujones. Las dificultades que se le presentaban le cambiaron el humor. Oía estas advertencias con indiferencia. El azúcar estaba por el suelo, experimentó una baja considerable. Se trabajaba con mucha economía y la Administración era cada vez más exigente. Con la ayuda de Mr. Moore no se podía contar. Tenía presente sus últimas palabras:

—Yo saber usted no estar conforme. Mi no tieni el culpa, comprendi? Usted queja del cuenta tambien. Yo no puedi jacer mas. Ni dar mas dinero, comprendi?

El personal de La Inocencia no es muy numeroso. Otras colonias cuentan con una peonada mayor y más variada. Sin embargo, en ella hay de todo. Hasta haitianos. Estos se ocupan del corte, de las limpiezas, y también realizan trabajos que por lo regular son hechos por dominicanos. Únicamente no saben ni les gusta carretear. Hay que hablar castellano para ser carretero. Los bueyes criollos no aprenden patuá. Los haitianos tampoco tumban monte. Esta es la ocupación favorita de los dominicanos. Son éstos las jentes del hacha, del machete y del clavo.



Un ir y venir de hombres en esta colonia, entre los cuales muchos se expresan en lenguas extrañas. Un montón de trabajadores a quienes el Mayordomo llama, con visible satisfacción, su personal.

Este Mayordomo es Eujenio Pérez (a) Chenchó. Nació en San José de los Llanos y ahora está radicado en La Inocencia. Le echó la bendición el Cura de Hato Mayor y tiene dos hijos pequeños.

Un día, él mismo le hizo un resúmen de su carrera a don Antonio. Fué detrás del mostrador de la bodega, mientras se jugaba una mano de tablero entre éste y Abelardo.

Su vocación fué para la agricultura. Desde pequeño le tiraba la caña. Sus primos eran agricultores, tenían potreros y colonias, pero les gustaba la política. El sí no había tirado un sólo tiro en su vida. Cuando más cerca de la política estuvo, fué en una ocasión que lo acuartelaron en Los Llanos, con motivo de una revolución. Pasó varias noches en la Comandancia, armado de una carabina belga. Era un jovencito. Afortunadamente, la revolución entró sin tirar un tiro, porque el Comandante le entregó la plaza a los revolucionarios. Pasó muchos sustos. Una noche tocaron firme por unos fogonazos que se oyeron en La Palma. Se convenció entonces de que no servía para político. Si la jente entra esa noche no hubieran podido contar con él. Gracias a un tío, pudo zafarse de ese compromiso. Se fué al campo y allí comenzó su lucha. Trabajó en Quisqueya. Fué

Volteador, después encargado de un tiro. Pudo comprar algunos bueyitos, dos yuntas, y con esas se corrió para Las Pajas, donde ya tenía ocho años de permanencia. Su mujer, es de La Lima. Hija de José Maldonado. Allí le dieron el aviso de que don Marcial buscaba un Mayordomo. Consiguió la colocación y hace tres años que le acompaña, ayudándolo a salir con bien en sus trabajos.

—No me puedo quejar de don Marcial,—le ha dicho más de una vez a Don Antonio.—Me trata bien. Tengo que defender sus intereses como si fueran míos. Y tratarle bien el personal..

Chencho estaba siempre sobre una mula baya. La cuidaba mucho. Llevaba la crin recortada y la cola a manera de brocha de pintar. Tunino era quien se la tuzaba. Desde el arranque de la cola le cortaba los pelos con unas tijeras hasta cerca del extremo en que formaba una especie de cono o copa invertida. En todo el batey no había otra parecida. Tenía muy buen paso y era muy viva. Don Marcial la compró a unos hombres de San Juan de la Maguana, que pasaron por La Inocencia. Se espantaba mucho, pero Chencho era un excelente jinete. La llamaba **Maruca**.

—Dicen que **Maruca** se resiste. Qué va! Es que es una mula muy fina, que no la puede montar todo el mundo.

A medio día un peón le daba de beber, mientras Chencho reposaba un rato. De vez en cuando le compraba una libra de azúcar prieta, porque a

falta de melao, eso limpia y le pone brillante el pelo.

Rosendo decía a veces:

—A los haitianos y a Maruca le gusta lo dulce, vale. Por eso es tan mañosa como ellos.

Encontrábase satisfecho el Mayordomo. El sueldo no era muy bueno, pero le había ido bien a la familia. Su mujer engordó desde que estaba en la colonia. Y sus muchachitos no padecían de fiebres. Seguro estaba de que si a Don Marcial le hubieran salido las cosas de otra manera, le pagaría mejor. Además tenía elementos.

Chencho lo dice con orgullo.

—Aquí en La Inocencia trabajo con gusto. Lo que es aquí me sobran elementos. Lo que es por falta de peones o bueyes no se queda una caña en los campos. Hay con qué trabajar.

Y Don Marcial después de averiguar el precio del azúcar, sólo pensaba en los bueyes y en la peonada:

—Hay gente suficiente?—pregunta a Chencho.

—No me faltará personal,—responde el Mayordomo.—Descuidese, don Marcial! Mientras yo pueda contar con Fonso, Rosendo, Murciélago, Juan Tarana, Vicentico, Chévere, Priscilién, Telemaque.... No se quedará una caña parada. Contamos con un buen personal.

Personal es Rosendo, Juan Tarana, Fonso, Murciélago, Vicentico, Chévere, Priscilién....



Durante la zafra el personal y los bueyes constituyen la preocupación de todos.

Hasta Juan Tarana, le dice a Fonso:

—Yo creo que a Chencho le va a faltar personal. Si no dentra más jente, lo veo mal. Va a frascasar.

Pero todos los días aparece una cara nueva en el batey. Ahora es Agapito que espera al Mayordomo sentado en el pértigo de una carreta. Una hamaca colgada a la espalda, pantalones de fuerte azul, arrollados hasta mitad de la pierna, sombrero de cana, en cuerpo de camisa, descalzo.

Llegó a La Inocencia al caer la tarde. Atravesó sabanas, pedazos de monte, trechos de camino real. Se bañó en el Azuf. Y entraba al batey recordando el gallo de pluma fina que alcanzó a ver desde el camino. Venía a la Finca, porque necesitaba dinero para un caballo y para otras cosas que ambicionaba.

—Dónde podré topar al Mayordomo?—preguntó.

Murciélago lo puso en camino. Uno más! Los Mayordomos viven abrumados con estas jentes que acuden a todas horas y de todas partes en busca de trabajo.

Cuando el Mayordomo está en los campos distantes del batey, cuando transita por los carriles, en el corte, en la tumba, en las limpias, junto al molino, en las cuarterías, en la bodega y aún cuando está fuera de la colonia, en todas partes, siempre lo están aguardando.

La peonada no lo deja sestear. No lo deja comer. Lo llama, lo silva, lo manguea. Lo hace salir de la bodega, de su propia casa, lo interrumpe cuando conversa con el dueño de la colonia.

Se le ve en todas partes. Habla en todos los sitios. La Oficina del Mayordomo, es toda la colonia. En todos los campos ha dado órdenes, ha entregado vales, ha tomado notas, ha tratado y ha recibido trabajos.

Un día va por un carril sobre su mula, lo siguen uno, dos, cinco, un grupo, una cuadrilla. Va a realizar un trabajo, va a tratar una limpieza, va a la tumba para distribuir cuadros, o a hacer un habite, o a disponer una siembra.

Pero no siempre sucede así. Otro día va sobre la misma mula a visitar los bateyes y las secciones vecinas, y va dejando el aviso de que necesita personal en la colonia, y a sus amigos, a sus conocidos, les va pasando la palabra: "Necesito jente". "Estoy escaso de personal".

Prefiere y solicita a los conocidos que le han abandonado. "No has visto a Julián?" "Dónde estará ese hombre?" "Tan buen carretero!" Es que ahora carece de personal y su prestigio como Mayordomo está comprometido con don Marcial.

Con más frecuencia por los innumerables carriles que entran al batey, pasan y repasan los peones. Unos camino de sus casas o de otras colonias, otros en busca de trabajo. Llegan a la bodega, preguntan al pesador, a los otros peones, a



sus amigos y enseguida se lanzan en persecución del Mayordomo. Lo asedian:

—Usted no tiene alguna cosita por ahí?

—Vale Chencho, consígame algo que toi acetao. Eta mocha se me quié salir de las manos.

—Vamo a ver si hay alguna puntica que arreglar.

—He venío a ver si saco manque sea la jabichuela.

—Toi bruja, vale, jágase cargo de mi.

—Toi trozao, vale. Métame la mano.

Un día el Mayordomo dice:

—Por ahora no tengo nada. Me sobra jente!

Dice ésto con satisfacción, mientras arrienda la mula camino de la bodega o en dirección al corte. Chencho se enorgullece al decir que donde él trabaja no puede faltar personal.

—Tengo mi jente. Esos son míos y me siguen a todas partes. Tengo muy buenos tratos y muy buenas reglas.

Pero al otro día, ya no puede repetir esto:

—Hombre sí! Allí me dejaron un cuadro. Tengo un campo para limpiar. Y haciendo retroceder la mula se hace seguir del primero que encuentra por la boca de un carril o topa en un cruce, para ponerlo de una vez en posesión. Mientras otro que quiere enganchar al verlo pasar exclama:

—Ya ese pegó!

Agapito fué el afortunado. Al día siguiente, su nombre figuraba en la libreta del Mayordomo:



Agapito de la Cruz. Y ahora tiende su hamaca en el barracón junto con Rosendo, Fonso y Murciélago. Se acerca al mostrador de la bodega, le da filo a su mocha en la gran piedra de amolar de batey. Ya forma parte del personal. Y por las tardes, a la salida del trabajo y en las primas noches, se le vé conversar a la puerta del barracón con otros peones, de mujeres, de trabajo, de gallos, de revoluciones o de su vida.

La peonada puebla la colonia, como si fueran hormigas. Llena los barracones, se desparrama por el batey, por los campos. Vive dentro de la caña.

Todos hacen de todo. Las labores son tan sencillas, que unos suplen a los otros. Solamente son indispensables conocimientos elementales: tumbar, chapear, carretear. Y eso lo saben todos los hombres del campo. Únicamente, se requiere juventud y fuerza. Ser un buen clavo, o ser buen desyerbador. Cuando son largos ya se han especializado.

Ellos mismos se elojian. Hacen valer sus méritos.

—Yo vale, dentro de un monte soy una tormenta.

—Con mi mocha en la mano, pocos me pisan delante.

—Cojiendo yo un clavo no hay bueyes mañosos.

No saben más nada. No aspiran a más nada.

De día caen sobre la tierra, con sus mochas, con sus picos. O abaten los montes con sus hachas. O cantan boleros sobre los pértigos de las

carretas. Por las noches en la bodega, en el barracón, cuentan sus labores, se hacen confidencias, hacen música de acordeón o tocan sobre un cajón o sobre un balseí

Muchos después de trabajar años en un sitio pierden sus apellidos. Rosendo, el de La Inocencia, Vicentico, el de La Esperanza. Otros se limitan a un remoquete: Pitón, el de las Taranas. Poldín, el de Livonao

Han llegado aquí de todas partes. De los cuatro puntos cardinales de la República. Y de Haití. Y de las Islas de Barlovento. Es una población internacional. En la colonia se habla patuá, inglés y castellano. Son las lenguas más comunes.

El personal aumenta y disminuye. Se renueva. Y se conserva. Obedece a un ritmo. Durante la zafra crece súbitamente y en el tiempo muerto disminuye considerablemente. Pero hay personal estable, definitivo. Es el personal radicado en el batey. Peones antiguos que llegaron jóvenes y allí han envejecido. Su vida ha transcurrido junto a la caña, en medio del sol, embriagados con el verde de los campos y el azul del cielo. Gentes enamoradas de los espacios abiertos.

Pero también hay una población flotante que llega y sale a todas horas, que trabaja un día, una semana, una quincena, para cubrir una sola necesidad, un compromiso, o realizar una aspiración: para pagar un trabajo, comprar una muda de ropa, pagar una deuda, comprar un caballo, hacer un viaje de promesa. Después del pago se

alzan y no se vuelven a ver más. Vinieron a hacer una plata que necesitaban con urgencia.

Por los mismos caminos que entraron abandonan un día el batey. Se van después de realizar su propósito. Contentos, satisfechos con sus mochas en la vuelta de un nudo del pañuelo. Y se van también disgustados. Dejaron un trabajo porque el Mayordomo los engañó, o porque era pesado, por una infinidad de causas. Se dirijen a otras colonias y hoy se inclinan en un campo para hundir su mocha en torno a los retoños sucios, y mañana, alzan cañas en un chucho distante, o se les vuelve a ver, semanas después, detrás de una bueyada, sobre una bestia, blandiendo el látigo.

—Y uté aquí, vale?

—Sí. Me costó dejar la colonia. Ese Mayor-domo era muy sangrú.

O de este modo:

—Yo no lo vide en La Inocencia, vale?

—Me costó dejarla. No pagan bien.

Pero, afortunadamente, se cuenta con el personal permanente. El que sigue a Chencho. El de todos los tiempos, el de la zafra, el del tiempo muerto.

El personal no tiene nada. Unicamente cuenta con sus brazos, con su mocha, con su hacha, con su clavo. Lleva sí, casi siempre consigo una hamaca, dos o tres piezas de vestir. Cuenta únicamente, con su persona. Y anda generalmente a pié. Para él no hay caminos malos, ni distancias largas, y por eso siempre está espedito para ir



de allá para acá, de día, de noche, a toda hora. Qué puede detenerlo?

—Dónde está Julián?—pregunta el Mayordomo a la puerta de un barracón:

—Yo creo que se fué. No veo la hamaca en parte.

Pitón pasea una mirada por el cuarto, donde se ven otras dos o tres hamacas recojidas y colgadas.

Como entran, salen. Ese es el personal que da más brega en la Finca. Por eso Chencho conserva el suyo, el que permanece siempre en el batey.

Agapito cambia un vale en la bodega. Bajo el brazo, sostiene su mocha con el borde del filo reluciente. Lleva su sombrero de cana levantado sobre la frente. Fonso sostiene en la mano su vara. Ambos están descalzos.

Cruza por el batey el Agrimensor acompañado de Chencho, y al pasar junto a la bodega, satisfecho de ver dos de sus trabajadores sonríe:

—La suerte es que yo cuento con el mejor personal de la Finca.

Por eso, por mantener ese personal, es que Don Marcial lo tolera con sus vicios.

Pero Chencho tiene sus dificultades. Todo el personal no es uniforme. Y unos deben ser tratados de un modo y otros de otro. Los hay dificultosos y los hay dóciles. El Mayordomo tiene que ser político. La peonada lo puede hacer fracasar. Puede algunas veces quedar sin jente y su situa-

ción se hace difícil, frente a sus superiores, que en él tienen depositada su confianza.

A todos, sin embargo, hay que hacerles ver que se les atiende, que se les cuida, que se les protege. Procurar que estén contentos. Vijilar de cerca a los avisados, porque pueden trastornar una organización. Si están enfermos hay que darle por lo menos un purgante de sal de Epsom, y si se mueren, hay que enterrarlos.

—Allí hay un hombre muerto,—oye decir por el batey el Mayordomo y pregunta:

—Qué hombre es ese?

—Yo no sé. Dijién que en una cuartería.

Y Chencho arrienda la mula y se dirige a los barracones. Efectivamente, en medio de un cuarto, yace sobre el piso un moreno con un pantalón de fuerte azul, y camisa de listado. El sombrero de cana, se encuentra un poco retirado de la cabeza.

—Y quién es este hombre?—pregunta Eugenio a otro peón que se acercó a la puerta a curiosear.

—Este es un tal Candelario. Yo creo que trabajaba en el número 15.

Entonces arrienda otra vez la mula, en dirección de la bodega, haciéndose acompañar por el peón. Allí pide unas velas y se las entrega.

—Vaya donde Lupe. Qué le prenda esas velas.

Durante la noche, los compañeros de cuarto no duermen allí. Uno o dos lo velan, a veces más. Se hacen dar un vale para comprar ron.

—Vale Chencho, dénos pa un romito. Mire que vamo a trasnochar.

Al día siguiente, se cumplen las disposiciones dadas por Chencho. Traen unas andas hechas con varas. Sobre ellas colocan al difunto y los peones designados por él, previo ofrecimiento de que se les pagará el día, cargan con el muerto, camino del Hoyón y allí lo depositan en un hoyo tal como lo llevaron, con la misma ropa que murió.

Así terminan en la colonia dos o tres en cada zafra.

—Hay que hacer humanidad,—dice Fonso, cuando vé pasar el cortejo por el carril.

Los que menos dificultades le ofrecen al Mayordomo, son los haitianos. Les tolera que hablen como cotorras, y les dispensa otros vicios por la ayuda que le prestan siempre.

Los haitianos llegan en tropas, una mañana, una tarde, diez, doce, con sus líos a la espalda, hablando patuá, vestidos de fuerte azul, en cuerpo de camisa, sudorosos, brillante la tez. Los pantalones con un doblez en el ruedo y recojidos media pantorrilla, con un fleco de guano o un cordón. Descalzos.

La mocha en la mano o debajo del brazo. El cachimbo en la boca. Sobre la cabeza un sombrero típico. Copa alta y alas anchas. Parece un rebaño hosco y desconfiado.

A muchos apenas se les distinguen los ojos. Las conjuntivas también oscuras. Sólo tienen



blanco en el rostro las dentaduras, fuertes, amenazadoras.

Entran por un carril a pasos largos, persiguiendo al Mayordomo. Cuando le han visto, le sonríen infantilmente, poniéndose a sus órdenes.

Hacen el viaje a veces en guaguas pintorescas. Verdes, amarillas, con dibujos extravagantes, en rojo o en azul. Al frente y a los lados puede leerse: Tiburón, Limbé, Marmelade. Semejan jaulas. Pero amenudo atraviezan las carreteras en camiones pesados. Cubren con sus mochilas casi todo el tonelaje del vehículo. Maravilla, la obra del progreso. Ahora despiden olor a andullo, sudor y gasolina.

Los haitianos desempeñan a Chencho más fácilmente que los dominicanos. Y son más obedientes. Por eso, cuando Telemaque, no andaba detrás de Chencho, era Chencho el que buscaba a Telemaque.

—Ustedes no me han visto a Telemaque?— dice deteniendo la mula, frente a la puerta del barracón.

Cuando se encontraban, sostenían este diálogo:

—Bueno, Telemaque, dónde tú estabas?

—Yo? Andande.

—Y porque no estabas en tu campo?

—Tú me tá engañá, Chenche.

—Yo? Y tú no ves que ese es el mejor campo, el que tiene menos yerba? Eso está bien pago. Tú sabes lo que son cinco pesos? No juegues tú!

Tú no ves que te prefiero a otros. Como cuatro andan detrás de él.

—No juega tu Chenche. Tu siempre mi diga así. Y yo tá perdé. No sacá ná. Tú no ve mi pantalón ta rompío.

Y Telemaque, más desnudo que vestido, le muestra a Chencho sus carnes oscuras, por los dos agujeros del pantalón, a la altura de las rodillas. El saco que lleva, fué una antigua pieza de casimir ahora cubierta de rotos y remiendos.

—Bueno. Vuelve al trabajo. Te voy a aumentar cincuenta centavos. Tú necesitas algún vale?

Telemaque le pidió veinte centavos. Chencho lo obsequió, además con un cigarrillo diciéndole:

—Toma! Cómo ese sólo lo fumamos aquí Miste Mora y yo. El me los regaló.

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en el rostro de Telemaque.

En cuanto a Priscilién, ya era otra cosa.

—Te andaba buscando Priscilién. Dónde te metes? Yo quiero que tu des una vuelta por ahí y me traigas algunos hitianos. Me falta gente en el corte.

—Dónde yo va a buca jente?

—Por ahí. Vete por Lajas, por el número Dos.

—Pero tú mi va a pagá. Tú no mi va a jacé como la otra vé?

—Déjate de eso! La otra vez yo te pagué. Te dí un vale por veinticinco, después, te dí otro,

no sé si fué de medio peso, o de setenta y cinco. No me acuerdo ahora!

—Embute. Tu mi dite quence plimelo, dipué, vente y no mi dite má.

—Piensa bien. Tú estás equivocado. Bueno! Dime si vas a ir o nó? Te voy a buscar un trabajo bueno.

—Tu siempre mi diga asi.

—Pero vas a ir o nó?

Priscilién vacila. Y después de meditar un instante:

—Bueno. Yo vá, pelo tu mi paga?

—Cómo no te voy a pagar! Tú no sabes que tu lo consigues todo conmigo. Ve a la bodega y dile a don Antonio, que te dé un trago de tafiá, por mi cuenta. Toma! Llévale este papelito.

—Ah! Chenche! Tu sabi mucho!

Y Priscilién se va satisfecho, pensando en ir a conquistar por las otras colonias a sus paisanos.

Gracias a ese personal, Chencho, puede responder a Don Marcial, de que no se quedará una mata de caña en pié. Qué va! Mucha experiencia tiene él en Finca.

Y para conservarlo, ha tenido que hacer don Marcial algunos sacrificios.

La Inocencia dispone de dos o tres hermosos barracones. Cada uno de ellos está dividido en diez cuartos de regular tamaño, en los que se pueden colgar hamacas. Estos barracones están ocupados por el personal soltero. Allí duermen los peones. Durante el día están vacíos. Por las no-





ches, apenas se puede dar un paso dentro de ellos. Hasta en el piso duermen trabajadores. Cuando hace demasiado calor duermen desnudos. Al pasar frente a estos cuartos, se pueden ver, aún de día, casi en cueros. La mayoría, desde que tienen que permanecer en el barracón, se desprenden de sus camisas.

Estos barracones se distribuyen de acuerdo con la procedencia del personal. Los haitianos tienen el suyo. Y los dominicanos, también. En el batey, el personal está clasificado. Chencho tiene que tener mucho cuidado con esto. No quieren estar juntos.

—Mire Chencho, yo quiero que usted me saque ese haitiano de ahí. O me busca a mi otro puesto.

Los peones dominicanos, ven con ojeriza a los trabajadores exóticos. Pienan que les vienen a quitar el pan. Lo mismo ocurre a veces con los cocolos.

Y el Mayordomo le contesta:

—Buena. Veré a ver donde te coloco. Te buscaré otro puesto.

Y arranca en la mula preocupado con este problema. Tiene que resolverlo, porque si no lo hace, se va a encontrar con dificultades que pueden adquirir alguna gravedad.

Los ingleses forman parte importante del personal. Muchos de ellos ya son dominicanos. Han nacido en el país. Sus padres están aquí desde hace tiempo. O proceden de hogares mixtos.

Otros vienen todos los años y de éstos unos se quedan y otros vuelven a sus islas.

Llegan por el mar. Una mañana amanece un balandro en el puerto. Desde el muelle se alcanzan a ver como náufragos recojidos en el mar. Se baldea la cubierta sucia y hedionda. Es un espectáculo que hace pensar en los tiempos de la trata. Son estos barcos de ahora una miniatura de los galeones. Pero no tienen cepo, ni hay esposas, ni ningún instrumento de tortura. A bordo han hecho una travesía alegre, feliz, llena de satisfacción. Han pasado sus noches, contemplando el bello cielo del Caribe, sin sentir el dolor de sus abuelos. Y ahora en el puerto, enseñan su dentadura blanca, como pulpa de coco, para mostrar alegría. Se oye un vocerío. Dos o tres yolas se acercan a la embarcación. Y después de pasar una o dos horas en el muelle, por delante de sus equipajes, cajas, canastas y macutos, abrazan y saludan a sus conocidos. Desembarcan al mismo tiempo, dos o tres cerdos. En ocasiones, un par de monos tities.

De allí altren que les espera en el depósito. Las jentes los ven pasar con indiferencia. Suena la campana de la locomotora pidiendo vía libre por los extramuros de la ciudad. Los bateyes se los tragan. Se desbordan aquí y allí. Penetran por todas partes como las plagas de insectos.

Son menos dóciles que los haitianos. Amenu-do hace Chencho mala sangre con Blakis, el maquinista de la No. 3. Este hombre es muy testa-

rudo. Siempre quiere hacer lo que le da la gana. Le llama la atención sobre la manera de colocar los vagones en el chucho, le pide que no los deje tan lejos del cargadero.

Blakis sonríe maliciosamente. Le enseña los dientes como pulpa de cajuil y finje no entender. Ese es el recurso supremo de los cocolos.

—Mi no comprendi, Chencho!

Cuando dice esto es para hacer su voluntad. Para no obedecer. Cuando un cocolo termina por no entender lo que se le está diciendo, cuando olvida el español, hay que dejarlo.

—Mi no sabi, mi no intiendi!

Y todo ha terminado. No queda otro recurso que matarlo o dejarlo.

Dominicanos, haitianos e ingleses, viven por lo regular, separadamente. El batey es internacional. Y el Mayordomo tiene que tener una diplomacia exquisita.

Unos son bochinchosos, otros hablan mucho. Los haitianos no dejan dormir a los otros. Los ingleses y los haitianos, se exaltan por cualquier cosa y los dominicanos, son intolerables, por sus violencias.

Por eso dentro del batey se establecen barrios. Puntafuera para éstos, Cacarajicara para aquellos. La calle de los bohíos, para los otros. Ciertos personajes hay que colocarlos en los extremos del batey, lejos de la bodega y de los otros. Las familias ocupan otra calle y otras construcciones.



Pero apesar de todas estas precauciones, amenudo tiene que intervenir el Jefe de Orden. Hay sangre por cualquier cosa. Por unos centavos, por una mala palabra o por cualquier otro motivo baladí.

Pero en La Inocencia, Eujenio mantiene la mejor armonía. Hombre curtido en el oficio conoce los males y los remedios.

Los días de pago suele Chencho pasar horas desagradables. Entonces es cuando más mala sangre suele hacer. Las averiguaciones lo aturden. Cuatro o seis inconformes no lo dejan respirar. Lo abruman con reclamaciones. Se ha equivocado, no ha sacado bien la cuenta. Le piden el completo. Le devuelven el dinero. Y son inútiles a veces sus explicaciones.

—Fíjate bien. Ve a la bodega a que te enseñen los vales. Tú no sabes contar? Cómo te voy yo a robar tus chavos. Tú estás loco? Bueno, coje tu dinero que yo te arreglaré eso.

Pero otras veces, las cosas toman un mal caríz.

—Bueno, si lo quieres lo cojes, si no lo dejas. Y haga lo que quiera.

Y el Mayordomo clava la mula y desaparece por el primer carril.

Pero también siente esos días, apesar del atareo, momentos de satisfacción. Cuando se complace en echar una ojeada sobre su personal reunido frente a la bodega.

Y sucesivamente fija la vista en Fonso, Mur-

ciélago, Chévere, Pitón, Juan Tarana, Vicentico, Priscilién, Telemaque, Jacob, Tunino, Agapito....

Es un espectáculo pintoresco. Una colección de sombreros viejos, rotos, sucios. Una riqueza de harapos, que apenas cubren el cuerpo. Un montón de hombres miserables, ignorantes, dejenerados, en los últimos peldaños de la escala humana.

Pero, gracias a ellos, puede el hombre civilizado tomar su té o su café todos los días, endulzado con el azúcar de cañas, en New York, en París, en Berlín, en todos los rincones del mundo.



## VI

Al cruzar el carril del No. 4, Gautier Mojica, tropieza a Chencho.

—Cómo le va Jefe?

—Aquí en la lucha. Ya estamos cortando.

—Este año,—dice Mojica—la cosa no está muy buena. Ha llovido muy poco.—Y mirando la caña que le queda enfrente:

—Esa cañita está muy ruin. Cómo cuántas toneladas le echa usted a ese campo?

—Yo creo que dará de tres a tres y media, si no me equivoco.

—No me parece. Esa cañita está muy fina, muy delgadita. Mi creencia, es que dará menos que más.

Y al ver Chencho a un peón que se le acerca con una mocha debajo del brazo:

—Vé y espérame en la bodega. Ya empieza la lucha, vale,—le dice a Mojica.—La suerte es que yo tengo una buena organización.

Más tarde, Chencho se detiene en la bodega.



Los dependientes han sacudido la modorra del tiempo muerto. Detrás del mostrador se vé una cara nueva. Se ha aumentado el número de empleados. Chencho pregunta por Don Antonio.

—Démele a este hombre como cinco libras de grampas por cuenta de don Marcial. Ahorita le traigo el vale. No cargo el formulario en el bolsillo.

Arrienda enseguida la mula y se encamina hacia los barracones.

Cuando don Antonio salió al mostrador, yz Eujenio iba lejos. Se quedó mirando la mula con marcada atención. Iba ésta al pasitrote, ajitando el rabo tuzado, como un péndulo. El cuerpo de Chencho se movía demasiado sobre la silla. No parecía tan cómoda esta mula. La de Abelardo, sin duda, tenía un paso más suave.

Al desaparecer el Mayordomo, por detrás de los barracones, don Antonio dejó el mostrador, desde donde observó el animal que Eujenio le elojiaba tanto. No era gran cosa! Mejores bestias había visto en otras colonias!

Don Antonio Pérez Muñagorris, es el encargado de la bodega de La Inocencia. Es un viejo español que según dicen los peones tiene malas pulgas. Mañoso como un mulo. Era ésta la tercera bodega de que había sido encargado. La primera, en el Ingenio Cristóbal Colón, tuvieron los dueños que liquidarla. La segunda, la estableció en Santo Angel, con un pequeño crédito que le dieron en Macorís, unos paisanos suyos. Allí no le fué de!

todo mal, pero debido a su carácter, el Administrador, lo hizo salir casi en volandas. Después supo que ésta determinación se debía a que deseaba proteger a otro. Don Antonio es de un carácter relativamente independiente y esto le ocasiona frecuentes disgustos. Olvida que en las Fincas, hay que contemporizar con todos. Además los Mayordomos, siempre estaban de puntas con él, porque no se dejaba llegar. Afortunadamente, Chenco parece que le ha cojido la vuelta. Todavía no han chocado. Padecía de una bronquitis crónica. Constantemente estaba tomando lamedores y expectorantes y es posible que esta salud en quiebra fuera la causa de su mal humor.

Amenudo se desahogaba con el Mayordomo.

—Para bregar con esta peonada, hay que tener sangre de horchata, mi amigo. Son peores que animales.

Y moviendo los ojos sin intención de mirar a ninguna parte exclamaba:

—Este es un castigo!

Se sentía fatigado ya del trabajo. Al principio lo hizo con entusiasmo, pero en vista de que pasaban los años y siempre se encontraba en la misma situación, lo hacía ahora a empujones. A La Inocencia lo traje el encargado de la bodega del Central, porque era fama su honradez a carta cabal. Los peones se sentían garantizados con él, porque no los engañaba con el descaro que lo hacían otros bodegueros. Casi siempre estaba profiriendo malas palabras. La suerte que no le ha-

cían caso. Nunca, ni para dormir, se quitaba de la cintura su pistola. A Rosendo lo traía sin juicio. Si él se viera con un arma así, que hombre se le pondría por delante! María Santísima! Quién se atrevería a roncarle duro! Con un arma como esa no había sujeto que no lo respetara. Y cuando Rosendo se ponía a hablar de la pistola del bodeguero no acababa nunca.

Rosendo Santana era uno de los trabajadores más conocidos de La Inocencia. Alto, moreno, con ojos expresivos, palabra fácil, lucía una cicatriz muy visible en el rostro. Conocía todo el Este. Trabajó en casi todas las Fincas, Su historia parecía interesante.

Una vez le dijo al vale Alipio, en la bodega:

—Yo así viejo como toy, no me cambio por estas porquerías. Los hombres de ahora, vale, son muy blanditos.

El amor de Rosendo por las armas, era exajerado. Para él las armas constituían la prenda más preciosa que podía lucir un hombre. Un hombre sin armas es un ser despreciable. Esta pasión lo decidió a tomar parte en una encarnizada revolución, bajo las órdenes del cabecilla Zapata. Fué la época más movida de su vida. Tenía diez y ocho o veinte años. Recorrió entonces todos los campos del Este. Peleó varias veces, lo derrotaron otras tantas. Se endureció. Unas veces armado de revólver, otras de carabina, dormía bajo los árboles, trepaba lomas, vadeaba ríos, tuvo varios hijos, manejó mucho dinero. Los acontecimientos



de esa época de su vida, eran el tema favorito de sus conversaciones. Se sentía orgulloso de su valor. Gracias a él la estaba contando, porque fueron muchas las veces que se vió bajito.

Los revólveres particularmente, eran su debilidad. Los hombres sin buenas armas, mi amigo, son como comida sin sal,—decía—. Sabe lo que es sentirse con eso en la cintura! No hay guardia, por bravo que sea que lo ataje! Qué va! Se le va tiro a tiro. Figúrese que con dos peines más de resguardo tiene uno para pelear un buen rato! Bueno, daría cualquier cosa por conseguir una pájara como esa. No había visto otra pistola igual en toda la Finca. Cada vez que se acercaba por cualquier motivo a la bodega, sólo se fijaba en ella, y si Don Antonio estaba de humor y lo complacía enseñándosela, le sacaba el peine y rastrellaba dos o tres veces, Rosendo quedaba encantado, y ya tenía para entretenerse y hasta para aburrir a sus compañeros, porque durante todo el día, no hablaría de otra cosa. Estaba convencido de que el hombre sólo se respeta por sus armas. No se tenía por un guapo, ni por un peleador, pero no le consentía a ningún hombre, que lo mirara atravezado. Qué va! Ni que le parara las narices! Si él hubiera tenido una pistola como esa, no se luce el Jefecito aquel que se atrevió a empujarlo el día del fuego. Qué va! Estaba seguro de que lo hubiera puesto en su lugar, lo hubiera callado y le para la arrancada. Se lució porque en ese momento estaba como una mujer,

no tenía ni siquiera una mocha, ni un cuchillito. Limpio de armas.

—Porque el hombre se respeta por sus armas, como al puerco por sus navajas.

Y los compañeros que junto con él contemplaban el arma de don Antonio en la bodega, asentían moviendo la cabeza.

—Eso si es verdad!

Por delante del mostrador en la bodega siempre hay gente. Campesinos que vienen expresamente a La Inocencia a hacer sus compras desde las secciones próximas, peones sin trabajo que van allí a penderciar o a buscar la oportunidad de un enganche. Campesinos que regresan a sus casas, después de haber realizado sus ventas en otros bateyes y de paso compran aquí lo que les hace falta: sal, pan, azúcar o galletas. Trabajadores que van a canjear sus vales por provisiones. Allí se oye hablar de todo. Del tiempo, de la zafra, de los trabajos, de los gallos, de las mujeres.

Es la bodega un punto de reunión. Por las tardes, cuando la peonada regresa del trabajo, se forman grupos por delante del mostrador de dos, de cuatro, de seis, de más. Los dependientes van y vienen, pasando arroz, pasando azúcar, envolviendo arenques, cortando bacalao. Entregan dulces, despachan tragos, andullos, tabacos, cigarrillos.

La bodega tiene sus horas de bastante movi-

miento. Cuando la peonada está en el batey. Tiene sus horas muertas, a media mañana, a medio día. Un sólo hombre puede hacer entonces el despacho. A prima noche se vende poco también. La cierran temprano. Hay días en que el movimiento es extraordinario, el día de pago, y si éste se efectúa un sábado, el domingo siguiente es el día en que mayor valor alcanzan las ventas, los dependientes no dan abasto. Se oyen gritos, hay vocerío.

—Páseme un trago.

—Déme una libra de arroz.

—Alcánceme esa mocha.

—Páseme la devuelta.

—Envuélvame ese arenque.

Mientras estos peones son atendidos con solicitud, otros en un extremo del mostrador se complacen en molestar.

—Coja su anduyo, amigo.

—Devuélvame mis cuartos, y coja sus féferes.

—Déjeme ver aquellos zapatos.

—Ese arenque ta chiquito, cambiémelo.

Algunos marchantes al echar la pierna a sus bestias, murmuran:

—Estos cristianos no tienen conciencia.

Un olor acre se desprende del mostrador. Es el bacalao, el arenque, el humo del cachimbo, las provisiones, el sudor, las bestias, y el mismo suelo sucio, lleno de papeles, cáscaras de frutas, estiércol y orines de animales.



Los dependientes en cuerpo de camisa, con las mangas arrolladas por encima del codo, el cuchillo en la mano para partir el queso o el bacalao, o con la vista levantada para observar el fiel de la balanza, cuando pesan el arroz, el azúcar o la manteca, ponen escasa o ninguna atención en lo que oyen.

—Floje la mano, amigo.

—Ese peso es un asesino.

—Con ese pesito tienen para hacerse ricos.

—Una miajita más compadre. No sea fiera.

Amenudo con estas expresiones, violentan a los dependientes. El más quisquilloso le quita la compra de las manos al peón majadero.

—Tenga su dinero, cómprelo en otra parte!

—Déjelo si no le conviene.

—No hable tanto.

Y sigue un silencio durante el cual el dependiente desvía la vista hacia otro sitio para que el peón comprenda que se le desprecia.

La bodega tiene sus buenos tercios. El vale Alipio entre ellos. Los domingos se gasta un pico en ron, en dulce. Igualmente, tiene sus pulgones.

—Págueme el trago, vale.

—Regáleme un cigarrillo, amigo. En esta quincena no me ha quedao ni un chele pa la fuma. He salío cortao.

Si el dependiente está de humor el peón podrá fumar. De lo contrario, recibe esta respuesta:

—Usted se cree que esto es mío? Si yo fumara, le daría de los que tuviera.

Los domingos, un fonógrafo pequeño se encarga de animar las ventas. A distancia se oyen boleros, rumba y el "Manicero".

Don Antonio se dedica al despacho cuando se ha retirado algún dependiente o está fuera con licencia o cuando hay gran movimiento. Los días de pago su presencia en el mostrador es indispensable. Los demás días de la semana se ocupa en examinar sus libretas, repasa las facturas, escribe una o dos cartas. Tiene además que disponer de una hora diaria para su siesta.

Algunas primas noches, don Antonio las pasa repasando los vales. Este es uno de los trabajos más pesados. Pero ya tiene una práctica extraordinaria. Otro que no fuera él, no podría descifrar esos vales. A Chéncho, le habían entrado muy mal las letras. Sin embargo, a veces sufre equivocaciones. Pierde dinero. Confunde el valor y los nombres. Particularmente cuando estos vales pertenecen a haitianos. La mayoría de ellos son Pié. Y los nombres se repiten con frecuencia.

Cada quince días hace una salida para despachar una nota en el batey Central, o para llevar dinero. Regresa a las doce del día, quejándose del calor. Todos los artículos han subido de precio y así lo hace saber enseguida, para evitarse disgustos. Son tan majaderos estos peones!

Don Marcial, hace sus compras en la bodega los sábados. En un cajón le van poniendo los efectos, que luego Tunino se encarga de llevárselos a la casa. Don Antonio ha dado órdenes de que lo

traten bien. Detrás del mostrador Don Marcial va indicando a los dependientes los artículos y las cantidades que necesita.

Otros clientes al por mayor, entre los cuales está el Mayordomo, hacen del mismo modo su factura quincenal. Todo se vende así, al crédito. Las operaciones de la bodega están regularizadas por los pagos que se hacen cada quince días. Los créditos se cobran totalmente por ese motivo. La única excepción hasta ahora era Wenceslao, el Jefe, que tiene **enganchao** a don Antonio, con un **pico**. Hasta ahora es el único en La Inocencia que lo ha engañado.

—Aquí mi amigo,—le ha repetido muchas veces a Chencho—el que le fía a Jefe, sabe que es dinero perdido. Las autoridades alcanzan hasta los bolsillos ajenos.

Y Don Antonio le refería a Chencho como querían vivir en estas colonias todos los que tenían algún cargo de Jefes, cojiendo fiao para no pagar, seguros de que nadie se atrevería a negarle nada, por temor de que le echaran una **canana**. Es tan fácil fuñir a uno aquí! Y tenía tanta experiencia!

—Yo no quiero cuentos con Jefes,—agregaba.—Los Jefes me cuestan caros!

Wenceslao Brito, era la primera autoridad de La Inocencia. Cuando delante de Rosendo decían “el Jefe de Orden”, aclaraba:

—Jefe de Orden no! Eso era antes. Este no





es más que Guardia Campestre. Los de antes tenían más autoridad.

Dos zafras llevaba Lao en La Inocencia. Sustituyó a Juan Sosa, que fué el primer Jefe de la colonia que tuvo don Marcial. Y en esos dos años ya no había en el lugar quien no lo conociera. No hacía nada. Era un vago. Con su revólver de pavón negro para que todo el mundo se lo viera y su sable terciado, pasaba casi todo el tiempo dando vueltas por el batey pendenciando, tomando tragos, o escandalizando en su casa con la mujer. Entre días daba vueltas por las otras colonias. Le acusaban de tener en la sabana, en sociedad con un compadre, un jueguito consentío. Tratábase con mujeres malas y en pagándole se podía contar con él para todo. El Mayordomo y él no andaban bien. "Era un sinvergüenza", decía Rosendo, donde no lo pudieran oír. "Un abusador". Para poner una fiestecita había que sacar permiso, por chiquita que fuera. Sino se estaba trabajando no se podía andar, ni con mocha, ni con cuchillo. Decía que no había orden sin desarme. Cobraba multas por cualquier cosa y amenazaba a todo el mundo, sin motivos. Tenía a los peones perseguios y le hacía ver a Don Marcial, que se desvelaba en favor de sus intereses. "Sabe Dios, —decía Fonso— si no lo puede quitar. Lo tendrá obligado".

Con los animales hacía negocio. Prendiendo caballos, burros y vacas. Cuando no tenía con qué beber, mandaba a abrir un portillo en el potrero

más cerca, o a soltar un caballo que estaba amarrado. Otras veces mandaba a uno de sus secuaces a convidar a los peones a un jueguito para después llegar él y sorprenderlos". Más malo que ese, ni Biján", había oído decir Fonso a un hombre, que lo conocía.

Murciélagó no quería cuentas con Benceslao. En una ocasión le quiso impedir una fiestecita y tuvieron unas palabras. Le había dicho a Fonso que el día que lo quitaran brindaba la cerveza en la bodega. Lo conocía muy bien. Era lo que se dice, una mala plaga. Se lo hizo saber así a Agapito.

—Aquí el mayor enemigo que tenemos, es la autoridad. Y que no vale andar derecho.

En la colonia decían que lo habían enviado de Macorís muy bien recomendado y que la Finca se lo mandó a Don Marcial, para que le diera casa en el batey y cuidara La Inocencia. Y otros afirmaban que estaba allí hasta que cambiaran el Gobernador de Macorís, que era quien lo tenía apoyado.

Lao tenía pocos amigos. En la colonia y fuera de ella se conocían de él muchas historias. Lo habían visto en la cárcel del Seybo, hace años, preso, porque se llevó una muchacha de Yerbabuena y no se quiso casar con ella. Un peón que estaba en el mismo calabozo lo contó un día en la bodega. Otros aseguraron que él mató a un hombre por celos, por los lados del Soco, que anduvo huyendo mucho tiempo y que después se presentó.

A Fonso le dijeron que una vez tuvo un puesto de carne por Las Pajas y que se lo hicieron cerrar porque toda la carne que vendía era de animales robados. Rosendo oyó decir que hasta había sido gavillero. Tenía fama de guapo y de malo. Y tomaba ron como agua. Eso sí que no era mentira, porque en La Inocencia lo habían visto borracho muchas veces. Contaban otras cosas más. Se decía muy en secreto que entre los hombres que **descalaron** al viejo Matías Sosa, allá en La Loma, se encontraba él. Que estaba tiznado, pero que apesar de eso lo pudieron reconocer. Al viejo Matías lo mataron a palos una noche. Como cinco hombres que no se pudieron cojer. Rosendo se acuerda bien del caso, porque entonces él estaba trabajando cerca en un potrero de Zacarías y paraba allí de día y de noche. Hacía un chapeo. Por la mañana, un domingo, por cierto, encontraron al viejo con la cabeza desbaratada y el brazo derecho roto. Parece que defendiéndose con el brazo, se lo partieron de un palo. La ropa de un baul apareció cerca del río. Lo dejaron allí tirado. El aposento quedó revuelto. Y por la puerta del patio encontraron las huellas de los matadores. Había llovido. Unos andaban con zapatos y otros descalzos. Y nunca supieron quienes fueron. Una vez que referían esta historia en la colonia, un hombrecito de mal pelo, que tenía una mocha en la mano, dijo que dejaran eso, que no les convenía. Y Rosendo se hizo el disimulado, para que creyeran que él sabía del caso. Y eso no era todo,



decían más, pero muy en secreto, porque si ese hombre caía en cuenta a alguno le podía pasar mal.

Al principio de llegar a la colonia andaba en un mulo muy mañoso que le dió Don Marcial. Un mulo viejo, que se resistía amenudo. Porque cuando llegó, según decía Fonso, estaba completamente bruja. Su agentamiento le vino después. Los primeros días parecía un pollito de a real. Parece que estaba pasando mucha necesidad. Así vienen casi todos, solía repetir Rosendo. Aquí, a costa de los peones es que se arman y después no hay quien los pueda aguantar de lo mucho que se la echan. Este Benceslao no trajo ni ropa. Se habían fijado en que solo tenía dos mudas y que durante los primeros meses estaba de quita y pón. El mulo que le dieron era la montura más mala de la colonia. Ni el Mayordomo ni los volteadores querían saber de él. Lo llamaban Currutaco. Animal más quisquilloso que ese no se había visto.

A los pocos meses, con sus buscas, compró en la sabana un caballito pardo. La silla la consiguió en la bodega. A este caballito le sacó el cuajo parrandeando por los campos. Lo puso en el hueso. Porque hombre que le diera más mal trato a los animales no lo había en parte. A veces llegaba a su casa tarde en la noche de alguna fiesta y lo amarraba en el patio a comer gaceta hasta al otro día, que el secretario le proporcionaba un poco de cojollo. Ese pobre animal bebía cuando se acordaba de él.

Rosendo insistía amenudo en que Lao tenía el fundillo de jierro o las nalgas muy caliente. Y agregaba:

—Es tan sangrú y pesao ese Jefe que jasta la montura lo siente.

El caballo era regular. En otras manos tal vez hubiera sido una buena bestia. Si tuviera buen cuidado. Ni le quitaba las garrapatas, ni le tuzaba las orejas, ni lo bañaba amenudo. Siempre tenía el sudor pegado al cuerpo. Tampoco se apeaba de él. Todo el día enjorquetao, dándole guate sin piedad, para arriba y para abajo. Quizas si Don Marcial adivinó que era así y por eso le dió a Currutaco.

Los peones sabían que Wenceslao envidiaba a Biscochito. En una ocasión se encontraron en la bodega, el vale Alipio y Lao. Biscochito estaba amarrado en un parral. Luego de verlo atentamente Lao le preguntó al Alcalde en cuanto vendía esa montura. Alipio le contestó que para esa no había cuarto suficiente. Que de esa madeja no se desprendía sino en caso de suma necesidad. El Jefe, le propuso un cambio con devuelta por el suyo, pero Alipio rehusó toda clase de tratos. Hablaron luego de otra cosa. Desde entonces, las relaciones de ambos no han sido cordiales. Y Alipio está enterado de que cada vez que con Lao se habla de bestias se complace en desacreditar la suya. Está enterado así mismo de que dijo una vez en la bodega, que Alipio se creía que tenía a Dios cojido por el bembe y otras cosas por el es-

tilo. Como sentimiento le guardaba muchos el Alcalde al Jefe, y le ha dicho a Fonso y a Murciélago que antes de poner Lao sus sentaderas sobre Biscochito, las tendrá que poner en una balsa ardiendo.

Todos saben en el batey que no son amigos y esta enemistad entre las dos autoridades es causa de murmuraciones en la colonia y de algo más. Constantemente tienen fricciones con motivo del desempeño de sus respectivas funciones. Ya el Jefe se ha expresado en varias ocasiones diciendo que el Alcalde no manda en La Inocencia, que sólo manda en la sabana y que nadie tiene que llevarle a él ningún asunto que pase allí. A su vez el vale Alipio, le advierte a todos que él es nombrado por el Gobierno y que su autoridad tiene mucho más fuerza que la del Jefe. Esta querrela ha llegado a tal punto, que Lao le ha querido prohibir al vale Alipio que entre en la colonia. Cuando al Alcalde le hablan del Jefe lo primero que dice es, que no reconoce su mando. Está ahí en ese batey para apagar fuegos y para desplotar al prójimo. Para hacer lo que la Finca le ordene. El en cambio recibe oficios de la autoridad de Hato Mayor y del Seybo. El es quien coje los presos y somete a la justicia. Y cuando al vale Alipio le llenan la cabeza de chismes concluye:

—Qué me quite si pué. Yo toy ma apoyao que él.

Y cuando en el barracón, Rosendo y sus compañeros hablaban de eso, Fonso apostaba a que a Lao lo botarían de momento. Agapito se hacía



parcial del Alcalde y Murciélago, acababa con el Jefe socaliñándole todas sus desvergüenzas, porque no lo podía pasar ni en pintura, mientras, Rosendo terminaba por asegurarles, que no se llevaran de eso.

— Aquí, señore, lo malo es lo que dura. Vivan de eso! Déjense de entusiasmos. Aquí los malos siempre tan apoyaos.

En una ocasión Alipio se privó de ir al batey para evitar una dificultad. Por un mes largo no se le vió. Los domingos, los pasaba en el Azuí, jugando gallos. Cuando apareció de nuevo y le preguntaron el motivo de su ausencia, decía con una sonrisa maliciosa en la cara:

—Vale, encuebao!

Pero a Rosendo no se le escapaba que era juyéndo'le al Jefe.

Con el tiempo, el Vale Alipio, limitó su jurisdicción y no intervenía en la zona del batey. Cuando iba a La Inocencia se consideraba en jurisdicción ajena. No lo declaró formalmente, pero los hechos revelaban esa actitud prudente del Alcalde. De este modo las cosas se aplacarían, pensaba el vale Alipio, y así podría continuar yendo al batey para no perderse de los buenos ratos que allí pasaba, sobre todo no se privaría de estar cerca de Guadalupe, su más viva aspiración.

Razón de sobra tenía don Antonio para no querer cuentas con Benceslao. Había dado órdenes a los dependientes de que no le entregaran nada que mandara a buscar. Prefería perder la

cuenta antes que volverle a fiar. El Jefe y los árabes eran la pesadilla del bodeguero. Constituían sus dos enemigos en la colonia.

Don Antonio se encolerizaba cada vez que alcanzaba a ver cruzar por La Inocencia algún buhonero. Esta jente le hace una competencia atroz. Se ha quejado varias veces y le prometen arreglarle eso. Los domingos lanza miradas furiosas hacia los puestos en que los sirios con su voz melosa convencen a la peonada de que tienen buenos y baratos artículos que ofrecer.

Particularmente siente repulsión por un tal Abraham Antonio, su tocallo, que no sólo se limita a hacerle competencia, sino que habla a veces mal de él.

—Gómbrale muchacho. Tu no ves que en la bodega vale mas.

—Este beine te guesta el doble, si lo gombras a Don Antonio.

Y estas expresiones han llegado a sus oídos. Una vez hasta utilizó, contra su gusto, los servicios de Benceslao y pudo lograr que lo retirara del frente. Este paso le pesó. Por ese servicio es que Lao no le paga y el árabe por otra parte le amenazó con la justicia.

—El gumercio es libre. Yo venda en el gamino que es del Gobierno.

Ya Abraham tenía ese punto consultado con un abogado. No hizo caso de don Antonio. Los sábados en la mañana, Abraham salía de Macorís en una gasolinera. Su mulo estaba en un potrero

cerca del desembarcadero. Ya en la tarde se le veía por los carriles que conducían a La Inocencia, subido sobre una carga enorme, como si fuera montado sobre un camello, llevando un surtido completo, de artículos que vendía pocas veces, al contado, y siempre a plazos largos a sus buenos marchantes para cobrar en las quincenas.

Los sábados y los domingos, invaden la colonia y los campos, estos mulos conducidos por sirios, llevando a los mismos bohíos y a los bateyes, artículos de novedades, baratijas, prendas enchapadas. No regresan hasta el lunes. Aunque otros vuelven a Macorís, después de transcurridas algunas semanas. Se hospedan de preferencia donde sus paisanos, establecidos en las Fincas, o en casa de algún marchante de confianza.

—Son terribles,—dice don Antonio.—No hay quien pueda competir con ellos. Figúrese que no tienen gastos. Yo tengo que pagar alquiler, luz, empleados y muchas cosas más, que el negocio en estos tiempos no dá.

Afortunadamente, lo saca de estas preocupaciones, algún periódico atrasado que le manda don Marcial. Se vive tan apartado del mundo en el campo! O la visita de Gautier Mojica, que le informa que ha sabido en el Central, que el azúcar ha subido diez centavos.

Por lo demás Don Antonio, padece de un aburrimiento insoportable. Gracias a Abelardo, que es un gran jugador de tablero, muchas primas noches las pasa en su habitación charlando y ju-



gando. A veces se queda esperando al tercio y don Antonio piensa en ese momento, si será cierto que Lalo tiene una mujercita en la Sabana según le han asegurado, con mucha reserva.

La bodega está bien surtida. Tiene de todo lo necesario. Provisiones y lienzos. Mochas, hachas, cuchillos, aperos de montar y mucha bebida: ron Campana y Estrel'a, vino tinto, anizao, ginebra lejitima. Vainas de machetes y de cuchillos, bocaos, jáquimas y frenos completos. En materia de dulces, panelas, piñonates, y mucho dulce de naranjas. Hacia una esquina, se ven unas cuantas polainas y dos sillas de montar.

Don Antonio veía el comienzo de la zafra, con indiferencia. Quizas fué uno de los pocos que no experimentaron alegrías, cuando supo que iban a enyugar.

Muchos años llevaba en ese negocio y casi todos habían sido iguales. Apenas daba para vivir. Sólo una vez llegó a reunir algunas economías y se les evaporaron en un santi amén. Por mucho tiempo abrigó la esperanza de emplear esa suma en la compra de una propiedad. No quería recordar ese percance. Un bandolero a quien tenía por honrado, fué el que se aprovechó de esos pesos. Hasta la fecha sólo poseía como recuerdo unos cuantos papeles que no podía cobrar.

Y no ha podido reunir más dinero. Los años siguientes, después de sus gastos, le quedaba muy poco.

Cuando don Antonio oía los peones prof...



del precio de los artículos, se le subía la sangre a la cabeza.

—Estos sinverguenzas,—dijo a Chencho una vez—creen que uno les roba su dinero. Ellos no saben que los que trabajan en Finca nunca hacen capital. Dígame Chencho, si usted ha visto en San Pedro de Macorís, a ningún bodeguero que esté viviendo de sus rentas? Si casi todos salimos de aquí peor de lo que entramos. Estos sinverguenzas no saben que aquí todos somos empleados del Administrador. Todos tenemos sueldos o vivimos de sueldos. Tenemos una clientela casi fija y lo que nos corresponde por utilidades ya está calculado sobre el producido de nuestras ventas. El tanto por ciento que nos dan es un sueldo porque la clientela no aumenta.

Chencho que no se preocupaba por estas cosas se limita a decirle:

—Y usted le hace caso don Antonio?

La bodega es otro de los elementos indispensables de una colonia. Colonia sin bodega, es como colonia sin personal, y sin bueyada. El personal se siente garantizado y el colono puede realizar con relativa facilidad, trabajos que parecían imposibles, con moderada inversión de capital. La bodega es una institución.

En medio del monte que tumban, los peones exclaman con alegría:

—Llegó la bodega!

Y a veces preguntan con cierta impaciencia:

—Pero cuando va a llegar la bodega?

Y cuando la bodega desaparece presumen que todo va a terminar.

—Ya quitán la bodega!

La bodega de La Inocencia es apropiada a sus necesidades. Las casas del batey no pasan de una cincuentena. Es un batey pequeño. Otros son verdaderos pueblos y se encuentran en ellos numerosas industrias y hasta objetos de arte. Los bateyes de las factorías son los más grandes. Casi cabeceras de común. Tienen sociedades de deportes y filantrópicas, bandas de música y hasta iglesias católicas y protestantes.

Pero cerca del batey de La Inocencia, en la sabana, se encuentran muchas viviendas. Y todas estas jentes aumentan la clientela de don Antonio.

Por las mañanas entran a La Inocencia dos o tres vendedores de leche y un panadero que trae el pan a la bodega. Viene en su mulo bayo. Cuando los caminos están malos, no llega o lo hace tarde. Los viveres son vendidos en las puertas de las casas. Tres o cuatro campesinos, entran diariamente con sus cargas. Venden plátanos, batatas, a veces frutas. Se dirijen de una vez donde sus marchantes. En dos o tres bohíos se pueden ver mesas en la puerta de la calle sobre las cuales se muestran todos estos productos. Pero con frecuencia no hay pan, no hay leche, no hay carne, ni gran cosa que comer, a no ser las sardinas, los arenques y el bacalao, que vende don Antonio. Tres Quince que tiene unos mucha-



chitos se desespera en ocasiones.

—Tengo chavos,—dice— y no encuentro que darle a estos barrigones. No comen locrios, fígúrese!

Por esto muchas familias hacen sus compras para la semana los domingos, cuando entran más campesinos con cargas. Se compra el pollito para amarrarlo a la pata de la meta, en previsión de un día sin carne. Y se reparte una carga de plátanos entre varios vecinos. Esto no impide que tengan que comer pan viejo y tomar jengibre en vez de leche.

En La Inocencia no hay más industrial que un zapatero, apodado **Tres Quince** que también hace de talabartero. El valo Alipio lo recomienda como muy curioso por haberle arreglado una vez su silla de montar.

Con frecuencia **Tres Quince** se quejaba de su suerte.

—Creen que un sólo zapatero en la Finca gana dinero. Cómo? No se fijan en que los peones, que son la mayoría, viven descalzos, y los que le tienen miedo a las espinas o tienen, los pies malos, usan zoletas. Aquí zapatos sólo los de la bodega, los Mayordomos, Jefes y alguno que otro. Y a veces, cuando los sueltan, ya no se pueden arreglar. A decir verdad más me producen los arreglos de aperos.

De lunes a sábado en la colonia, únicamente se trabaja. No hay diversiones. Todo el personal está ocupado. Chencho voltea sobre su mula de

seis a seis lo mismo que Abelardo. A veces no hay ni siquiera lugar al sesteo.

La zafra es siempre igual. Abatir los cañaverales para llevar la caña al Central. Durante la semana la actividad de la colonia está concentrada en el corte, en el tiro, en el peso. Sólo se piensa en la cantidad de peones, en la cantidad de carretas, en la cantidad de bueyes, en la cantidad de toneladas. Desde que se alza el sol sobre el horizonte, se inicia el trabajo en los cortes. Se organiza el tiro al chucho. Sólo se escucha el golpe de las mochas, el ruido monótono de las bocinas de las ruedas, de las carretas, el pito de la máquina y sus resoplidos de vapor, la trepidación del tren de vagones, el trote de los mulos de los Mayordomos y de los Volteadores, que van y vienen por los carriles.

A veces en el corte y en los carriles, se oye cantar. Los carreteros lo hacen con frecuencia. De este modo matan el fastidio o simplemente aprenden o recuerdan los boleros y merengues que oyeron en la última fiesta de la sabana. Pero los días de trabajo se canta sin entusiasmo, se canta en frío.

Por las noches, sin embargo, suena algún acordeón. Un trabajador joven, sólo o acompañado por dos o tres, se empeña en sacar al instrumento un merengue que sus compañeros le entonan o le pitan. Pero por lo regular, poco después de la oración, todo el mundo está rendido.

Los lunes son particularmente tranquilos.

Son días recios. Se entra al trabajo con entusiasmo ,pero puede ser flojo. Del miércoles en adelante es que la organización se perfecciona. Los miércoles, el personal de que dispone Chencho es más completo. Ya ese día no falta nadie o muy pocos. Si algunos amanecen estropeados el lunes, al día siguiente están bien. **Han entrado todos.**

Para la bodega son éstos días casi muertos. Las ventas pequeñas. Solamente se despachan vales y se recibe dinero de alguno que otro campesino, que llega expresamente a buscar algo, o de chucherías despachadas a los vividores del batey. Los dependientes descansan en la semana.

El lunes ya no hay un sólo campesino de los que llegaron a vender el domingo que no esté en su casa. Don Antonio ha terminado la liquidación, si el domingo anterior fué de quincena y se prepara para el moteo habitual.

—En la semana esto es un mosquero,—le dice siempre a los dependientes. No hay quien se salve!

Pero no tiene entonces competidores. Los árabes no esperan el alba y el puesto de su tocallo amanece limpio.

Los peones se desparraman por la colonia. No falta, sin embargo, quien exclama desperezándose:

—Qué lunes tan pesao, vale!

Al medio día La Inocencia parece abandonada. Los barracones permanecen casi vacíos. El sol abraza a esa hora y los carriles, el batey, la bo-



dega. la calle de los bohíos parece que no tiene jente. Particularmente, los días calurosos en que no se alza ni una chispita de brisa.

Don Antonio ojeando para todas partes desde el mostrador de la bodega, le dice a un dependiente:

—Esto es un cementerio. Cualquiera no cree que estamos en zafra.

En la puerta de un bohío sólo se alcanza a ver un burro sin aparejo, expiando su culpa. Y el lazo que lo sujeta amarrado a la aldaba de la puerta.

Pero la semana de trabajo ofrece ocasión a Lao para descansar. Es el único que no hace nada. Permanece en su casa o recorre el batey a pié una o dos veces al día, deteniéndose aquí y allí para charlar.

—Es el más haragán de aquí,—decía de él Rosendo.—Los Jefes no trabajan. Ganan los cuartos sin sudar.

A la oración, Chencho, cruza el batey amenu-do junto con Abelardo o con algún transeunte que va de paso para otra colonia.

—Hoy, vale, se ha metío duro,—dice satisfecho frente a la bodega.

Y antes de retirarse a su casa conversa un poco con el primero que encuentra. Y puede referir algún accidente. Una carreta se rompió. Hubo que desenyugarla en el carril para pasar la caña a otra. Se hirió un hombre en el corte. Cojieron unos animales presos por vagar dentro de la ca-

ña. Dejaron vagones llenos para el otro día. Abelardo botó otro carretero. Por la colonia pasará Miste Mora.

No suceden ordinariamente otras cosas en La Inocencia. En los barracones, por las noches, los peones hablan de lo mismo. Los días pasan así, monótonos, sin que nada extraordinario acontezca. Pero no siempre se habla del trabajo. Y Chencho no limita sus actividades y sus preocupaciones al tiro, al corte, a la siembra, a las limpiezas. Ni el personal a sus bueyes, a sus jornales, a sus tareas. Allí viven su vida mucha jente. Y la colonia se extremece un día cuando de la calle de los bohíos se escapa un grito:

—Mataron un hombre!

Se produce entonces aglomeración, el Jefe entra en actividad. Y en los carriles, en la bodega, en el chucho, en todas partes se habla de eso por unos días.

—Hombre vivo, compadre!

—Ese está lejos a esta hora!

—Y qué certero, vale. Un tiro sólo.

—Yo hubiera hecho lo mismo.

Y por unos días el Jefe no tiene descanso. No para en el batey. Monta por la mañana y regresa en la tarde. Una semana después le dice a Chencho:

—Ese se ha rodado por los laos de abajo. No anda por aquí.

Transcurrido un mes, ya nadie recuerda el suceso.



Pero Don Antonio que oye referir de nuevo el caso a dos peones que conversan por delante del mostrador, pregunta:

—Ya lo cojieron?

—Va a cojé. Ni rastro!

Y en ese momento recuerda el bodeguero el número considerable de criminales que deben andar por ahí sueltos y en los que se deben encontrar entre esa peonada que vé desfilar todos los días por el batey.

Otro día la colonia se sacude violentamente. Antoine Pierre (a) Bulí, ha hecho en el campo No. 12 un “hallazgo macabro”. Al picar una punta de caña ha encontrado un cadáver en descomposición. Hacía rato que sentía un “bajo” y de pronto alcanzó a ver un cuerpo tendido sobre el suelo. Avisó a sus compañeros y uno de éstos se dirigió al batey. Lo sabe Chencho enseguida. A poco se lo pone en conocimiento al Jefe. Lo sabe luego don Marcial. Don Antonio se entera por un trabajador. No se puede saber quien es. Pero en la colonia no falta ningún peón. El pantalón es de fuerte azul, la camisa blanca, el sombrero de cana. Al lado del muerto se encontró la vaina del machete vacía. Los bolsillos del pantalón están al revez.

Wenceslao telefonea enseguida al batey de la Central. Inmediatamente ordena que no le pongan la mano. En la bodega, en el barracón, en las casitas se hacen comentarios. Todos piensan en quien pueda ser. Los haitianos están también



completos. De dónde será este hombre? Cuántos días hará que está muerto allí? Lo mataron? Murió de enfermedad? Quién lo sabe!

Lao ordena que se suspenda el corte en el sitio en que apareció el muerto.

—Hay que verificarlo. Que nadie se acerque.

Los cortadores se retiran para otro sitio y durante el día se espera la llegada de la justicia.

Don Antonio inquiere en vano, con los peones que llegan a la bodega, informes sobre el muerto. Nadie lo conoce.

A la mañana siguiente, ya tarde, recibe don Marcial la visita del Alcalde de Hato Mayor, que ha llegado acompañado de su Secretario.

—Esta justicia es una calamidad,—dice el Alcalde.—No pudimos llegar más temprano por la dificultad de los caballos. Usted no se puede imaginar el trabajo que me ha costado conseguir estos pencos. Nadie alquila sus bestias a la Justicia. Son unos desconfiados. Afortunadamente el Comisario obligó a los dueños a darnos éstas.

—Hemos llegado de casualidad,—agregó el Secretario.—Más malos que estos caballos no se encuentran en parte. Ese bermejo se cansó. Temíamos que nos hubiera cojido la noche en el camino.

Tomaron ron y café. Wenceslao los encaminó hasta el cañaveral. Al Alcalde no le gustan esas cosas. A diez o doce metros de distancia hace su inspección. Pregunta a dos o tres peones si lo conocían. Uno le muestra el sombrero. El Secre-

tario lo toma en la mano. A poco regresaron a la casa de Don Marcial. El Alcalde opina que ha muerto de "muerte natural".

—Ese hombre debió estar enfermo,—dice.

Y cuenta a Don Marcial, que el año pasado ocurrió un caso parecido en otra colonia. Después de un tiempo se supo que lo habían matado. Por casualidad. Se cojió a un hombre que hizo un robo en un batey y en la cárcel lo declaró:

—Pero aquí no me parece que se trate de un crimen,—agregó.

Wenceslao pide órdenes a la justicia. El Alcalde opina que deben quemarlo allí mismo. O que lo entierren se pueden.

—Usted no se puede figurar el trabajo tan pesado que es este de la justicia,—dice el Alcalde.—Un sueldo miserable y no pagan los gastos de viajes.

Regresaron a la caída del sol. Al dejar el batey algunos peones vuelven la cara desde los barracones, desde la bodega, desde los carriles, para ver a las autoridades. Don Marcial tiene la atención de darles un hombre para que los acompañe.

—Compadre, que bestias!—exclama un peón.  
—Más vale que anduvieran a pié.

—Al Alcalde le arrastran las piernas.

—El otro debe tener el buche roto con esa bestia tan trotona.

A poco desaparecen por un carril, camino de la sabana.

Al día siguiente, ya se ha olvidado el acon-

tecimiento. En el barracón Fonso se limita a exclamar:

—Semo hijo de la muerte, vale!

Murciélago insistió sobre sus dudas. No había visto a ese **viejito** en parte. Qué Alcalde será ese? Sería del pueblo o de otra parte. Para él, el Alcalde era un hombre gordo, hajatón, que usaba espejuelos.

Rosendo terminó la cuestión:

—Vale, es que en ese puesto las autoridades no paran. Aquí no hay ná fijo. To es de un día pa otro. Sólo el diablo este de Lao es el que no cambia.

No es siempre la tragedia la que mueve el personal. A veces son los visajes del vale Alipio a Lupe, el escándalo de Jovina y el Jefe o las peloterías de éste y su mujer. Han llegado las voces hasta don Marcial. Abelardo está enterado. Chencho no desea que le hablen de eso. Don Antonio pregunta un día a José Torrez, qué pasa con esa mujer, y en el barracón, Rosendo, Fonso, Juan Tarana, Murciélago, han cojido a Lao de **choteo**.

Con algo tienen que pasar el tiempo, matar el aburrimiento. Y estas cosas los entretienen mucho.

—Esos son chismes,—repite Chencho.—En este batey les gusta mucho darle a la lengua.

Los lunes son particularmente penosos para el Mayordomo. Son días de organización. Los trabajadores trasnochados entran tarde al trabajo. Los carreteros están perezosos. Se hace poco. Pe-



ro muchas veces estos días resultan buenos. El personal amanece dispuesto. Chencho llega a la bodega temprano.

—Hoy es día de brega! Páseme una caja de cigarrillos.

Y mientras el dependiente le alcanza unos "Cremas", aparece don Antonio con su pañuelo puesto por delante de la boca tociendo:

—Cómo sigue ese catarro?—pregunta el Mayordomo:

—Ahí! Ni mejor, ni peor.

—Usted no ha probado con la sábila? Es un cuchillo.

—Usted cree?

Y después de encender un cigarrillo, ya al arrendar, exclama satisfecho:

—Hoy si que no hay sesteo! Quiero llenar más de doce.

En realidad, el trabajo de Eujenio es muy pesado. La jente tiene la cabeza muy dura. Son muy desobedientes. Hay que estarle arriba constantemente. Si uno se descuida lo hacen fracasar. Antes de llegar al chucho ya ha hecho la primera mala sangre.

—Y a esta hora es que tú vas a enyugar?

El carretero no le contesta o le da un pretexto. Se le ha enfermado la mujer o se le murió un pariente.

Luego alcanza a ver a Marcos saliendo por un cruce:

—Ayer no te ví en el trabajo. Cuándo es que tú vas a acabar esa puntica?

No podía verlo en el trabajo. Era Miércoles de Cenizas, y él lo guarda todos los años. Ese día no da Marcos un mochazo. Cuándo?

A poco tiene Chencho que echar un pleito en el chucho. Ve regada mucha caña. No han terminado de llenar los vagones que les dijo.

—Pero qué es lo que ustedes se están creyendo? Sólo les voy a apuntar medio día.

Y como los vagoneros alegan que no es culpa de ellos sino de los carreteros, Chencho no se puede contener.

—Ustedes no son más que unos haraganes. Vamos! Alcen la caña pronto!

Por todas esas cosas es que no cesa de repetirle a Don Antonio:

--Bregar con jente! Eso sí es una calamidad!

Por la noche está rendido. Le duele la cintura. Ha estado a punto de cojer un tabardillo. Antes de acostarse chequea la libreta, y piensa en lo que va a hacer al día siguiente.

—Qué lucha, vale!

Es inútil que Julia le reconvenga cariñosamente:

—No te mates tanto Eujenio. Coje y deja. No te atocigues.

—Y los compromisos? Dónde yo no cumpla no estoy. Eso se queda para ciertas jentes.

Eujenio tenía que tirar toda la colonia. No debía quedar una caña en los campos. Cuándo?

—Tú no sabes que hay quién me quiera jechar el palo? Boba. Ventura Castro está loco porque yo fracase.

Y después de un silencio agregó:

—Al hombre lo recomienda su comportamiento. A Eujenio Pérez no hay quien lo señale. Puede dar una vuelta en redondo.

Afortunadamente la noche en el campo comienza a la caída del sol. Es siempre larga y está destinada para el descanso. A la cama se va temprano. Pero a veces no se puede dormir ni descansar. En el campo se desarrollan otras actividades en la noche. Hay que pensar por esto a la hora de entrar en la cama en cómo transcurrirá la que nos espera. Hay que estar pendiente de lo que puedan hacer los vivos y de lo que puedan hacer los muertos.

Por la noche se aseguran las puertas en los fundos, se le colocan pesadas trancas para reforzar sus herrajes insuficientes o mal colocados. Se llevan junto al jergón las armas de la casa. Se piensa en las luces y se reparan las hendidias por donde se puede explorar la obscuridad de fuera. Con frecuencia no se duerme o se duerme poco y mal. El oído siempre alerta, pendiente del menor ruido, del palo de las gallinas, del ladrido de los perros, del rezongar de las bestias, porque un relincho, un espanto, un aullido, un aleteo de gallinas, un quebramiento de ramas secas, los vierten a los que viven en el campo los peligros a que están expuestos. Es por ellos, por el per-





por las aves, por el caballo, por los que saben cuando deambulan en las tinieblas los espíritus, las almas en pena, de viejos difuntos, que por allí vivieron, y ya porque tengan algún secreto que confiar a los vivos, se pasean en torno a los fundos, dentro del monte, en la orilla de la sabana, o se sientan sobre una piedra junto al paso del arroyo, como si allí esperaran que cruzara el elegido para darles el secreto que poseen.

Por la noche se ven las ánimas y las literas cruzan por el llano, cantando, y el caballo se detiene con frecuencia en los caminos y endereza las orejas. Porque estos saben que las brujas les enredan las crines cuando están sueltos y los utilizan para su viajes. Son ellas las que cargan con el aguatero y le quitan la manea, las que arrasan a veces con los frutos y hasta se bañan en el arroyo.

De noche es cuando pululan los ladrones. Se introducen en los potreros y roban vacas, penetran en los conucos y desrraciman los platanares.

Entonces es cuando son útiles las oraciones y los perros se quedan mudos. Se le hacen sahumeros a las gallinas para que goteen del palo o para que no puedan alborotar o para agarrarlas fácilmente, por el pescuezo, sin que cacareen ni batan las alas.

En la noche se huye. Se encuentra y se cambia de escondite. Se nos confunde con los fantasmas, con los muertos en pena, que tanto abundan

dentro de la caña, detrás del conuco, a la vera de la laguna.

—Usted puede jurarlo,—le dice Fonso a los compañeros una noche en el barracón. Diga que lo vido.

Alude a los perros con llamas en la boca o vacas con cencerros, que se acercan al arroyo a beber. O luces que brillan dentro del monte como en una procesión.

Los muchachos no se asombran al escucharlo. Con su cara tranquila, siguen estos relatos sin perder detalles. Y si lo interrumpen es para exclamar:

—Ofrézcome!

O simplemente:

—Yo si creo que hay un algo!

Son historias de la sabana, del monte, de los sitios solitarios. No ocurren en la colonia con tanta frecuencia. En La Inocencia se vé jente. Cruzan de vez en cuando trabajadores. En la bodega, un campesino que le cojió la noche hace sus compras. Desde el barracón lo puede ver Rosendo iluminado por la luz del carburo. No está claro en la calle de los bohíos, pero se pueden distinguir las personas a poca distancia.

El cuarto que ocupan en el barracón es alto y estrecho. Las hamacas cuelgan unas encima de las otras. Algunos duermen en el suelo sobre sacos de pita, los que no tienen otro sitio. En un rincón está el gallo de Fonso. Ese gallo era de la sabana. Hizo una limpieza a un tal Severino en

unos conucos y lo recibió en pago. Le habían pronosticado que sería fatulo, pero junto con su hamaca era lo único que poseía en la colonia. Un disgusto tuvo con una mujer que le ofreció comprárselo para un sancocho. Hasta se incomodó! En que juicio le cabía que él iba a criar gallo fatulo! Muchas veces le dijeron que sacara el gallo afuera, pero Fonso no tenía otro lugar más seguro.. Por el canto, no, "no quitaba sueño", sino porque ensuciaba el piso, las frisas y las hamacas.

Desde que soltaron el trabajo están allí reunidos conversando. Hablaron de las brujas porque en el corte supieron que se habían robado unas cuantas vacas, casi una punta completa y Fonso dudaba de que pudieran dar con los ladrones, porque esas jentes casi siempre estaban compestos.

—Es un salteo público,—dice Juan, después de un rato de silencio en que todos parece que pensaban en las cosas grandes que hay en el mundo.

El ganado era de La Sierra, y los ladrones con toda probabilidad una partida de cuatrerros, que ya había cometido otros robos anteriores para vender las reses por los lados de Bayaguana.

—Si no los cojen ahora,—agregó Rosendo—seguirán en ese juego. Aquí, vale, no hay autoridad. El vale Alipio sólo sirve para tomarse sus tragos y andar detrás de las mujeres y el jefecito ni pregunte. Más mala yerba que ese no se da en parte.



—Pero yo creo que si los quieren cojer, los cojen,—murmuró Murciélago.—Yo no estoy con Fonso. Pa mi no hay **hombres compuestos**.

—Qué van a cojer,—replicó Rosendo.—No cojen ná. Y si los agarran de viaje los sueltan. Si el dueño no **cobra** sus vacas con sus manos se quean frescos. Ustedes dicen que yo soy de **pasión**, pero como Zenón Ovando no ha habío hombre. Ese sí que hubiera hecho ya un **desmache**. Aquí no se pué mandar sino **desmachando** cada vez que salga un malo. Autoridá que no **desmacha**, compadre, ta frascasao. Yo si se lo digo.

De pronto los interrumpe el Mayordomo presentándose ante la puerta del cuarto, acompañado de un hombrecito con una hamaca al hombro y una mocha en la mano. Parecía que acababa de llegar al batey. Traía los pies sucios de polvo y la camisa húmeda de sudor.

—Acotéjeme ese hombre ahí, por esta noche!

El hombrecito entró y colocó su hamaca en un rincón. A poco encendió su cachimbo y después de permanecer callado un buen rato, durante el cual Rosendo lo examinó de arriba abajo con la vista, contestó a las preguntas que le hicieron. Tenía conocidos en la colonia y hubiera deseado verlos. Rosendo y Fonso no le pudieron dar razón de ellos. Sin embargo, Murciélago, creía haber visto a uno por las señas que daba, al **hajetón**, pero al otro, al **colorao**, no lo había visto en parte, ni siquiera oído mentar. Quién sabe si trabajaban cerca!

El recién llegado venía del Sur.

—Yo me ñamo Vitoriano Marte,—dijo.—  
Con ese nombre me apuntó el Mayordomo, pero a mi sólo me conocen por Nano. Si usted dice Vitoriano por los laos e casa naide le da razón. To el mundo me dice **Nano**.

Rosendo que creía que los hombres del Sur eran más hombres que los de todas partes, porque él había nacido en esa rejión, y más que por eso, porque en el Sur nació también el General Zenón Ovando, el hombre más guapo que él había conocido, no se pudo contener.

—Yo soy de al'á abajo también. Pero salí de allá cuando me apuntaba el bozo. Nací en Cambita.

Y le refirió a Nano que para él su familia se había muerto. Le preguntó como estaban las cosas por allá y este le contestó "que había un poco de necesidad". Dijo enseguida Rosendo, que eso tendría que pasar porque allá había abundancia de todo. Elojió las tierras del Sur. Eran mejores que estas. Por allá no se conocía el caliche. Como los víveres de San Cristóbal no los había visto "en parte". Cuándo se iban a comparar con esas rabizas que traían a vender al batey! Razón tenían en el Este en no ocuparse más que de sembrar cañas.

Rosendo le preguntó enseguida si ya había puente, pero el hombre le dijo que no, y agregó:

—Pero si yo voy a San Cristóbal ahora jata me pierdo. Eso debe tar muy cambio!

Nano contó lo malas que se habían puesto las cosas por allá bajo. De la falta de plata y de lo barato que se vendían los productos. En el último viaje que dió a la Capital un compañero tuvo que botar en la carretera una carga de naranjas porque nadie se las quiso comprar.

—Atento a conuco no hay quien se salve,— dijo.—Pa no andar desnudo tuve que sacrificar unas gallinitas que me quedaban. Esa era la suerte, que en enseñándole a la jente de la Capital un pollo se consigue ropa. Por otra cosa no, pero por pollo! Se sale aviao de un todo.

Nano refirió como dejó sus trabajos al cuidado de su hermano. Se sentía disgustado porque no le daba beneficio y se consideraba muy jóven y muy fuerte para vivir sacrificado. Por ese motivo resolvió salir de allí. Todas las semanas daba un viaje a la Capital y regresaba con una bobería. En el Hospedaje todo lo querían regalado. A veces se le quedaban las cosas que llevaba. La jente era muy repugnante y como tenía que pagar por la carga una barbaridad, luego el alquiler de la bestia, apenas si regresaba con cuatro clavaos. Y luego la polecía. En la Capital eso está muy fuerte. Cuando más descuidao viene uno por la carretera le sale un polecía al encuentro, le registra la carga y le hace pagar el impuesto. Si uno se resiste lo llevan a la Comisaría.

—Pero esa son leyes de por allá abajo,—dice Fonso.

—Ello serán!—agregó Nano.—Estos cuartos



son dizque para las carreteras. Pa arreglar los caminos.

—Esa será la alcabala, vale. Eso se paga en todas partes.

Nano no dió una buena explicación, pero contó que todos no lo pagaban. A algunos viejitos los dejaban pasar sin dar los chavos y otros se aguantaban hasta que la polecía se fuera y se metían por otras partes o vendían antes de llegar al Hospedaje.

—El vale Nicolás me dijo que él no pagaba nunca. Yo no sé de que mañas se valía, pero entra franco.

—Por allá abajo también hacen de las suyas,—exclamó Fonso.

—Pero no como aquí, vale,—replicó Rosendo.—Aquí es el acabose. Para abusos la Finca, vale.

Otros de los inconvenientes de que se quejaba Nano se los producía la familia. Le daban huevos, cuaba o alguna gallina o una ahuyama para que se la vendiera, y como en ocasiones tenía que rebajar del precio en que se la habían puesto, para evitar pleitos, completaba con lo suyo la diferencia. Por eso optó por no decir claro los días que salía para la Capital. Nano resolvió por todas esas razones no volver. Vendía mejor en su conuco. Pero esto le resultó peor negocio. Los frutos estaban por el suelo y él tenía necesidad de hacerse de algún dinero, porque pensaba fundar y comprar tan siquiera una bestia regular, porque sólo

disponía de un burro, aunque muy bueno, pero que no le servía sino para ir al conuco y cargar víveres. Además soñaba con tener aperos. Deseaba una buena silla por lo pronto. Ya estaba cansado de que le hicieran fiero, sobre todo su amigo Magdaleno que trajo una de Angelina, muy buena, montada sobre un fuste muy cómoda. Quería además independizarse. Con el conuco no podía lograrlo. Con conucos no se puede hacer gran cosa. Y por eso venía a la Finca. Tan pronto reuniera un piquito, al terminar la zafra, se iría para su pueblo. No dejaba nada atrás. Un emburujo que tenía con una muchacha del Alpargatar no le preocupaba. Es verdad que ella decía que estaba en cinta, pero él no creía en todo lo que decían las mujeres. En lo menos que pensaba era en asentarse todavía. Demasiado joven se consideraba y además, con tanto arranque no podía pensar en eso. No vivió con ella, eran unos amores volados. Se veían de tarde en tarde por los alrededores del conuco. Y la familia de ella no sabía nada de eso. De haberlo sabido, talvez no hubiera podido venir así tan franco, le hubieran denunciado al Pedáneo para obligarlo a recojerla, o le hubieran quitado por lo menos el burro.

—Lo malo es que aquí si que no se va a salvar usted,—le dijo Rosendo.—Eso de Finca es un entusiasmo.

Nano no estaba bien informado. Las cosas en la colonia también estaban malas. Podrían estar mejores, si hubieran menos ladrones. Este año se

pagaba poco. Parece que estaban **apretaos**. Decían que abrirían tumbas en la seca, pero no creían que fuera verdad. Esos eran los trabajos a que Fonso le tiraba. Carreteaba ahora con Abelardo porque lo fueron a buscar a La Ceibita. Pero ya no se amaña con el tiro. Antes sí que era negocio la carreta, porque pagaban bien. Pero ahora las cosas se habían puesto muy embromonas.

Los trabajos de Finca serían mejores si no se tuviera que luchar tanto. Si no fuera por las pérdidas y las trampas. Y Fonso contó lo que le pasó una vez con unas traviezas en el Salto. Tenía hechas como trescientas según su cuenta, pero el Mayordomo de ese lugar era muy exigente y muy majadero. La semana antes del pago le había rechazado como veinticinco porque dizque no tenían la **media**, porque estaban cortas. Después le rechazó otras porque dizque no tenían el grueso. Esos trabajos siempre ofrecían inconvenientes. Hay que estar de buena con los Jefes para que no le cojan a uno su sudor. Después luchar con las carretas para que se las carguen y también evitar los robos. Nunca sabe uno seguro la cantidad que tiene hechas. Al recibirlas en el batey también rechazan algunas. “Bueno, no sabe uno cuanto ha ganado hasta que no viene el pago. Hasta la quincena”.

Luego Fonso se refirió al abuso de las tumbas. Ahí pasa igual. Desde que el monte es **apretao** no se gana para las hachas.

—El año pasao,—dijo—hice una tumbita pa-



¡lá arriba y me se partían jasta dos por día y eso que las probaba primero. Le echaba el aliento y me parecían buenas, pero desde que le entraba a un palo de calidá, se partían.

Rosendo lo interrumpió diciéndole que ahora todo lo que traían era falsificao. Y tan cara que las vendían! De antes las daban, ahora hay que comprarlas. Eso no era negocio.

—Bueno, es que aquí en la Finca todo nos viene en contra,—concluyó.

Nano declaró que le habían dicho que iban a abrir trabajos y que eso lo determinó a venir. Rosendo le aseguró que eso eran lenguas, que uno no se podía llevar de todo lo que oyera, porque en los bateyes era en donde más propagandas andaban. Que ni a los Mayordomos se le podía creer, que lo único que ellos sabían decir era que el azúcar estaba en el suelo para fuñirlos a ellos con esa música.

Concluyeron por convenir en lo trabajoso que resultaba ganar los chavos en la Finca. Y de paso hablaron de lo caro de la comida, de los abusos de los Mayordomos, de lo barato que trabajan los haitianos. Y Fonso agregó que por eso no le querían dar trabajo a los dominicanos porque no se conformaban con ganar poco y dizque por malcriados. Rosendo no se quejaba. Había manejao tanta jente en las Fincas que ya estaba curtío. Con plata de él no se quedaba ninguno de ellos. A los hombres se respeta por el blanco del ojo. Y además él sí que no era de los que comían cangrejos. Y



dirijiéndose a Nano agregó que lo primero que tenía que hacer era despabilarse, porque los hombres blanditos sólo sirven para criar ga'linas.

—En las Fincas se aprende mucho, vale! Aquí se hace uno hombre bregando con tanto bagamundo.

Nano pidió un fósforo para encender otra vez su cachimbo. Juan Tarana se paró del sitio en que estaba sentado.

—Yo credé que tengo aquí unos palitos.

Se subió sobre un cajón y alzó un brazo para buscar en la solera.

—Me cuesta esconderlos, porque a veces se descasean tanto que de noche es una dificultad fumar.

Fonso desde la hamaca sacando la cabeza le advirtió:

—Cuidao con el gallo, vale!

—Uté no vé que ese gallo ta pallá? Uté, vale, parece que nunca habia tenio gallo. Yo toy deseando que lo acabe de cazar. Tengo hambre de un locrio bueno. Ese lo va a hacer Matilde.

—Uté se quedará con la aspiración, vale. Ese no va a ser más que una pasá.—E incorporándose en la hamaca hizo un movimiento con el brazo, al mismo tiempo que exclamaba:

—Tras, tras! Cójnlo. Uté lo verá, vale.

Nano encendió su cachimbo.

Habían cerrado ya la puerta del cuarto, porque el batey estaba obscuro. No se veía una luz en ninguna parte. Se acostaron en sus hamacas,

Fonso, Juan Tarana, Agapito y Murciélago. Rosendo y Nano arreglaban las suyas. Para colocar la hamaca de Nano se presentaron algunas dificultades. No había de donde amarrarla sin que molestara a los otros. Ensayaron varias veces hasta que por fin la colocaron por encima de la de Murciélago.

—Aquí, vale, hay que ponerse como plátanos en un racimo,—dijo Rosendo.

Y después de un silencio, agregó:

—Yo si no se como uté ha dejado sus trabajos pa venir aquí a rodar. Si yo fuera más nuevo y tuviera manque fuera un cercadito sembrao, lo que es conmigo si que no se juntan más.

—Y si uté viera mis trabajo,—agregó Nano.

—No me diga! Allá abajo sólo hay que tirar la semilla. Esas tierra no tienen comparación.

Y Nano habló con entusiasmo de su conuco. Tenía de todo. Tres clases de plátanos. Machiembras, machos, dominicos. Como trescientas matas. Guineos, no se diga! Muchos de los finos, y de dame más.

—Eso si son guineos. Por aquí todo se da ruín.

Y también tenía rabo e mulo, de rosa. Arroz de tres clases: del comunero, del cariacó y del fortuna. En cuestiones de vituallas de todo. Unas batatas Yacó que daban gusto. De las Gil y hasta de la Panchita.

Su conuco no era muy grande, pero sí lo tenía en condición.



—Ahí tá! Porque aquí sólo hay rulos y malos. Uté va a ver el domingo de pago cuantas porquerías.

Fonso se movió en la hamaca.

—Vamo a dormir señore, que ya es tarde.

—Lo que no tienen los fruto por allá,—añadió Nano—es salía. Eso da pena ver como se pierden en los conucos.

Después de un rato, Rosendo agregó:

—An pué! Y aquí suspirando. Descasos y caros. A veces no se jalla un trozo ni pa remedio.

Los compañeros parecían dormidos.

—Y toavía tá el mismo Marcé?—preguntó Rosendo.

—Toavía.

—Los que vivimo aquí como jente del Diablo. Yo se lo digo!

A poco rato se callaron. Nano, mientras fumaba, se quedó pensando en todo lo que había oído. Realmente los trabajos de Finca no eran tan buenos como decían. Todos se quejaban de lo poco que les quedaba. Sin duda a él le pasará lo mismo y no podrá realizar su propósito. Pero hizo la resolución de no salir de la colonia hasta que no tuviera por lo menos quince pesos. Con esta suma se conformaba. Trataría de conseguir un trabajo grande, que lo pudiera desempeñar o de lo contrario gastaría poco a fin de juntarlos.

A Nano se le apagó el cachimbo. Una hora después de las hamacas salía un ronquido fuerte. Hablaron tanto que el sueño los rindió. Ya era una

hora avanzada. El barracón estaba envuelto en sombras, y en el cielo resplandecían las estrellas. De la sabana llegaba muy apagado hasta el batey, el ritmo de un merengue monótono, triste, melancólico.

A Fonso le pareció oír, pasada la media noche, un quebradero de cañas, como si un buey suelto las estuviera trozando.

Pero sólo él estaba despierto y no se movió.

## VII

Al amanecer cruzan por el batey de La Inocencia los haitianos con sus mochas debajo del brazo, camino del corte. Pasan luego las primeras carretas cargadas de cañas, en dirección al chucho, para terminar de llenar los vagones que quedaron vacíos la tarde anterior. Blakis solamente da dos viajes a la colonia. Los alzadores conversan y trabajan. Se quejan del frío. Amaneció el chucho envuelto en una densa neblina.

—Compadre avance,—dice uno que está dentro del vagón.—Vamo a ver si nos calentamos un poco.

La caña está húmeda. Pedro observa que José Torrez, el pesador, hace días se levanta muy tarde.

—Se habrá encontrado alguna gallina,—dice Medardo, sonriendo.—Con estos fríos, vale!

Aparece el sol. Murciélago, después de vaciar se ocupa en apretar los lazos a sus bueyes.

Cuando los vagones amanecen llenos, los ca-



rreteros tienen que esperar y no hacen nada hasta que no llegan los carros vacíos. En ocasiones se impacientan por esta demora que les hace perder el tiempo y les reduce su jornal.

En la bodega los dependientes tienen poco que hacer. No hay movimiento tan temprano.

Entre días, antes de salir al campo, don Marcial llega a la bodega.

—Cómo va la cosa?—pregunta don Antonio.

—Regular,—responde don Marcial.—Estamos llenando doce.

—Doce?

—Doce,—repite don Marcial.—Y esperamos llenar uno o dos más.

—Ah! Entonces van bien las cosas.

—Así parece.

A Don Marcial ya no le entusiasma el trabajo. No se gana nada. El azúcar está por el suelo y Mr. Moore aprieta cada día más. Los tiempos han cambiado mucho. Antes la caña dejaba beneficio. Se hacía algo. Pero ahora! Ahora se había convertido en un infierno. Las estrecheces que pasaba don Marcial no eran para contarlas. Los métodos de la Administración, que parece tenían por fin monopolizarlo todo, han acabado con el negocio. La economía no era estricta, era exajerada. El colono no tiene ya libertad para nada. Todos los gastos son controlados. Los Inspectores constituyen una pesadilla. Pasa la quincena y apenas sobra para vivir y vivir mal. Antes parecía que uno manejaba lo suyo. Ahora es un empleado que rea-

liza un penoso trabajo, sufre innumerables privaciones y percibe un sueldo casi ridículo. Pero ya estaba subido en el potro. Qué va a hacer!

—Por allá no han llegado algunos “Listines”?—pregunta Don Antonio.

—Hombre creo que sí. Me parece que está allí el del miércoles o el del jueves. No estoy seguro.

—Pues mándemelos. Que siempre es bueno saber lo que se dice.

Y después de referirse a otros asuntos se despide don Marcial para ver el corte, o para ir al chucho o al peso .

Va siempre a caballo. Don Marcial no es hombre de mulas. Compró una en una ocasión y la dió al Mayordomo. Preferible es un caballito regular a una buena mula mañosa. Su caballito bermejo es muy cómodo por suerte y ambos se entienden bien.

Después que deja la bodega don Antonio muchas veces se ha compadecido de él. Este hombre se ha arruinado entre estas cañas, piensa. Tan víctima como yo y como todos. Nunca tiene un real. Abrumado de deudas, cargado de familia, saldrá de aquí hecho una etcétera.

Hoy, con motivo del frío que se sintió en la noche, Don Antonio ha amanecido tociendo demasiado. Las hojas de cabrita que tanto le prueban se han terminado. No tiene con que hacer un té.

—En estas Fincas se está peor que en Ceuta,

—dice.—Aquí no se encuentra ni la gracia de Dios.

Lleva sobre el cuello una toalla ordinaria envuelta a manera de una corbata y escucha en la puerta del patio los consejos que le da su cocinera.

—Tómelo Don Antonio, eso es muy bueno. Es más que un cuchillo.

—Pero eso debe ser un trago del demonio!— exclama.

—No lo crea. No sabe a nada.

—Bueno, pues, prepáralo para tomarlo antes del desayuno.

Y pensando en ese trago de zumo de hojas se encamina al mostrador.

Llega en ese mismo momento don Marcial acompañado de Abelardo. Don Antonio siempre tiene humor para su tercio de tablero. Son estos dos sujetos de los pocos que se llevan bien en la colonia. No tienen intereses encontrados.

—Qué dice el hombre peligroso!

Abelardo sonríe.

—Déjese de cosas Don Antonio. Mire que van a creer que eso es verdad.

—Lo dicen las jentes. Y río que suena....

—Usted cree? A veces suenan y no están crecidos.

Un dependiente le pasa un par de tabacos. Abelardo acostumbra fumar dos por día. Uno después de comida y otro en la noche.

—Si usted supiera que esas cosas me tienen



descompuesta a la mujer. La semana pasada me armó un banco. Yo no he podido averiguar quienes son los que han llevado esos cuentos.

Don Antonio que ha oído algo y piensa en las noches que lo deja esperando para jugar, le repite:

—Es que de los hombres peligrosos no se puede dudar nada.

Al retirarse, don Antonio se dirige a Don Marcial

—No se olvide de los periódicos.

—No. Se los mandaré con Tunino cuando vuelva.

Don Marcial iba pensando en el caso de Abelardo y su mujer. Cuántos disgustos había tenido él proporcionado por esos habladores que se complacen en dar malas noticias. Abundan tanto! Cualquiera creería que en el campo no habría de ellos. Sin embargo, el pasquín más importante que recibió su mujer, hablándole de Dominga, tuvo que ser hecho por alguno de la colonia. No le quedaba duda. Y sus sospechas recaían sobre el Mayordomo que retiró. Fué una venganza. Quién duda que a este Abelardo le estén haciendo lo mismo.

A poco de salir don Marcial y Abelardo se acerca un peón al mostrador de la bodega. Pasea la mirada por el aparador y pregunta:

—A cómo son esos cachimbos amigo?

El dependiente se aproximó a otro hombre

que llegó casi al mismo tiempo a caballo y no contestó al primero.

Transcurrió un momento y cuando el peón vió que el dependiente había terminado de despachar al hombre del caballo volvió a preguntar.

—A diez centavos,—contestó el dependiente.

—Manífica! Aquí si venden caro.

—Con no comprarlo está arreglado,—murmuró el dependiente.

El peón replicó.

—Con preguntarle no lo ofendo.

El dependiente no contestó. El peón tampoco. Simplemente pensó que éste dependiente no tenía tratos. Y acabando de llegar a la colonia no quería tener dificultades.

Este peón era Nano que dejó el cuarto muy temprano y dió unas cuantas vueltas por el batey antes de llegar a la bodega. Estaba impaciente por ver al Mayordomo. No podía continuar más tiempo así sin trabajar. Su resto era muy pequeño y temía verse desbaratado.

Se le acercó otro trabajador que fué a comprar un pan a la bodega:

—Uté no me ha visto a Lalo?

—Yo no conozco ese hombre.

—Uté no e de po aquí?

—No señor. Yo soy de allá abajo.

—Del Sur?

—De San Cristóbal.

—Aguaita! Se me puso dende que lo vida.



Yo conozco la jente de allá abajo. Uté es recentino aquí?

—Llegué antenoche.

Y el peón jirando los ojos por el batey murmuró:

—Dónde se meterá ese dianche de Abelardo!

—Pero uté trabaja aquí?

—Toavía. Lo tengo pensao.

—Ello dicen que falta jente.

Tan pronto como el dependiente lo despachó se retiró.

—Bueno, jasta luego.

En ese momento Nano volvió la cara hacia el barracón porque le pareció oír la voz de Fonso.

—Nano! Nano!

El Mayordomo se había presentado en el barracón preguntando:

—Dónde está el hombrecito que yo dejé aquí?

Fonso contestó:

—Yo no sé! Se enderezó tempranito.

Fonso era el último que salía del cuarto. Las atenciones de su gallo le hacían perder siempre algún tiempo todas las mañanas. Tiene que dejarlo bien acotejado antes de salir para el trabajo.

Paseó la mirada por el batey y alcanzó a ver a Nano frente a la bodega:

—Nano! Nano!—gritó.

El Mayordomo sacó su libreta.

—Pero es Victoriano que ese hombre se llama. No es el que yo puse aquí?



—El mismo. Es que a él le dicen Nano.

Al llegar Nano, el Mayordomo le dijo:

—Quédese por aquí. No se aleje mucho para ver lo que le consigo.

Y arrendó la mula.

Nano quedó sólo. Fonso se fué para su trabajo.

—Démele vuelta al gallo, vale,—le voceó desde lejos.

Chencho pasó por donde don Marcial y allí se enteró de que Juan Bautista vendría al chucho temprano. Ya había salido del batey. A don Marcial se lo avisaron por teléfono. Pidió que le buscaran un peón de confianza para que llevara los instrumentos. Chencho pensó seguido en Victoriano.

A las once de la mañana llegó la cigüeña. Juan Bautista lucía un sombrero colonial. Colgado al brazo izquierdo un ligero capote inglés con forro de seda a cuadros y además portaba polainas de resorte. Miguelito, el Ayudante, sólo llevaba sombrero de fieltro de anchas alas un Stecson, y polainas con hebillas. Sobre el piso de la cigüeña se veían los instrumentos: la caja del teodolito, el trípode, la mira y la cadena. También una maleta grande de cuero y un maletín de mano. Y una escopeta. Chencho les dió la mano y les dijo que tenían que aguardar un momento para dar tiempo a que llegaran las monturas. Un peón se hizo cargo del equipaje.

Mientras aguardaban las bestias se entre-

tuvieron en ver las operaciones del chucho. Cuatro carretas descargaban junto a los vagones. Los carreteros charlaban y pasaban la caña a los vagoneros, que las acomodaban para evitar pérdidas en el camino. Esta es una operación que hay que hacerla cuidadosamente. El vagón debe estar apretado. Sin vacíos, y como la caña no es recta hay que saberla colocar para que no quede floja, buscarle la vuelta para que no se caiga con las sacudidas del tren, sobre todo, en esa línea que no es muy buena y tiene bajadas, subidas y curvas peligrosas.

La locomotora se ocupó de enchuchar los vagones que estaban llenos ya, para dejar colocados en su sitio los carros que trajo vacíos. Para realizar esta operación tuvieron que desencarrilar la cigüeña que se encontraba por delante. Este es un trabajo fácil, y dos hombres lo han realizado rápidamente. La máquina entonces avanzó con su tren poco a poco sobre la línea en que se encontraban los carros de caña, siguiendo las indicaciones del chuchero que le advertía al maquinista cuando debía echar y cuando aflojar.

—Más! Un poco más!

El maquinista asomaba la cara por la ventanilla mientras tenía en una mano la válvula de arranque y en la otra el puño de la palanca de freno.

Cuando quedó en buena posición, el chuchero ajitó los brazos para indicar que estaba bien.

Se introdujo luego entre los dos vagones que

se habían acercado y engancho la cadena diciendo al salir, al mismo tiempo que hacía una señal con la mano:

—All wright!

Enchucharon los vagones llenos y luego desengancharon los vacíos y los entraron en la línea. Seguidamente volvieron a encarrilar la cigüeña por delante de éstos para que pudiera salir cuando quisiera.

Blakis descendió para chupar un cigarrillo.

Juan Bautista sonrió al oír como un carretero recibió al maquinista:

—Mira Blakis, negrito sinvergüenza. Porqué no me trajiste lo que te encargué? Tú creías que no te iba a pagar, verdad?

Otro carretero agregó:

—Estos cocolos del Diablo hay que acabarlos!

Pero Blakis sólo enseñó los dientes.

En este chucho tiraban la caña de La Inocencia y tiraban también la de La Esperanza, que es el nombre de la colonia en que está situado. Una gran colonia ésta, con más de treinta y cuatro campos en muy buenas condiciones. Pertenece al Ingenio, y el General Ventura Castro la tiraba con bueyes y carretas que le suministraba la Administración. En la zafra pasada fué el mismo Castro quien la tiró. Este año tenía el propósito de ver como le sobraba algún dinero, porque en el pasado apenas sacó sus gastos.



Decepcionado de la política, en la que había tomado parte en distintas ocasiones, perseguido desde hacía tres años por sus simpatías por el partido que no estaba en el poder, para escapar a los atropellos de los que estaban en el Gobierno y particularmente de sus enemigos personales, se había refugiado en el campo, ayudado por una recomendación que le dió un diputado por Macorís muy amigo de él, por servicios oportunos que le prestó en otras épocas.

El General Ventura se consideraba más protegido en el campo. Allí trasladó su familia y mientras las cosas tomaban otro jiro, vivía en paz. Parecía cansado de la ajitada vida política que había llevado. Empleado por cortos períodos, en empleos con no muy buen sueldo y que nunca correspondieron a sus méritos, ni a sus aspiraciones, las más de las veces en la cárcel, sufriendo calamidades y cuando no huyendo para evitar perder la vida. Esos eran los recuerdos de su vida pasada. Y aunque no se había comprometido a abandonar la política definitivamente, la imposibilidad por el momento de que su partido agarrara el poder, le hacían sentirse satisfecho tirando su caña. Por lo menos comía con más tranquilidad y dormía sin zozobras.

—Estoy desencantado de la política,—dijo un día a Don Marcial.—Aquí en este país los hombres que más hacen son los que menos merecen. Eso está visto. Yo, así como usted me ve, he puesto muchos Gobiernos y nunca me ha quedado nada.

He cargado con muchas responsabilidades. Le he salvado la vida a muchas jentes.

Y el General contó esta vez a Don Marcial sus actuaciones en diferentes revoluciones. En una ocasión sitió a Macorís en unión de otros generales. Se metió él sólo por las calles una noche con sólo veinte hombres. Pero tuvo que dejar la plaza. Le faltaron municiones. Esa acción, sin embargo, contribuyó a la caída del Gobierno. El General se enorgullecía de que nunca había traicionado a nadie. Era un hombre de principios. Si no fuera por su honradez en política hubiera estado mejor. El era un hombre de una sólo línea, de un sólo color. Con él sí que no había componendas.

Y cuando el General pensaba en estas cosas se entristecía y suspiraba. Recibió muchas decepciones.

—A mi no hay hombre que me conquiste ya. Me han engañado muchas veces y para experiencia basta.

Y como don Marcial le dijera que ese era el mejor camino que podía tomar, concluyó:

—Dígamelo a mí que lo sé. Este país está perdido!

Pero en La Inocencia no creían al General Castro tan importante.

—El dice que ha peleado mucho,—dijo un día Chencho a Gautier Mojica.

—Ese no es más que un embustero. Una vez estuvo escondido por esos montes, viviendo con una mujercita, y hacía creer a los del pueblo que

reunía jente y encabezaba un movimiento. Recibía chavos que le mandaban los bobos para la revolución hasta que se descubrió el engaño.

Refirió Mojica que cuando los americanos un día lo mandó a buscar un Capitán para averiguar un asunto de un caballo y casi se murió del susto. Poco le faltó para ponerse de rodillas.

—Pero cualquiera no se le paraba a esa jente,—replicó Chencho.

—Y dígalo. Yo le puedo asegurar que eso fué un rodillo. Cuando esa jente mandaba aquí se acabaron los guapos. Todo el mundo se metió en un puño. Bueno, me quedé bisco, compadre. Si esa jente se queda aquí un tiempo más, nos dejan más mansos que las ovejas. Aquí se ha vuelto a gallear después que los blancos se fueron.

Y luego de una pausa agregó:

—A qué conmigo no se las dá! Dios lo libre! El se da importancia con los que no lo conocen.

Lao el Jefe, era su enemigo político. Una vez le dijo a Chencho:

—Este bolo de Ventura parece que no ha escarmentao con las que le ha pasado. El se cree que porque está encargado de esa colonia nadie aquí se puede meter con él. Yo lo que sí digo es que ande derecho, porque si yo lo veo cojear que se prepare. Yo soy empleado de la Finca, pero antes que todo estoy con el Gobierno.

—Pero ese hombre está tranquilo,—dijo Chencho.—El no se ocupa más que de su trabajo.

—Tranquilo? A otro con eso. Yo soy un hom-



bre muy vivo. El hace creer que no está en nada, pero yo lo he sorprendido hablando mal del Gobierno. Ese es un gallo tapao.

No es que Chencho creyera lo que estaba diciendo, pero no quería zuzar a Lao contra Ventura, aunque le guardaba algo por dentro. El Mayordomo pensaba que el encargado de La Esperanza tenía aspiraciones de que le dieran también La Inocencia. Nadie se lo había dicho, pero "para señas basta un botón". Hasta criticaba a Don Marcial. Decía que en La Inocencia se gastaba mucho y que la caña podía estar en mejores condiciones. Y no era esa sola piedra la que le guardaba. Tenía otras aunque menos pesadas.

Un día preguntó Fonso a Rosendo si el General Castro era más guapo que Lao.

—Yo no sé! Dicen que Ventura es muy guapo, pero lo que yo sé es que Lao es un buchipluma. Ese no mete ná, aunque aquí en el batey lo tienen como un oso.

En La Inocencia siempre que se hablaba de hombres guapos citaban a Lao. Rosendo no se explicaba ésto.

Para muchos era un hombre extraordinario, menos para él. Atribuía su buena fortuna a la circunstancia de haber aprendido a hacer algunos garabatos. Reconocía que las letras daban ventajas. Y aseguraba que si él hubiera aprendido tan siquiera a firmar, hasta Gobernador podría haber llegado. A él le habían dicho que se había dado el

caso. Porque condiciones de mando no le faltaban, y astucia y de todo lo demás. Por eso creía que Lao no era gran cosa, y que no le valían de nada las cotorras que sabía hacer. Cómo iba él a conformarse con una Jefatura!

No todos en el batey pensaban de Lao lo que Rosendo. La mayoría le tenía miedo. De carácter violento, de escasa intelijencia, le imputaban haber cometido abusos. Y la circunstancia de que le gustaba tomar en demasía, lo hacía más peligroso, porque cuando estaba borracho, pocos se le podían acercar.

Una noche mientras conversaban a la puerta del barracón, Murciélago que estaba allí se le ocurrió decir que Lao era político y que no estaba en ese puesto por el Gobernador de Macorís, como decían, sino por recomendación del mismo Presidente. Fonso se quedó callado, pero Rosendo no se pudo contener:

—Jesú hombre! Va a ser! Yo lo había oído, pero ni atención le puse a quien lo dijo. Dizque Lao político!

Rosendo no podía tolerar eso. Cómo iba a ser político un hombre que no había peleado nunca. Dónde se había mencionado ese **endeviduo**. Qué cosa había hecho Lao? Si alguna persona estaba autorizada para saberlo era él. Nunca lo oyó nombrar. Hablarle de política a Rosendo Santana que había tirado tanto tiro en esta vida. Qué ocurrencia! El si que podía hablar de eso. Hizo de todo. Tuvo sus buenos tiempos. No tenía nada, porque

todo lo que ganaba en la política lo perdía. Por eso había renunciado a ella. El campo le daba mejor resultado. Cuando joven estuvo en una revolución y entonces fué cuando más sufrió. El culpable fué el Alcalde del Soco, un tal Marcelino, que lo embulló, haciéndole mil promesas. Trabajaba en una tumba entonces y de ella se fué junto con otros compañeros de trabajo. Arrasó montes sin piedad, pasó hombre de vicio, durmió en los montes de las Quince Caballerías, se le pegaron unas masamorras de todos los Diablos, le dió calentura. Bueno. Las calamidades fueron muchas, pero eso fué lo más poquito que le pasó. Cinco meses estuvo por el monte. Unas veces con tres, otras con quince o veinte. En una ocasión se pasó tres días comiendo naranjas agrias. La ropa que llevaba y con la que salió de la tumba se le hizo pedazos encima. Y no quedó en cueros porque asaltaron una bodeguita y consiguieron camisas y pantalones hechos. Pero por un tris pierde la vida, porque el dueño de la bodega y el dependiente se defendieron a tiros limpios. Pero lo bueno de eso es que el Alcalde se pasó al gobierno y los dejó solos. Ni un revólver pudo conseguir, porque le quitó uno a un Mayordomo y después se lo quitaron a él. Andaba todo el tiempo con un siete clavos y un machete mocho. Cuando el Alcalde lo convidó le dijo que esperaban carabinas de Macorís, pero no las vió. Fuera de un pata de mulo que tenía un tal Leandro, de el Paso del Medio, y un <sup>ciacuenta</sup> setenta del propio Alcalde no vió otras armas.





dos los días dizque se iban a reunir al grupo. De andar se le hincharon los pies. Había revolución en el Cibao, pero en el Este todo estaba tranquilo. Un día el Alcalde dijo que tenían que separarse, porque la combinación había frascado, pero después supo que el tal Marcelino lo que andaba era huyéndole a la justicia y los había conquistado para que los acompañaran.

—En esa caí de indio. Política! Política! No ha nació el hombre que me consiga pa eso. Porque yo si sé de eso.

Refirió otros sucesos que le habían pasado. Trabajando en Las Pajas fué una vez a Hato Mayor con un grupo y con banderas. Entonces estaba con el gobierno. Le dieron dos pesos y bebidas. Pasó el día en una casa a la orilla del pueblo. Por la noche regresó con sus traguitos en la cabeza. Era una manifestación. Otra vez estuvo en el Seybo acuartelado. Había servido mucho al gobierno. En casi todas las elecciones había ido a votar. En una ocasión fué custodia del Jefe de Orden de Las Pajas. Entonces fué cuando estuvo un poquito mejor. Ganaba algo y tenía sus buscas. Le dieron un revólver y veinticinco tiros. Conoció casi todo el Este. Por dos ocasiones lo pusieron preso, una vez en Macorís y otra en el Seybo. Nadie después le podía hablar de política, sabía muy bien lo que daba eso.

Una vez vió a un Presidente en Macorís. Le pasó lejos. Lo llevaban con música y con banderas. De eso hace mucho tiempo. No se acuerda bien

cual Presidente era. Supo que era el Presidente por los vivos.

Rosendo estaba desengañado de la política. No quería saber de eso, se sufre mucho. Y no se gana nada. Al contrario, se pierde la vida. Y dirigiéndose a Agapito que lo escuchaba con admiración exclamaba:

—Mucho tiro he tirao yo, vale, y de na me ha valío. Dizque Lao político!

Y poniéndose de pié por delante de los muchachos le repitió, acompañando las palabras con un jesto de desprecio, que no tenía noticias de que Lao hubiera peleado en parte. Y que no lo podía creer. Para él políticos eran los que ponían y quitaban gobiernos. Los hombres de armas.

Y al sentarse de nuevo refirió que una vez se encontró en un pronunciamiento en Hato Mayor. Se metieron de madrugada. Pero no pudieron quedarse en el pueblo porque no tenían pertrechos. En otra ocasión amarraron a Pascual Solano y le quitaron una carabina, un revólver y veinte pesos. Eso fué en La Sierra. Pero susto grande lo pasó una noche que lo mandaron a espiar al Gobierno y atravesó el Higuamo en una canoa. Por trí lo matan. La jente estaba aplastada dentro de la yerba, del otro lado y lo dejaron llegar. Cuando estuvo cerca le hicieron una descarga. Se tiró al río como una lisa y se le fué de chepa. No sabe como no lo mataron. Esa vez fué una en la que se vió más bajito.

Los compañeros lo oían siempre en silencio.

Veían en Rosendo un hombre extraordinario y estaban convencidos de que en realidad era valiente. Conoció a Zenón Ovando, a Guayubín y a muchos otros generales de los cuales hablaba con gran entusiasmo. "Eos sí que eran hombres", exclamaba. Conoció a Guayubín en Angelina cuando la toma de Macorís. "Un come ba'ia", decía. Ese sí que no tenía miedo. De Zenón contaba muchas anécdotas. Los ojos de ese hombre no tenían comparación. Eran verdes y se le ponían colorados. Se metía entre los tiros con el machete en la mano, como si tal cosa. Se bebía las balas. Al que le cuentan sus cosas no las cree. Ahora no hay de esos hombres. Yo creo que las balas lo respetaban. O tenía oraciones. Me gustaba porque ese sí que hacía pronto un **desmache**.

Fonso había oído hablar de Zenón Ovando. Y contó algunos cuentos que sabía. Rosendo le replicó que eso no era nada en comparación con lo que él había visto.

—Si entonces hubiera habido armas como la pistola de don Antonio, no se hubieran perdido tantos pleitos. Cuándo! Si yo me hubiera visto entonces con un arma así, vale!

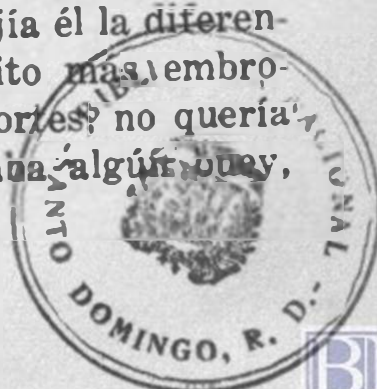
Rosendo callaba los detalles más importantes. Algunos sabían que cuando estuvo preso en el Seybo, fué porque mató a un hombre en El Regajo, y no faltaba quien opinara que también fué gavi'llero. Era hombre de **pelo en pecho**, guapo, decidido, pero ya era viejo y sin duda por eso le evaba una vida más tranquila. Pero cuando hablaba se



notaba que había rodado mucho, que sabía mucho y que conocía muchos lugares y muchos hombres. Sentía admiración por los hombres guapos y los nombres de generales célebres no se le quitaban de la boca.

Luego dijo que todos los Jefes se la daban de políticos, pero que la mayoría no venía a la Finca más que a cojer, a cometer abusos con los que se aguantaban y a echárselas de guapos sin serlo. Con muchos había bregado.

En La Redonda tropezó con uno que era más ladrón que un gato. Era uno de los hombrecitos más malos que había conocido. En combinación con el Mayordomo tenía un negocio del diablo. No había peón que recibiera su dinero completo. Tenía un teje maneje con los juegos que ni Dios lo podría averiguar. Después de los pagos salía con su pacolla. El Mayordomo y él se repartían los cuartos que le robaban a los peones. Eso era una barbaridad. Amigo de poner multas como ninguno. Y parece que el bodeguero también estaba con ellos. Por que el que reclamaba mucho lo amenazaba con llevárselo al batey. Un hombrecito verdaderamente aborrecible. Consentía juegos, apoyaba mujeres, cobraba bailes, paraba trabajos. Con eso tenía un rebú. En los trabajos que él hacía que le dejaran, tenía sus ganancias. Se los entregaba a otro más barato y se cojía él la diferencia. No había visto un hombrecito más embromón. Sacaba los caballos de los cortes, no quería verlos en los carriles, si se soltaba algún buey,



una multa. Si veía a uno con un cachimbo se lo quitaba, no se podía fumar. Quien se atrevía a cortar una caña! Ni loco!

Era una plaga este Jefe de La Redonda. Y mujeriego como no había hombre. Amigo de una bachata. Un sinvergüenza de a verdad. A Rosendo le costó salir de allí para no malograrse. Por dos ocasiones estuvo a punto de fajarse con ese Diabolo. Las cosas que había soportado! Un hombre como él, que no le tenía miedo a ningún macho. Aguantaba todas esas cosas porque estaba abajo. No le quedaba otro camino. Por esos abusos es que luego suceden las cosas, decía con frecuencia.

—Porque aquí, compadre, cuando tienen un mandito no hay quien los pueda aguantar. Me atrevo a apostar que si a Lao le quitan la Jefatura se vuelve un pollito de a real. Político? Aquí en la colonia es que el se las puede echar.

Encontrábase el General Castro en un carril a poca distancia del chucho en los momentos que llegó la cigüeña con el Agrimensor, a quien conocía muy bien y con el cual tuvo una vez unas palabras con motivo de una mensura, siendo Jefe Comunal de Hato Mayor. Por ese motivo arrendó la mula y se apartó del sitio para evitar tener que saludarlo. Hacía mucho tiempo que no lo veía.

El Agrimensor, el Ayudante y Chencho, a distancia de la línea aguardaban los caballos. Así que la máquina pitó y arrancó, la cigüeña siguió detrás. Primeramente moviendo las palancas lentamente, luego con rapidez, para seguir al tren.

A veces se entusiasman estos cigüeñeros y hacen un gran esfuerzo por alcanzar una gran velocidad como si fueran en competencia con el tren.

Las carretas se retiraron unas detrás de otras, lentamente. Los bueyes están acostumbrados y siguen por el carril sin que sea menester apurarlos. Algunos carreteros cantan de pié sobre el pértigo o sentados en la parte delantera con su vara cruzada sobre las piernas.

A poco llegaron las bestias. Un mulo y un caballo. Sobre el primero venía el peón que las conducía. Juan Bautista y Miguelito montaron y Chenclo, que olvidó que era indispensable otra montura para los instrumentos, se comprometió con el Agrimensor a mandarlos seguido con otro peón.

En el batey Don Marcial los recibe y les invita a almorzar. Ya casi son las doce. Aceptan.

Ahora venía Juan Bautista de la Capital donde había fijado su residencia. Los trabajos en el campo disminuyeron después que la Compañía se apropió de todas las tierras útiles. Quedaron sitios todavía, pero en las montañas, al riego, a las explotaciones, ocupados por infelices y que de momento no tenían gran necesidad y necesaria su permanencia prolongada y la Compañía lo hacía venir de la Capital para hacer replanteos y mensuraciones en posesión recién adquirida.

Viviendo en la Capital le era difícil traer algo que hacer independie



fesión. Quizás podía encontrar alguna ocupación con el Gobierno, en una oficina. Allí tendría la oportunidad de meterse con alguna situación. Realmente no le gustaba la política, pero en Santo Domingo no es cuestión de gustarle o no, es que se trata de una necesidad. No hay de qué vivir. No existen bastantes empresas industriales y el comercio está en manos de extranjeros. Para los nativos no hay otra cosa que el presupuesto. Hay que conseguir de todos modos un cheque. Una vez logrado se puede uno meter en la casa, hacer una demostración de adhesión, de vez en cuando, al régimen, sin preocuparse por otra cosa, y estar siempre preparado contra la intriga, cultivando la amistad de los hombres fuertes, haciéndoles presentes los días de sus onomásticos y de sus promociones.

Mientras Petronila servía la comida se sentaron en la galería a conversar.

Don Marcial preguntó:

—Y cómo están las cosas por allá? Aquí ha-  
mucho. Pero no veo nada en los periódicos.

La prensa todo va a las mil maravillas.

—Es aquí. Cuando los periódicos queman

viales es cuando las cosas están más

que puede tomar en cuenta la prensa.

alquiler. Está por cuenta del que

de empréstito?

—Es un hecho. Aquí en este país

dicen, ya están hechas. Aquí

no hay opinión. Nadie la tiene. Aquí se fabrica la opinión a voluntad. Es un país ignorante y nadie la tiene propia. Aquí la jente no piensa.

Y Juan Bautista le repitió a Don Marcial una frase que le oyó a Mr. Moore: "Dominicano tiene el cabeza para el sombrero soiamente",—agregando:

—Esa es la verdad más grande que yo he oído.

Petronila los interrumpió. Ya estaba servida la comida. Al sentarse en la mesa, Don Marcial pidió excusas a Juan Bautista por la pobreza de la comida.

—Aquí no se encuentra nada. Recomendé a la cocinera que hiciera buen almuerzo, pero en el batey no encontró que comprar.

—Figúrese! Fuera de ensalada de cañas aquí no debe haber otra cosa. Yo conozco todos estos sitios y los conucos son escasos.

—Y las cosas que aparecen malas. Vea esos plátanos!

—En la Capital le decimos ñícaros.

La comida era realmente pobre. Un locrio de gallina, algunas frituras y víveres hervidos.

Don Marcial fué hasta la puerta del patio para pedirle a la cocinera que friera un par de huevos, pero Juan Bautista rehusó.

—No se moleste. Con este locrio tan bueno tenemos. Deje eso para otra oportunidad.

Demasiado sabía el Agrimensor que en las Fincas no se encuentra que comer. Los colonos están habituados a una dieta forzada. Una vez



por semana comen carne. Y en las colonias pequeñas hasta la leche es escasa.

A poco de levantarse de la mesa, Juan Bautista se despidió. Quería que no le cojera la noche en el camino. Tenía que cruzar muchos pedazos de monte.

Don Marcial, que desea ser obsequioso con su huésped, le brinda un pa'ito que Juan Bautista aceptó.

Trajo del aposento una media botella, cojió un vaso de la mesa. Juan Bautista hizo una mueca al tragar.

—Qué tal?—preguntó don Marcial.

—Muy bueno!.

—Ese es un ron viejo que me regaló don Antonio.

Juan Bautista se limpió la boca con su pañuelo y carraspeó.

A las dos de la tarde emprendieron la marcha. Con ellos iba Victoriano. Este iba montado sobre un caballito en árganas con los implementos de mensura y siguió al Agrimensor por el camino de la sabana.

Hace más de cinco años que Juan Bautista mide las tierras de la Finca. Conoce muy bien todos los sitios de la Provincia, sobre todo los que están al Norte. La profesión no produce nada cuando no se tiene una iguala con una Compañía poderosa. Antes de obtener estos trabajos, sólo medía solares y pequeños predios que no le producían gran cosa. Ahora, en cambio, podía vivir



mejor. Las leyes no protegían bien esa profesión, antes bien la estorbaban. Había que tener influencias para obtener una sentencia que lo designara para mensurar un sitio, y había muchos habitados por infelices que no daban mayor producto. En una ocasión permaneció más de ocho o nueve meses, mensurando el Cercado, sacando sólo la comida. Le pagaban los trabajos en sumas parciales y muchos no lo procuraron jamás. Todavía en Macorís iban algunos, de cuando en cuando, a buscar su plano o su acta de mensura, regateando el precio. A veces lo solicitaban cuando se les presentaba algún negocio y tenían necesidad de vender. Mucho dinero había perdido de esta manera. De las mensuras realizadas en esa ocasión muchas tuvo que hacerlas por la mitad del precio convenido. Por eso trabajaba con gusto a la Finca. El sueldo no era extraordinario, pero sí seguro. Sabía con que contar. Luchaba más y los trabajos tenían que ser más acabados, pero siempre su situación era mejor. Y ésta ocupación le proporcionaba otras. Trazaba las colonias a particulares, se las media o se las replanteaba. Por estos trabajos cobraba aparte. Al mismo Don Marcial le había ganado algún dinero de esta manera.

Cuando hizo la partición de El Cercado, para evitar gastos se instaló con su familia en Hato Mayor. Allí ocupó una casa propiedad de un árabe que quedaba detrás de la plaza. Llevó una vida de privaciones en esa época. La mensura se hizo en tiempos de lluvias. Debido a su resistencia, no

contrajo una penosa enfermedad. Esa mensura le produjo poco. Tuvo algunos disgustos con varios propietarios.

Felizmente encontró a Pepe González, el boticario, con quien hizo una buena amistad. Las primeras noches las pasaba sentado a la puerta de la Farmacia con González. En aquellos tiempos no había otro alumbrado que el de faroles. A las nueve de la noche el pueblo se obscurecía, porque a esa hora se apagaban las luces.

Cuando no salía al campo a causa de la lluvia, que allí era muy abundante, permanecía en su casa todo el día leyendo, o se iba a la botica en una escampada. Por las noches no faltaba casi nunca a la tertulia de Pepe, aunque se enlodara hasta las rodillas. Allí comentaban el estado de atrazo en que se encontraba el pueblo o algún suceso. El farmacéutico era de la Capital. Fué dependiente de una Farmacia en esa ciudad cuando joven. Hacía años que vivía en Hato Mayor. Su mujer era de Dos Ríos. Una mujer que tenía una hija joven y buena moza. Por este motivo, González, era enemigo mortal del Cura. En una ocasión dijo éste y llegó a los oídos del boticario, que su verdadera mujer era la hijastra, que la otra sólo le servía de cocinera.

—Ese Cura,—decía, sin entrar en detalles— es un deslenguado. Todos los chavos que gana son para beber cerveza. Es un borrachón.

Esta especie del Cura, según él, era una infamia. Sólo tenía una mujer, la vieja. Una vez,

cuando antes de establecerse andaba practicando la medicina por los campos, se detuvo en Dos Ríos para atender a un hombre hidrópico. Para cumplir mejor su misión humanitaria se instaló en casa de Ramona, que hacía poco se le había muerto el marido. Comía y dormía en la casa. Esta mujer le gustó mucho por sus tratos, que eran buenos, y después que se entendieron, resolvió establecerse en el pueblo con lo que ganó en el tratamiento del enfermo, que dejó mejor, después de dos meses de atenciones. Es verdad que la hija era una hembra de vista, pero él se respetaba un poco. No en balde recibió principios de don Rafael, su padrino, un boticario muy conocido en la Capital.

—Aquí en este pueblo se creen que todo el que no es de aquí no vale nada, simplemente porque ha venido a vivir a él, que ellos mismos consideran muy atrasado. Pues se equivocan. Yo soy de muy buena familia. Toda mi jente vale. Yo soy el más apurado. En mi familia hay abogados, periodistas, de todo. Que averiguen!

Pero nadie se tomaba el trabajo de hacer estas investigaciones. Una vez pasó por el pueblo, camino del Seybo, un abogado. Después que regresó, Pepe González le dijo al Alcalde:

—Ese abogado que pasó por aquí la semana pasada es primo mío. Pero yo soy así. Si no me procuran no me pueden ver. Además. Para que me vean así, mejor es que no haya llegado.

—Yo soy lo mismo,—dijo el Alcalde.

Pero no faltaban en el pueblo quienes afirma-



ran que el boticario se las daba demasiado. Y creyeran la especie del Cura. Muchos aseguraban que la botica había sido stablecida con el dinero que tenía la vieja, viuda de un rico propietario de la sección de Dos Ríos. Hasta se decía a quienes vendieron las reses para hacer el dinero con que establecerla.

González se las daba en realidad mucho. Estuvo al cojer su título en la Universidad, pero una desgracia de familia se lo impidió. No era más que un farmacéutico práctico. Un autorizado.

A la tertulia iba un Médico joven, recién graduado, que a instancias de Pepe pensaba instalarse en el pueblo, pero que a causa de la falta de clientes no quería permanecer más allí.

—Aquí se curan con yerbas, mi amigo. Las jentes ricas de aquí no buscan médico. Van mejor donde los curanderos, o donde los brujos. Les he aído decir que no creen en remedios de botica.

Pepe trataba de convencerlo de que eso no era así. Le aseguraba que ganaría dinero, si se quedaba.

—Yo tengo muchas relaciones en el campo, amigo. Tenga calma.

Una noche llevaron al médico a ver a un hombre que tenía un dolor en el vientre. Le hizo una receta. Ordenó que no le dieran nada de comer. Al otro día el hombre se murió y supo después que la familia le dió a comer un sancocho porque lo que tenía el enfermo, según ellos, era una gran debilidad. Como este caso contaba de muchos otros

en que las familias hacían lo que les parecía o lo que le acosnejaban sus amigos. El farmacéutico le objetaba siempre:

—Eso pasa en todas partes. En la Capital también. El médico por un lado y “juana la blanca” o la “bruja” funcionando por otra. Es que estamos muy atrazados.

Juan Bautista estaba de acuerdo en esto con Pepe. Su profesión le había demostrado esto. En el campo la jente se oponía a las mensuras, a veces a mano armada. Y había notado que tenían más confianza en su vara conuquera que en el tránsito.

Una vez le devolvieron un plano que hizo porque el número de tareas que él calculó no correspondía a las que el propietario había sacado midiendo con su vara de siete cuartas.

Las tertulias de la prima noche se terminaban a eso de las nueve. Las jentes se acostaban temprano en el pueblo. Muchas veces el Agrimensor salía acompañado por una linterna para su casa con el propósito de evitar los malos pasos de las calles. Desde que caían unas cuantas gotas de agua se hacían grandes lodazales. En una ocasión se dió un baile cerca de la Iglesia y el Médico contó a González que unos amigos lo llevaron cargado a la casa del baile, con los zapatos en la mano.

Juan Bautista conservaba muchos recuerdos de esa época de su vida. Su pobre mujer sufrió mucho. Fué entonces cuando estuvo al perder uno de sus hijos a causa del paludismo. Gracias a Gon-



zález, lo pudo salvar. Y por eso lo recordaba agradecido.

Años después volvió a ver al farmacéutico en Las Pajas, un día que iba de paso a realizar una mensura por cuenta de la Finca. Lo encontró mejor de salud y creyó que también lo estaría de fortuna, pero González se apresuró a declararle:

—Aquí, frer, siempre fuñío. Haciendo botellas.

Pudo enterarse que había cambiado de mujer. Ahora tenía una pollita, también del campo. Al tamar el café, que González le ofreció, tuvo ocasión de verla porque fué ella quien lo sirvió.

—Y la otra?—preguntó Juan Bautista disimuladamente.

—Eso se acabó,—dijo.—Esa vieja era muy bruta.—Y la hija se fué con un músico de Hato Mayor. No he sabido más de ellas.

—Pero, vendes algo aquí?

—Bueno, en este batey hay más movimiento. Pero las cosas están malas en todas partes.

Tuvo también ocasión de ver otra vez al Cura en la sección de Dos Ríos haciendo bautizos con motivos de las fiestas de San Isidro. Allí lo vió con la sotana arrollada al rededor de la cintura bailando un merengue. Porque este padre López era un hombre liberal. Parece que entendía que le bastaba decir su misa diariamente para cumplir con Dios. Este Cura era lo que se llama un buen terció.

Siempre pasaba Juan Bautista cuando podía



por donde don Marcial. Eran amigos hacía tiempo. En su casa había pasado algunas noches. En una ocasión se encontraron allá fuera en una fiesta y gozaron mucho. Don Marcial se daba sus escapaditas a la sabana y el Agrimensor era hombre de prestigio tanto en aquella como en el mismo monte. Tenía fama. Los peones le conocían sus comederos. Y a oídos de Don Marcial llegó un comentario que en cierta ocasión hizo Tonito, el Superintendente de Campo, sobre esto. Conversando con unos amigos, entre los cuales estaba el que se lo contó a él, se refirió a que, volteando por las últimas colonias del Ingenio, al cojer un carril, vió a un hombre jóven que hincando una rodilla en tierra y quitándose el sombrero le pidió la bendición. Al manifestar la extrañeza que esto le causaba, le preguntó porque le hacía esto, a lo cual contestó el jóven: "Y usted no es Juan Bautista el Agrimensor? Usted es mi papá".

Don Marcial no le había contado esto a su amigo, pero sabía bien que podía ser posible. La vida en el campo no tiene otro atractivo para el hombre jóven que vive habitualmente en la ciudad, y en ninguna parte más que en el campo puede el amor tomarse tantas libertades.

A poco de salir Juan Bautista para el campo, Anselmo Benitez llegó a la casa de Don Marcial. Echó una ojeada y no vió a nadie. Dió vueltas por los alrededores de la casa y alcanzó a ver a Tunino.

—Don Marcial no está ahí? Tú sabes si Juan Bautista llegó?

—Uf! Ya hace rato que se jué.

Anselmo no pudo contenerse.

—Qué se fué? Cómo? Este Juan Bautista tiene unas cosas que a cualquiera no le gustan. Ese hombre no sabía que tenía que echar un conversao aquí. Esto e una calamidá. Un contratiempo.

Tunino no le quitó de encima los ojos. Anselmo prosiguió:

—En que juicio le cabe a Juan Bautista que yo vaya a andar detrás de él por esos montes? Am pué!, él se está creyendo una cosa y le pué salir otra. Conmigo no se juega. Por eso es que las cosas no acaban de aclararse, por la informalidá.

Se calló un momento, luego agregó:

—Ahora no sé que hacer. Ya es tarde pa alcanzarlo. Hum! Que se te jugando conmigo. Sin mi él no pueé dar aquí un paso. Ah! Juan Bautista! Pa despué andar detrás de uno pa que le aclare las cosas. Bueno, dile a Don Marcial que yo volveré por aquí. Que tenemos que tener un celebrao. No se te olvide.

Anselmo siguió en su caballo. Realmente este Juan Bautista era lo que se dice un informal. Todos los negocios se los desbarataba. Parece que no quería que él vendiera una tarea más de tierra. Sujeto! Si alguno tenía derecho a vender tierra era él que era nativo de allí. Y propietario lejítimo. Vendían otros que no conocían el monte, có-

mo no iba a vender él que nació teniendo. Mientras pensaba estas cosas venía observando el bately. En realidad estaba triste. Lo que es esta zafra no se va a sentir. Bueno, no parecía que estaban moliendo. Cuándo en otras épocas!

Don Antonio lo alcanzó a ver y preguntó al dependiente:

—Y aquel no es Anselmo Benitez?

—El mismo.

—Pájaro de la mar en tierra. Mal tiempo. Qué buscará ese sujeto por aquí.

Todos lo conocían en La Inocencia.

Al cruzar frente al barracón Rosendo le dijo a Fonso:

—Vea, vale, quien va ahí.

—Andará detrás del Agrimensor o buscando a quien engañar.

—Aquí, vale hay mucha plaga.

Anselmo pasó de largo. No se detuvo en ninguna parte. A la oración dejaba el último carril de La Inocencia pensando en las cosas que le hacía Juan Bautista, pero para las cuales él siempre tenía la contra.

Esa noche en el barracón, Rosendo preguntó por Nano:

—Se fué,—dijo Fonso.—Pegó en un trabajo con el Agrimensor. Va bien, creo que le van a dar un peso.

—Un peso!—dijo Murciélago.—Cómo va a ganar un peso? Ni que fuera a carretiar. Como va





a ganar un peso por llevar esos féferes. Tará loco Chencho.

—Si yo hubiera sabido eso se lo pido a Chencho,—dijo Juan Tarana.—Ese es un trabajo liviano. Y con el Agrimensor se debe comer bueno. Ese debe comer gallina tó los días, porque él está acostumbrao a no vivir sin carne en la siudá.

Rosendo le propuso enseguida a Fonso, a Murciélago, a Juan Tarana y a Agapito ir donde Telemaque. Era martes y debía haber sesión.

En la sabana, en un bohío que ocupaban unos haitianos, Telemaque celebraba sesiones de voodoo dos veces por semana. Todo el mundo lo sabía en el batey y afirmaban que el Jefe lo consentía porque tenía una gran fé en ese haitiano. Se decía que le había dado muy buenas consultas. Otras personas también iban a verlo, entre ellas Lupe.

Esa noche había una gran sesión. El bohío quedaba muy lejos del batey. Cuando llegaron todo estaba listo ya. Entraban la comida al bohío. La concurrencia era numerosa. Además de ellos habían seis o siete peones más de La Inocencia.

Telemaque hizo una figura en el piso con harina de maíz y colocó un huevo de gallina cerca de ellos. Luego tocó la campana. También tocaron el assón. Rosendo y sus compañeros se colocaron en un sitio para ver mejor la ceremonia.

Enseguida dieron comienzo al reso. Siete Padre Nuestros rezó a coro la concurrencia y luego dieron comienzo a los cantos de los luá.

La comida de los luá, tres platos, fueron puestos debajo de la mesa colocada en una esquina de la habitación. La concurrencia ocupaba una enramada levantada detrás del bohío.

Los preparativos de esta sesión se habían hecho con mucha anticipación. Tenían arroz, habichuelas, carne de vaca, guandules y dulces.

Rosendo comió mucho. Lo que no le gustaba era que todos metían la mano en los mismos platos y calderos.

A poco comenzaron de nuevo los cantos. Esta vez son los cantos de los luases. No tardó en hacer su aparición el Barón de Samedy. Telemaque con voz fañosa entonó el canto de este luá y muchos de los presentes no pudieron disimular su miedo. Cuando el Barón de Samedy se presenta la concurrencia experimenta una gran emoción. Es uno de los luases más temibles.

Telemaque entró a vestirse. Le colocaron un bombo negro, un saco negro y unos pantalones blancos. Rosendo no podía contener la risa que esto le provocaba. Fonso le llamó la atención varias veces no fuera esto a dar lugar a un contratiempo. Podrían botarlos de la sesión.

El Barón de Samedy comió de uno de los tres platos que se encontraban debajo de la mesa.

Mientras tanto se dió comienzo al baile. En este momento apareció Gautier Mojica subido en su mula y poco después Chencho. Saludaron a los muchachos de la colonia. A poco llegó Benceslao.

—Aquí está todo lo grande, vale!—dijo Murciélago.

El Barón de Samedy dió consultas en todas partes. En la enramada, dentro del bohío. Lape hizo una consulta, Rosendo la vió, pero salió afuera con Telemaque.

—Este Gautier Mojica,—dijo Rosendo a Fonso—debe haber venido a consultar. Algún llo tiene él pendiente en tierras.

Murciélago bailó mucho. Cantó. Fonso y Agapito se llenaron. Sólo se ocuparon de comer.

Quedó muy buena la sesión. Regresaron por la madrugada a la colonia comentando la fiesta.

Murciélago le aseguró a Rosendo que a Gautier Mojica le habían recetado como cinco baños con hojas, que prendiera cinco velitas, cuatro al derecho y una al revez con la mecha para abajo y que se buscara un huevo y fuera con él adonde hubiera una piedra. Que lo estrallara y luego al sentarse encima dijera:

—Así se desbaraten todos los que me desen un mal.

Otras cosas más tenía que hacer, pero la persona que se lo contó no lo oyó bien.

—Y tantos enemigos tiene Mojica?—preguntó Rosendo.

—Sabe Dios! El que anda consultando, por algo es.

—Que se lleve de eso. Cuando le venga la de perder no hay luases que lo ayuden. Aunque se ensucie el fundillo con una docena de huevos.



## VIII

Desde que se inició la zafra en La Inocencia sólo se dejó de trabajar muy pocos días. El primero y segundo día de pascuas no se hizo nada. Los cortes permanecieron vacíos y las carretas tumbadas. La mayoría de los trabajadores se fueron para la sabana y en el batey se celebraron dos o tres bachatas, con el permiso de Lao. Tampoco se trabajó el día de Año Nuevo. El 21 de Enero, día de la Altagracia, no se levantó una caña. En casa de Lupe hubo una velación que quedó muy buena. Ese día ocurrió una reyerta en el batey. Un haitiano hirió a otro al final de la calle de los bohíos. Se produjo un escándalo mayúsculo. Lao tuvo que repartir algunos planazos, porque un grupo de haitianos se opuso a que cojieran preso al agresor. Murciélago y Rosendo se encontraron por casualidad en el molote. Vieron actuar a Ben-ceslao. Se portó bien. Gracias a su intervención no hubo muertos. En la Semana Santa sólo se dejó de trabajar el domingo y el lunes de pascua. Esos

fueron los días en que la colonia quedó más triste. No hubo pago, para evitar que los trabajadores se fueran, pero apesar de estar arrancados, no quedaron en el batey más que algunos haitianos. Todo el vivo se fué para la sabana. Celebraron bailes en diferentes lugares. El trabajo se organizó de nuevo el mártes siguiente.

Las ventas de Don Antonio no aumentaron.

—Esto está tan mal,—dijo a Abelardo—que ni en los días de fiesta se ha visto movimiento. Ganan tan poco estas gentes que ni para comer les alcanza.

Ahora pasan semanas y semanas y la actividad de la colonia sigue su curso natural. Los días van sucediéndose dentro de la monotonía más desesperante. Ya han sido totalmente cortados varios campos, y dentro de una quincena, toda la primera porción de la colonia quedará tirada. Abelardo y Chenchó están satisfechos de su labor.

El personal se queja de los bajos precios, pero realiza su trabajo sin protestar. Qué va a hacer!

En el barracón pasada la media noche empieza a cantar el gallo de Fonso. Por la sabana, lejos, y en el mismo batey se oyen otros cantando también. De vez en cuando, ese canto se acompañaba con un fuetre aleteo que movía el aire en el rincón. No les molestaba este canto, no los hacía despertar, estaban acostumbrados.

Fonso prodigaba muchas atenciones a su gallo. Había concebido muchas esperanzas. El en-

caste, la pluma, la figura, el ojo que no engaña, lo mantenía entusiasmado. Antes de ir al trabajo le daba de comer, le ponía agua en una latica, le pasaba la mano para alisarle las plumas que se conservaban brillantes. A veces permanecía agachado por delante del animal largo rato contemplándolo. Lo desamarraba y salía a la puerta para ponerlo a escarbar y verlo mejor. En realidad, el gallo era bonito. De una pinta denominada malatobo.

Pensaba a veces que se lo pudieran robar y este pensamiento lo ponía intranquilo, apesar de que sabía que al cuarto no entraba nadie y que no era fácil que pudieran llevárselo de día, de un lugar tan público y sin que pudieran ver al ladrón.

Le había fabricado una banquetica para que durmiera, porque a los gallos de pelea les hace daño dormir en el piso. Una banquetica rústica, hecha con un cajoncito vacío que consiguió en la bodega.

Siempre tenía colgadas en el cuarto una o dos mazorcas de maíz para desgranarle por la mañana. Con este gallo Fonso no tenía paz con nadie. Rosendo le dijo muchas veces, que de momento anochece y no amanecía, que debía dárselo a otra persona para que se lo cuidara, pero era pedirle demasiado a Fonso.

Ya había cantado muchas veces, cuando Murciélago se levantaba y recojía su hamaca. Por lo regular todavía estaba oscuro. Al salir, el lucero



brillaba intensamente y se encontraba alto todavía. La bodega no había abierto, ni se veía jente en el batey.

En ocasiones alcanzaba a ver la lámpara de carburo sobre el mostrador, y a algún dependiente paseándose detrás de aquél.

Tomaba café donde hubiera a esa hora o se iba sin tomarlo. Con su vara en la mano, de la cual no se desprendía, enfilaba el carril camino del corte. Seguía los trillos, descalzo, o caminaba sobre los gramales que a esa hora humedecían sus pies, ne cuyos bordes blancos se adherían las finas hojas secas, y observaba de paso la caña que en muchos campos nació muy buena, muy gruesa, de varios trozos, y tan alta, que lo tapaba, y en otros, delgada y pequeña, apesar del cultivo, porque no todas las tierras son iguales.

Y pensaba en las toneladas que algún campo de esos que veía podría dar, y mirando hacia arriba se fijaba en el tiempo, tan claro y tan bonito, y en los viajes que echaría. Y pensaba también en sus bueyes, jartos y descansados, porque los dejó amarrados en buen sitio, donde pudieran cenar bien.

A esa hora las cañas estaban cubiertas de rocío y el verde de las hojas era un verde mate, tierno, porque el sol no había salido aún.

Tropezábase con jentes que pasaban a caballo para la Finca o con otros peones tan madrugadores como él.

Cuando el tiro estaba del otro lado, cruzaba

el arroyo después de arrollarse los pantalones a media pierna y lavarse la cara allí mismo. Le agradaba esa agua tan fría.

Murciélago llegaba al corte de los primeros. El Sereno todavía no había apagado su farol. Buscaba sus bueyes y se ponía a enyugar. Los otros carreteros llegaban poco después.

Apenas los primeros rayos del sol disipaban la neblina que algunos días cubre los cañaverales, cuando ya Murciélago iba junto a su carreta en su primer viaje, camino del chucho.

Un poco más tarde, en el 2, el 4, y el 6, los cortadores dan principio a su faena. Varias carretas están cargando, otras saliendo para tomar el carril. Se oye el ruido de las bocinas y el golpe seco de las mochas en el cañaveral. También se oyen gritos:

—Tesa buey! Fortuna! Palomo! Oh! Oh!

Los cortadores parecen cuervos enormes manchando el verde de la caña. La mayoría son haitianos. Los carreteros hablan, ríen y hasta escandalizan. No pueden estar callados. Antes de cargar, cuando esperan, mientras cargan, hacen cuentos, celebran chistes. Es la hora del comentario y de la crítica.

—Yo no se lo que piensa el vale Alipio, vale. Que enamorao más fuerte.

—Se lleván a Madalena!

—Cómo!

—Se la lleván! Ahora dizque andan de justicia.



—Uté cree? Eso lo arreglan, vale. A qué no van al pueblo!

—Atájeme ese buey, vale. Buey del Diablo! Tesa! Oh!

Los alzadores pasan la caña a los carreteros. Fonso, Murciélago, Juan Tarana la van colocando cuidadosamente en sus carretas. Le dan vueltas a los trozos para acomodarla. Quitan unas cuantas de un sitio para ponerlas en otro. A veces esperan porque no hay suficiente caña cortada.

—Date pronto!—gritan.

Cuando hacen el tiro por viajes no les preocupa mucho este arreglo, pero cuando lo hacen por toneladas ponen más cuidado. Se preocupan porque la carreta dé buen peso.

Fonso canta una copla acotejando su caña. Murciélago entra de regreso, Juan Tarana sale clavando sus yuntas.

—Buey del Diablo! Corocito! Oh! Oh!

Telemaque refunfuña mientras pasa la caña a Fonso:

—Tú me tá apurá mucho Fonse!

—Tá apurá no! Pasa la caña pronto! Mañé del Diablo! Tu no vé que me coje el día. Mira el sol!

Y Telemaque le lanza una mirada airada.

En el corte se producen discusiones. Nadie quiere que le lleven con ventaja. El chucho está lejos y hay que ser listo para poder sacar jornal. Los cortadores por su parte desean que sólo carguen de sus pilas. Se producen equivocaciones y



Antuán reclama a Murciélago su tike, porque fué de su pila que cargó.

Sentado sobre un tronco seco, o junto a una carreta, el Capataz de corte, luciendo su machete colgado de un hombro, un sombrero de cana de alta copa y anchas alas, le cuenta con lujo de detalles a Juan, que le oye trabajando, la historia de una mujer que conoció por el Corozo. Tenía cinco hijos y todos eran de padres diferentes.

—Pero esa era pior que gallina!

El Capataz vijila el corte. Llama la atención a los cortadores para que entreguen limpia la caña.

—Cuidao con paja,—dice.—Estos haitianos son muy cabeza dura.

De vez en cuando saca su cachimbo y se lo coloca en la boca apagado. En el corte no se puede fumar. Y mientras los carreteros cargan hace un cuento. Ya ha referido muchas veces el mismo, el del Jefe Juan de Dios. Era un gran abusador. También tenía alzados a los campesinos en el bately. Cuatro casas de juego, dos galleras, una casa de mujeres malas en El Manguito. Los sábados llenaba el cepo con infelices. A todo el mundo le ponía una multa por cualquier cosa. Hasta que se metió con los Soriano de allá dentro. Un domingo le dió unos cuantos planazos a Manuel Soriano. Lo trancó y le exigió una multa porque se le soltó el caballo que tenía amarrado en la puerta de la bodega. Soriano tenía unos tragos y habló mucho cuando lo llevaron a la Jefatura para multarlo. Franco lo mandó a callar. Soriano le contestó que

no era cualquier hombre que lo mandaba a callar. Se armó un bréjete. Franco le dió unos planazos. Soriano juró vengarse. Fué un pleito. Otro domingo en la tarde, por cierto, Manuel Soriano llegó primero y preguntó en la Jefatura por el Jefe. No estaba. Lo alcanzó a ver que venía en un caballo. Soriano lo dejó acercarse y enseguida que lo tuvo cerca le tiró. Al oír el primer tiro los otros Soriano salieron por distintas partes. Estaban escondidos y se armó la del Diablo. Fué un tiroteo. Como media hora de pleito. Mataron a Manuel, a Perico, hirieron a Baldomero y a un muchacho que cruzaba por el batey. De ellos murió Juan de Dios, con un balazo en la cabeza y otro en la barriga, un custodia, y resultaron heridos como tres más. Porque los suyos salieron a defenderlo.

De Macorís vino la guardia por la noche. Parecía revolución. Juan de Dios era muy malo. Nadie casi lo podía ver. Un abusador. Cuando andaba por el monte era lo mismo. Se robaba muchachas, prendía las mujeres, desbarataba fiestas y sobre todo le gustaba dar golpes. Y concluía por decir:

—Y ya ve como encontró su joyo. Así les pasa a todos esos guapazos. Se creen dueños de la Finca y quieren maadar más que el Administrador.

El barbojo crepita bajo las pesadas yantas de la carretas o cuando los bueyes al pasar sobre él lo remueven. Los trozos de cañas describen espirales en el aire antes de ir a caer en las pilas.

La caña es buena en algunos sitios, gruesa, de tres trozos, mientras en otros es más fina y en otros muy mala de cortar. Hay sitios suaves y puntas malas. El corte rinde mucho en unos campos y en otros no.

Todavía llegan más carretas a enyugarse. Se han atrazado. Un buey se les soltó y preguntan por él al sereno. Algunos le responden que no han sentido movimiento dentro de la caña ni la han visto desmochá.

El sol comienza a picar. El campo se llena de luz. La alfombra de barbojo toma un color de oro viejo, donde las manchas negras, blancas, amarillas y ocres de los bueyes, el verde de la caña, las pilas de trozos y las carretas, dan al paisaje un aspecto oriental.

Ahora las mochas abren brechas cada vez mayores en el cañaverol cerrado, se abaten penachos de hojas verdes y alguna que otra espiga de cañas pendoneadas. Siguen los cortadores una dirección para evitar que se deforme la línea, para impedir los picos y el campo da la impresión de un acantilado de verdura que limita un lago de aguas doradas por el sol.

Los cortadores se apresuran a pasar brazadas de trozos a los carreteros para que estos aprovechen la mañana, fresca todavía, que retarda la fatiga de los bueyes.

A media mañana, aparece Chencho sobre su mula parda. Lleva un gran sombrero de fieltro, todos se protejen del sol. En los campos de cañas





abraza, tuesta la piel, provoca copiosos sudores. En la cintura un revólver, colgado al hombro, un machete. Se acerca a las carretas, saca su libreta y un lapiz y conversa con los carreteros. Hace preguntas y escribe. Continúan llegando carretas vacías, algunas entran velozmente en el corte. Los carreteros clavan para apresurarse a llegar a sus pilas. A veces tienen que esperar un poco antes de cargar. Los cortadores llevan sus cuentas. A veces se detienen para aclarar sobre los viajes. Para distraerse o para trabajar mejor, cantan. El pecho desnudo. Brillante por el sudor. La piel salpicada de partículas de barbojo. Varias veces amuelan sus mochas que suelen embotarse. O van al pié de un tronco a tomar algunos sorbos de agua que allí a la sombra, en laticas de manteca vacías, o en morros se conserva más fresca. Cuando sus pilas están muy altas descansan un poco. Los carreteros inspeccionan sus yugos. A veces las sogas se aflojan. Los bueyes no necesitan mucho cuidado. Cuando se fatigan se suelen echar en el barbojo. Por lo regular los de la guía, uno de los dos, permaneciendo el otro con la boca abierta y la lengua afuera, con un hilo de baba, mecido por el viento, en el hocico, o introduciendo la punta de la lengua en ambas narices sucesivamente. Al medio día la respiración se les acelera, pero esto no indica que estén muy fatigados. Es el calor y la reverberación del corte.

Los carriles están limpios, las cañadas casi agotadas, la grama y la yerba de la orilla están

amarillas, secas. El sol y el tránsito, la falta de lluvias y el polvo que levantan las carretas la marchitan. El cielo no tiene nubes. La tierra está caliente hasta en la tarde. Sólo la brisa en las altas horas del día puede refrescar los rostros.

Algunos cortadores trabajan en silencio. Se han impuesto una tarea. Otros están solos en un rincón. Pero cuando están cerca unos de otros charlan en castellano o en patuá. A las doce se sientan. El corte se suspende. Rumian los bueyes y se les oye triturar los cogollos. El barbojo crepita bajo sus patas. La brisa mece el cañaveral. Y el roce de las hojas produce un ruido suave, grato al oído. A veces un carretero grita y hace despertar a los que dormitan a la sombra de la caña.

—Buey del Diablo! Oh! Oh!

Es que Pajarito alcanzó la caña y ha tumbado algunas matas.

Los cortadores no salen del corte hasta por la tarde. Se guarecen del sol bajo la caña o bajo sus sombreros de cana de copa alta y alas anchas tendidas hacia abajo hasta cubrirles medio rostro. En algunas colonias pueden pelar un trozo de caña con la mocha para mitigar el hambre, en otras les está prohibido. Si tienen familia cerca pueden recibir un bocado a las doce, del cual pueden comer dos. Otros tienen que esperar la tarde para ir a comer al batey, en sus barracones. De paso por la bodega toman lo que necesitan con sus vales para hacer ellos mismos la comida. Chencho

da siempre una vuelta en la tarde, para dar estos vales a quienes se lo pidan.

El tiro se sostiene durante todo el día. De seis a seis. Se termina en el chucho. Allí se llenan los vagones. La locomotora da dos o tres viajes al día para llevarse los carros que estén llenos y para reemplazar éstos con otros vacíos. A veces no llega a tiempo. Las carretas permanecen entonces detenidas allí, porque no pueden echar la caña por tierra. Esto es un contratiempo. Los carreteros protestan. Se les trastorna la cuenta de sus viajes. Como diez carreteros descargan al mismo tiempo. La caña se está colocando cuidadosamente en los vagones, limpia, sin barrojos y evitándose los espacios vacíos. Se atiende a que vayan bien llenos, a que se aproveche toda su capacidad, para que de el peso suficiente. La locomotora no puede permanecer en el chucho. Pita cuando llega para avisar que trae vagones vacíos o que se llevará los que estén cargados y pita siempre cuando se va. Los carreteros protestan a veces ante el maquinista cuando hay demora y éste se excusa o se violenta. Tiene mucho que hacer. Le dieron órdenes de salir en otra dirección. Todos quieren vagones y él no puede dar abasto. Hay pocos carros libres o se dilató en otro chucho porque andan despacio, no llenan a tiempo. O se cometió un error en la distribución de las guaguas, o se volcó una en el camino, lo que no sucede muy a menudo. O tuvo que esperar en un chucho a que pasara otro tren. Pueden suceder tantas cosas! Y



el maquinista se excusa también ante el Mayordomo o ante los Jefes de tráfico alegando alguno de aquellos inconvenientes.

La falta de vagones lo trastorna todo. Lo desorganiza todo. Por eso es que luchan tanto Abelardo y Chencho. Que no se pare el tiro.

Los vagones se pesan allá en el Central. Las carretas en la colonia. Van pesándose una a una, y a veces se aglomeran aquí también. Una, dos, tres. Los carreteros quieren ganar tiempo. Discuten, vociferan. Tienen el día repartido en un número determinado de viajes que pensaron echar al chucho y por eso a cada momento alzan la cabeza y miran el sol, para saber si podrán completar su tarea. Al entrar al peso el carretero se apea, si viene sobre el pértigo, que está prohibido cuando se trae carga, y pocas veces lo hacen, y situándose por delante de la guía con su vara en la mano da golpes sobre el yugo para hacerles entender a los bueyes que deben avanzar y les precede a la entrada del peso. Por lo regular avanzan éstos de una vez y hasta se detienen automáticamente cuando la carreta está dentro de la plataforma. Si no son maestros la tarea es difícil. Entonces se hacen caminar conteniéndolos con el extremo de la vara, clavándolos en el testuz para evitar que tiren a prisa, o haciéndolos cejar cuando han torcido la dirección de la carreta, o se han adelantado. El pesador no hace caso a estas maniobras que le son sumamente familiares. Tranquilo espera hasta que el carretero dice "Ya!". Entonces corre



el contrapeso y en unos cuantos segundos toma el peso, que anota en un formulario. Luego repite a su vez "Ya!". Y el carretero arrea de nuevo sus bueyes en la misma dirección que entró. Carretero y pesador por lo regular ni se miran si se hablan. A veces el primero se limita a preguntar "Cuánto?". Y el pesador da una cifra sin verlo. La pregunta es para saber si su carreta estaba bien cargada. Se fija entonces en las cañas y en las varas para tratar de que siempre venga igual. Sobre todo cuando esta tirando por toneladas, que es lo acostumbrado. Si tira por viajes le es indiferente el peso.

Todo el día permanece el pesador en su puesto. Cuando el tiro es fuerte no tiene descanso, no puede sestear. Por lo regular le mandan la comida allí. Desde su asiento lanza de vez en cuando una mirada al carril para ver las carretas que vienen. O se levanta para regalar un cigarrillo al carretero que se lo pide, cuando son conocidos. A medio día, al filo de las doce hay un descanso. Es necesario reposar. Y por eso cuando el sol se ha retirado hasta la defensa de la entrada del peso, lo tiene comprobado por la experiencia, el pesador se intranquiliza un poco esperando oír de momento el pito del batey. Entonces se impacienta y si puede, si alcanza el tiempo, da una salida por los alrededores de la enramada. Esta es un simple techo de zinc sobre cuatro o seis horcones de maderas del país. Hacia un lado, o en el centro, la plataforma construída con gruesos tablones, empolvados o

enlodados y con frecuencia sucios de boñiga. Porque los bueyes aprovechan las paradas para servirse ellos mismos. Frente a la plataforma se levanta la cubierta del peso, una caja cuadrada con la marca de fábrica en gruesas letras negras. Por lo regular **Fairbanks**.

José Torrez, el pesador, no está satisfecho. Lleva dos zafras desempeñando ese empleo. El sueldo es insignificante. Apenas puede ahorrar nada. Varios meses pasa dentro de la enramada pesando diariamente carretas con cañas. Todos los días hace lo mismo. Es para aburrirse! El peso está rodeado de cañaverales, aislado. Sólo puede ver a los carreteros durante el día. A Murciélago, Juan Tarana, Fonso o los campesinos que cruzan por los carriles.

Los carreteros suelen murmurarlo. Muchos desconfían de él, creyendo que les roba en el peso en favor de la Finca o del Colono. Amenudo han sido despedidos pesadores porque no le han robado a nadie. Antiguamente eran empleados de la colonia, pero por esas causas, para más honradez, ahora los nombra la Compañía. Es un cargo de confianza y de responsabilidad, donde se puede perder hasta la vida por cumplir con el deber. Esto ha sucedido. Cuando se han conducido bien tienen la esperanza de ir al peso del Central. Allí mejora la categoría y no están ni tan expuestos a la chismografía ni tan apartados de las jentes. Pueden vivir mejor.

El General Castro y el pesador son correlijio-



narios. Antiguos jimenistas.. Amenudo hablaban de política, desde luego confidencialmente. Para ellos el país estaba perdido.

—Ya no hay hombres, vale!

José Torrez, es de esa opinión. Nadie servía.

—Autoridades como éstas, mi amigo, no se habían visto nunca.

Y el General Castro solía agregar:

—Por eso yo prefiero estar en el campo. Agachao, vale. No quiero responsabilidades. No los querían a ellos? Pues que aguanten leña.

El odio de José Torrez es contra un Inspector de Instrucción que lo había destituido.

—Ese me la paga, General. No hay mal que dure cien años....

Y agregaba:

—Y cómo están las cosas, General?

—Bueno. Yo creo que esta jente va de paso. Yo sólo espero un aviso.

Varias veces alcanzaba a ver a Abelardo y bruscamente el General decía alzando la voz:

—Ya usted sabe, vale. Tenga cuidado con los tikes. Sólo vine a decírselo para evitar discusiones.

Hombre práctico, el General desconfiaba hasta de su sábana. Realmente él no sabía con quien estaba Abelardo. Como éste siempre se mostraba reservado, sin duda estaría con el Gobierno.

Torrez no tenía muchas esperanzas de que las cosas cambiaran como lo creía el General. No tenía fé en la política. Por ahora, sus aspiraciones

estaban encaminadas a lograr el peso del Central y su hombre era Mr. Moore.

Una noche, mientras jugaba tablero en la bodega con Don Antonio, llegó Abelardo. Tomó una silla y se sentó a un lado para ver el juego. Don Antonio jugaba lentamente. Pensaba mucho. Las manos duraban demasiado.

Abelardo estuvo ese día en el batey. Pasó allí la mañana. Le aseguraron que al terminar la zafra abrirían nuevas tumbas. Vió a Abraham. Habló con Ezequiel Solano. No lo encontró muy animado. Parece que no lo tratan bien. Abraham le dijo que el azúcar había subido algunos centavos. Pero su viaje fué un fracaso. Fué a ver un individuo con quien tenía un negocio y no lo halló. Se cansó de dar vueltas y no lo encontró por ninguna parte. Un negocio bueno. Ese individuo tenía una carreta completa que estaba vendiendo barata. Se lo había dicho Gautier Mojica, a quien comisionó para que le buscara venta.

—Fué un viaje de chino. Nadie me dió razón.

—Y quién era?—preguntó Torrez alzando la cabeza.

—Un tal Remijio. Gautier me dió las señas y hasta me dijo por donde debía buscarlo. Pero me cansé. No me supieron decir quien era.

—Pero usted hizo ese viaje por gusto,—apuntó don Antonio. Antes debió informarse mejor.

—Tiene razón. Pero así son las cosas. No quise perder tiempo.

José se comió tres fichas.



—Esa se la enchivo yo,—exclamó don Antonio.

Abelardo se quedó observando el juego.

—Y las tumbas serán por cuenta de la Finca?

—Yo creo que sí. Ahí viene un tal Julio Sosa. Dicen que le van a dar todo ese monte del otro lado del río.

—Oh! Y esas jentes que viven ahí?

—Yo no sé! Los harán ir de ahí. Para eso es que están midiendo. Dicen que eso no es de esa jente. Que no tienen títulos.

—Qué cosas! Todos los días los irán empujando.

Don Antonio se interrumpió para mudar una ficha y a poco agregó:

—De modo que habrá otra barrida como la del año pasado.

—Ello. Así parece.

—Y quién le dijo eso?

—Bueno. Esas son voces que corren en el Central.

José Torrez sólo se ocupaba de su juego. Ya Don Antonio le había dado una pela fenomenal.

Después de hablar de cosas indiferentes, Abelardo se refirió a Don Marcial. Oyó decir que al finalizar la zafra la Compañía se haría cargo de muchas colonias, porque la deuda que tenían era muy grande. Además no estaba el Administrador satisfecho de muchos colonos.

—Entre esas colonias nombraron La Inocen-



cia,—dijo en voz baja.—He oído decir que Don Marcial entregará.

Abelardo se reservó la fuente de sus noticias. A sus amigos no les causó ésto ninguna sorpesa. Todos los que podían saberlo en la colonia lo presumían por el rumbo que iban tomando las cosas.

—Dicen,—agregó Abelardo—que Miste Mora no le quiere dar dinero suficiente para entorpecerlo en esta zafra. Que el asunto de las limpiezas fué hecho a propósito.

Durante el tiempo muerto la colonia no se limpió bien. El dinero escaso y Don Marcial tuvo que hacer algunos sacrificios para pagar trabajos que no se podían aplazar.

En un momento en que José meditaba una jugada, Don Antonio agregó:

—No me sorprende. Siempre hacen lo mismo. Cuando quieren salir de un colono lo exprimen hasta que reviente. En todos los Ingenios es igual. Después que le siembran la caña le permiten vivir algún tiempo y luego lo echan fuera.

—La suerte es que la tierra es propia,—dijo el pesador.

—Y qué? Qué hace con eso?

—Bueno! Le darán algunos pesos por ella o se la arrendarán.

—O se la quitan,—recalcó Don Antonio.—Si la cuenta está muy alta no basta la colonia en pago. Cojerán la tierra también.

—Yo creo que, para estar bien aquí en las Fincas, hay que ver y callar, y aguantar con todo

el cuerpo todo lo que venga. Este es el negocio de la piedra y el huevo. Hasta nosotros los ajusteros tenemos que tener tino.

—Dama!,—exclamó Don Antonio.—Uno, dos, tres, cuatro y cinco. Fué levantando las fichas y luego se coronó.

Hubo un silencio. José se limitó a preguntar.

—Y cómo fué eso?

A poco siguieron conversando.

—En mi opinión, la Finca, después que le siembren la caña los irá barriendo uno a uno.

—Entonces será como en el Central Ramona?

—Poco más o menos.

—Me dicen que allí y en otras Fincas no se puede vivir con las multas. Por todo ponen una multa. Si siguen así, con la bodega y las multas, le trabajarán de balde.

—Una, dos, tres,—dice José sonreído.

Don Antonio no pronunció una palabra. Se calló un momento.

Luego volvieron a reanudar la conversación. Don Antonio encendía un cigarrillo tras otro. Era un gran fumador. Ya Abelardo le ha dicho varias veces que él cree que el cigarrillo hace más daño que el tabaco. Y le contó una vez que de esa opinión era un médico de la Capital. Don Antonio insistió en que si le quitaban el cigarrillo lo mataban. Qué iba a hacer en el campo? El cigarrillo lo distraía. Le servía para matar el aburrimiento.

José perdió dos manos y Abelardo y Don An-

tonio empataron una. Tarde ya suspendieron el juego, no sin oír la eterna protesta del bodeguero.

—En estos bateyes, carajo! uno se envejece, pierde sus fuerzas, se arruina la vida si viene arrancado, pierde todo lo que trae, si viene con algo y termina por ir al pueblo a pedir limosna.

Repetía eso amenudo a sus amigos, y a veces agregaba:

—Y se embrutece. Mirando sólo caña, empotrerados si se puede decir, casi comiendo yerba. Salimos de aquí hechos unos animales. Ni periódicos, ni escuela, ni nada. Cañas, bueyes y haitianos!

Abelardo salió de allí para los últimos bohíos de la única callecita del batey y José para su casa.

Con las cabezas hacía abajo, evitando tropezones, siguieron juntos un rato, hasta que se separaron frente a la casa del pesador.

Cuando Abelardo pasó al día siguiente por la bodega, tuvo que detenerse. Allí estaba Chéncho dándole la enhorabuena a Don Antonio. Ese día completaría seis mil toneladas. Efectivamente hasta la fecha se había trabajado muy bien.

Don Antonio felicitó a Chéncho.

—Yo se lo dije. Este año nos va de buena.—respondió éste.

Y Abelardo reconoce que el Mayordomo de Don Marcial es un hombre de mucho movimiento.

Pero esta satisfacción que experimentaron los empleados de La Inocencia les duró poco. No había



transcurrido una semana, cuando un jueves, a mediados de Abril, se declaró un fuego que consumió algunas toneladas de cañas. No se pudo averiguar la causa. Eso quedó en el misterio.

—Yo no quiero hacer malos juicios, pero ese fuego me ha dado mala espina,—dijo Chenchó.—Es muy sospechoso eso de que haya comenzado por ese campo.

Don Marcial no opinó nada. Pero Abelardo pensaba también que no pudo ser casual.

—Ahí hay una mano oculta,—observó Don Antonio.—Ni me fío...., e hizo un jesto que no dejó lugar a dudas.

En el batey se supo por Pajita, un peón que estaba en la bodega cambiando un vale. Volvió la cabeza y parecía distraído, como si esperara o viese a alguien. De pronto le dijo al dependiente:

—Usté no ve aquel jumito? Me parece fuego.

El dependiente se subió en el mostrador. Observó cuidadosamente el punto señalado.

—Me parece,—dijo al apearse.

En seguida llamó a Don Antonio. A poco vieron un peón que venía a pasos largos. En ese momento se detuvo un carretero que pasaba frente a la bodega. Salieron varios peones fuera de los barracones. Y el hombre que corría gritó:

—Fuego en el 24!

Ese día Agapito, que conserva un mal recuerdo de ese fuego, comía en casa de Lupe. Lo llamó para darle un plato de sancocho. Era tan bueno con ella!

Sentado a la mesa, mientras paseaba la vista por la calle, oyó las pisadas de una bestia que venía corriendo. Y luego un alboroto en el batey. En ese momento Lupe entró de la cocina para decirle que tocaban fuego. Dejó la comida. Le pareció sentir el pito de la Finca. Al instante vió cruzar a Lao con un machete en la mano gritando:

—Caminen pronto! Caminen a apagar el fuego!

Se acercó a la puerta. En los barracones alcanzó a ver algunos peones. Por los carriles iban trabajadores corriendo. El pito se oía más claro desde afuera. Un pito largo, sin parar. Lao daba carreras en el batey detrás de los peones. De pronto se dirigió a él diciéndole:

—Y usted que hace ahí? Camine a apagar.

Y le dió un planazo. Como Agapito no se moviera lo empujó y le dió otro.

—Usted no sabe que todos tienen que ir a apagar? Haragán!

Agapito no contestó. Lupe se asomó a la puerta al oírle la boca a Lao y se atrevió a decirle:

—Usted no vé que ese hombre está enfermo. Que no tiene fuerza?

A lo que respondió Benceslao:

—Cállese la boca! No se meta en lo que no le importa!

Lupe murmuró:

—Abusador y sangrú. Eso es lo que es usted.

Agapito siguió por delante de Lao. Cruzó el batey, tomó la gran calle. Una cantidad de peones

iba delante, a pasos largos, corriendo, con las mochas en las manos, sin sombrero, como si fueran derrotados. No muy lejos se veía una gran humareda. Un humo negro, como un nublado que sube, como un aguacero que va a caer. Soplaban un viento fuerte. Las cañas sonaban. Lao vociferaba detrás que apuraran el paso. Y los peones corrían, corrían por los carriles.

A poco se oyeron como tiros y vió muchas pajas prietas que traía el viento y la nube creció tanto que parecía que se los iba a tragar.

Cruzaban hombres a caballos al galope y repetían los gritos de:

—Fuego! Fuego!

Llegaron al lugar. Agapito se sorprendió. Las llamas parecían montañas. El humo cubría casi todo el cielo. El ruido parecía de un pleito. Un tiroteo. La candela corría. Las lenguas de fuego eran más altas que un monte.

Empujaron a Agapito en una trocha que hacían por detrás de un cañaveral. Vió una cantidad de jente enorme. Un batallón. Sólo se oía el ruido de los machetes. Picaban como locos. En un momento abrieron un boquete tan ancho como una calle. Gritaban y picaban. Pero a veces el humo los estaba ahogando. Y sentían un calor horroroso. De pronto apareció Chencho gritando que avanzaran pronto. No decía otra cosa. Estaba ronco. Corría por aquí, corría por allá. Ya casi no se veían unos a otros. El humo los había cegado. Lao repartía planazos entre un grupo de haitia-



nos que estaban barajando. Cada vez era más fuerte el tiroteo de la caña y más insoportable el calor. No se podía avanzar. La candela casi los estaba chamuscando. Y la trocha que habían abierto, tampoco se veía. Eso era un infierno. Y sin poder parar hasta que no avisaran. Metidos ahí no sabían si el fuego aumentaba o si lo estaban apagando. Las pajas le caían en los ojos. Se iban poniendo negros como el humo. Sudaban a chorros. Y ya estaban cansados. Era una cosa horrosa. De entre el humo se escuchaban voces de peones llamándose. Se habían perdido algunos y no sabían si estaban todavía con sus compañeros. Porque la jente se pone como loca. Pierde el sentido. Machete y gritos. Es todo lo que se oye.

De pronto percibieron un grito:

—Salgan de ahí!

Y se dirigieron al sitio por donde salía la voz. De dentro del humo iban saliendo uno a uno, por grupos, a la carrera, porque la candela la tenían casi en los pies. Muchos llegaron a quemarse. A un hombre lo sacaron cargado, porque se le paró el resuello.

Así que se juntaron algunos, dos hombres a caballo les gritaron:

—Vengan a pegar contrafuego, pronto!

Y emprendieron una carrera por un carril. Parecía una derrota, como si estuvieran huyéndole a la Guardia. Llegaron casi muertos a la vera de otro campo y allí les dieron orden de pegar fuego. Se lo pegaron por varias partes a un tiempo.

Ardió el campo. Subió una llama grande y en un momento hicieron un fuego tan enorme como el otro. Después les dieron órdenes de vijilar. Parecían locos.

Como tres horas duró el fuego. Por la tarde se veía el tamaño del claro. Como cinco campos se habían quemado. Era una gran mancha negra, en medio de los otros cañaverales verdes, pero una mancha grande. Semejaban los campos una tumba sin habitar. Las cañitas parecían estacas. Y el suelo prieto, como regado con cico de carbón.

Cuando Agapito llegó al batey estaba casi muerto. Tiznado completamente. La ropa, la cara, todo era de un sólo color. Se sentó en la puerta del barracón a descansar. Lupe le trajo un bebedizo para evitar el pasmo. No le preocupaba tanto el cansancio como los planazos que le dió Lao. Delante de unas mujeres! Qué abuso! La suerte que ese día dió muchos, a los haitianos, y a otros que él no conocía.

Al atardecer estaban todos juntos. Fonso, Rosendo, Juan Tarana y Agapito y dos o tres peones más haciendo referencias sobre la candela, y criticando a Benceslao. Hubieran deseado que se hubiera quemado toda la colonia, por él, solamente por ese hombre tan odioso. Quizas si lo hubieran botado de allí. Pero tenía tanta suerte que el fuego no fué muy grande y se apagó pronto. Porque en realidad parece que tenía un santo en el cielo.

Días después hablando sobre esto le dijo Don Antonio a Torrez:

—Convéznase, amigo. A este hombre lo han acabado aquí. Desde que fomentó la colonia comenzó su fracaso. Se lo hicieron a propósito. La siembra le costó un huevo. Lo que la Finca quería era realizar sus proyectos de extensión. Don Marcial como nosotros no somos más que los instrumentos de estas jentes. Yo aquí, si Dios no mete su mano, me secaré vendiendo bacalao y no pasaré de ahí. La caña engaña, mi amigo.

Torrez lo oía sin comprometerse. Es muy peligroso en las Fincas hacer crítica. Su asunto era conseguir el peso del batey. A Don Antonio le importaba poco cualquier cosa. Estaba viejo y cansado.

—Este es un país,—agregó don Antonio—donde muy pocos ven más allá de sus narices. En ninguna parte del mundo se explota a los hombres como aquí. Peones, empleados, bodegueros, todos somos esclavos. Los colonos son todavía más desgraciados. Pierden amenudo sus tierras y su dinero, arriesgándolo en un negocio que les administra otro, sin obligaciones. Los que trabajan en las Fincas no hacen otra cosa que vivir. Y vivir mal, sacrificados. Yo no he visto todavía a ningún colono retirado viviendo de sus rentas. Todos están arruinados. Pobres.

Don Antonio no hablaba esto con todo el mundo. Ya sabía que en las Fincas no se puede opinar. Tenía presente lo que le ocurrió en





lina. Pero de vez en cuando no se podía contener.

—Aquí en las Fincas no hay conciencia. Esto está organizado como en los tiempos de la esclavitud. Los Administradores son amos, nosotros, esclavos.

Y aludía entonces a Mr. Moore.

—Usted no se fija con que desprecio nos trata este hombre? Mr. Moore no puede ver al hijo del país. Para él solamente son jentes sus paisanos.

Refiriéndose luego a La Inocencia agregó:

—Usted no ve la situación que le ha creado a Don Marcial? Este pobre hombre tendrá que largarse de aquí. Todo son inconvenientes. Ni dinero, ni otra clase de ayuda.

José Torrez le oía sin hablar. Se limitaba a mover la cabeza y abrir un poco los ojos. Estaba en su asunto. Tenía su aspiración.

—Y todos son así,—prosiguió don Antonio. —Y lo peor es que hay muchos que cren en ellos. Piensan en que son protegidos, en que serán ayudados y hasta en que los estiman y los consideran. Cuando conversan con el Administrador, o lo reciben en sus colonias se hinchan, se ponen ufanos, insoportables. Se creen muy importantes. Y no se dan cuenta de que Mr. Moore les hace a ellos lo mismo que Mr. Houston a los haitianos. Ni más ni menos. Cuando no los necesita les da un puntapié.

Don Antonio se refería al caso de Mr. Hous-

ton con los haitianos. Eran sus trabajadores favoritos.

Todas las mañanas se le podía ver camino de Lajas, un batey de la Factoría, guiando un carro automotor de la marca Budha, sonreído, contemplando los extensos campos de caña que hacían horizonte con el cielo siempre azul y diáfano, lleno de luz. Aún cuando el calor a veces era tan insoportable, que le obligaba a corretear en cuerpo de camisa, con las mangas arrolladas por encima del codo, suelto los dos últimos botones de la camisa, se sentía feliz, muy feliz. Durante los años que llevaba trabajando, no había sentido necesidad de disminuir el número de tragos. Seguía bebiendo sin inconvenientes. Las profecías de Mr. Symur, el Médico del Central, no se habían realizado. Al contrario, aumentaba de peso y cada día más rosado, con más apetito y con mayor fuerza. No se cansaba, por dura que fuera la faena del día. Recordaba Papá Yute, como único quebranto, una indigestión que padeció un **Thanksgiven day** en que la Señora Palmestown los tuvo como invitados a él y a la señora Houston. Indudablemente que ese día acabó con los cakes, tomó considerablemente y comió demasiado pavo. Pero no le duró mucho. La sal de frutas que tomó le hizo mucho bien. La mala reputación del trópico no era más que una leyenda.

Mr. John Stewart Houston, de ojos azules y cabello rubio, natural de Virginia, se convirtió aquí en el trópico en el popular Papá Yute.

Hacía dos años que Papá Yute no iba al Norte. Podría hacerlo si lo deseare, porque el año pasado no hizo uso de su licencia. Tuvo que disponer de parte de sus economías para mandarlas a Carolina a unos parientes en desgracia. Fué un préstamo. Pero no le hacía falta esas vacaciones. El tropical liver de que tanto hablara el Doctor americano, no le preocupaba. Symur era un maniático. Era la señora Houston la que siempre deseaba ir a pasar una temporada con su familia. En cambio él, se sentía aquí mejor que en ninguna otra parte.

Papá Yute tenía dos niños, Tex y May. Dos preciosidades. May, era un poco ordinaria de facciones. apesar de ser hembra. Tex era todo un tipo y sobre todo muy inteligente. No se le habían enfermado. Tenían muy buen color y comían muy bien. Sentíanse muy cómodos en el chalet que le habían asignado.

A las nueve más o menos, ya el sol alto, Mr. Houston cruzaba por el puente a toda velocidad. El automotor rodaba produciendo un ruido de trueno que se apaga, de su pipa se escapaba un humo perfumado de tabaco rubio. A uno y otro lado del camino los trabajadores se detenían a veces para verle correr. Parecía un proyectil. El aire quedaba ajitado al pasar el carro. De vez en cuando hacía sonar el Klaxon para que le dejaran vía libre los peatones o las reses, cuando cruzaba por en medio de un potrero.

Diez años sin descansar llevaba en el Central



como Ingeniero de Construcciones. Los últimos bateyes los había dirigido y los había trazado. Su sueldo era de trescientos pesos mensuales, una póliza de seguros, casa, leche, agua y otras facilidades más que le permitían llevar una vida cómoda y hacer sus ahorros mensualmente. La señora Houston era, por otra parte, muy económica.

En el Ingenio se le acusaba de dar preferencia en los trabajos a los haitianos. Por lo menos esto se propalaba entre peones nativos. Si esto era cierto no lo parecía. Porque Mr. Houston dirigía sus asuntos con bastante inteligencia.

Sí era evidente que los haitianos lo distinguían mucho. Siempre le sobraban de estos braceros para sus trabajos y era fama que los trataba muy bien.

En Lajas lo esperaban en la vía. Cuando los dominicanos veían un grupo de haitianos parados o sentados en el chucho, sabían que estaban aguardando a Mr. Houston, para que les diera trabajo. Era, pues, un blanco popular, sobre todo entre aquellas jentes.

Muchas veces Rosendo, que sentía un odio tremendo por los haitianos, cuando tenía una dificultad con un **musié**, como él les decía, terminaba por declararle:

—Vete donde tú **Papá Yute**. Negro del carajo! Como los monta en **Budha**, ya se creen jentes!

Rosendo aludía a las veces que Mr. Houston subía a algún haitiano en su motor. No se le escapaba a él por qué lo hacía y sin hacer comenta-



rios le contó a Agapito que un día, viniendo él a pié por la vía, vió a tres haitianos, uno de los cuales, Dorsenvil, que era capataz, levantó el brazo y le hizo señales al blanco que venía embalao para que parara. Cuando estuvieron juntos oyó que le dijo:

—Oh! Papá Yute. Yo quiere jablar contigo.

—Qué pasa? Ta enferma?

—No! Quencena pasá yo tá cobrá quence pese y ete quencena da a mi siete pese no má. Quiere que tu mi diga que pasa?

Mr. Houston, siempre sonreído, le tocó con la mano en el hombro cariñosamente:

—No sé! Pero yo arregla ese. Dónde tú vá?

—Yo va pa Lajas.

—Móntate!

Y se fueron juntos.

Y como Agapito le preguntara a Rosendo si le pagarían lo que le faltaba, éste sonriendo le contestó:

—Que va gallo! Si por eso es que son buenos los mañeses.

Y levantándose del cajón en que estaba sentado repitió:

—Que va gallo! Si estos blancos tienen las cuarenta en brisca y el As de basto. Tú no vé que se lo llevó en el motor. Por desvaneció es que los prietos no suben palo!

## IX

Cayeron sobre La Inocencia unos cuantos aguaceros. El tiro se puso pesado. Por la mañana Chencho salía para el corte. Apenas veía dos o tres haitianos. Rosendo, con un saco de pita sobre la cabeza, en vano aguardaba que el trabajo se organizara. Los carriles se cubrieron de charcos de agua. Las carretas levantaban el lodo con sus yantas. El batey quedó desierto. Todo el mundo permaneció en sus casas. Por dos días cayó la lluvia sobre La Inocencia de una manera continua.

En la bodega, Chencho, después de dar un volteo por el corte, protegido por un capote, las alas del sombrero hacia abajo, se quejaba del tiempo.

—Qué calamidad, Don Antonio. Esta lluvia nos va a fastidiar!

No se desmontaba. Se guarecía bajo el paraguas de la casa y de vez en cuando miraba el cielo plomizo, los campos con sus cañas lavadas y la tierra blanda, removida por las pisadas de las



bestias, las yantas de las carretas y las pezuñas de los bueyes que dejaban una huella larga y pulida sobre el barro amarillo.

Un peón que pasaba el tiempo inclinado sobre el mostrador recordó a San Isidro.

—Yo credé,—dijo—que esta agua no pasa. Esa la trajo San Isidro.

Chencho recordó que, efectivamente el lunes de esa semana, fué San Isidro y que en el chucho un alizador le dijo por la tarde mirando el cielo: “Este San Isidro viene con agua!”.

Pero el tiempo oreó un poco. El tercer día salió el sol y Chencho se multiplicaba para volver a organizar su trabajo.

—Hay que meter duro,—decía—tenemos que ganar el tiempo perdido. Aprovechar el verano por si acaso vuelve a llover.

Pero la semana fué casi perdida.

—Esta semana,—dijo a Don Marcial— no hemos metido gran cosa. Los vagones se han quedado vacíos en el chucho.

José Torrez le informó que sólo había pesado sesenta toneladas.

Murciélago estaba quebrao. Apenas habia echado viajes. Fonso pasó los días de lluvia tuzando su gallo y haciendo planes. Juan Tarana durmiendo en su hamaca. Y Rosendo en casa de Lupe enterándose de los escándalos del Jefe y su mujer.

El sábado hizo un sol fuerte. Se trabajó mejor. Al medio día se enteraron por Fonso de que

en la sabana había baquiní y por la noche todos se fueron a sacudir la modorra de la semana casi perdida.

Allí vivía la mujer de un sereno de corte. Tuvo una niñita hacía una semana y se le murió de trabo. El sereno se lo contó a Fonso en la bodega. Trajeron a Brijido de La Sierra, que decía curaba el trabo y no le valió. Se quejaba de lo que había tenido que gastar con estos contra-tiempos. Tuvo que ir a buscar a Nieves, la mejor partera del lugar, porque la mamá de la mujer le dijo que esa muchacha podía tener un mal parto. Pero no fué así. Se despachó en un abrir y cerrar de ojos. Ni tuvo que soplar mucho en la botella. Para ser primeriza Nieves le dijo que se había portado bien. Bueno, fué un soplo. Pero al cuarto día se le declaró a la muchachita el trabo. El padrino le trajo medecinas, pero fué inútil.

En la bodega el sereno compraba los efectos para el baquiní cuando habló con Fonso. Andaba a pié. Con el parto y la enfermedad de la muchachita se había estropeado mucho. No tenía montura. Una yeguita que le prestaron parece que se lastimó una pata con los alambres y casi no podía andar de la cojera.

Gautier Mojica era el padrino. A última hora, cuando la niña estaba de gravedad, Mauricio se tropezó con él en un carril y le suplicó que le bautizara la hijita si Dios se la sacaba con vida. Mojica aceptó. No averiguó que clase de enfermedad padecía la niña y ofreció ir a verla tan pronto co-

mo se presentara la ocasión, que no estaría lejos, puesto que un poco más arriba vivía Patricio Mejía, con una de cuyas hijas llevaba relaciones hacia algún tiempo. En casa de Mauricio tomaba café, de paso, los domingos en la tarde y alguno que otro día de la semana, que sus ocupaciones le permitían ir hasta allá fuera. Cuando supo la desgracia se portó muy bien y fué él quien dió el vale para que consiguieran en el batey de La Inocencia la bebida suficiente para el baquiní. Eso era lo único que sentía Rosendo, estar bebiéndole los cuartos a un hombre tan parcjero. Se lo dijo varias veces a Agapito, pero no dejó de tomar todo lo que pudo, sin emborracharse. Eso se lo dejaba al vale Alipio que lo tenía por ley. Ese era un vicio que le repugnaba. Con el de las mujeres tenía, porque ese era un vicio que daba gusto y no mataba. Demasiado sabía él, como ponía los higados el ron. Había visto a muchos morir reventados por dentro. Sin asaduras casi.

En el aposento, en la tarima de la niña, adornada con flores y lazos de cinta amarilla, cayena roja y sangre de Cristo, yacía la muertecita. Al rededor, en sillas, en cajones, las mujeres del vecindario cantaban. En la sala había hombres y mujeres. En la cocina hacían café y gengibre. La madrina y el padrino trajeron aníz y ron y pan y queso. Era un buen baquiní. Se tomó mucho y se cantó más. Rosendo como a las doce jugaba a la vaca. Se divirtió mucho esa noche. El juego quedó muy bueno. Cuatro o seis hombres se em-



borracharon y dos mujeres. Remijia estuvo con Agapito.

En el baquiní Murciélago vió a su enamorada. Y Fonso no dejó de darle bromas.

—Anímese, vale! Dígale algo. Esa es una hembra que tiene vista. Si se descuida se la cubre otro gallo, y pronto.

Pero fué inútil. Murciélago no se atrevió. Pasó la noche mirándola, contando cuentos para que ella lo oyera y por dos ocasiones le hizo un brindis. La Niña lucía una gran flor de maravilla en la cabeza. Vestía de blanco. Un tunico corto, a mitad de pantorrilla, que permitía verle las piernas musculosas, pero de formas agradables. Remijia también, no dejó de darle bromas a Murciélago.

El padrino se portó. Hubo de todo. Pasó la noche junto a la hija de Patricio.

—Este Gautier tiene una puntería certera, vale,—dijo Rosendo a Fonso.—Donde mete el oio hay que ver. De que el hombre es suertista no se pué negar.

Y dirijiendo la vista hacia el rincón donde Mojica conversaba con su enamorada agregó:

—Como gallina sí que tiene. Si el viejo Patricio no abre el ojo, se lo van a dejar claro y sin vista. En mi tiempo, compadre, ya Patricio taría contando los huevos. Yo sí que no juego.

Gautier Mojica, el padrino de la niña de Mauricio, no trabajaba en La Inocencia. Era Mayordomo de las colonias que quedaban del otro lado del



río. Pero cruzaba con frecuencia por el batey de ésta, camino de la sabana, para ir a casa de la novia. Amenudo se detenía en la bodega, antes de seguir para afuera.

Rosendo encontraba a Mojica un hombre muy pesado.

—Gautier Mojica, vale, me cae como un trago de cañafístola,—le dijo una vez a Murciélago. —Es un hombrecito que se me atravieza en el cuerpo. Se las da mucho, vale!

Un día se acercó un peón que parece que no lo conocía y le preguntó si ese hombre era el Mayordomo de La Inocencia. Gautier Mojica iba por un carril conversando con otro hombre.

—Dios nos libre de esa plaga aquí,—le contestó Rosendo—Con el que tenemos hay pa carga y soborná. El de esta colonia se llama Eujenio Pérez, pero nadie lo conoce sino por Chencho.

—Es un poquito más clarito que ese,—dijo Fonso que andaba junto con Rosendo.

—Más claro?—interrogó Rosendo.

Los dos eran prietos según él. Y esa era la suerte, porque si Gautier Mojica fuera más clarito, quien lo iba a aguantar. Si con ser así, tan oscuro, es más déspota que los mismos blancos, se las daba más.

Rosendo gozaba mucho cuando oía a Anselmo Benitez hablar de Gautier Mojica.

Una tarde llegó Anselmo a la bodega a comprar un pliego de papel para ponerle una carta a Juan Bautista. Se había producido una dificultad

por un lindero y se requería la presencia del Agrimensor que hizo la mensura. Solicitó los servicios del dependiente y éste se ofreció para hacer la carta. Anselmo dictaba y el mozo de la bodega escribía. Al salir, poniéndose la carta en el bolsillo, Anselmo miró a Rosendo:

—Caramba! Que este Juan Bautista es una calamidá!

Como Rosendo quiso oírlo le dijo:

—Vale Anselmo y usté tan cerca de Gautier Mojica y viene aquí tan lejo para que le hagan una carta?

Se molestó. Detuvo el caballo y encarándose con Rosendo exclamó:

—Ustedes no son más que unos entusiasmos. De donde se han sacao que Mojica sabe escribir. Lo menos viene aquí a hacer sus cotorrita. Como él escribo yo; pero como voy a mandarle garabatos a Juan Bautista. Sujeto! Dizque Mojica escribirme una carta a mi que tengo tanta jente importante que me la haga. El podrá andar con lape y libreta, pero de apuntar nombre no pasa. Sujeto!

—Dispenseme, vale. No lo quise ofender.

—Yo lo sé! Pero cada hombre en su puesto. Mojica no es más que un satisfecho. Lo que hace es dársela. También dice que sabe hablar como los blanco. Ahora se ha jallao un joquei, que no se lo quita de la boca. To lo que le dicen es joquei. No se le puede hablar. Yo si no se de donde se ha sacao eso. Es pa dársela de fino.



Gautier Mojica se había hecho fabricar unos pantalones especiales, copiados del modelo que usaban los Oficiales del C. de M. con los cuales tuvo algún contacto, cuando estos correteaban por el Este, haciéndole servicios que fueron muy censurados en bateyes y campos. Esos pantalones de blanco constituían una de sus debilidades y en ningún momento dejaba de llevarlos puestos. Con los pantalones, lucía sus polainas automáticas, de resorte, no siempre limpias, y para completar el equipo, un par de espuelas de cobre, con la rondana horizontal, modelo no muy común ni del gusto de la jente del campo. Dos sacos muy usados de casimir, uno negro y otro marrón, que alternaba regularmente, completaban su indumentaria. El sombrero era de tipo tejano, de anchas alas rectas. Colgado del hombro, un machete atado a vistoso cinto. Pendiente del ojal de la solapa izquierda una cadena enchapada, de gruesos eslabones y dentro del bolsillo, un reloj, de los conocidos por cebollas. Ese era el secreto de su cumplimiento en el trabajo. Mientras otros dependían del pito del batey para sus organizaciones, él en cambio, descansaba en su reloj. El caballo tenía vista, aunque los había por esos sitios mejores.

Contaban de él, que, cada vez que en el corte, o en la bodega, o en cualquier parte en la cual se encontrara en unión de otros, oía el pito del batey de la casa de máquina, solía sacar enseguida la cebolla.

—Ya se descompuso el reloj de los blancos.

Porque este relocito siempre marcha bien. Todavía no son las doce. Este va siempre con el sol.

Y alzando la cabeza agregaba:

—Fijense, todavía faltan como diez minutos.

Los peones lo miraban con respeto, porque había pocos hombres por allí que tuvieran el conocimiento que él tenía. Sabía de todo.

Mojica gozaba de bastante prestigio. Las colonias en las cuales trabajaba eran grandes, tenían más de un Mayordomo. Su sueldo era estimable. Pero lo que le daba más prestigio eran sus conocimientos. Llevaba siempre papeles con notas en las faltriqueras, una libreta de apuntes personales y no le faltaba un buen lápiz. Esto ya era bastante para despertar la admiración de los trabajadores. Se le consideraba un hombre práctico y competente. Pocos como él para apreciar al ojo el número de toneladas que podía producir un campo. Sabía cuando una carreta estaba falta de peso, la cantidad de ellas que había que montar para tirar tal o cual campo en tal o cual tiempo. Cuando llovería y cuando picaría la seca. Mandaba a retirar bueyes del tiro, con asombro de los peones, porque sabía cuando éstos iban a enfermar. En todo momento podía responder de las toneladas molidas en un día por el Ingenio y de la cifra a que alcanzaría el número de sacos de azúcar de tal o cual zafra. Era una maravilla de experiencia.

Conocía todas las variedades de cañas que se cultivaban en el Este, desde la cristalina hasta la

242, últimamente introducida. Las reglas precisas de la siembra, en cuanto a distancia, para las semillas. Pasar por un campo y pronosticar que se apajonaría o que no cerraría completamente era cosa fácil para él. Determinar el número y la dirección de las zanjas de desagüe, la cantidad exacta de limpiezas que había que dar, con su costo y tiempo. Experto ajustador, los peones vacilaban en realizar trabajos por Mojica estipulados. Siempre salían cortaos. Inteligente en números y casi inigualable en el cálculo mental, la reputación de que disfrutaba era hasta cierto punto muy justificada. Las dudas, las disputas por menesteres de la siembra, del cultivo, del tiro, y en general todo lo concerniente a la caña de azúcar, era zanjado por la palabra autorizada del Mayordomo de las colonias del otro lado.

—Se lo preguntaremos a Mojica.

—Esperemos a Mojica.

—Eso sólo lo sabe Mojica.

Eran expresiones frecuentes en esos bateyes por los cuales paseaba ufana su autoridad, acatada y respetada por todos.

Sabíalo él de tal modo, que pocos se le podían comparar en actitudes y jestos. En el corte, descansando la pierna doblada sobre la parte delantera de la silla, en la bodega rodeado de peones o del mismo encargado que le dispensaba atenciones, o en los carriles acompañando al dueño de las colonias o ya en unión de otros Mayordomos, siempre en el uso de la palabra, prodigando su ex-



perencia, fruto de sus largos años de práctica bregando con la gramínea pródiga, y dulce más que ninguna otra, señora de las tierras bajas del Este desde tiempo inmemorial y tan antigua como la historia de las mismas, aunque lo ignorara el sagaz Mayordomo.

No faltaba, sin embargo, quienes pusieran en duda la infalibilidad del Mayordomo y, para muchos, no sabía más que echárselas de sabio. En La Inocencia había quienes lo tuvieran por un vivo, y en cierta ocasión hablando de él, Rosendo se expresó un tanto burlonamente.

—Este Mayordomo,—dijo en la misma bodega —no es más que un charlatán que se las da hasta de adevino. Pa mi no es má que un vividor.

Pero en lo que Mojica se creía una notabilidad era en cuestiones de tierras. Versado en trámites notariales, sus opiniones eran consideradas como definitivas, cuando se le consultaba. Sobre todo por esos sitios sabaneros su competencia era admitida sin discusión. Junto con su Mayordomía ejercía las funciones de Agente de tierras. Varias veces asumió la representación de vecinos de las colonias en el Tribunal de Tierras.

Pero tenía un serio rival en Anselmo Benitez. Este era dueño de una faja de monte que rodeaba a la colonia de Don Herminio. Un viejito con un tono de voz aflautada, que de sólo oirlo provocaba risa. Vivía en su propio monte y tenía una familia numerosa. Anselmo era considerado como un abogado. Había actuado como testigo en varias men-

suras, hecho representaciones en Hato Mayor, en el Seybo, y hasta en Macorís. Se jactaba de que sus tierras tenían que respetarlas todo el mundo, porque él si que no comía pelo e puerco, ni podía ser engatuzado por nadie. Pocos tenían sus papeles tan en regla ni conocían tan bien como él los derechos de los otros. Había visto los principales Amparos Reales. Decía con exactitud la cantidad de caballerías que poseían los diferentes sitios de la Común. Recordaba las mensuras que se habían echado.

—Te cuesta arreglar tus papeles,—decía.—  
Conmigo sí que no hay tutia.—Y señalando su monte agregaba:

—Ahí no hay quien se atreva a cortar una vara. Eso es mío. El que quiera que le ponga una cadena del jarrete que se atreva. Ni Don Hermínio, que dicen que es tan jaiba se atreve. Dios lo libre! A mi no me falta firma ni se lo. Tengo todos los registros habidos y por haber.

Cuando Anselmo hablaba hacía un esfuerzo por abrir los ojos, porque era fama que los tenía muy pequeños aunque expresivos. Hablar de tierras era su debilidad. Cuando empezaba le era difícil callar. A veces se pasaba una mañana en la bodega o en medio de un camino hablando de escrituras, dando consejos o murmurando a los acaparadores de títulos.

—Yo sé que mi monte da envidia. Como que tengo atajá la Finca. Yo lo sé. Pero para que cre-

can cañas ahí, hay que pintarme todo esto lleno de morocotas.—Y se tocaba un bolsillo.

Gautier Mojica se irritaba cuando le nombraban a Benitez. Cómo iba ese hombre a compararse con él!

—Todo lo que Anselmo diga son disparates. Si ese hombre no conoce ni la O.—Y haciendo un jesto de desprecio concluía:

—Chacharero!

Para burlarse de Anselmo cuando lo nombraba decía: “El Coronel Benitez”.

Un día Juan Bautista hacía una mensura en La Sierra y como viera llegar a Benitez en su caballo, dirigiéndose a los peones les dijo:

—Ya si fué verdad que nos llevó Pateta. Ahí viene el Coronel Anselmo Benitez.

Hizo su aparición por una vereda, sobre su caballo bermejo con freno y aparejo. Las árganas iban siempre vacías, pero el freno, aunque ya viejo, lo hacía distinguirse de las demás monturas de carga o de sabanear. El oyó a Juan Bautista y al mismo tiempo que sonrió y le puso el brazo sobre la espalda, le contestó:

—Mira Juan Bautista, déjate de trujaná. Yo no lo soy, pero puedo serlo, porque yo he visto por ahí coroneles más atrazados que yo. Lo que tu tiene es que le ha cojío el peso al gallo. Anselmo no es de los tuyos. Las canastas son pa los pájaros.... Tú y yo salimos al saco y si nos prendemos no se sabe como saldremos.

Mojica oyó sin duda contar esta broma a



Juan Bautista y por eso le decía Coronel Benitez.

Una tarde en la bodega se desahogó:

—Yo sé que me dicen el Coronel. Eso no importa. Lo que sí yo sé es que soy más hombre que el sujeto que me da ese título. Y que Anselmo Benitez puede llevar mejor un despacho que muchos satisfechos que andan por ahí dándose las....de lo que no puén. Juan Bautista fué el culpable de eso. Por eso yo le digo a él en su cara que conmigo no le vale la brújula. El con su ojo metió en el tubito y yo con mi vara en la mano mido más completo que él.—Y concluía.

—Si yo le digo a usted aquí hay tanto, puede tener la seguridad de que es así. Por eso es que siempre está de punta conmigo.

Y aunque desacreditaba en ocasiones al Agriensor, no dejaba en otras de apoyarse en su autoridad para hacer valer sus razones. Era su aliado, su socio. Cuando no andaba detrás de él, lo estaba esperando.

—Juan Bautista me mandó a avisar que lo espere en Las Taranas, de hoy en quince.

Pero Anselmo, apezar de su voz aflautada, era más locuaz que Mojica. Tenía más facilidad de expresión. Era un torrente. Y suplía los jestos de Mojica con su elocuencia natural.

Litigante sempiterno, siempre que se le veía en un camino era en asuntos de tierras. Iba en diligencias para el Seybo o para Macorís o donde algún individuo de la sección a consultar papeles. Por lo regular iba a hacer alguna demanda o a

representar alguna sucesión ofuscada. O a ver al Agrimensor para hacerle una aclaración o para que viniera a rectificar alguna mensura equivocada.

—Porque este Juan Bautista es una calamidad,—se le oía decir con frecuencia.

Pero Rosendo oyó decir a Don Marcial en la bodega que Benitez era un pícaro de siete suelas. Qué habia vendido unas tareas a dos personas distintas sin entregarles ningún documento y que estaba siempre detrás de Don Herminio para que le comprara el paño de monte que le quedaba y que éste no le hacía caso, porque lo que Benitez deseaba era vender a buen precio.

Gautier Mojica siempre estaba apoderado por menores y viudas, así como por compadres y amigos para sanearle y aclararle sus papeles. Había tenido en las manos varios Amparos Reales. Decía que conocía los archivos de los notarios y de las Alcaldías de las comunes vecinas. Amigo de autoridades y hasta de abogados de Macorís, amenudo apelaba a las opiniones de aquéllos, que él conocía, para robustecer las suyas y hacerlas aceptar como definitivas .

De algunos años acá, Gautier Mojica, había intervenido en innumerables transacciones de venta de tierras, había figurado como apoderado o como testigo o como agente.

Satisfecho de la posición alcanzada a fuerza de capacidad, daba vueltas por los bateyes a fin

de enterarse de los "pleitos" de las tierras y externar sus opiniones.

Gautier Mojica no había sido político nunca. Por dos ocasiones lo habían encargado de unos trabajos eleccionarios y fué él quien hizo triunfar en Hato Mayor más de una candidatura, pero esto sin aspiraciones ningunas, porque sus ocupaciones en el campo le eran más beneficiosas.

Cuando la Ocupación Militar sí anduvo con Oficiales del C. de M. Solicitaron sus servicios como conocedor de los lugares y de los hombres, como práctico algunas veces y como intermediario siempre. Llevó una vez un grupo mandado por un Capitán hasta el Hoyón. Lo trataron muy bien y según decía él mismo los blancos no hallaban donde ponerlo. No hizo daño a los dominicanos y más de una vez evitó una carnicería. Mucha gente buena le debe la vida a él, porque impidió que los marinos los consideraran gavilleros.

Pero no pensaban así muchos en el campo. Tenían a Mojica por un intermediario peligroso y algunos afirmaban que se aprovechó de los blancos para aumentar sus transacciones de tierras, para hacer ventas y hasta trasladar a muchos de sus propiedades. Lo tenían como un agente de compra de tierras para terceros y no eran pocos los que se consideraban perjudicados por las actuaciones de Gautier Mojica en esa época. Y no era a él al único a quien acusaban de semejante conducta. Durante la Ocupación Militar, fueron muchos los campesinos que perdieron sus propie-



dades, se vieron obligados a darla por cualquier cosa para salvar la vida.

Las colonias en que trabajaba Mojica, quedaban del otro lado y tenían una extensión de más de veinte mil tareas. Formaban parte de las extensiones de la Compañía.

Gautier Mojica era natural de La Yerbabuena. Sus familiares no eran jente muy buenas al decir de Rosendo.

—A mi me han asegurado,—dijo—que a su pai lo mataron por mano lijera. Más de una vez lo llevaron amarrado con un toción a la espalda. Porque aquí mientras más sucios más se la dan.

Rosendo pensaba que a las Fincas llegaban pocas cosas buenas. “Aquí compadre, hay mucha basura!” “Cuánta falta hace un Zenón Ovando!” Y agregaba:

—Si yo fuera autoridá, vale, dentraba a hacer una limpieza que eso daba gusto. Quedaba este batey de olor, compadre.

Y bajando un poco la voz:

—Principiando por el Jefe.

Gautier Mojica se retiró temprano del baquiní.

—Vale,—le dijo a Mauricio—yo soy hombre comprometío. Si no fuera por mi trabajo que es de responsabilidad lo acompañaba hasta el Hoyón.

Rosendo y los compañeros le siguieron detrás. No salieron juntos porque Rosendo no quería ir en compañía del padrino. Era muy grande la antipatía que sentía por él.

A la salida del sol, Norberto, sobre una yeguita bermeja sostenía por delante la cajita y detrás lo seguían cuatro bestias más en las que iban Ciprián, Juanico, Valentín y Nicumedio.

La mamá se quedó gritando en compañía de las lloronas que eran unas cinco mujeres del vecindario.

Hicieron rumbo al Hoyón. Los compañeros se iban balanceando en sus monturas. La mala noche y los tragos les hacían dejarse llevar por las bestias.

Norberto iba más sereno. De vez en cuando decía:

—Vamo apurando, ante que pique el sol.

La sabana se extendía por delante de las bestias. Brillante, cubierta de rocío, salpicada por las manchas de los ganados que avanzaban en grupos rumiando el pasto fresco de la mañana.

En el día sólo hablaron del baquiní. A la madre de la niña le dió una siripa. El padre se emborrachó. Una mujercita que le dió un ataque se fué a tirar encima de Murciélagu. Gautier Mojica con la botella de aniz y un vaso repartía tragos a las mujeres. Ciprián se durmió en un rincón. Guadalupe acabó con el gengibre.

—Uté gozó mucho, vale Rosendo,—decía Fonso.—Yo lo vide ajumando las mujeres. Ni me fio de los pellizcos que le dió.

—La vaca quedó de rumbo. Pero uté fué muy fuerte en las penas.

—Más fuerte debí ser. Tenía más gana de darle un castigo duro a Mojica.

Murciélago fué la cabeza, Fonso la pata, Juan Tarana, el rabo, Agapito, la sogá. De los de la Colonia sólo Agapito pagó prenda. Cantó y las mujeres se rieron de él.

—Cómo fué su canto, vale,—le dicen para darle bromas.

Cuando Chencho llegó al corte Murciélago le contó como habían pasado la noche.

—De lo que se perdió el Jefe. Anoche Gautier Mojica hechó los rizos. Había de todo

—Sólo faltó usted y Lao,—dijo Fonso.

—Pa que mientan eso, señore,—murmuró otro a poca distancia.

—Si uté ve a Gautier, Chencho, con un pañuelo de seda colorao en el pescuezo no lo conoce. Tenía una cluequera que ni las que se da el Jefe.

Varios se rieron. Recordaron las cosas del Jefe Lao, cuando andaba persiguiendo a Justina. Todos en el batey conocían esa historia.

Lao encontró a la mujer que tenía, en Lajas Cocinaba en casa de Don Miguel. Como él pasaba por la colonia cada vez que iba al batey, la veía con frecuencia. Hizo amistad con ella y cada vez que podía, y casi todos los domingos, arrancaba en su mula para Lajas a floretearle. Entonces no tomaba mucho. A Fonso le contaron que allá en Lajas se las echaba mucho, que hizo creer que lo iban a poner de Jefe en el Batey, que el Gobernador de Macorís lo protegía y otros embustes por el estilo.





Sobre el camino que conducía del batey de La Inocencia al batey de la Finca, a veinticinco minutos al trote de los mulos, en una hondonada se levantaba el batey de Lajas. Dos barracones, una bodega, y una sola hilera de bohíos en frente de ésta. Detrás de aquellos barracones, en una leve pendiente, el corral y el molino de viento, alto, que era lo primero que se alcanzaba a ver cuando uno se iba aproximando al sitio.

En ese batey, donde se encontraba uno de los chuchos más importantes de la línea férrea, vivía Don Miguel. Por allí tenían que pasar todos los que se dirigían a pié o en monturas a la Factoría. A esta circunstancia, más que a su tamaño, debía Lajas la importancia que tenía.

Aquí fué donde Benceslao conoció a Justina. Ya haba llegado a sus oídos la noticia de la cocinera que trajo de Macorís Don Miguel, porque los peones, y alguno que otro transeunte, se habían hecho lenguas de su buenamosura.

Contaban que un día, de regreso de la Finca, Lao se detuvo en la bodega de Lajas para tomarse un trago. Amarró su mula en un paral y como tenía confianza, saltó por encima del mostrador para que le sirvieran del lado adentro. Porque por fuera, sólo beben los peones, que no tienen su categoría.

Tomaba de pié, mirando hacia el camino, abierto entre dos campos de cañas, cuando, de repente, oyó la voz de una mujer que pidió una manteca. Era Justina. Alta, elegante, de color claro,

de pelo negro, lustroso, partido en mitad de la cabeza y anudado en la nuca, con una flor de maravilla enganchada en el moño. Los ojos hermosos y brillantes, inteligentes. Cuerpo bien formado, de curvas expresivas. Había penetrado por el natio de la bodega y de pié a la entrada del mostrador, esperaba que el dependiente le sirviera, como era su costumbre.

Al volver la cara Benceslao, no se pudo contener. Colocó el vaso sobre el mostrador, le clavó la vista a Justina y luego, picándole un ojo al dependiente, exclamó finjiendo el mayor asombro:

—Compadre!

Refería esto con frecuencia a sus amigos. Desde ese día Lao perdió el juicio. Viajes van y viajes vienen, de Lajas a La Inocencia, de La Inocencia a Lajas, hasta que poco a poco se fué formando.

Justina era de los lados de Mata de la Palma. Tenía allí a su mamá y un hijo. Un hermano definitivamente establecido en una sección de Higüey. Apenas debía tener diez y ocho años. Lao no le echaba más. Quizas tendría menos.

En La Inocencia lo supieron enseguida. Lao no tenía reposo. Constantemente en el camino.

—A la mula no se le seca el sudor,—decían algunos.

—Dónde está Lao?—preguntaban con malicia.

—En el camino!—respondían sonreídos.

Y un guazón volvió a preguntar.

—Y pa qué lao tenía la mula la cabeza, pa Lajas o pacá?

Reían con picardía. Rosendo sólo se limitaba a decir:

—En el camino sólo se ven las jueyas encontrá y fresquecitas de la mula de Lao.

No exajeraban. Las malas lenguas le achacaban haberle producido una matadura a la bestia. Podía ser cierto, y Justina bien valía la pena.

Justina vivía en la misma casa de Don Miguel. En un martillo tenía su habitación. Se conducía bien, pero tenía fama de ser enamorada. En el batey de Lajas, las malas lenguas, que no faltan en ninguna parte, decían que D. Miguel la distinguía demasiado y que ella era la que tenía que ver con todo en la casa. Pero él no supo de estas habladurias. Quién se atrevía!

Cuatro meses solamente pasó allí. Al tercero, ya Lao le había propuesto llevársela a La Inocencia, si a ella le convenía.

Repetían en el batey como Lao consiguió a Justina. Una mañana llegó a Lajas con el pretexto de avisarle a Don Miguel que había visto un buey suelto en la colonia y, como no lo encontró, se lo dejó dicho con Justina. Se dilató un rato explicándole bien a ésta donde estaba el buey. Otro día, le cojió un aguacero entrando al batey y fué a pasarlo a la casa. Don Miguel tampoco estaba y aprovechó la oportunidad para hablar con la muchacha. Fué así varias veces a servirle a Don Miguel, a ponerle en conocimiento cosas que obser-



vaba al pasar por allí, hasta que una mañana, Don Miguel se quedó esperando el café que tomaba tempranito. Más tarde, un peón le dijo, que vió al Jefe Lao con una bestia arreviatada por los alrededores del chucho, y que deseando saber que hac a allí, observó que montó una mujer y arrancó como para La Inocencia. El peón aseguró que le pareció sería Justina, pero que no estaba bien seguro.

Ya al medio día Don Miguel lo sabia todo y fué en el batey donde más se habló de esto. Lao no volvió a pasar por Lajas. Para ir a la Central se dirigía por El Salto. Y no pasó más nada. En La Inocencia, en la bodega, por la tarde, Rosendo se limitó a decir:

—El Jefe está encuevao! No se le vé por parte.

Rosendo y sus compañeros de cuarto dejaron temprano el trabajo porque estaban estropeados. En la noche aún comentaban los incidentes del baquini de Mauricio, sentados dentro y fuera del barracón, en las hamacas unos y en sendos cajoncitos los otros.

De pronto les sorprendió la llegada de Nano. Sobre la bestia de carga del Agrimensor, cubierto por una frisa que apenas le dejaba ver el rostro, Nano se estremecía. Al acercarse a la puerta, Fonso, se adelantó. Sin hacerle ninguna pregunta lo ayudaron a apearse del mulo, y sujetándolo por los brazos lo introdujeron en el cuarto. Nano les dijo que el Agrimensor le facilitó el mulo para que

volviera al batey. Y una frisa para que se cubriera. Vino al paso, por el camino se lo quiso comer el frío. Era la cuarta calentura que le daba. Y la más fuerte. Salió con el yelito, pero en el camino le arreció y le entraron unos temblores que por poco se cae del mulo. Allá le habían dado mucho té, pero no mejoró. Cada día esa fiebre era más fuerte.

Los ojos se le habían hundido y se le habían puesto amarillos. La piel ceniza y muy enflaquecido el cuerpo. Hacía días que no podía pasar ni agua. Le atacaron vómitos y un dolor de barriga que no lo dejaba tranquilo. Una mujer, donde paraba el Agrimensor, le preparó una cañafístola, pero esto lo puso más malo. Fonso tendió la hamaca y lo invitó a acostarse. Lo envolvieron en la frisa que traía y le pusieron dos más de las que allí había. Nano siguió temblando. Los amigos lo dejaron tranquilo, porque si hablaba era peor. Arropado de pies a cabeza quedó solo, mientras Rosendo y Fonso salieron a voltear por el batey.

Nano pasó una noche muy mala. Se volvió loco. Ni Fonso ni Rosendo pudieron dormir. Casi toda la noche hablando. Dos días después Rosendo comentaba el caso con Murciélagos. Ese hombre se va a morir. Las calenturas lo están acabando. Está estirado ya. Blanco como el caliche. Sin sangre. Los ojos hundidos. Y no quiere tomar nada. Ni tiene quien por él haga. Nosotros nos vamos para el trabajo y se queda ahí solo en su hamaca,

a veces sin tomar café en todo el día. Ayer Fonso le trajo un poquito de donde Lupe y luego un té. Pero eso no le hizo nada. Anoche por poco se muere. Eran unos quejidos que eso daba pena. Parecía que estaba en un pleito, porque todo se le volvía pedir un machete. Pero eran gritos. Parece que lo querían matar y pedía el machete para defenderse. Rosendo lo mandaba a callar, pero en balde, seguía gritando. Y parece que mentaba sus jentes de allá abajo.

A Rosendo le da apuro salir para el trabajo y dejar a Nano en ese estado. Pero comprendía que no podía hacer nada. Todo lo más, buscar una persona que le diera vueltas para que no se quedara solo en el cuarto. Nano era un buen hombre, sanote. Le habían cojido pena. Y tenía buenos comportamientos. Hablaba poco.

Fonso le dijo a Rosendo que porque no se lo recomendaba a Lupe. Este encontró buena la idea y enseguida se dirigió al bohío. Le dijo que en el cuarto, Nano estaba muy malo, que había pasado una mala noche, que estaba como loco, divariando y que le daba pena irse para el trabajo y dejarlo solo. Que ese pobre hombre no tenía quien hiciera por él. Lupe se brindó a darle vueltas y a hacer por él lo que pudiera. Rosendo tranquilizado, siguió para su trabajo. Y Lupe se encaminó hacia el cuarto del barracón. Abrió la puerta. Nano estaba como dormido. Solamente vió tendida su hamaca, las demás estaban arrolladas y colgadas a la solera. En un rincón había un hacha y a poca



distancia un cajón. De un clavo colgaban unos pantalones y una camisa sucia y manchada. Un cinturón y un sombrero viejo. Sin duda esa era la ropa del enfermo. Lupe se acercó a la hamaca. Nano permanecía arropado de pies a cabeza. Lo llamó sacudiendo la hamaca. Por la madrugada había sudado la fiebre. Lupe le preguntó como se sentía y él le contestó que **alentaito**. Enseguida le ofreció traerle un té de **anisillo** que era muy bueno.

Lupe le dió vueltas durante el día. No lo hizo crecimiento la fiebre. Al medio día le llevó un caldo y un poquito de café.

Rosendo y Fonso se enteraron por la noche de lo que había hecho Lupe. Afortunadamente a nadie le falta Dios.

Pasaron la noche tranquila. Nano no se movió. Ese hombre también tendría hambre, pensaron. La debilidad no lo dejaría dormir y le cojería la cabeza. Para Rosendo la mejoría se debía al caldo que le dió Lupe. Usted sabe lo que es tener la barriga llena de viento! Se ha salvado de **chepa**, murmuró Fonso.

Tempranito Lupe se presentó con una taza de café. Nano la tomó y quiso dar una chupadita. Le pasó el cachimbo, se lo encendió y luego se fué para su casa prometiéndole volver.

Ese día Nano tuvo fiebre y dos días más. Lupe venía a verlo varias veces al día. Fué a la bodega a preguntarle a Don Antonio si tenía alguna medicina para las calenturas y compró unas

cápsulas que aquel le enseñó y recomendó. Con esas cápsulas se le cortaron las fiebres a Nano. Durante la enfermedad Lupe le cojió pena y parece que hasta sintió alguna simpatía por él. Tan pronto se le cortaron las fiebres se lo llevó a comer a su casa. Tuviera o no trabajo ya tenía la comida segura. A cambio de ésto, Nano le proporcionaba el agua y le buscaba leña. Le hacía todos los servicios que podía. No tenía que preocuparse por la ropa tampoco, Lupe se la cosía y se la arreglaba.

Pero pronto encontró qué hacer. Le pagaron una limpieza en los campos más cerca del batey.

Una noche le contó a los compañeros su aventura con el Agrimensor. Estaban todos reunidos en el cuarto oyéndolo con atención.

El día que abandonó el batey en compañía del Agrimensor y el Ayudante, siguieron unos detrás de otros, conversando cosas de la ciudad que a él no le interesaban. De vez en cuando le hacían alguna pregunta que él contestaba.

En la tardecita, después de haber cruzado por diferentes sitios, de haberse detenido a saludar conocidos, de cruzar cejas de monte y haber vadeado un arroyo que él encontró muy bonito, se desmontaron en casa de una mujer llamada Juana. Un muchacho se hizo cargo de las bestias que él ayudó a desensillar y amarrar.

La casa en que el Agrimensor se hospedaba era la de Severo Marte. Hacia algunos años que conocía a esta familia. Juan Bautista estaba allí

en su casa. Se enamoró de la hija única de Severo y tuvo un hijo con ella. Juana era jóven. Apenas tenía diez y ocho años. Ancha de caderas, de color claro, buen pelo y con unos ojos negros y hermosos. Era un tipo. Fué en su segunda estadia en el fundo cuando la consiguió. Después de unos cortos amores la hizo suya. En esa época gozó mucho. Iba de caza por el monte, se bañaba en el río, paseaba a caballo. Severo advirtió lo que estaba pasando, pero como le debía grandes favores al Agrimensor no decía nada. Este le fué muy útil en la mensura. Por él logró que se le adjudicara una buena porción de tierra precisamente en el sitio que ambicionaba. Cuando Juan Bautista volvió a la casa para continuar el trabajo, ya Juana daba señales inequívocas de estar en cinta. La familia lo recibió con marcada alegría. Trajo esta vez algunos regalos. Dos cortes de vestido, uno para la madre y otro para Juana con un par de zapatos y unas polainas que entregó a Severo. No hubo que dar explicaciones. Se le arregló un cuarto para los dos.

El vecindario se enteró primero que la familia como acontece siempre. Muchas mozas del sitio sentían envidia por Juana, a quien suponían feliz y bien tratada por el Agrimensor.

—Y por allá—le decían sonreídos.

—Bien,—contestaba el Agrimensor.

Un día el vale Alipio le dijo mientras cruzaba una trocha:



—Me dicen que te has dao más gallo que yo,  
—y le cruzó un brazo por los hombros.

—Más que usted viejo? Eso hay que verlo.  
Alipio sintió una gran satisfacción.

Otro día se encontró en una bodeguita del camino del Hoyón con Anselmo Benitez.

—Me dicen que la tienes al largarlo,—le dijo.

Y como Juan Bautista no contestara, Anselmo agregó:

—Si no te pones en traba vas a acabar con to el vivo.

En realidad él no tenía la culpa. Las secciones por donde trabajaba constituían una provocación. Muchas muchachas buenas mozas, demasiado oportunidades para verlas, tiempo de que disponer y además, su profesión le daba toda clase de facilidades. Para los campesinos del lugar él era el árbitro de las tierras y podía a voluntad aumentar o disminuir la fortuna de todos ellos.

Nano prosiguió su relato. Al día siguiente se organizó una cuadrilla de trocheros. Diez hombres más o menos. No se hizo otra cosa. Por la tarde el Agrimensor salió a cazar guineas con el Ayudante, él y el muchacho de la casa. Se internaron en un monte. Habían muchas bandadas. A cada paso se levantaba una. En un conuco de arroz mataron tres. El muchacho las sacó. Más tarde, cuando iba oscureciendo se mataron otras tres en los palos. En una ceiba se quedó una enganchada.

Tarde en la noche, arrimado a un cajón en

la cocina él se comía un plato de locrio de guineas, como hacía tiempo que no lo había visto.

Por la mañana salieron al trabajo. A él le dieron la mira, y al muchacho la cadena.

Penetraron en un monte espeso. El muchacho dijo que a ese lugar le decían La Loma. La tierra era negra, cubierta de hoyos y tenía partes en que no se podía andar por la bejuquera. Sintió cantar algunos rolones y vió unas cuantas perdices. El Agrimensor no llevaba la escopeta. Iban a trabajar ese día. Juan Bautista dió órdenes de empezar la trocha al pié de una ceiba grande y después de indicarle con el lazo la dirección, la cuadrilla empezó a picar. Esperaron un buen rato mientras el Agrimensor fumaba y contaba cuentos, y luego empezó a medir. Después se fué a parar con la mira un poco lejos. El Agrimensor colocó el aparato al pié de la ceiba por donde empezó la trocha.

Pasaron la mañana ocupados. Al medio día se aparecieron unos hombres. Conocían a Juan Bautista. Pero él no supo nada ese día.

Por la tarde, cuando descansaban en la casa, vinieron otros hombres. Conversaban tranquilamente, pero a poco se armó una discusión. Los hombres alegaban que esa mensura no se podía hacer. Y que ellos la pararían de cualquier manera, porque eso no era de la Finca. Juan Bautista les decía que sí. Que él tenía orden de hacer esa mensura y que se dirigiría a la autoridad para que

lo apoyara. Hablaron mucho y los hombres terminaron por amenazarlo.

El Agrimensor entonces dijo que eso eran disparates, que esa jente no sabía lo que estaba haciendo. Que dónde iba a parar la Finca y que si no lo dejaban les pesaría porque entonces vendría el Tribunal de Tierras y que con ese sí que no se podían meter, porque ese medía con la guardia.

Al día siguiente, los trocheros no pudieron hacer nada. En la trocha amanecieron muchas jentes armadas con machetes y dispuestos a pelear. Juan Bautista lo supo temprano y no se atrevió a salir del bohío. Mandó al muchacho a decirles que vinieran donde él. Cuatro se presentaron y a poco volvió a haber discusión. La jente decía que eso era un abuso. Que no estaban dispuestos a que se les cojera más tierras. Que ellos eran los únicos dueños y que no habían vendido a nadie. El Agrimensor les decía que sus títulos no cubrían tanto monte. Que allí la tarea había salido a un peso con diez centavos y que la Finca tenía muchos títulos. Los hombres le respondieron que no tenían que ver con eso. Que desde que ellos se acuerdan ese monte había sido respetado como de ellos por todo el mundo y que sus títulos eran lejítimos y heredados.

Dos días se perdieron esperando que las cosas se aplacaran. Pero al contrario se pusieron peor. Los hombres le dijeron a Juan Bautista que contra él no iba nada, pero que allí no podía medir.

Se despachó la cuadrilla y se quedaron tres



días más. Nano no hacia nada. Atender a las bestias. En eso cayó con las calenturas. El primer día creyó que se iba a morir. Ese fué un frío tremendo. La mujer le dió un bebedizo, pero no le valió. Siguió malo. Juan Bautista mandó al muchacho con una carta al batey de La Inocencia para que la mandaran al Administrador. Para que no lo molestaran le hizo saber a los hombres que él había avisado a la Finca de lo que pasaba y que esperaría allí hasta que le contestaran, desde luego sin hacer nada.

Nano siguió con las fiebres y el Agrimensor le dió una montura para que viniera al batey, porque allí no había con que curarlo.

Fonso que oyó toda la relación se echó a reir.

—Uté se ha salvao, vale Nano, de que lo hicieran picadillo junto con el Agrimensor. Eso le hubiera pasado por ladrones de tierra.

Y enseguida relató que a él le pasó peor. Que una vez, por El Soco, acompañó a un Agrimensor en una mensura y que un día tuvieron que salir huyendo porque por poquito se los comen. Desde entonces juró no andar más con Agrimensores. Eso es muy peligroso, sobre todo cuando trabajan con Finca. Los Agrimensores de Finca tienen que medir con la guardia, si no, no pueden medir. Porque se meten en todas partes. Esos no respetan ni linderos ni nada.

Y Nano agregó que por allá abajo no era así la cosa. Qué allá nunca ha habido pleito por eso.

Fonso le contestó que por allá era con maracas y por aquí con panderos.

Y se echaron a reir. Fonso se desató entonces a hablar de la Finca, pero nadie le contestó. Lo oían callados. Al terminar le repitió a Nano que estaba vivo de casualidad. Fonso exajeraba, pero lo hacía para reirse de Nano. Si yo estoy ahí, y esas tierras fueran mías, lo que es el Agrimensor y los que andaban con él no alcanzan ni para pastelitos. Y Nano que creía que Fonso le hablaba en serio respondió que él no tenía que ver con eso. Que por llevar un palo para ganarse la vida, no era para que le hicieran lo mismo que al Agrimensor. En todo caso, concluyó, sería con el que mandaba a medir.

—Es que por allá son otra clase de jente,— dijo Rosendo.—Por aquí se dejan quitar lo suyo. O son muy brutos o muy pendejos.

Una tarde Nano y Rosendo se encontraron en la bodega. A poco de estar allí se acercó Abelardo montado sobre su mula. Pidió una caja de fósforos y arrendó enseguida.

Rosendo tuvo que dejar su puesto a la mula que casi le tocó con la cabeza en un hombro. Al alejarse Lalo, se volvió a Nano.

—Uté no se fijó, vale? Esta colonia está llena de jente sangrúa. Si no me quito me tira la mula encima. Este Lalo se la da de oso. Siempre con la boca abierta enseñando el diente de oro.

Rosendo parecía molesto, pero al ver a Don Antonio de espalda, inspeccionando el aparador, se fijó en la pistola, olvidó el incidente de Abelardo y tocando a Nano con un codo le habló en voz baja:

—Fíjese, vale! Esa es la pistola que yo digo.

Don Antonio se daba cuenta del respeto que inspiraba su pistola. Menos mal! De ese modo los



intereses están más garantizados. Hay tantos bandidos por estas colonias!

La pistola de Don Antonio era un **parabelum**. Rosendo nunca había visto un arma como esa. Los bodegueros en las Fincas no pueden estar desarmados. Don Marcial también usaba revólver y siempre que iba a voltear por la colonia lo llevaba. A veces, en su casa, descansaba de ese peso. Los peones igualmente están armados, pero con armas blancas. Cuchillos, mochas o machetes. Existe una continua y peligrosa lucha de intereses en las Fincas. Entre dominicanos y haitianos, entre ingleses y dominicanos, las rivalidades por el trabajo ocasionan disputas que dan lugar a reyertas sangrientas. Los días de pago y los días de fiestas son propicios a estos hechos. Para evitarlos las autoridades multiplican su celo. Pero como todos están armados, se respetan mutuamente.

El compañero de Victoriano Marte desde que enganchó en La Inocencia fué Rosendo. Nano sentía admiración por éste, y lo consideraba muy despierto y muy conocedor del trabajo y de las jentes. Nunca hacía nada antes de oír sus consejos.

—Rosendo tiene mucha esperencia,—decía.

—Es un hombre jugao, curtío y sabe de todo. A ese no hay quien lo engañe.

Con Fonso y con Murciélago hacía liga igualmente. A Murciélago lo oía con gusto. No había conocido hombre que contara más cuentos que

este carretero. Los gallos, por los cuales sentía Nano una gran pasión, lo acercaban a Fonso. Muchas veces, los domingos, salía con éste para topar en la sabana el malatobo. Otras le daba dinero para que se lo llevara en peleas que tenían lugar en algún cañaveral a espaldas de Benceslao. Pocas veces perdía. Fonso tenía muy buen ojo. Tal vez conocía más de gallos que de cañas. Con él fué a la gallera de El Salto un domingo y allí perdió algunos centavos. Ese batey si le gustó. Tenía tres bodegas grandes, una gallera muy buena y más movimiento que el de La Inocencia.

Creía Nano que Fonso debía jugar su gallo en El Salto. Ahí si había dinero. Pero Fonso pensaba que él no tenía resto suficiente para ir allí.

—Yo, vale, tengo que empezar de a poquito. Primero lo topo aquí y después de la prueba nos juntamos tos para ir al Salto.

Nano no sabía carretear ni le gustaba cortar cañas. Lo que ganó con el Agrimensor fué muy poco a causa de las calenturas que lo baidaron un tiempo. Chencho lo utilizó después para diferentes cosas. Le dieron un pico y lo pusieron con otros a rebajar la barranca del arroyo para facilitar el tiro de los campos que se iban a cortar. Arregló empalizadas que quedaron en mal estado en campos que ya se habían cortado. Estos trabajos le producían poco. Los jornales estaban por el suelo y le pusieron una miseria por día. Pero pronto comenzarían las limpiezas y Victoriano pensaba que podría conseguir algún buen ajuste. Eso era

lo que más le convendría, porque tenía experiencia y era largo.

Compró con lo que le produjo su primer trabajo, una buena mocha y un cinturón en la bodega. No le gustaba mucho el juego, pero echaba sus paraditas algunos domingos y se entretenía en ver jugar a los otros.

Disponía de poco tiempo para andar, pero ya conocía todo el batey y toda la colonia. Había salido a la sabana con Rosendo varias veces. Tomó café donde Silveria. Pensaba ir al Central a conocer la casa de máquinas y Fonso le prometió dar una recorrida por los fomentos para que viera esos lugares que eran muy bonitos.

No trabajaban siempre juntos Nano y Rosendo, pero en las horas de descanso se encontraban con frecuencia, en la bodega, en el peso, donde algunos amigos; y en el barracón dormían en el mismo cuarto por temporadas, cuando la clase de trabajos que hacían o la distancia en que lo hacían no los obligaba a separarse. En otras ocasiones la separación se debía a que Rosendo daba sus salidas con frecuencia allá fuera, a la sabana, donde tenía amigos o compadres. O Nano por su parte, también tenía que andar solo, sin testigos.

Sino hubiera sido por su amistad con Rosendo las veces que lo hubieran engañado en el trabajo no se podrían contar. Al peón que no abre el ojo se lo llevan en las uñas. Porque para jente viva esas Fincas. María Santísima! Tienen unas espuelas sin comparación. Todos los que mandan



en ella son unos fieras. Y Rosendo se lo advirtió desde los primeros días. Esa fué su suerte.

—Aquí, vale, hay que despabilarse! Al que se hace peje se lo comen. Toda esta jente que uté vé aquí tienen unas agallas del Diablo. Aquí no vienen más que a cojer. A llenarse el bolsillo con el sudor del prójimo. No le tienen pena al cristiano. Se beben el sudor del probe.—Y bajando la voz para que no le cojieran tirria, agregaba:—Desde el Administrador hasta el último jefe no son más que unos cojedores.

Y Nano ya estaba convencido de eso. Había tenido varios pleitos. La primera semana que trabajó le querían mochar la paga. Si no se para boto se lo comen vivo.

—Yo no sé como hay jente todavía con entusiasmo por las Fincas,—le decía una noche en el barracón Rosendo.—Eso sólo se puede ver en los novatos. Aquí no se le puede creer a nadie, porque aquí nadie sabe ná. Los Mayordomos no saben má que echárselas. Uté no vé a ese Mojica, ese es el má hablador de todos los que yo he conoció. El se cree dueño. No le vé el porte y la liontina. Sujeto! De momento le dan una botá.

Y refiriole la historia de un tal Toñito que se creció tanto que ya hablaba hasta como los blancos. Eso fué en Angelina. Los trabajadores no lo podían ver por déspota. Después que lo despidieron parecía un pollito de a real. Un día lo encontró por un camino en una yeguita haragana. Lo paró para preguntarle si el camino de Quisqueya

estaba bueno. Le dijo que iba a trabajar en esa Finca, que iba muy bien recomendado. Pero no supo más de él.

—Estaba sucio, vale. Y jata me pidió fósforos para prender un cigarrillo. Daba pena. Y si lo hubiera conocido en sus tiempos! Jesús! Se tragaba los vientos. Y se dió una degarita que no lo ví más nunca por parte.

Rosendo no creía en nadie. La Finca era una esclavitud. Trabajaba en ella porque qué iba a hacer. No sabía oficio, ni conocía de número, ni de letra. Ah! si supiera manque fuera la O, quién lo hubiera visto entre cañas!

Con frecuencia le repetía a Nano que había hecho un disparate. Alá abajo cualquiera tiene su bobería, pero aquí ni la hamaca es de uno. Aquí no saca uno los pies de la batea. Y si gana algo, la bodega, los juegos, los gallos, las mujeres, el Mayordomo y el Diablo se lo quitan. Los cuartos de Fincas se quedan en Finca. Son sal y agua.

—Yo vale, no he visto a ningún colono rico todavía. Cuando no están trabajando están muertos de hambre. La caña es azarosa, vale. Yo se lo digo, yo tengo esperencia. Yo he manejaó mucha gente, vale. Los he visto subir y bajar. Mientras más elevao más pronto han caído. Conozco bodegas por donde han pasao más de diez encargados. Mayordomos que es una barbaridad, volteadores ni se diga. Los que más duran son los Administradores. Después, es un entra y sale. Y toavía no he visto a naide rico. Desde que se salen de la caña

se los lleva el Diablo. De que esto azara, vale no se pué negar. Son cuartos como de juego. Entran po aquí y salen po allí; sólo los blancos están siempre igual. Y jata a esos los vuelan a veces. A muchos por borrachones. Porque eso si es beber en regla. Yo no digo todos, pero al que le gusta sale de calidá. Y beben fuerte. Porque esos blancos si que no son de romitos simples. Figúrese que sólo beben de brande parriba. Cosa que ajuma tanto, vale. Cuando salen de sus fiestas hay que llevarlos cargaos. Y si no se duermen toditos. Esas si son fiestas celebrá. Yo los he visto jasta cantando a gritos. Se ponen mas coloraos que un tomate. Porque la bebía los pone como gallos ruciaos con romo. Si uté ve a Papá Yute metío!

Nano no conocía a los blancos del batey. El día que estuvo allá en compañía de Rosendo no vieron ninguno. Era día de fiesta. Rosendo tenía que hacer unas compras. En la bodega Don Antonio le había pedido muy caro por una ropita y tenía la seguridad de que en la bodega del batey la iba a encontrar más barata.

Tempranito salieron los dos. Iban a pié. Rosendo le enseñaba los campos.

—Este es Tumba Tiro, el batey más pobre, vale. Aquí no hay que comer. Aquel del molino es Miguelcho.

Nano no se cansaba de repetir:

—Esto si e haber caña, vale.

Por los carriles encontraron poca jente. Los



cortes estaban vacíos. Algunos bueyes, algunas carretas cargadas inclinadas sobre el pértigo.

—Qué sol tan bravo, vale!

Por las mañanas aún no se ha levantado la brisa. Las hojas de las cañas permanecen inmóviles. Hacía tiempo que Rosendo no visitaba el Central. La última vez que fué lo llevaron en la máquina. Contó a Nano cómo se desencarrilaron los vagones y el trabajo que costó ponerlos en la vía. Porque estas sí que son líneas malas! Y le enseñaba a Nano las curvas más peligrosas que veía.

Avanzaron mucho y, antes de que el sol les hiciera sudar, ya habían divisado una parte del Batey. Situado en un llano, a diez o doce kilómetros de La Inocencia, desde muy lejos, por casi todos los carriles, se alcanza a ver el humo de sus chimeneas, manchando el cielo o el verde de los cañaverales. Un humo negro, denso, como si fuera de petróleo, humo producido por el bagazo que se quema en gran cantidad durante la zafra. Este humo se ve de día, de noche, durante seis meses, con excepción de los domingos y algunos días de fiestas.

Junto a las chimeneas anchas, pintadas de negro, sostenidas por cuatro vientos, cables de alambre tejido, se levanta la casa de máquinas. Una tosca construcción formada por varias enramadas de diferentes alturas. Los techos anchos por algunos sitios, estrechos por otros, pintados de rojo, rematan con dos o tres miradores.

En una esquina de la enramada principal se encuentran los molinos. Dos o tres y hasta cuatro a veces. Son gruesos cilindros con la superficie acanalada, pesados, que entregan la caña convertida casi en polvo, para que puedan utilizarla luego en la combustión de las enormes calderas situadas en el otro extremo. Por delante de los molinos, el conductor siempre lleno de cañas. Desde allí se alcanzan a ver las bombas, los volantes, la tubería gruesa que conduce a todas partes el vapor que mueve aquellas pesadas máquinas y también la tubería por donde sube hasta el tercer piso, a los tachos, el guarapo gris y turbio que habrá de dar el azúcar. Hacia el centro la batería de centrífugas purgando continuamente el azúcar.

Arriba, el piso de los tanques de cristalización, la defecación y más arriba, los tachos, enormes, concentrando en su vientre el guarapo para ponerlo en punta. Estos lanzan su silvido periódicamente para vaciar su carga y tomar otra. A intervalos el azucarero comprueba el grado de densidad que en ellos el guarapo va tomando y el químico obtiene las muestras para determinar la riqueza en azúcar.

Luego, detrás de las centrífugas, se realiza el ensaque y el peso del azúcar. Aquí se levantan estibas de sacos de yute, traídos de la India, a travez del Pacífico, vacíos y llenos, con las 320 libras reglamentarias.

Fuera, el taller de mecánica. la planta eléctrica, para iluminar la casa de calderas y todas las

instalaciones importantes del hatey. La casa de locomotoras, la carpintería, los depósitos, el almacén.

Junto a la Factoría las demás dependencias: la bodega, la Oficina, la calle de los empleados importantes, casitas de muñecas con jardín y enredaderas para mitigar el sol y la luz, y entre las cuales se destaca la del Administrador. Más allá se vé el peso para vagones, el de las carretas, la Jefatura, la Farmacia en el arranque del camino de Lajas. Un corral para bueyes. Y fuera, en el límite del terreno, un grupo de bohíos para la peonada.

Aquí y allí se ven casitas dispersas de empleados de segundo orden, Mayordomos, Volteadores, Carpinteros, Albañiles.

Todos los días, todas las noches, continuamente, durante la zafra, se escucha el silvido del vapor en los diferentes tubos de escape y en las válvulas de seguridad. Es un soplo suave o estridente, acompasado. Y dentro de la casa de máquinas prevalece un ruido ensordecedor, de las volantes, de los reguladores, de las correas, de los pistones, de las centrífugas, de las bombas, de los tachos, de todo lo que allí dentro se mueve, entrando y saliendo, subiendo y bajando, dando vueltas, golpeando, cayendo, con una precisión que asombra y desconcierta.

A las seis, a las doce, cada seis horas, el pito grueso, fuerte, prolongado de la Factoría, se escu-



cha a kilómetros de distancia para anunciar la hora de las comidas y del relevo.

El batey estaba tranquilo. Desde las seis de la mañana habían parado la molienda. Pero se veía mucha caña en los chuchos. Las líneas próximas a la casa de máquinas tenían más de veinte vagones llenos. Y las locomotoras estaban en el campo. Rosendo se acercó al conductor y se lo enseñó a Nano. Una vez trabajó allí hasta de noche, pero no le gustó ese trabajo. Lo hizo en una zafra en que estaba muy apurado y en otro Ingenio. Luego le enseñó los molinos que eran más pequeños que los del Ingenio "Consuelo". Le contó de unas desgracias que él presenció en "Angelina", hace muchos años. A un hombre le llevó un brazo y hubo que parar a la carrera para sacárselo a las masas. De lo contrario, lo hubiera hecho un papel. Vieron después, las defecadoras, los tachos, las centrífugas. Por la parte de atrás las calderas que estaban encendidas. Nano le hizo algunas preguntas que Rosendo contestó completamente. Permanecieron un buen rato observando todo lo que estaba al alcance de la vista y luego pensaron ir al peso de carretas. Rosendo le explicó a Nano que ya las cosas eran de otra manera. Que había Fincas en que no trabajaba jente en el conductor. Que los vagones se pesaban en el aire. Conocía todos los cambios que se habían hecho últimamente. Y se esforzó en describirle cómo era el trabajo antes y de cómo se necesitaba menos jente para la zafra ahora.

La primera Finca en que trabajó fué en Angelina. De eso hace mucho tiempo. Ya el Administrador que conoció entonces se había muerto. Era un hombre muy bueno. Trataba muy bien a todos los peones y lo querían mucho. Le decían "El Maestro". No era blanco. Es decir, no era del extranjero. Hablaba como nosotros. Un hombre bajetón con unos espejuelos. Angelina era una buena Finca entonces, después se descompuso. Les cogió con un pegar fuego y todos los años se molía la mayor cantidad de caña quemada. Y además estaba llena de gavilleros. En Angelina fué el pleito del "Farito". Rosendo fué testigo de ese pleito y lo contaba con todo sus detalles. Allí conoció a los generales más guapos del Este. Refería que hubo muchos heridos y muertos. Cuando hablaba de esto se entusiasmaba, porque sentía secretas simpatías por las revoluciones. Luego trabajó en Santo Anjel un tiempo.

Rosendo le mostró a Nano la casa del Administrador. Un bungalow dentro de un jardín precioso. Situada en la parte más alta del batey. Cubierta de tela metálica a prueba de mosquitos. Con amplia galería corrida. Un campo para jugar "lawn tennis" en la parte de atrás. Una casita para un perro muy hermoso que Rosendo quiso que Nano viera. Lo tenían mejor que la jente. Bravo como ninguno. El conocía el caballericero del Administrador. Hablaron de la silla de montar que tenía el blanco. Esa sí era silla. Como esa sólo había visto otra en Santa Fé, también de un

blanco. Se refirieron a lo mucho que bebía el Administrador. Cuando Rosendo trabajaba en el muelle, todas las semanas venían cajas de bebida para la casa. Esos si se dan gusto, pensaba Nano. Dieron una vuelta a la casa para verla bien por todas partes. Luego siguieron para la Oficina. Vieron el lugar donde se hacía el pago y Rosendo se detuvo para que Nano viera la caja donde guardaban los cuartos. Esa está llena de papeletas nuevecitas. Las traen del pueblo, pero ahí dentro siempre hay. Cuando llegaron al peso de carretas, Rosendo le contó como se desyuncó un buey ahí un día. Le dió todos los detalles, hasta del lugar donde vendieron la carne. Trabajó mucho tiempo en el batey, pero no le gustaba.

—En esta Finca, vale, hay que andar derecho. El Administrador es un hombre muy recio. Aquí no hay quien se atreva a amarrar un caballo en este peso, ni cojer una cañita, ni montarse en los vagones. Aquí todo el mundo tiene que andar derecho, vale. Eso si me gusta a mi. Porque donde no hay mando no hay ná.

Y mientras Nano paseaba la vista para volver a ver lo que Rosendo le había enseñado, este agregó:

—Fíjese, vale! Ni un bagacito en parte. Como fuerte es este Miste Mora. Y tan chiquito! Parece un brogocito, vale. Hoy debe estar ahí en la casa trincando con los otros blancos. Cuando se corra por La Inocencia se lo voy a enseñar. Usa unos espejuelos, vale, más gordos que el vidrio de



un vaso. Yo si que no sé como es que puede ver tanto. Porque para meter el ojo en todas partes, vale, hay que buscarle el compañero.

Mr. James W. Moore era el Administrador de la Factoría. Los trabajadores y hasta algunos empleados le llamaban Miste Mora. De estatura pequeña y de temperamento nervioso, lo que llamaba la atención al verle eran los espejuelos transparentes y gruesos con los cuales corregía su fuerte miopía. La cara, colorada y de piel fina, los ojos azules y los pómulos y el mentón sobresalientes. Como la mayoría de los americanos continentales no usaba bigote. Su edad rayaba en la madurez.

Un sombrero colonial, unas polainas y una fusta compeltaban su figura. Con motivo de su defecto visual se le habían pronunciado las arrugas de los ángulos de los ojos. Su debilidad la constituían los caballos y los perros. En la cuadra tenía dos muy buenos y mejor cuidados, de buena alzada. En cuanto a perros se le contaban dos igualmente. El mejor y más grande, con el cual paseaba a veces era "Rudy".

Hablaba poco, pero en ocasiones demasiado. Se le veía en la Oficina después de las nueve por delante de su escritorio todos los días. Su Oficina era muy sencilla. Una mesa escritorio. Dos pisa-papeles de "piedra de rayo" encontradas en los campos y una canasta de tejido de alambre para correspondencia. Tintero, lápices. Clavados con tachuelas sobre la pared varios planos en papel al

ferro prusiato con algunas marcas con lápiz rojo. En un rincón un mueble para planos. Un par de butacas de caoba.

Amenudo a esa hora cuando no iba a la Oficina, salía en Budha o a caballo a dar una vuelta por los campos. En las tardes paseaba también a caballo con la señora del primer Ingeniero, sobre todo cuando la señora Moore estaba en el Norte.

Cuando los colonos se presentaban en la Oficina por cualquier motivo y veían a Mr. Moore, siempre les decía lo mismo.

—Oh! zafra buena. Tres y tres octavos. Ta bueno.

Mr. Moore se refería a la caída de la lluvia.

—Yo pasa por allá. Caña mucho buena.

Durante la zafra era más ladino:

—Tieni jenti? Cómo va el tiro? Cuántos vagones piensa llenar este semana? Tiempo bueno.

Los colonos le sonreían. Con él hablaban poco. Mr. Moore siempre estaba ocupado. O estaba fuera, en el campo, en Macorís, en Nueva York.

Pero algunas veces lo encontraban a punto de explotar de mal humor y entonces cambiaba el tono.

—Colono queja siempri. Más dinero, mas dinero. Colono sólo jabla del cuarto. Pero coje el cuarto del siembra, del limpia, del tiro para todo. Quieri que el caña sube sola. Y siempri queja.

La última vez que lo vió don Marcial le dijo:

—Tieni jenti? Yo saber usted queja Admi-

nistración, pero usted no tener razón. Mi trata bien.

Hablaron sobre el precio, sobre el cultivo, sobre los intereses.

Mr. Moore lo despidió con estas tristes palabras:

—Su cuenta está grandí. Yo no va a dar más de un mil pese.

Desde ese día Don Marcial pensó venir lo menos posible a la Administración. Su carácter no era como el de muchos otros que se avienen a toda clase de desconsideraciones.

La esposa de Mr. Moore de la misma estatura que él, demasiado grueso permanecía poco en la casa de la Administración. Casi siempre estaba en los Estados Unidos. Pocas personas sabían en el Este que había nacido en uno de los Estados del Sur y que hacia muchos años que residía en el país. Los orígenes de los extranjeros, por lo regular, son aquí desconocidos. Pocas personas se preocupan de indagar acerca de quienes son antes de llegar a la República. Así es que de Mr. Moore y de su familia se sabía bien poco.

Por sus modales se podía adivinar que no recibió una esmerada educación, y su conversación simple y vacía, ponía en evidencia una cultura muy superficial. A veces tenía, sin embargo, algunos rasgos que denotaban una inteligencia natural. Su biblioteca era pobre. Recibía con regularidad revistas comerciales y algunos diarios de Nueva York. Los expertos en el cultivo de la ca-



ña aseguraban que cuando vino al país sabía muy poco de cuestiones agrícolas. Antes de ocupar la Administración de la Factoría, había desempeñado la Superintendencia de Campo. En este cargo no demostró gran capacidad. Un puertorriqueño, a quien llamaban Tonito, era el que realmente desempeñaba el cargo. Sus conocimientos actuales en cuestiones agrícolas los había adquirido con sus subalternos. Mr. Moore no era el único caso de esta índole, generalmente los extranjeros que ocupan cargos importantes, no lo deben siempre a su capacidad, sino a su condición de compatriotas de los dueños y directores de las Compañías. Para los nativos hay establecido un límite de remuneración por encima del cual no pueden pasar por evidente que sea su competencia.

En las Factorías fomentadas y dirigidas por extranjeros, los cargos están divididos en dos categorías: cargos para los nativos y cargos para los extranjeros. Del nativo se tiene un concepto muy pobre, no solamente desde el punto de vista de su capacidad sino de su moralidad. Son considerados jentes inferiores, de costumbres desordenadas y de inteligencia escasa. Se utilizan solamente para lo estrictamente indispensable. Estos prejuicios se revelan diariamente en el trato que reciben los unos de los otros. El personal extranjero constituye una categoría por el monto de los salarios que reciben, por las consideraciones de que son rodeados y por las facilidades que para la vida les son concedidas.

Este personal habita las mejores casas, dispone de buena luz y se le proporciona buena agua, buenos alimentos, deportes, y en general todo lo que pueda hacerles agradable, soportable la vida en el campo, lejos de los centros urbanos. Viven bajo las mejores condiciones hijiénicas y hasta las atenciones médicas que se les dispensan son las mejores.

El personal nativo, por el contrario, dispone casi exclusivamente de su sueldo para poder vivir y se le conceden muy de tarde en tarde, algunos servicios que seria inhumano negar.

Estas dos categorías de empleados, sólo tienen el contacto indispensable para la buena marcha de la industria. Sus relaciones están rejidas exclusivamente por las necesidades del trabajo

Mr. Moore llevaba muchos años de residencia en el país. Conocía muy bien a los dominicanos según solía el mismo decir a sus amigos. Por su Oficina pasan los nativos más distinguidos en la política, en la industria y en el comercio. No frecuentaba los centros sociales. No hay necesidad ni es costumbre en el Este. Pero como la industria azucarera es la más importante de la República no puede sustraerse a las relaciones que su misma importancia le crea. Pesa su capital y pesan sus hombres en la balanza de la opinión y en la de los negocios.

Esta influencia tan preponderante hacen que los hombres que la dirijan tengan un conocimiento tan completo del país. Por lo regular se guar-

dan de expresar amenudo sus opiniones, pero Mr. Moore no tenía inconveniente, cuando la ocasión lo ameritaba de despacharse a su antojo. Estas opiniones eran conocidas por sus amigos íntimos que a veces las repetían.

En una ocasión con motivo de una Ley para favorecer al peón nativo se expresó en estos términos:

—Dominicano no conoci su país. El jenti aquí no sabi nada. Sin jaitiano, sin cocola, no hay zafra. Dominicano es el jenti del gallo, del balsié, y del santo. Sabi mucho de jiglesia. No quieri trabaja. Y si trabaja es pensando en el fiesta. Quieri descansar todo el tiempo.

Pensaba Mr. Moore que el dominicano era el hombre más civilizado o más salvaje del mundo. Es más católico que ninguno. Guarda respeto a casi todos los días del año, tiene más relaciones que ningún otro hombre. Sus compadres son infinitos. Cuando no trabaja porque el día es de guardar, no trabaja por la muerte de un deudo, de un compadre, de un amigo o simplemente por la enfermedad de cualquiera de ellos. Un día no trabaja por devoción, otro por superstición, otro por humanidad, otro por imposibilidad física y así sucesivamente. Ningún hombre con más fé ni con más deberes, ni con más compromisos. Cualquiera diría que es un perfecto haragán. Ningún hombre más imprevisor, ni más descuidado, ni más conforme.

—Dominicano no quieri trabaja. Pero quieri



dinero por fiesta, por caballo, por revolver. Genti del pueblo estar médicos, abogados, políticos. Quieri gana fácil. Y pide para todo. Pero nadie pide a mi para jóspital, para jacer escuela, pero pide para el baile del caña, para el fiesta San Pedro, para el carnaval, para jacer el Ley, para política. Eso no pasa en mi pais. Jenti pide para cosas buenas, comprendi?

Como todos los norteamericanos Mr. Moore no podía evadir el prejuicio racial. Sin embargo, toleraba con más frecuencia al negro puro que al mulato.

—Mulata estar un fenómeno,—dijo una vez. —Mulata estar un cosa extraordinaria. Es estar blanco con cabeza de negro o estar negro con cabeza de blanco. Es estar un cosa imposible. Mi tieni un idea sobre este pais. Yo no diga todo el mundo, pero yo estar siguro de un cosa. Santo Domingo tieni que estar un solo cosa. O estar blanco o estar negro. Dominicanos estar cincuenta por ciento buena y cincuenta por ciento mala. Yo crea por eso Jaity estar mocho mejor.

En otra ocasión dijo:

—Este es un pais interesante. Dominicano cree vali mucho. Tieni en cabeza su pais es el primero del mundo. El dice Colón estar aquí primera. Y que su pais es anti que todo in América. Pero él no sabi Colón pudo estar otra parti. Ese estar un sentimiento. Pero yo piensa diferenti.

Otra vez se expresó en estos términos de lante del Agrimensor:



—Mi no saber qui cosa es el dominicano,— El cree muy importante. Una vez diga a mi un abogado dominicano que Estados Unidos tiene un civilización diferente. Que Santo Domingo tiene civilización latina. Yo me ría. Mi no comprender que estar diciendo. Alemania, Francia, Estados Unidos estar países civilizados por un cosa que tienen todos. Este cosa no estar aquí. Civilización no estar un palabra. Estar un idea del vida, del ley, del conducta y yo no ver ese cosa aquí.

Mr. Moore habitaba una residencia casi suntuosa y allí hacía por lo regular, vida de soltero. En las primas noches visitaba o recibía a los empleados de categoría. Junto a una mesa redonda, en cuyo centro se destacaba la botella de whisky, junto a la de agua mineral, charlaban durante algunas horas. Una conversación simple, poco interesante, vacía casi: anécdotas, aventuras o críticas a las costumbres, a los usos nativos o alguno que otro personaje del país con quien había estado en contacto ese día. Todo esto en medio de risas, carcajadas infantiles. Mr. Moore no subía con frecuencia a La Inocencia. A veces durante la zafra, se le veía una o dos veces, encima de un caballo, escoltado por uno o dos Mayordomos y otros tantos volteadores. Cuando no, del Superintendente Tonito. Los trabajadores lo consideraban un hombre muy enérgico, de carácter irascible, y a muchos la presencia de Mr. Moore en los trabajos les inspiraba miedo.

Rosendo estuvo una vez muy cerca de él.

Cuando trabajaba en el batey lo veía todos los días. Tenía Mr. Moore la costumbre de dar una vuelta por la casa de calderas antes de ir a la Oficina. En el conductor se detenía siempre para ver la cantidad de vagones. Entonces Rosendo lo tenía a dos pasos. Trabajaba allí. Y mientras el Administrador hacía su inspección, Rosendo se fijaba en sus ojos, azules como cuentas y pequeños, pero de mirada fuerte. En este momento Rosendo no podía dejar de pensar en sus dudas. Creía que esos ojitos azules no podían ver mucho. Y menos detrás de unos vidrios tan gruesos. Y le hacía afirmar en su creencia el hecho de que los pájaros, que ven mucho, no tienen ojos azules. Para él la vista más fina la tenía el gavilán y los ojos de éste pájaro eran como el de todas las jentes, oscuros, color de hojas podridas. Miste Mora debe saber más las cosas porque se las dicen que porque las vé. Eso pensaba Rosendo. Pero al mismo tiempo le llamaba la atención el color de la cara. Era un rojo de tomate. Sin duda el juisqui se la pondría así.

Un día en el conductor Miste Mora se dirigió a Rosendo. Las cañas no iban bien arregladas. Mirando a Rosendo le dijo:

—Hombri, arregla el caña.

Otro día lo vió dándole órdenes a un maquinista. Los vagones habían tapado el paso de las carretas que iban para el peso y Mr. Moore le hizo señas para que los jalaran para el chucho.

Rosendo iba contando a Nano estas cosas del



Administrador, mientras caminaban en dirección de la bodega.

Se detuvieron por delante de ésta. Rosendo saludó a algunos amigos que ya se iban. Luego se acercaron al mostrador y pidieron un trago. Rosendo compró su muda. Nano paseó la mirada por el aparador. Colgado de un clavo se veían unos pantalones de fuerte azul que le gustaron mucho. Preguntó por el precio al dependiente. No los encontró caro, pero no tenía resto con que llevarlos. Luego vió una silla de montar por la cual pidieron veinticinco pesos. Mientras tomaba el trago no quitó los ojos del aparador.

Rosendo deseaba que Nano lo viera todo en el batey.

Al retirarse de la bodega alcanzaron a ver un carrito de frío-frío. Se dirijieron allí como si se hubieran puesto de acuerdo. Era un carrito muy bien preparado. Una caja cuadrada montada sobre dos ruedas, pintada de rojo y blanco. Colocadas alrededor del borde, dentro de agujeros, más de una docena de botellas con sirop coloreados: verdes, rojos, amarillos y blanco, imitando horchata, un departamento para hielo con un cepillo especial para rasparlo y otro con agua para lavar media docena de vasos colocados en otros tantos agujeros. Era una obra de arte el carrito este, rematado por una banderita dominicana. En un extremo colgaba un paño para secar los vasos. El encargado del carro llevaba un mandil y un gorrito de papel. Un negrito preparado y dispuesto.

Rosendo hizo el elogio de las cosas frías. Convenció a Nano de lo conveniente que era refrescarse y de que era preferible un vaso de franguesa a una copa de ron. Cerca del carro le ordenó al muchacho le sirviera dos vasos, con mucho hielo y más lamedor, de el colorao para él, porque era el mejor y para Nano el que él prefiriera. Este, después de observar las botellas se decidió por señalar la que contenía el sirop verde. Allí habia de chinás, de almendras, de frambuesa, de fresa, de limón, de casi todas las frutas. Nano no se preocupó por lo que contenían, el color le había encantado. Era un verde esmeralda. Se proveyeron de sendas cucharitas de estaño y de pié, sonreídos y satisfechos, comenzaron a disfrutar de la bebida, sorbo a sorbo y cucharadita a cucharadita. Nano se dilató más que Rosendo y se excusó de la tardanza manifestando que siempre que tomaba cosas frías, le atacaba dentera. Rosendo repitió la franguesa, era su debilidad. Al terminar se retiraron. Era tan escaso el hielo en La Inocencia, que no pudieron perder esa oportunidad. Siguieron conversando. Lástima que no pudieran llevar una botella y un pedazo de hielo.

Venía la tarde. Por detrás de la bodega pasó una bueyada. Rosendo reconoció el ganado de Don Porfirio. Buenos bueyes esos, le dijo a Nano. Lo malo es que algunos salen bravos. De sortearlos. Son cebuses. Los animales que más caminan. Fígrese que tienen unas patas tan largas. Con ellos se dan viajes que es una barbaridad. Y buenos de

enyugar. Pero yo prefiero los criollos. Pasaban de cincuenta, casi todos grises, con una protuberancia en el arranque del lomo. Los armamentos son distintos.

Al regresar no se detuvieron en ninguna parte. Cuando llegaron al barracón encontraron a Murciélago sentado en la puerta.

Murciélago siempre estaba de buen humor. Era muy ocurrente. Siempre estaba contando cuentos, en el barracón. Se complacía en imitar la voz de Anselmo Benitez y en inventarle cuentos al vale Alipio. Ahora no lo soltaba de la boca haciendo con frecuencia el cuento de la lechuza. Hacía dos noches que se lo había contado a Nano. El vale Alipio venía de una velación en la sabana. Sería casi la media noche. En la velación se había distraído mucho. Le hizo la corte a unas muchachas de Almirante. Brindó mucha empaná. Al subir la barranca del arroyo oyó cantar una lechuza y de repente paró el caballo. Llamó al vale Ambrosio que venía detras:

—Vale Ambrosio! Vale Ambrosio!

Ambrosio que venía lejos respondió:

—Qué pasa, vale?

—Qué grima me ha dao, vale. Uté no oyó la lechuza?

A poco se desmontó del caballo y le dijo:

—Sujéteme aquí, vale. Déjeme hacer aguas. Yo he bebío mucho!

Los compañeros del cuarto se echaban a reir y Rosendo aprovechaba la ocasión para recalcar:



—Así son toas las autoridades que nos mandan ahora.

Pero un dia Juan Tarana le quiso tomar el pelo:

—Aquí en el batey como enamoraos fuertes, Murciélago y el vale Alipio. Esos sí que son dos partíos.

Murciélago se molestó y hubo que hacer un esfuerzo para evitar una dificultad.

—Es que a mi, vale,—le dijo después a Rosendo—no hay hombre que me coja de banquito de picar andullo.

Desde muy temprano se sentó en la puerta del cuarto. Todos los compañeros estaban fuera. Desde allí se entretenía en pasear la vista por el batey. Le llamaba la atención los espejuelos negros que tenía un dependiente. Pensó que no sería por cortedad de vista sino por lucir. Cuándo iba él a ponerse una cosa así! Sería para que se rieran de él.

—Cansaos, vale!—dijo Rosendo al llegar.—Hemos dao más pata hoy. Por allá abajo to está muerto.

Y Nano dirijiéndose a Murciélago:

—Yo si he visto un perro grande hoy, vale!  
Y bien tratao!

—Y lo que saben, vale. Esos perros parecen jente.

Y como Nano manifestara sus deseos de tener uno igual, Murciélago le interrumpió:

—Ni lo piense, vale! Esos si que no son como

estos viejitos que uté ve en la colonia. Esos cuestan más que una mujer. Estos viejitos se buscan su comida en el monte. Y con dos trozos ya están jartos y conformes. A los perros finos hay que cocinarle comida de jente. Tomaría yo comer lo que ellos comen, vale!

—Se muere, vale,—dijo Fonso que daba vueltas dentro del cuarto buscando donde colocar sus féferes.—Los prietos no puén comer comía de blanco, vale. Le jace daño. A Chencho le regalán unas latas en el batey y por poco se va pal jollo. Nosotros semo de trozo, vale. Ya esos perros están acostumbraos.

—Va a morir, vale,—respondió Murciélago.—El no era de trozo, había comido algunas veces fino. Su padrino le enseñó a comer muchas cosas buenas.

Fonso le replicó:

—Uté ve, vale. Eso si que no me lo trago yo. Su padrino comer fino? Yo he comio más fino que él, usted puede contarlo.

—Eso si es de ahí!—exclamó Rosendo.—Nosotros estamos acostumbraos a la necesidá. Nosotros somos unos muertos de hambre, vale! Uté cree que con esos arenquitos pitisecos, ese bacalao podrío de Don Antonio se puede uno alimentar? Cuándo! Eso sostiene, pero no alimenta.

Y Rosendo se refirió a la jente de la sabana.—Eran unos descolorio. No comen más que vituallas. Víveres sancochaos. Cuando comen carne les da mareos. Y de cualquier cosita se mueren, porque

se los está comiendo la debilidad. "No tienen sangre, vale, uté puede jurarlo. Se dan una cortá y no echan ná".

La jente de la sabana pasa hambre. No comen. Viven echados en la hamaca, pánfilos, sin sangre. Bebiendo agua de hoyitos, de la que beben las bestias. Son unos jipatos. Por eso les da una calentura y estiran la pata. De la yuquita y el platanito no salen. Yo he trabajado mucho y duro, pero he comido bien. He tenido tiempos que he comido pescado todos los días. Cuando trabajaba por los lados de El Soco. Y no guardo cuarto. El hombre que trabaja debe comer bien. Por eso me da soberbia los haitianos, porque sólo se mantienen con guarapo. Ahí en la sabana hay jente que tienen vacas paridas y no beben leche y que tienen puercos y no comen carne. Los matan cuando se les van a morir o cuando ya se los traen medios muertos de algún machetazo por conuqueros. La Finca me ha enseñado mucho, decía. He aprendido a comer de toa clase de comida y a toa hora. Si yo no hubiera trabajao con estos blancos todavía andaría yo con un jacho buscando cangrejos por las barrancas de los ríos para comcr una carnita. Me he dao buena vida aunque no tenga un maíz que asar.

Por los de la sabana sentía cierta anti patía Rosendo. Eran unos blanditos, unos cuescos. Además de muertos de hambre, eran unos infelices. De todo lo que les pasaba eran culpables. No tenían aspiraciones. Se creían que el mundo





era el conuco. Si él no hubiera rodado tanto quien sabe si pensaría lo mismo. Pero él había visto el mar, los vapores, y sobre todo mucha jente blanca. Conocía hasta a los noruegos. Unos hombrazos con los ojos azules como cuentas. Así como esos collares de los vendedores. Ni más ni menos, azulitos más que el cielo. Y con los cabellos como barba de maíz. Eso sí con más fuerza que el demonio. Y comiendo yerba casi. Los había visto comer lechugas acabadas de sacar de la tierra como si fueran caballos comiendo yerba de guinea. El sí que no tenía el monte en la cabeza. La esperanza que tenía no la cambiaba ni por cuartos. Se entretenía en hablarle a Fonso de todas esas cosas.

Y proseguía:

—Conozco a los puertorriqueños, a los americanos, a los santomeros y hasta a los martiniqueños. Una vez comía yo donde una mujer de esos lugares. Esa era la mujer que mejor se amarraba un pañuelo de madrás. Eso daba gusto. Hablaba como nosotros, pero más fino.

“Aquí en la sabana, si uno llega a la hora de comida, ni lo invitan. Se quedan quietos hasta que uno se vaya. Son hambrientos. Le dan café. Algunos brindan, pero esos son los menos. El día que comen carne creen que tienen a Dios cojido por un brazo. Están muy atrazados. Hasta se dejan de comer los huevos que ponen las gallinas con tal de venderlos en la Finca”. Y para afirmar decía:

—Usted no los ve aquí en el batey peliando por un ajicito?

Y Rosendo hablaba de que sin viajar sabía lo grande que era el extranjero, la tierra de los blancos. Había estado en el muelle de Macorís y había visto descargar la comida en cantidad bárbara. Cuando los americanos él se fijaba en la cantidad de papas que comían. Esos si eran marinos que se alimentaban. María Santísima! Por eso tienen que estar coloraos. La comida la traían en latas y donde quiera que estaban dejaban una loma de latas vacías. "Así es que se vive, vale!". solía concluir.

Murciélago lo interrumpió:

—Lo que yo no se es como uté no está colorao como Miste Mora, vale, habiendo comió tantas cosas buenas.

—Mire, vale, váyame apeando, que a uté le gusta reirse de los otros. Mire que uté es muy feo.

Luego le habló de la buena comida que conocía y donde las había comido. Discutieron un rato sobre estas cosas y para terminar la discusión, Murciélago le pidió a Rosendo que le enseñara la compra. Un pantalón de fuerte azul, unos zapatos de cuero amarillo, un cinturón y una vaina de machete .

—Barato, vale. Si esto lo compro aquí a Don Antonio me hubiera salido por el doble. Aquí lo trozan a uno, vale.

—Es que aquí son muy pijoteros, vale. Una

partida de milañosos. Esta bodeguita sólo sabe desplotarnos sin concencia.

Y volviendo la cara hacia la bodega agregó:

—Yo no se porque tanta angurria. Ese don Antonio tá ya picao del pecho. Qué va a hacer con cuartos!

A poco se cubría de sombras el batey. Aquí y allí iban apareciendo lucesitas minúsculas y desmayadas que apenas dibujaban las siluetas de las jentes.



## XI

Durante la zafra los bateyes están siempre animados. Es un ir y venir de jentes de todas partes. Se transforman en un centro de comercio y de industria. Se han abierto talleres de costura y de zapatos. Se fabrican dulces. Se establecen nuevos ventorrillos. Aumentan las ventas y el consumo de productos alimenticios. Abundan las cocineras, las lavanderas, los vendedores de baratijas, los buhoneros, los anduyeros y hasta los afiladores de tijeras. Se pueden ver fotógrafos y hasta curanderos. Por todas partes se nota actividad, afán de ganarse la vida. De aprovechar el tiempo. De lograr la zafra.

Pero cuando esta actividad es más extraordinaria es precisamente los días en que el trabajo de la colonia se paraliza. Los domingos. Es el día del comercio y del descanso y de las diversiones. Descansan unos y trabajan excesivamente los otros. Se reemplazan los unos a los otros en el esfuerzo. Ese día el batey parece un hormigueo-

ro. En la bodega no se pueden amarrar las monturas. Los dependientes no dan abasto. La venta es extraordinaria. A veces tienen que pedir ayuda. Se despacha café, arroz, azúcar. Se venden cortes de vestidos y medicinas. De los campos cercanos vienen a hacer la compra de toda la semana y vienen a vender. Llevan siempre los mismos artículos. Los surtidos de esta bodega no son muy variados. Por la calle principal vienen y van las jentes a caballo y a pié. Ginetes que llegan de paso, en mulas o en caballos bien enjaezados, vestidos de limpio, con su traje de domingo y enzapados. Unos zapatos de cuero amarillo que en el campo se venden por centenares. Llevan sombreros y corbatas vistosas. Van o vienen de la gallera, de visitar a sus amistades, de practicar alguna diligencia. Sudan las monturas porque las hacen correr o hacer cabriolas.

Las carretas permanecen en hileras inclinadas. Los bueyes en los cortes. Los chuchos vacíos o con vagones sin cañas. Se cocina carne, se confeccionan para la familia o para la venta platos especiales. En muchos puestos se exhiben fritanquerías. Y hacia el extremo de la calle se baila. Un acordeón o una guitarra, un balseí o una maraca se encargan de poner la nota de alegría en el ambiente .

Y en todos los bateyes ocurre lo mismo. Los grandes son más concurridos, se animan más, pero en los pequeños también hay alegría. En todos



se baila, se canta, se juega a la carta y a los gallos y se toman bebidas.

En La Inocencia este año no hay tanto movimiento, pero los domingos siempre acuden jentes al batey. Entra el vale Alipio en Biscochito, instálase Gollito el barbero en la enramada, cruza Gautier Mojica con su capote sobre un brazo. Da vueltas Lao para garantizar el orden, toma sus tragos Chencho en la bodega, juega sus barajitas encondidas Fonso, y llévase Rosendo a Agapito por dentro de un cañaverl a presenciar una peleita. En la calle de los bohíos suena un acordeón en casa de María Antonia y Petronila. Lola canta en su bohío, mientras Murciélago le da bromas a Lupe sobre el Alcalde. Don Marcial pasa la mañana leyendo los periódicos o ajustando cuentas, o conversando de bueyes, de carretas y de toneladas con Abelardo, el Ajustero, que llegaba en su hermosa mula sanjuanera que Tunino ponía a la sombra bajo la casa.

Los domingos no se levanta una caña, no se ve una mocha, no se enyuga un buey. Todos descansan menos don Antonio, para quien esos días son los de mayor trabajo. Ya en la tarde los ánimos comienzan a destemplarse. El batey queda casi vacío. Se recojen las ventas. Y por los carriles, por la sabana discurren solos o en grupos los que vienen a vender, a comprar o simplemente a ver a sus amistades. O a pasear. A veces se cierra la bodega también. Porque don Antonio no está dispuesto a sacrificarse hasta tal extremo. Que-



dan algunos que toman con exceso y dan vueltas por la calle de los bohíos husmeando bachatas, o los que la suerte ha favorecido en algún jueguito animado, o algún galán que no quiere desperdiciar los últimos destellos del crepúsculo para verse en los ojos de su tormento.

Pero muchas veces también queda Gollito. Su trabajo es pesado. Hay días de mucha clientela y esas barbas tan duras y esos cabellos tan enmarañados le hacen perder mucho tiempo. Cuando ha faltado una quincena, la siguiente es una barbaridad lo que trabaja. Y si llegan de otras colonias, a veces se ve obligado a suspender el trabajo. Ya en la tarde se limita a trasquilar. De pura fatiga, por lo que Rosendo le ha advertido a Agapito y le recuerda a Fonso, que hay que cojerlo temprano, cuando no lo han ajobachao. Entonces es cuando trabaja con gusto. Hay que evitar que se le emboten los jierros. Y recordó cómo un domingo por poquito lo desuella. La navaja parecía un cerrucho. Por dos ocasiones tuvo que mandarlo a parar.

Los domingos, sobre todo los de quincena, es cuando tiene más trabajo. Entonces es cuando puede el personal dedicarse a su persona. Ese día se cortan los cabellos que han crecido mientras se corta la caña, sobre el pértigo de la carreta, detrás del mostrador de la bodega, afanando y discutiendo, en el barracón charlando durante las noches del verano, sintiendo el hambre del aire y los azotes del calor y de las sombras. Se atu-

zan los bigotes exuberantes, rústicos, cerdosos, que ponen una pincelada blanca en la faz oscura de los trabajadores. Bigotes que el humo del cachimbo tuesta, dándoles un color de barro amarillo. Se raspa la barba desordenada que crece **dispareja** como yerba en terreno pobre y es ese día, ese único día, cuando se gastan perfumes, de una penetración escandalosa. Ese día es para la presunción. Para lucir. Ve el sol la camisa y el pantalón recién planchados. Los zapatos amarillos terminados febrilmente.

Es el día de Gollito, el Barbero. Sus tijeras y su navaja asean, limpian y transforman el aspecto del personal, que toma aire domingueros.

Bajo la sombra de un árbol o cerca de la enramada de las carretas se instalaba desde temprano. Salía de madrugada de su casa. Dentro de las árganas venía su maletín. Una caja pequeña hecha por el mismo, forrada de papel de color, con una cerradura de baúl. Era un primor. Dentro, colocada cuidadosamente, la navaja, una brocha, un paño, una taza de vidrio para hacer la jabonadura, una polvera de aluminio y un peine de cuerno. También un cuero para asentar. Y unas tijeras bien amoladas. No faltaba un frasquito de "Kanangas del Japón" o de "Agua de Florida" y dos medias botellas. Una con agua, por si llegaba a algún sitio en que no hubiera o simplemente para no molestar, y otra con una mezcla de agua y "bayrum". Todos tenían derecho a que se le pusiera de ésta botella. La de "Agua de Florida" era



especial. Se pagaba aparte, porque ésta era un extra. Para la cabeza usaba vaselina perfumada, con esencia de jazmín, cuando se la pedían.

Gollito se improvisó barbero. Un día, por simple complacencia afeitó en un batey en el cual se encontraba de paso en otras diligencias. Los agradecidos clientes hicieron el elogio de su mano que consideraron muy liviana. Desde entonces se habló de él y comenzaron a solicitarlo. Había tantos con la mano pesada! Y Gollito fué poco a poco aumentando su clientela. Organizó viajes periódicos a los bateyes y a poco se hizo el barbero de más reputación en la Finca. Los peones, los empleados menores, y hasta algunos Mayordomos se arreglaban con él.

El caballito era alquilado. Al llegar le buscaba un puesto y allí lo amarraba. Luego se iba a buscar una sombra, cada colonia tiene su lugar apropiado para esto. En algunas, junto a la gallera, en otras en la puerta de un barracón o en la enramada de las carretas. Cuaiquiera le ofrecía una caja, alta y fuerte, donde pudieran sentarse cómodamente sus clientes. Y a falta de ésta, cuando se trataba de un caso de urgencia, los arreglaban de pié.

Mientras trabajaba conversaba. Con lo que evidenciaba su fuerte vocación para el oficio. De la navaja, de las fiestas de las Mercedes, de algún caballo bueno, de lo solicitado que eran sus servicios, de la zafra, de algún alto empleado que no se amañaba con ningún barbero que no fuera él.



Alrededor siempre había quien estuviera esperando. Trabajaba rápidamente y no daba abasto. Los domingos y los días de pago sobre todo, era una barbaridad. Ya a medio día, detrás del cajón se podía ver su obra: una montaña de pelos que luego el viento dispersaba. Se había especializado. Para él no había ni barbas duras, ni cabellos malos. Todos salían satisfechos. Como los demás trabajos que se hacen en la Finca, el de Gollito se pagaba irregularmente. Cobraba la mayor parte los días de quincena.

A las doce o un poco después, a veces por la tarde, recojía su mochila. Cerraba su baulito, montaba su caballo y desaparecía. Los días de trabajo no iba a la Finca. Entonces se ocupaba de sus quehaceres ordinarios.

Muchos le hacían competencia. En las colonias hay peones que arreglan hasta gratuitamente, por pura afición. Pero la reputación de Gollito le aseguraba una clientela selecta y abundante. "Qué mano!", decían cuando lo mencionaban. "Yo no me arreglo hasta que no vea a Gollito." Y él sabía, estaba convencido del prestigio de que gozaba en todos aquellos contornos.

Este oficio le permitía vivir modestamente. Mientras las cosas se arreglaban tenía para el pan. Le habían ofrecido conseguirle un peso u otra colocación por el estilo. Porque en el pueblo no había que hacer. La semana la pasaba de vago. Todo el tiempo dando vueltas. Se había desprendido de unas tareitas de tierra que heredó de su papá.

No le gustaba el campo "El monte es para los pájaros", solía decir cuando le hablaban de agricultura. De la política no podía esperar nada. Por dos ocasiones estuvo preso en el Seybo a su parecer injustamente. La primera vez por intrigas del Jefe Comunal. Llevaba relaciones con una muchacha de la población hacía más de seis meses. Abrigaba muy buenos propósitos porque la quería y era de muy buena familia, pero el Jefe, un tal Castillo, se enamoró perdidamente de ella. Desde ese momento cayó en desgracia. Perdió un empleo que tenía y empezó a pasar necesidades. Por último, Castillo optó por envolverlo en la política, señalándolo como enemigo del Gobierno. Una noche mientras estaba en casa de la novia se presentó el Comisario Municipal con un policía y se lo llevaron preso. Dos días después lo trasladaron al Seybo y allí permaneció por más de tres meses. Al principio junto con los criminales, luego lo sacaron aparte y en vano hizo diligencias para que lo pusieran en libertad. En la cárcel supo que Castillo se había llevado la novia y que la tenía en el mismo pueblo, donde le puso casa. No le sorprendió esto, pues desde un principio pensó que la prisión fué motivada por el enamoramiento del Jefe Comunal.

La segunda vez que lo prendieron, un año después, lo acusaron de propagandista. Por los campos de la común andaban revolucionarios y un día, al entrar al pueblo, después de haber estado en el campo en diligencias particulares, se le atribuyó



que había regado noticias alarmantes sobre el movimiento. Esta vez sólo estuvo en la cárcel dos semanas, porque en ese tiempo sustituyeron a Castillo por otro Jefe y éste se ocupó de ponerlo en libertad.

Gollito tocaba muy bien la guitarra y sentía una pasión extraordinaria por las peleas de gallos. Se ocupó una vez de atender a los de la traba del General Ruiz. Vivía con su madre, viuda, y una hermana más joven que él. Había nacido en el campo, en El Cuero, donde su padre tenía unos importantes trabajos. Hasta los doce años permaneció en aquel sitio. Su padre tenía hacía tiempo un litigio por terrenos. Un vecino lo acusaba de poseer y cultivar tierras que no eran de su propiedad. Particularmente se le acusaba de haber dispuesto de un monte que no le pertenecía. Esta querrela le ocasionó muchos disgustos y recibió diferentes amenazas. En una ocasión, un buen día, lo encontraron muerto en el conuco y nunca se supo en que forma murió. La familia quedó en la duda de si fué un crimen o un accidente. Poco después la viuda resolvió trasladarse a vivir al pueblo. Entregó la propiedad a un compadre para que se la atendiera. El primer año pudieron vivir con lo poco que producía, pero luego tuvieron que hacerse cargo de ella otra vez, y un nuevo encargado, Saturnino Pérez, la dejó perder y hasta dispuso de algunos animales, según pudieron comprobar más tarde.

Estos contratiempos ocasionaron la venta de



la propiedad. No pudieron hacerlo en esa época porque se presentaron otras dificultades. Entretanto Gollito no volvió más al campo y se habituó a estar vagando en el pueblo. Creció hecho un holgazán, tomando parte en parrandas y bachatas, hasta que un día, realizada la venta de la propiedad, se hizo entregar los pesos que le tocaron, unos cincuenta, y con ellos se dirigió a la Finca en busca de trabajo o aventuras. Al cabo de seis meses, durante los cuales su familia no supo gran cosa de él, se presentó enfermo y miserable. Luego que curó se vió obligado a buscarse la vida. Correteaba por los bateyes haciendo de corredor, pero esto le dejaba poco. Por último terminó por improvisarse barbero. Y hace cosa de un año que Gollito se gana la vida con sus tijeras. De batey en batey, con su maletica por delante los días propicios, y el resto de la semana en Hato Mayor midiendo las calles y galanteando las muchachas. Su madre tenía pocas esperanzas en él, pero constituía su debilidad Gollito, por ser su único hijo varón.

Rosendo era de sus clientes. Han tenido algunas dificultades porque a veces no lo deja bien. Se ha fijado que al Mayordomo le dedica más tiempo, le da dos pasadas y lo descañona muy bien y esto le ha decidido a reclamarle a Gollito igual trato, porque "la plata del Mayordomo no es mejor que la suya".

Gollito es delgado, pálido, huesudo, pero fuerte. Realiza su trabajo sin fatiga. Rosendo lo cree,

sinembargo, muy blandito y lo tiene de término de comparación. Cada vez que desea expresar su desprecio por algún hombre exclama:

—Así, como Gollito el barbero!—Y agregaba:

—Si le quitan las tijeras y le ponen un hacha en la mano, hay que recogerlo en litera.

Los domingos de quincena son todavía más animados. Se paga el sábado por la tarde. Otras veces los mismos domingos en la mañana.

Desde el jueves anterior al sábado de quincena se liquidaban en La Inocencia los trabajos. La hoja de pago se enviaba a la Administración el viernes en la mañana y el sábado salía muy de mañana Chencho, amenudo acompañado por el Jefe de Orden, para evitar algún contratiempo en el camino. No eran frecuentes, pero sí se había dado el caso de que fueran asaltados en el camino por malhechores y les robaran el dinero. El Mayordomo en previsión se hacía acompañar siempre por el Jefe de Orden.

El sábado, comenzaban a entrar al batey los campesinos de la sabana y de La Sierra con toda clase de víveres. En un sitio que les estaba designado por Benceslao apeaban sus cargas. Tendían sacos vacíos en el suelo y encima colocaban los frutos. Montones de naranjas de china y naranjas agrias, lotes de ahuyamas, de yames, de mapueyes. Plátanos en abundancia, batatas blancas y rojas, almidón de yuca, panelas de dulce de naranja con melao, piñonate, jalaos. Ajonjolí, habichuelas y guandules. Cebollines, tomates, ajies de



todas clases. Huevos, pollos y gallinas. De todo lo que se podía recojer en el campo. Menudeaban las mujeres. Son las encargadas de la venta. Lo hacen mejor, venden a mejor precio y no malgastan el dinero porque no tienen vicio. Cuando el marido es el que viene al batey casi nunca lleva la cuenta completa. O juega a algún gallito, que eso se hace los sábados, detrás de los barracones, con permiso del Jefe, o en los cañaverales, a la vera del carril. O va a la bodega y se pega sus traguitos con sus conocidos o se deja rodar hasta donde los peones tallan la baraja. Hay juegos públicos, consentidos, autorizados, y los hay ocultos, dentro de la caña o en algún cuarto, cuidadosamente vijilados desde la puerta por un interesado, para evitar un asalto de la autoridad. Los juegos son en las colonias un preventivo de la Jefatura. Hay una persona autorizada a ponerlos pagando una suma semanal o simplemente autorizada en los días de pago. Pero se juega a veces más cuando el Jefe los ha prohibido expresamente. Como las mujeres no juegan casi nunca, ni beben, ni gastan en nada, suelen ser las encargadas de ir a la Finca a vender, mientras los maridos las esperan en la casa, fumando tranquilamente su cachimbo en la hamaca, cuidando a los muchachos o velando porque la candela no se apague hasta que la mujer regrese para avivarla y poner el caldero con lo que haya podido traer. Porque esos días, hay dinero y se puede conseguir arroz en la Finca y buen café, y azúcar, y una librita de bacalao, un poco de aceite



verde y sobre todo pan y galletas que en el campo son muy escasos. Esos días se puede comer mejor.

El batey se anima con estas gentes y con los peones que permanecen revoloteando por él hasta que termina el pago. De más cerca llegan las mujeres que vienen a hacer comida. Se establecen en campo abierto o cerca de alguna enramada. Encienden su fogón de leñas y ponen sus calderos desde por la mañana hasta cerca del medio día. La manteca no cesa de chirriar. Junto al fogón, sobre yaguiques escurren la grasa las frituras, de plátanos verdes y maduros y de batatas. Algunas llevan sus masas y su picadillo preparado y hacen empanadas, o bollos de harina con bacalao, o simplemente hojuelas, que son muy solicitadas. En otros yaguiques puede haber chicharrones, longanizas o pedazos de tocino. Otras hacen grandes calderos de locrios de carne de cerdo, generalmente. Y algunas sólo se ocupan en colar café. Largos coladores continuamente destilando, una media docena de tacitas y una olla de agua hirviendo a borbollones.

Más tarde llegan algunos árabes y sobre el suelo o a la puerta de algún conocido, sobre tablas que descansan en barriles, ofrecen sus artículos. Entre peines, peinetas, espejos guarnecidos de hojalata, botones de hueso y nácar, alfileres, corbatas ordinarias, frisas y cortes de vestidos de colores brillantes, se alcanzan a ver zapatos, colieres de vidrio, pulsas y una infinidad de artícu-

los que ellos saben son indispensables o preferidos en el campo.

También se presentan allí otros que solamente van a vender un sólo artículo. Un caballo, un cerdo, una silla de montar.

En los grandes bateyes es un día de gran movimiento. A veces estos vendedores ambulantes, sobre todo los árabes, que hacen competencia a las bodegas, han sido acosados. La Administración les ha prohibido establecer su comercio cerca de sus bodegas. Y muchas veces lo han hecho en los caminos reales, porque se les ha hecho entender que son del dominio público.

También se vende ropa hecha, sobre todo de mujer.

Es un ir y venir de gentes en todas direcciones. De los barracones a la bodega, de la bodega a las ventas ambulantes. De la sabana al batey y de éste para todas partes.

El domingo, día siguiente del pago es el día más animado. El acordeón no cesa de hacerse oír. Se improvisan fiestas. Se toma, se juega. Se habla, se canta, se grita. Y la bodega no cierra sus puertas hasta muy tarde. Don Antonio se fatiga. los dependientes no tienen manos con que despachar. Puede ocurrir que se arme alguna discusión, que se pelee en algún sitio, pero esto no se ve siempre. Son hechos extraordinarios.

Hay un sitio en que se ven muchos caballos con sillas, en aparejos, otro en que se alinean las carretas. Más allá puede oírse una victrola.



A la hora del pago, a poco de llegar el Mayordomo, la peonada se aglomera en los alrededores de la bodega. Allí se paga. Los peones son puestos en fila. El Jefe cuida del pago y garantiza el orden. Se oyen chistes, risas, conversaciones en alta voz. Se les recuerda sus compromisos a los que deben, se le aclara la cuenta a los que están todavía confusos. El Mayordomo y el bodeguero o aquel y un ayudante van llamando a los peones por sus nombres. Y tan pronto llaman a Feliciano Castro como a Malatón Cefirí o a William Pen. Porque aquella masa es internacional. Dominicanos, haitianos, ingleses. Son los hombres de la caña. Allí se habla en oriental, en cibaeno, en inglés o en patuá.

Cuando han recibido el pago vuelven a sacar sus cuentas, luego van a la bodega a utilizar los servicios de algún dependiente fuerte en números, o simplemente la guardan, o van derecho a comprar la primera fritura, porque en el campo siempre hay hambre. Hambre de todo. Desde que salen los primeros pesos de la bodega, el batey se transforma. Alegría por todas partes. El tedio de la semana desaparece. Y al ruido de las carretas, al trote de los mulos, al estallido del machete, le sucede el chirrido de la manteca, la alegría del merengue o del son, o del balseí.

Rosendo no podía disimular el odio que sentía por los haitianos. Dos veces se separó de la fila porque advirtió que tenía haitianos delante y detrás. Le mortificaba tenerlos tan cerca. Los con-





sideraba como verdaderos prietos, más brutos que él, sobre todo porque no habían aprendido ni siquiera a hablar. Nadie los entendía, figúrese! Además no eran más que unos bebedores de guarapo. Se alimentaban con porquerías y sobre todo trabajaban más barato. Eran unos estorbos. De una colonia se salió una vez porque le metieron unos haitianos en el cuarto donde él vivía. Consideraba una ofensa muy grave que lo confundieran. Por eso sólo le gustaban los bateyes donde los haitianos estuvieran bien lejos. No sirven más que para brujos. Y para escandalizar. Esos haitianos son como los pericos, decía, andan en bandadas y desde que uno grita se juntan toditos. Amigos de hacer bancos como las vacas. No se explicaba como esa jente era permitida en los Ingenios. Para él todos hedían a "chinchilin".

Encontró por fin un sitio lejos de los haitianos y allí se acomodó hasta que llegara su turno. Pensaba que en ese pago le resultaría mejor que en el otro. Sólo le sobraron cinco pesos, que apenas le alcanzó para pagar la ropa, comerse algunos dulces y comprar el par de zapatos que tenía puesto, que no eran gran cosa y que en otra parte, donde hubiera habido más conciencia, lo hubiera conseguido más barato.

Dilató un buen rato en acercarse. Dos o tres averiguaciones detuvieron el pago. Un hombrecito alegaba que él no había cojido tantos vales, que según su cuenta debían sobrarle cinco pesos con veinticinco centavos, y lo que le habían dado, tres

con veinticinco, no era legal. Habló mucho, protestó, devolvió el dinero y por instancias del Mayordomo aguardó a que terminara el pago para volver a examinar su cuenta. Estos incidentes ocurrían con frecuencia. Algunos protestaban, pero se conformaban después, convencidos de que ellos, que no sabían de números, podían equivocarse con más facilidad que el Mayordomo y el Bodeguero que manejaban los números todos los días. Otros por el contrario no se conformaban, y estos se quedaban para establecer sus reclamaciones después que se terminara el pago, a fin de que no se interrumpiera aquel con las averiguaciones. Así lo había establecido el Mayordomo, y en eso habían convenido. Terminado el pago, Chencho volvía a examinar la lista, computaba los vales y rectificaba los cálculos. Con frecuencia el reclamante tenía razón. Es verdad que no conocen las reglas de la aritmética, pero son unas sumas tan pequeñas, que con los dedos, con granos de maíz, y por cualquier otro medio, las pueden realizar sin errores. Pocas veces, pues, son los peones los que se equivocan. Terminaban estos casos, que eran pocos, entregando el Mayordomo la diferencia, diciéndole muchas veces que se la daba de su propio dinero, para evitarse disgustos, o lo que era más frecuente, convencido el interesado de que había sufrido una equivocación, sobre todo si no tenía carácter revoltoso. La solución dependía más bien de esto, porque a los guapos tenían que complacerlos de cualquier manera para evitarse una des-



gracia. Si mediaban palabras y el Mayordomo se consideraba ofendido o amenazado llamaba en su auxilio al Jefe y éste terminaba la cuestión de un modo completamente oficial.

Rosendo no tenía dificultades por cuestiones de pago. Sabía a que atenerse. No creía en equivocaciones. Dudaba simplemente de la honradez de los Mayordomos y en general de todos los que tuvieran que ver con el pago en la Finca. No peliaba. Si podía él a su vez engañar al Mayordomo lo hacía de buen grado. Así, sólo pensaba que le tocara a él la mejor parte. Tenía tanta experiencia! Como iba él a perder su tiempo en liti. El camino más corto era engañarlos a "todo tiro". Y se esforzaba en echarle sus varitas de más a la tumba, en descompletar las traviezas después de recibidas, en meterle sus "chivitos" en todo, cada vez que podía. Otro camino para defenderse era inútil. Si eran unos pillos! Y su divisa parece que era: a pillo, pillo y medio. Por lo menos desde que adoptó esta conducta en la Finca le iba mejor. Y trató de hacérselo comprender a Nano, como una demostración de amistad.

Por eso es que protejen a los haitianos, porque son más brutos y porque lo aguantan todo. Se dejan engañar más fácil. Aunque algunos salen tan tupíos como cualquiera.

Don Marcial no tenía que ver con el pago. Siempre lo hacía el Mayordomo, por lo cual la peonada sólo sentía disgusto por éste. Y cuando le daban alguna queja trataba de arreglar la cosa



de manera que quedase contento el peón. Rosendo a veces decía que eso eran componendas de ellos dos.

Los vales se quedaban en la bodega. Nadie los volvía a ver, a menos que no surgiera una discusión. Los peones encontraban siempre aumentada la suma que habían tomado y en este caso Chencho le mostraba los vales librados en la quincena. Uno fué tomado en el campo, otro se lo dió en el camino del No. 3, otro en el batey y el último en la puerta de la bodega, el día antes de liquidar el trabajo. El peón se recordaba, pero alegaba que todos no tenían el valor que el Mayordomo decía. Mientras le apuntaban un peso con cincuenta él sostenía que sólo tomó un peso. No había duda de que el Mayordomo se equivocó. Figúrese hecho con lape! El lape se borra. Rosendo era partidario de las fichas que se usaban antes. Con estas sí que no había duda. Porque las fichas eran como cuartos. No creía en papeles. Difícil a veces saber quien tenía razón. Cómo iba el Mayordomo a aumentar el valor de los vales. A él por lo pronto no se le podía hacer eso. Tal vez de esa manera sólo a los haitianos se les podía cojer. Lo cierto es que estos vales eran una calamidad. Terminado el pago, Don Antonio recojía su paquete de vales, por si acaso alguno le pedía que se los mostrara. Muchos optaban por no cojer vales para evitarse disgustos. Otras veces en la bodega, despachaban el vale, pagando una parte en efectivo y otra en provisiones. Porque se necesita plata

también. No es posible que pasara la quincena sin ver un solo centavo. Bateyes había en que no se veía un solo chele. Obligado a cojer fiao. Así todo se compra por las nubes. Más caro que en el pueblo y casi siempre más malo. Pero que iban a hacer. Si no trabajaban en las Fincas, dónde podrían hacerlo? A dar la boca, y a "morir tití", decía Rosendo cuando estaba de buen humor. A él era de los que menos mal le iba, por su gran experiencia. Conmigo no hay tutía, solía decir. Perro no come perro y se acabó.

En la tarde el batey va quedando vacío, los vendedores han recojido sus efectos. Queda el sitio en que estuvieron cubierto de basuras. Por los caminos cruzan los buhoneros árabes con sus cargas.

Pero a la oración también se podía encontrar por uno de los trillos de la sabana al vale Alipio. Iba con la rienda suelta, el sombrero con el ala sobre la nariz, cabeceándose, llevado por el sufrido Biscochito hasta la misma puerta de su casa sin extraviarse.

Por lo regular los domingos llevaba su pellón, ya no muy limpio; desde que tuvo el último carbunco deseaba sentirse cómodo en la silla y por esa causa fué que compró a Ciprián, el Cibaño, el pellón con el cual sustituyó un viejo blandón que ya había perdido el relleno. Antes de subirse en Biscochito daba algunas vueltas por el aposento, recojía la hamaca, picaba un poco de anduyo que ponía en la vejiga, limpiaba el cachimbo, metía



en el bolsillo del saco una caja de fósforos, inspeccionaba el becerro que tenía amarrado en la cerquita detrás del bohío. No salía sin beber antes un poco de agua, porque no le gustaba molestar a nadie. Tan pronto como enganchaba la jiguera salía por el patio y le echaba la pierna a la montura. Arrendaba siempre hacia la derecha, por el trillo de Maruca. Al cruzar la cañada le clavaba las espuelas a la bestia para llegar en una carrera a casa del viejo Matías. Se detenía, saludaba, y después de cruzar breves palabras, enseguida ponía cara al batey, por el trillo siempre. No le gustaba ir nunca por fuera, a menos que no anduviese acompañado con amigos. El trillo era estrecho. Tan pronto iba por detrás de una ceja de almácigos, guayabos y pomarrosas, como bordeaba un conuco o cruzaba por delante de algún bohío. Por allí vivían y tenían sus trabajos Matías, Maruca, Epifanio y Juan María. Veiánse conucos y un pedazo de potrero.

Juan María tenía un arroz que daba gusto. Los plátanos de Matías eran una bendición. Tierras muy buenas las de esos bajos! Alipio pensó en sus propósitos de hacerse por allí de algunas tareas, cosa que hubiera logrado si no se le muere el buey que ya tenía en trato para dar el avance que le pidieron. Si lo hubiera logrado, también tendría siembras tan envidiables como las que estaba viendo en los lados del camino. Como ese arroz no lo había visto ni en sus buenos tiempos, cuando levantó los trabajos de La Loma, que fue-



ron los más grandes que hizo y los que le dieron más rendimiento. Volvió la cara para reconocer la señal de unos puercos por si acaso serían los que le habían denunciado como muy dañinos, pero no eran esos. Luego dirigió la vista hacia adelante. 'Deteníase en algunas casas, pero rehusaba el café con el pretexto de la prisa, por otras pasaba a tren largo, pero siempre saludando. El vale Alipio era muy atento con todos sus vecinos. Gastaba un buen cuarto de hora a veces, cuando deseaba llegar temprano. Al salir a la sabana encendía su cachimbo, componía el pellón que a veces se le corría por detrás de la silla, se abotonaba el saco, se arreglaba el sombrero y entraba al batey de La Inocencia haciéndole lucir a Biscochito el paso más cómodo, su mejor tren, por lo largo. A veces le clavaba las espuelas a fin de frenarlo en la misma bodega, haciéndole hincar en tierra las patas traseras. Era entonces una entrada casi espectacular. Se paraba en seco para lucirse junto con su montura. Siempre tenía presente que él era la Autoridad de la sección y dueño del mejor caballo de todos esos contornos.

El vale Alipio era el Alcalde Pedáneo de la sección. Vivía en la Atoyadera. Allí tenía unos conucos en no muy buenas condiciones. Y un cercadito con yerba que él llamaba "mi potrero". Además unos cuantos animalitos en la sabana. Poca cosa, pero vivía de ella. Lo más valioso que poseía era su caballo, Biscochito, una bestia muy nueva. De mucho brío y de buenos pasos. Bermejo, con

una mancha en la frente. Lo adquirió potrico de manos de su compadre Perico, una vez que, regresando de Bayaguana, se hospedó en su casa. Quince pesos y quinientos plátanos tuvo que darle para que se lo pudiera vender. Entonces los plátanos estaban muy escasos. Y no se había arrepentido. Hoy no había dinero para desprenderse de esa bestia. Pocos caballos eran como ese. Una vez fué y vino del pueblo en menos de medio día. Lo mismo lucía una buena silla que llevaba una carga de plátanos. Como esa bestia muy pocos. Para todo servía.

Y cuando el vale Alipio andaba en Biscochito por los bohíos no podía ocultar la satisfacción que experimentaba. Se detenía a veces sin motivos para que le admiraran la montura, la hacía realizar piruetas, la echaba a paso largo y se abría por la sabana para provocar envidia. Los domingos no paraba en su casa. Donde sus amistades, en la gallera, en la Finca, en todos los sitios en que pudiera exhibirse, se dirigía el vale Alipio. Y si se tomaba agunos tragos, María Santísima! No se podía aguantar. El y el caballo llegaban fatigados a la casa, muchas veces después de la oración. Lo proponía en venta, se lo prestaba a los amigos para que apreciaran sus bríos y sus pasos y para que le declararan que no habían montado animal como ese, y además, para saber después, en cuanto podría valorarlo en caso de que tuviera que venderlo.

No gozaba de buena reputación. Era arbitra-



rio y prevaricador. Si se llevaban una muchacha y acudían a sus servicios, el vale Alipio pensaba seguido en que beneficio podría sacar. Citaba al padre o iba a verlo. Se entendía con el novio. Impedía por todos los medios que fueran al pueblo y a unos y a otros explotaba de la manera más sutil. Si le llevaban a verificar los daños que alguna rabiza había producido en un conuco hacia lo mismo. Algún puerco le quedaba. Poseía una habilidad extraordinaria. Se decía que en tierras tenía manejos. Y se le consideró una vez parcial del Agrimensor que midió La Mata. Pedro José llegó a decir que tenía un sueldo. El caso es que hizo que muchos vendieran sus posesiones a la Finca y luego adquirió alguna loza y lienzos que no tenía. Se las daba de hombre de letras, pero no sabía poner su nombre. Firmaba con una cruz. Porque Alipio tenía sus enemigos. A todos les llamó la atención que cuando los gavilleros, a lo suyo no le pusieran la mano. Ni perdió un solo puerco. Con ese motivo circularon muchas habladurías. Pero nada le pudieron probar. También afirmaban que liquidó una sucesión. Mauricia Andújar lo encargó de ponerle en claro sus papeles a la muerte del difunto Gollo Soto y nunca más dió cuenta de sus gestiones. Por un tiempo suministró víveres y hasta lienzos a la viuda, pero las tierras estaban hoy en poder de la Finca. Ella decía que el difunto no había dejado eso muy claro y que estaba agradecida de Alipio que le había salvado algunos chavos.



Los domingos en que no había buenas jugadas, allá fuera, ni tenía diligencia precisa que realizar, llegaba tempranito a La Inocencia. Eran sus días. Vestido de dril ordinario, bien planchadito, con zapatos y espuelas y sombrero de fieltro, ya de medio uso. Amarraba su caballo cerca de la bodega, saludaba y pedía el primer trago, "la mañana" casi. Posesionado de un extremo del mostrador no se apartaba de él hasta que los tragos no rebasasen la docena. Hacia apuestas, relataba percances, molestaba y hacía chistes, y sobre todo hablaba de las mujeres. Venía a eso, a conversar y a beber y también a hacerle la rueda a Lupe su última debilidad.

El vale Alipio traía alegría a la colonia. Cuando el ron le cojía la cabeza constituía la diversión de todos. Le montaban y sudaban el caballo o lo paseaban por los bohíos, le enseñaban las buenas mozas y hasta lo hacían cantar y bailar, cuando no le buscaban una novia. Y con estas cosas pasaban muchos la mañana a su costa.

Rosendo y Fonso, a veces Murciélago u otros peones, se le acercaban tan pronto como lo alcanzaban a ver en la bodega. Lo saludaban y luego hacían un elogio de Biscochito, porque sabían que esa era una de sus debilidades y halagándolo podían obtener por lo menos un brindis. Alipio entonces tomaba la palabra. Ese caballo era la envidia del lugar. Era bestia entre las bestias. No fué él quien le puso ese nombre. Fué su compadre Norberto. Lo montó una vez, y al venir a traérselo

le dijo: "Compadre, su caballo es más bueno que un biscochito". Y se le quedó el nombre. Todas las buenas mujeres de la sección lo habían montado. Porque a las muchachas sí se lo prestaba. Lo tratan bien y no le enseñan malas mañas. Siempre está en buenas carnes y dispuesto. "Figúrese que todo el potrero es para él". Y los muchachos se reían, pensando en el cercado de tabucos que el vale Alipio llamaba su potrero.

Ya medio borracho solía expansionarse un poco más. Hablaba entonces de los que no lo querían como Alcalde por su rectitud. Porque él sí que no entraba en "tapujos" con nadie. Para él no había más que la ley. Y Fonso, poniéndole la mano en el hombro terminaba: "Vale sólo así salimos de aquí en caballería para el pueblo, a pedir que lo vuelvan a mandar. Autoridad como usted, ni bajada del cielo". Y repetía el brindis. Porque Alipio privaba en ser un hombre completo.

Algunos domingos no encontraba tercios y entonces él sólo remataba una botella. De todos modos nunca dejaba la colonia sino después de medio día, cuando, balanceándose, arreaba a Biscochito por la sabana, con el sombrero sobre la nariz, y el saco completamente abierto, paso entre paso, aunque se le viniera encima la noche. Siempre su caballo lo sacaba hasta su casa, por interés de llegar a su potrero.

Pero la fuerza que arrastraba al vale Alipio a La Inocencia era Guadalupe. Se le había puesto en el meollo conseguir a esta morena. Se había



enterado de su vida pasada. Lo sabía todo. Hasta lo de los golpes que le dió el último hombre que tuvo antes de venir a este batey. Esas masas lo tenían sin juicio. Lupe era bajetona, cuadrada, grueso y corto el cuello, ancha las espaldas, más anchas las caderas, levantadas y temblorosas las nalgas, los senos de una exuberancia inaudita. Y el vale Alipio soñaba con verse envuelto en tanta masa. Era su ambición. Las ilacas no eran mujeres para él. Esas eran flecos, hojas de caña. Ni quitaban frío ni acomodaban cuerpo. A otros con esos sacos de huesos!

Esta abundancia de carnes le impedía ver el rostro de Guadalupe, que no fué muy favorecido. Ancha la nariz, pequeños los ojos, desproporcionada la boca y no completa la dentadura. Era fea, no se podía esconder, pero salá. Debía ser dulce, más dulce que el guarapo. El Mayordomo le había conseguido un rancho y hasta le hizo a éste algunas reparaciones. Daba comida a los peones. Y su comida tenía fama por todo el contorno. Sus sancochos no tenían comparación. Además lavaba alguna ropa. De este modo vivía y según decían en el batey ya si que no quería saber más de hombres. La perseguía la mala suerte. Los que había tenido sólo querían vivir a costa de ella. Esta resolución la hacía más interesante a los ojos del vale Alipio. Una mujer así, sacrificada, no tenía precio y conseguirla era más que un triunfo. Los domingos eran para ella también. Comía en su casa. A los oídos de Lupe habían llegado ya las noticias de



los elogios que el Alcalde hacia de ella, en la bodega, en el corte, en la gallera, en todas partes. Comida como esa eran pocas; mujer más trabajadora no la había visto. Esa sí que era un desempeño de cualquiera. Y además, jóven, y sobre todo, hermosa. Esa sí que no se había criado con necesidad. El hombre de una mujer como esa si podía decir que tenía paño por donde cortar.

Tardó mucho tiempo en declarársele, pero un día ya no se pudo contener, y mientras comía, arrimado a la mesita de pino de la sala, después de haberla examinado de pies a cabeza, al entrar del patio, sin preámbulos, le ofreció llevársela para la sabana, para que no se matara tanto, que aunque él no era rico, no tenía necesidad de cojer más candela, porque eso le quemaba los hígados. Si nos juntamos, agregó, estaba seguro de que no quedaría "disconforme". Ella podía preguntar qué clase de hombre era él y que trato daba a las mujeres. Y como ella aludiera, sonreída, a su edad, el vale Alipio le objetó arrogante, que así era como le convenían a ella ahora los hombres, con fundamento y juicio, hombres ya completamente asentados. No habló más ese día. Pero no volvió a salir del bohío cada vez que se le presentaba la oportunidad, que él buscaba con mucha frecuencia.

Este enamoramiento del Alcalde proporcionaba alegría a muchos en la colonia. Rosendo, cada vez que lo veía en la bodega le decía: "Ya vido a Lupe, vale?". Y enseguida se tomaban un trago juntos.

Le había traído dos mochos de regalo a Lupe. Hacía una semana que los había comprado en la bodega del batey. Pidió un paquete y después de pasárselos por debajo de la nariz más de una vez, para escojerlos con olor, se quedó con esos dos que le parecieron los más buenos. Envueltos en un papel de estraza los guardó en su casa esperando el domingo, seguro de que Lupe se pondría muy contenta al recibirlos. Y así fué, la morena le dió las gracias y parece que el vale Alipio le vió algún reflejo extraño en la mirada, porque ya de marcha, en la bodega, le dijo a Rosendo y a otros amigos que en gallo viejo no se podía confiar, porque cuando no cortan a la entrada, todavía juyendo son peligrosos. Reíanle la agudeza, mientras el vale Alipio prosiguió con una historia. El caso de Candelaria, la de La Piedra. Tenía varios "partidos", entre ellos un colonio. Buena moza entre las buenas mozas. "Me fuí metiendo como yo sé hacerlo, sin ruido, como la culebra, y cuando vinieron a abrir los ojos, se los dejé claro pero sin vista. Me llevé la palma. Ahí derroté a cinco y sin gastar gran cosa. Es cuestión de labia y de pasencia y de esperencia. Porque yo sí que le sé menear la cola a la gallina, vale! De mi no se pué duar nada".

Y Rosendo le echaba el brazo repitiéndole que no sólo como hombre sino como autoridad, por todos esos sitios no había otro como él. Es verdad que era un poco alabancioso el vale Alipio,



pero era fama que en el amor tenía muy buena estrella.

Cuando no iba a La Inocencia hacía rumbo hacia fuera, para dar un volteo por la sección. Se abría por la sabana de Los Poleos y llegaba hasta la sección de Higuamo, visitando a sus amistades.

La sabana de Los Poleos, pequeña, encuadrada por cejas de monte y salpicada de bohíos, distaba apenas tres kilómetros de su fundo. En el centro tenía un bajo por el cual en tiempos de lluvias corría una cañada en la que se ahogaban a veces chivos y reses. En el fondo de la sabana destacábanse las montañas recortadas sobre un cielo muy azul, en las mañanas de sol brillante. Luego seguía la sabana de La Piedra, un poco más extensa y más poblada de ganados, constituida por altos y bajos, saltanejas, y cruzada por mitad por los trillos del camino real. Aquí campeaba el toro careto del Cura, que por las tardes recojía su punta en un alto, donde abundaban cantos rodados, cuya presencia justificaban el nombre del sitio. Y más abajo los Almácigos, donde estaba la cerca del Padre y detrás de la cual corría el Higuamo por un lecho de grandes piedras oscuras, protegido por altas barrancas con vegetación densa y sombría. Por allí se encontraba el salto cuyo ruido se escucha a larga distancia sobre todo en la noche. Antes del paso un caserío, la sección de Higuamo, donde ocurrió el crimen de Pancho el Mocho, hace algunos años, crimen



que no se olvidará nunca y que refieren a todo el que pasa por allí. El bohío, abandonado, todavía está en pié. El conuco y las cercas que estaban próximas se reconocen por los postes que han quedado. Al cruzar por allí camino del río, se escucha el grito de las garzas que anidan en los árboles vecinos en cantidad considerable, y en las mañanas el chirriar de las chicharras cantando la gloria del sol.

Es hermoso el espectáculo del paso del río. Por aquí es más ancho. Antes de llegar al salto, el agua parece que está inmóvil. Semeja un lago, una lámina de acero pulida. En las mañanas y por las tardes, cuando la luz no es muy brillante, copia el cielo y los montes de las barrancas. Es un espejo de grandes proporciones. Y por algunos sitios se muestra también el fondo, de una arena gruesa y oscura. Por algún remanso se observan lisas que nadan pausadamente, en grupos, hasta que una hoja que cae, o alguna bestia que golpea el agua, o algún transeunte les tira un palo, o una piedra, y entonces huyen veloces, imprimiéndole tenues ondulaciones a la superficie de las aguas.

Amenudo cruza una garza que muda de sitio, o un Martín García de patas verdes, cuerpo corto y alas desproporcionadas. Sigue la orilla en vuelo lento o cruza a la margen opuesta, seguido a veces de otros. En el centro del paso se agrupan numerosos cantos rodados grandes, oscuros, como de grafito y luego parece que el lecho del río se ha agrietado produciendo un desnivel. Las rocas que-

bradas que sobresalen por todas partes muestran líneas perfectas por algunos sitios, y en otros parecen pulidas. Debajo del desnivel el agua produce una espuma blanca, más abundante donde el chorro cae de más alto. Aquí parece que la corriente se acelera, y aquí es donde el agua quita la fatiga cuando uno se baña en el río. Es un bello contraste este del río antes y después de la chorrera. Hacia arriba parece un estanque y aquí, hacia abajo, se ve el agua deslizándose por entre las piedras con gran rapidez. Es que las piedras que en el lecho marcan el desnivel hacen las veces de represa. Más abajo, a partir de la orilla, sube el trillo que indica el paso. Por él caminan las bestias y los peatones cuando vienen del otro lado o cuando suben después de bañarse o de bañar sus bestias. Por éste y por otros senderos más escondidos transitan medio vestidas las lavanderas que pasan el día dando palos a la ropa. En los primeros días de la semana son numerosas. Forman grupos en los puestos de lavar. Agachadas por delante de las piezas que enjabonan y estriegan, conversan, se hacen historias viejas, comentan chismes recientes, urden intrigas, o cuando no, endulzan el trabajo entonando merengues y coplas. A veces fuman. Al terminar la labor se suelen bañar, luego se visten y con la lata en la cabeza y el lío bajo un brazo, toman el camino de sus casas, ya descendiendo el sol, cuando el ruido de la chorrera parece aumentar porque el canto de los pájaros

y de los insectos en los montes vecinos ha cesado, dejando el monte en silencio profundo.

Al otro lado un grupo de vacas o de bestias beben o retozan un breve instante. A la oración quedan los fogones de piedras con sólo brazas y cenizas y alguna cáscara de plátano o de batatas. Es todo lo que comen durante el día que es siempre corto para el que sabe trabajar.

Allí, en la playita, se supo el escándalo de la última velación, del robo de Josefa, de la separación de Pedro y Antonia. Se comentó la soledad de Remijia. Los trabajos que estaba haciendo Miguel y también de los celos de Matilde. Una afirmó que esa eran habladurías y que nadie los había visto juntos en parte alguna. Al cruzar alguien a pié o a caballo cerca de las lavanderas, se callaban, o un saludo, si era conocido, interrumpía las murmuraciones, mientras la ropa se mueve dentro de la lata o se le da más fuerte con el palo para que blanquee. Pantalones de lucir y de trabajo, algunos con grandes manchas de plátanos o de otras clases, con remiendos extensos de telas baratas y gruesas, fuerte azul, listado. Y algunas telas más sencillas de la bodega o del pueblo. Pero todas en colores vistosos y fuertes.

Ya en la tarde, el río queda sólo, abandonado a las sombras, sin que una voz humana se escuche en sus riberas que son estrechas para contener a esa hora el ruido del agua, que sube por las barrancas y envuelve los bohíos del vecindario, llega al llano y se hace oír todavía hasta una dis-



tancia de media hora de a caballo al paso. Este ruido se hace imponente cuando el río baja lleno y turbio, en las épocas de las lluvias, cuando todo el vecindario piensa en él a cada instante, porque no le respeta entonces sus trabajos, ni sus animales, ni a sus amigos, ni a sus hermanos, ni a sus hijos. De compañero, amigo y confidente, de aliado, que les da agua para beber, para bañarse, se convierte entonces en uno de los más terribles enemigos que se encuentran en el campo.

Es un encanto tener a la vera un río. Se hace más fácil la vida, más encantador el paisaje y parece que estamos menos solos. Es el amigo discreto junto al cual podemos descubrir nuestros secretos. En la noche nos hace más plácido el sueño. Junto al río no estamos solos nunca. Y por eso en el campo se dice con satisfacción: "Jacinta nació a la vera del Higuamo", como si hubiera tenido el río por nodriza.

A esa hora, sólo o acompañado por algún amigo, caminaba Alipio, ya de regreso, bajo el brillo de las estrellas que es muy intenso en la oscuridad de las noches del campo, rumbo a su casa haciendo encendidos elojios de la vividora de Higuamo más linda que ha visto ese día, o del gallo más cortador de todo el llano.

## XII

Don Marcial era un hombre discreto. Habla-  
ba poco. En las galerías de la Oficina, los viernes  
de quincena, varios colonos no ocultaban sus dis-  
gustos. Algunos llegaban a protestar, pero Don  
Marcial no tomaba participación en esas protes-  
tas. Consideraba inútil quejarse y hablar. La ex-  
periencia le había enseñado que en el negocio de  
la caña la peor parte es la de los colonos. Sabía  
que la Compañía estaba representada por los mo-  
linos y ellos por la caña, es decir, por la parte  
más blandito. Toda queja, pues, era completa-  
mente inútil. La situación no podía cambiarse.  
Y del mal el menos. Esa era su filosofía. Oía, sin-  
embargo, todo lo que se decía, con el propósito de  
evitar las consecuencias cuando a él le tocara. En  
las Fincas nadie está conforme. En todas partes  
los colonos viven quejándose, pero el mal es tan  
enorme, que la protesta no puede sino agravarlo.  
Diariamente se hacía más penosa la situación de  
todos, porque diariamente se les imponían nuevas





regulaciones. Se les hacían nuevas exigencias. No se les escapaba que eran esclavos. Que a todo tenían que someterse.

Don Marcial estaba convencido de que ese mal no tenía remedio y le era completamente imposible abandonar su colonia. Qué haría entonces? Muchos años hacía que trabajaba en Fincas. Ya estaba completamente inutilizado. No podía hacer otra cosa ya. De caña era de lo único que sabía un poco y de la caña era de lo que tenía que vivir. Que protestaran los novicios, que ya se convencerían de que esas protestas no los llevarían a ninguna parte.

Desde que se establecieron los Bancos, y comenzaron sus operaciones con los Ingenios, las cosas empeoraron. Se cambió el sistema. Los pequeños colonos principiaron a extinguirse poco a poco. Los créditos privados desaparecieron. Las grandes compras de terrenos se iniciaron, y los negocios tomaron una forma tan estricta, tan perfecta, que pocos pudieron resistir. No más consideraciones, no más contemplaciones, a cumplir todo el mundo, a pagar religiosamente crecidos intereses, a garantizar por todos los medios los créditos concedidos, a someterse, por último, a los designios de la Compañía y de los Bancos, que para la explotación, se habían puesto de acuerdo. Don Marcial estaba convencido de que así eran las cosas y de que contra una fuerza tan poderosa era inútil luchar. Por eso ni protestaba ni hablaba. Además recordaba a muchos que fueron a la rui-



na completa por hablar. Tuvieron que salirse de la Finca y abandonarlo todo, porque las dificultades que se les fueron presentando terminaron por obligarlos a la huída. Esa es la política de la Administración. En las Fincas hay que someterse o sucumbir.

Como Don Marcial vivió mucho tiempo en el Ingenio Quisqueya, recordaba con verdadera pena aquellos tiempos en que prevalecían otros métodos y otros hombres en la industria de la caña de azúcar. Los colonos se consideraban vinculados al Ingenio. Defendían los intereses de éste, velaban por su buena marcha. Contribuían a todo lo que pudiera hacerlos prosperar. Les complacía ver sus cañas y las de los vecinos. Se daban mutua ayuda. Tenían sus peones bien atendidos. Los bateyes eran su residencia. Allí vivían con su familia todo el tiempo o durante la zafra. Tenían su pequeño jardín. Entonces era un encanto. Se criaban gallinas, se cebaba un cerdo o dos. Se ordeñaba la vaca. Se daban jiras. Aquella propiedad les pertenecía. Era el sudor de sus frentes y la obra de sus brazos muchas veces.

Durante el tiempo muerto se vivía de las economías. Si faltaba dinero se tomaba a préstamo a un amigo comerciante, a interés convencional y moderado y con garantías también condicional, por lo regular las órdenes para azúcar, que entregaban en todo tiempo en la Administración, para que se tomara en el Depósito del Ingenio. No había necesidad de hipotecar la tierra. Ni

se pensaba en eso. El potrero producía algo también. En el batey se vendía un poco de leche. O se hacía una saca en el ganado o se colocaba un cosecho de maíz. De cualquier cosa se sacaba dinero. Los vaporcitos, las lanchas, los vagones y hasta los caballos, los ponía la Administración a la disposición de los colonos para transportar su familia, o para cualquier otro uso urgente o indispensable. Si necesitaba un médico, la Administración facilitaba el transporte y usted podía llamar el suyo de la ciudad. Y no había dificultad para obtener la medicina. Todo era distinto, completamente distinto a como es ahora. Todo se ha perdido. La tierra, la colonia, el tiempo. Ahora se nos ha esclavizado. No vemos el azúcar, vemos el Memorandum, porque el Ingenio la vende en Nueva York, al precio que le parece conveniente. Sin consultar. Tenemos que ir a la ciudad por nuestros propios medios. Aceptar el médico que nos impongan y pagar una iguala mensualmente, que se nos carga en la cuenta. No se puede tener bodega. El Ingenio es el único que puede vender y comercial. En provisiones, en implementos para el cultivo, en leche, en pan, en medicinas, en todo. Dentro de la Finca nadie puede vender nada. Nadie puede tener otros animales más que los caballos indispensables y los bueyes. Por todo una multa. Si se suelta el caballo, si se suelta el buey, si se sale el cerdo. Si usted maltrata a un buey, si lo amarra mal, se le impone una multa. Si no llena bien sus vagones, si se bota la caña, si está falta



de peso, también una multa. Si fuma por los carriles, si lleva una caña bajo del brazo. Si su caballo mordisquea un retoño. Si cruza por un campo a pié o montado. Si la peonada hace alboroto, si el batey no está limpio. Bueno no es para contarlo. El peón de hoy vive bajo un régimen de esclavitud. Y el colono es un paria, un infelíz.

La guardia campestre constituye una especie de ejército permanente. Todo el recinto de la Finca está bajo su dependencia y su dictadura. Pueden imponer hasta sus caprichos y hacer cumplir una legislación no escrita, ríjida, acomodaticia, dictada por las circunstancias, inspirada siempre en el sólo interés del Ingenio. Vijilan los pagos, imponen multas, prohíben diversiones, fuerzan al trabajo, ordenan prisiones y hasta matan cuando así convenga. Persiguen toda actividad que sea contraria a los intereses de la Compañía. Sorprenden lecheros, panaderos, buhoneros, a todo el que comercie libremente en perjuicio de los intereses de las bodegas. Son policías judiciales y administrativos. Luego el servicio del cultivo. Se contrata el personal, se imponen los métodos, se ordenan las limpiezas. Al colono no le queda ya ninguna iniciativa. De propietario libre ha pasado a empleado subalterno y de clase inferior. Ha sido un cambio radical, profundo. Todo lo que está dentro del Ingenio pertenece al Ingenio. Esa es la situación. Y todavía hay más. Mucho más. El jornal ridículo y uniforme también. Las ganancias limitadas. Y hay que pagar un número cre-



cido de contribuciones. Es el régimen del latifundio. Del tributo como en los antiguos tiempos coloniales. Se ha establecido el método en todos sus aspectos. Es un feudo medioeval.

Don Marcial sabía eso y sabía más. Pero era discreto y se había resignado con su suerte. Qué iba a hacer!

Tenía sus horas de pesadumbre. Consideraba los años que hacía que estaba metido en el campo, trabajando como un animal, viviendo mal, comiendo peor, sin distracciones, alejado de la familia, sin más relaciones que la de los peones. Levantábase con el sol a corretear por los carriles, vijilando intereses que ya casi no le pertenecían, embruteciéndose más de la cuenta, sin más horizonte que la caña y sin otra esperanza que salir de allí viejo y cansado, con los bolsillos vacíos. Se consideraba un verdadero esclavo. Y sin derecho a protestar. Obligado a sufrir, a tolerarlo todo, para evitarse la enemiga del Administrador, que podía muy fácilmente acabar con él. Obligado a sonreír, a mostrarse satisfecho, a complacer a los Jefes.

Amenudo Don Marcial inspeccionaba su guerrillera, sus pantalones, sus polainas sucias y sus espuelas. El campo lo había transformado. Entre el peón y él no había gran diferencia.

“Soy un burro de carga, pensaba. Un esclavo de la Finca. Ahora un empleado, viviendo de un miserable sueldo que se me ha fijado, porque todos mis esfuerzos se han consumido en leván-

tar un crédito enorme que no podré cancelar jamás”.

Los años que habían transcurrido los creía los más inútiles de su vida.

Y Don Marcial pensaba también en su otra desgracia que no lo abrumaba menos que la económica. La familia que había creado en el campo constituía para él una gran preocupación. Nunca creyó que tal cosa le sucediera. De no haber vivido en el campo, alejado de su familia, expuesto a la tentación, invitado por el ambiente y las facilidades que allí se ofrecen, jamás se le hubiera ocurrido. Don Marcial se recriminaba, pero al mismo tiempo consideraba un sinnúmero de razones que a sus ojos lo justificaba plenamente.

Pero algunos días Don Marcial no estimaba este suceso como una desgracia. Tan hijos suyos eran éstos como los que tenía en Macorís y ya él se ocuparía de hacer lo mejor que pudiera en su beneficio. Nunca pasó por su mente abandonarlos. Ocupándose de ellos evitaría que en el mañana afrentaran a los otros. Si no se criarían en las mismas condiciones, por lo menos, haría de ellos personas honradas, laboriosas y buenas. Con este pensamiento Don Marcial se tranquilizaba.

Hizo esfuerzo para que esto permaneciera oculto, pero fué en vano. Todo el mundo en La Inocencia, y hasta fuera de la colonia, lo sabía.

Fué Chencho quien la introdujo en la casa de viviendas. Un día Don Marcial no tenía cocinera y le encargó una al Mayordomo. Este le tra-



jo a Dominga. Hacía días que estaba en el batey.

Pasaron algunos meses sin que Don Marcial se fijara en su cocinera. Sin duda la mala vida que llevara anteriormente la habían privado de todos sus encantos. Fué en el servicio de Don Marcial donde Dominga adquirió una hermosura provocativa y atrayente. Muy pronto engruesó. Sus carnes se pusieron duras por esta causa. En el batey muchos ojos se fijaron en ella y en más de una ocasión, en la bodega, Don Antonio, Abelardo y hasta el mismo Chencho le llamaron la atención. Mucho tiempo pasó don Marcial observándola en todos los momentos en que podía hacerlo. Dominga por su parte se conducía bien. Lo atendía con verdadera solicitud. Poco a poco se fué ocupando de casi todos los quehaceres de la casa. Hacía la comida, cuidaba de la limpieza, le hacía la cama. Echaba a lavar la ropa y la arreglaba. Le pegaba los botones.

Una tarde, a poco de llegar del campo, Don Marcial llamó a Dominga:

—Quítame estas polainas que están muy enlodadas y lávamelas.

Quedaron muy limpias. Nunca las había visto con tanto lustre.

Una semana después, mientras almorzaba:

—Dominga, anoche sentí muchos mosquitos.

Ese día se arregló el mosquitero que tenía algunos agujeros.

Don Marcial durmió sin molestias.



Qué más podía apetecer? La comida no podía ser mejor. Dominga era limpia y tenía gusto.

Pero una tarde calleron unos fuertes aguaceros en La Inocencia. Don Marcial permaneció en la casa. Dominga, que había terminado sus oficios, estaba sentada en la galería tracera, porque la cocina se anegó.

Don Marcial resolvió acostarse. No tenía sueño, pero deseaba descansar. La lluvia no cesaba. Hubo que cerrar todas las puertas.

—Dominga, Dominga,—dijo Don Marcial— cierra esa ventana que entra el agua.

Dominga acudió al aposento. Se trepó en una silla para poder enganchar la aldaba. Don Marcial tuvo ocasión de verle las piernas. Realmente eran bien hechas! Luego se fijó en el cuerpo. No se podía pedir más. Y tan joven!

Don Marcial a poco inventó unos cuantos pretextos para que se le acercara. Había perdido la tranquilidad.

A partir de esa tarde Don Marcial pudo soportar mejor las privaciones que sufría en el campo. Por un tiempo dejó de quejarse. Parecía conforme, y más que conforme, alegre. Pero esta alegría no alcanzó gran expresión. Pocos se dieron cuenta de ella.

Lo demás lo hizo el tiempo. Y aunque pasaba horas en que se arrepentía, se recriminaba casi, los tres muchachos se encargaron de evitar la frecuencia de esas horas.

Porque Dominga había sido simplemente la amiga de Benito y Benito no era más que un chauffeur.

Cuando don Marcial recordaba las historias que en los primeros días de sus intimidades amorosas le hacía Dominga con toda sinceridad, se apesadumbraba y muchas veces sentado en la galería, a la caída de la tarde, paseando la vista por los campos de cañas, se sentía avergonzado, sobre todo, si cruzaba por su imaginación la otra familia que nunca podía sospechar que estos lazos existieran.

Había notado don Marcial que muchas veces al llegar del pueblo pasaba algún tiempo evitando dirigirle la palabra a Dominga. Esto le ocurría por horas y en ocasiones hasta un día entero. Tan pronto como se le borraban las impresiones recibidas en la ciudad y en el seno de su familia volvía a tratar con la misma cordialidad a su compañera del campo que, después de todo, a falta de muchas otras cosas de valor, a veces dudoso, poseía un corazón como todas y tan jeneroso y sano como el de la más buena mujer que él hubiera conocido. Porque para los diferentes sucesos de la vida de Dominga, Don Marcial había encontrado hacía tiempo su justificación.

En el campo, en aquella casa rústica, frente a la caña, comparada con las otras mujeres que por allí se veían diariamente, Dominga era algo de excepción.

Don Marcial conocía todos los detalles de su



vida. En los primeros días la abrumaba a preguntas para sondear su espíritu. Buscaba contradicciones y con frecuencia le hacía afirmaciones antojadizas para desentrañar la verdad.

Dominga era amigo de Benito. Casi todas las semanas se veían. Desde que se iba acercando tocaba la bocina y ella salía al camino para saludarlo y conversar. Lo conoció en Santiago, cuando el escándalo de la señorita. Era muy bueno con ella. Una vez la trajo enferma a casa de su madre, con calentura, y no cobró nada. Doña Rosa le pagó el mes y le dió dos pesos más para la cura y Benito no quiso que los descompletara. En otra ocasión la llevó también de balde. Todos no son tan buenos. Muchos son sangrigorda y hasta malcriados. Todos atrevidos, menos Benito que nunca le había faltado.

Benito y Dominga eran los únicos que sabían el secreto. Ella porque le llevaba las cartas y él porque le servía con el carro. Por poco se ven en un lío. No podía olvidar esos siete meses que pasó en Santiago. Doña Rosa era muy buena, no tenía quejas de ella. La apuraba poco. Las muchachas eran las exigentes. Siempre querían que tuviera el trapo en las manos. No la dejaban descansar. Todo tenía que tener brillo, sobre todo el piso que ya la tenía derrengada. Por eso iba a salir de la casa. El escándalo de la señorita se adelantó. No valió nada. La retiraron con cajas destempladas. Recojó los líos en un minuto y la suerte que encontró a Benito en el parque, porque ese día salió



sin un centavo y no hubiera podido pagar el pasaje.

Dominga era de los campos de La Vega. A los quince años le ocurrió la desgracia. Marcos después no hizo nada por ella. La abandonó. Además su madre no quería esos amores y juró no hacer nada por ella si la veía viviendo con ese hombre. Le gustaba lo malo. Y tenía una bebia que no se le podía aguantar. Dió a luz en casa de su mamá un niño con el pelo malo y oscuro como el padre. La madre se hizo cargo de él para que la hija pudiera trabajar. Así que salió del riesgo, en compañía de una vecina que trabajaba en Santiago y había venido a ver a su familia, salió para aquella ciudad a buscar que hacer. Se alquiló en varias casas, pero permaneció más tiempo en casa de doña Rosa Rodríguez. Trabajaba mucho, no le pagaban bien, pero la señorita Josefa, que tenía unos amores con un joven que estaba empleado en el Correo, la quería mucho. Ella le llevaba las cartas todos los días y por este servicio el novio le daba sus chavos de cuando en cuando y la señorita le hacía regalos de vestidos y otras cosas. Por estos amores que le producían beneficios, podía soportar las otras contrariedades que padecía en la casa, sobre todo por las hermanas que eran muy parejeras y exigentes. La hacían trabajar demasiado y no la trataban bien.

Dominga tuvo también sus aventuras. Una noche le dieron permiso para ir al cine con una amiga que cocinaba al doblar de la esquina donde

unos árabes. Colasa vino a buscarla temprano. Fué un pretexto. Un dependiente de la pulpería en donde ella hacía la compra la estaba embromando hacía tiempo y esa noche la iba a esperar en el puente. Colasa se presentó para que pudieran darle el permiso. Después que salieron se fué a su casa, por la plaza Valerio, y quedó con Dominga de esperarla allí. Esta y el dependiente pasaron la prima noche por los lados del río. Varias veces repitió esta aventura. Jóven, bien hecha, de bonita cara, no sólo el dependiente se ocupó de ella, tuvo otros admiradores y fué muy solicitada y celebrada por muchos de sus relacionados.

Pero cuando se descubrieron los amores de la señorita, estas aventuras tuvieron que interrumpirse. Dominga fué retirada. Regresó a su casa en La Vega y allí permaneció más de seis meses. Benito le traía noticias de sus admiradores y por eso, lo esperaba siempre en la carretera, donde pasaba algún tiempo evocando recuerdos. Además ella era amiga de la muchacha del chofer, que también era de La Vega y vivía del otro lado de la carretera, con su familia, porque Benito estaba atravesando una mala situación y no le podía poner casa todavía.

Fué durante este cambio de impresiones cuando se resolvió el viaje a la Capital. La madre de Dominga no lo deseaba, pero después de tener algunas discusiones terminó por decirle que hiciera lo que mejor le cuadrara. Dominga se preparó, habló con Benito y una mañana salieron



rumbo a Santo Domingo, con otros pasajeros que ella no conocía. El hijo quedó al cuidado de la abuela. Ya tenía un año. Era su único nieto, porque otro que se decía tenía un hijo no lo conocía. Vivía tan lejos, que apenas si abrigaba la esperanza de verlo algún día. Hacía tres años que fueron de promesa a Higüey. A su hijo le gustó mucho el lugar. Desde que llegó hizo el propósito de irse para allá a trabajar. A los seis meses se fué. Le pidió la bendición y acompañado por unos andulleros que iban para el Este tomó el camino. Pasó mucho tiempo sin tener noticias de él. Únicamente supo, por un hombre que vino de allá, que vivía en un campito que le llaman La Enea, y que tenía un hijito con una muchacha joven y buenamoza. Lástima que fuera tan lejos! Cuando volvería ella a Higüey!

Dominga no permaneció en la Capital mucho tiempo. Era dada a la aventura. Además no encontró un buen trabajo. Una mujer del Cibao en cuya casa permaneció tres semanas, la entusiasmó para que se fuera a Macoris, porque allí pagaban bien.

En Macoris se empleó en la casa de Don José Pérez que tenía unas colonias muy grandes en una Finca. Sirvió en la casa cerca de cinco meses. Pero Don José quería llevársela al campo para que le cocinara. Tenía una inglesa y la había retirado. Creyó que como Dominga ya conocía las costumbres de su casa ninguna como ella para atenderlo. La señora de Pérez consintió en des-



prenderse de la muchacha en interés de su marido. Este pasaba toda la semana en el campo atendiendo a las colonias, solamente venía los sábados en la noche para volver el domingo o el lunes en la mañana temprano.

Salió de casa de José Pérez y llegó a La Inocencia como llegan muchas mujeres a probar la suerte. Y tres días después de estar allí la llevó Chencho a casa de Don Marcial.

Pensando en estas cosas permanecía Don Marcial apoyado en la baranda de la galería la tarde que terminó la zafra.

Fué el día 15 de Junio, un jueves, cuando Chencho montado en su mula, venía por un carril detrás de Fonso y Murciélago que se dirigían al chucho con los dos últimos viajes de cañas de La Inocencia. Apenas serían las tres de la tarde. El sol quemaba poco y los iluminaba por mitad. A uno y otro lado, a travez del barbojo seco, habían subido ya los retoños. Venían todos paso entre paso sin prisa, alegres, conversando.

—Yo no se lo dije, vale Chencho? No pasa del jueves.

—Si, pero te equivocaste también.

—Jesú hombre! Yo fuí el que más acerté.

—Pero fué en la tarde, no en la mañana. Eso no es gracia!

Venían refiriendo la apuesta que hicieron algunos trabajadores que querían precisar cuando se terminaría de tirar la última caña. Murciélago

reclamaba para él el triunfo, pero los demás no querían convenir en esto.

En la bodega Chencho se detuvo.

—Ya si fué verdad. Por ahí van los últimos viajes.

Y un dependiente, dos trabajadores y el mismo Chencho siguieron con la vista a los dos carreteros que lentamente pasaron frente a la bodega. Hubo un momento de silencio, como si todos se hubieran entristecido al pensar en los días tan tristes e inciertos que vendrían después. Qué cambios habría? Permanecerían todos en la colonia? Vendrían otros trabajadores u otros empleados? Quienes serían los que se irían para no volver más? Qué harían los que perdieran sus trabajos? En que otras colonias pasarían la próxima zafra?

El dependiente tomó una botella del aparador, colocó un vaso sobre el mostrador y le sirvió un trago al Mayordomo.

—Péguese este palito a la salud,—le dijo— Ha sido una zafra buena!

—Buenaza!—exclamó Chencho a tiempo que alzaba el vaso.

Se pasó el dorso de una mano por los labios.

—Si Don Marcial no tiene un hombre como yo, hubiera fracasado. Conmigo se puede contar en todo tiempo. Le dije que no quedaría una caña parada y se lo cumplí. Ahora falta que me corresponda.

—Ojalá!



—A veces el que más hace es el que menos merece. A lo mejor ahora me rebaja el sueldo.

Don Marcial alcanzó a ver los carreteros. Tan lastrado estaba su espíritu ese día que se retiró de la galería, antes de que desaparecieran las carretas. Aquello le parecía una comitiva fúnebre. Tantos pensamientos pasaron por su mente en ese instante!

Más tarde o más temprano tendría que salir de allí. Cómo iba a continuar en esas condiciones? El Este pertenece a las Compañías. Allí no hay más autoridad que la de los Administradores de los Ingenios. Es otra República. Los que van allí están bajo un régimen de ocupación. A quién nos quejamos? Quién nos protege?

Terminó la zafra! A las doce de la noche de ese día se oyó en el batey de La Inocencia el pito de la casa de máquinas. Un pito largo, repetido, como suele oirse cuando hay fuego. Hacía días que ya no había gran cosa que hacer, pero como tenían retenido el pago, todavía se veían muchos trabajadores en la colonia. El lunes siguiente a las seis de la mañana un grupo de haitianos, casi treinta, con sus mochilas al hombro, sus mochas en la mano se dirijían al camino real por un carril. Rosendo respiró. Esos haitianos eran sus enemigos. No los podía ver. Cuando los vió partir estaba parado por delante del mostrador de la bodega y no se pudo contener. Dirijiéndose a don Antonio le expresó su alegría por el acontecimiento, agregando, que deberian ahogarse en el camino





para que no volvieran más. Es una plaga. Los dominicanos debieran impedir que vinieran a trabajar. Seguramente que se llevan toda la plata que han ganado, porque no comen. Se la llevarán a sus mujeres que los estarán esperando allá muertas de hambre. Y se bebió un trago cuando desapareció detrás de la caña el último carrao, como les solía llamar.

Han transcurridos cinco meses de actividad, de movimiento, para convertir en azúcar esos inmensos cañaverales que se extienden leguas y leguas como un mar de verdura sin más horizonte que el cielo, y donde tantos infelices consumen sus energías, sudan, se afanan, padecen y sufren y pagan su tributo a la vida. Cinco meses de lucha continua de día y de noche. El peón, el contratista, el colono, todos alimentados por la esperanza de días mejores que no llegan nunca. Año tras años víctimas del mismo desengaño.

Cinco meses de agitación febril para vaciar los campos en los molinos, cinco meses durante los cuales, a cada hora, con el lápiz en la mano, el colono hace innumerables cálculos, alimenta ilusiones y vive asido a la promesa de algo mejor.

Pero el día de la liquidación la realidad les golpea el espíritu fuertemente. Y el peón, el contratista, el colono, llegan a sus casas llenos de pesadumbre, con las manos vacías. Se han derrumbado muchos castillos en el aire.

Luego se resignan. Han logrado vivir ellos y sus familias. Su fortuna no ha aumentado, pero

quién sabe! El año que viene! Y así, en una eterna espera de un bienestar que no llega nunca, ellos, los hombres que cubrieron de cañas el Este, desaparecen como la gramínea que les consume la vida, como si un trapiche colosal los devorara.

Llegó el "tiempo muerto". En la Central el peso está cerrado. Por las avenidas cruzan algunos campesinos con cargas. Dos o tres. El largo mostrador de la bodega está desierto. Un muchacho, con un pantalón corto, hendido, casi hecho ripios, un sombrero de cana, recoge de manos del dependiente una botella. Una yunta arrastrando la cadena, seguida de un boyero, va camino del bebedero. Medio día. Se levanta una polvareda frente a la casa del Jefe, en el alto. El sol abraza la tierra. La Oficina está solitaria. Parece vacía, sin jentes. Sólo se ve una persona en la galería que da al frente de la casita de los empleados. Lleva polainas y espuelas. Un sombrero de anchas alas. Mira fijamente hacia un punto como si estuviese allí esperando.

Todas las viviendas tienen el techo color de bermellón. En los pequeños jardines de las casitas de los empleados, los arbustos decorativos ofrecen una inmensa variedad de colores fuertes, brillantes. Predomina el verde que produce un contraste agradable con el rojo de los techos. En ellas tampoco se ve un alma.

En la casa de máquinas se oyen golpear martillos. Se ven también las masas del trapiche desmontadas. En el taller de mecánica se trabaja. Se



ve un chorro de vapor y se oyen ruidos variados. En el taller de carpintería se mueve una sierra mecánica. Cruzan por detrás de la casa de locomotoras un grupo de albañiles. Son los reparadores de las calderas. Están montando una muy grande. En la zafra una de las más viejas causó muchos trastornos. Había que reemplazarla. En ningún sitio se ve un bagazo de caña. Los alrededores del batey están limpios. Un grupo de vagones cargados de leña y otra de traviezas están enchuchados.

A las doce no ha sonado el pito. Hoy no han encendido ninguna caldera.

La fonda está triste. Sólo tres personas, de diez o doce que allí se reunían, se encuentran ahora sentados esperando la comida.

En el batey un silencio triste, de ruina. Mucho calor, demasiado calor, eso es todo lo que hay en este mes de Junio.

En las primeras horas de la mañana sale una máquina, el No. 3, con cuatro vagones cargados con sacos de semillas. Hacía varias semanas que no se sentían correr trenes ni se oía un pito. Algunos peones la aprovechan para salir al campo subidos en los vagones. Es un ruido grato en muchos hogares del batey, que alienta esperanzas para la próxima zafra. El silencio del batey amplifica este ruido del tren y se escucha lejos, porque ningún otro lo apaga. Cruza los cañaverales aparentemente desiertos, porque apenas hay media docena de peones en cada campo perdidos entre los



retoños, limpiando la mala yerba con sus mochas.

Desde la línea se alcanza a ver una yunta de bueyes que con el arado cruza un campo. Un muchacho con los pantalones cortos o arrollados hasta el muslo, con una vara en la mano y con una copla en la boca, los conduce de un extremo a otro, de carril a carril. Un barro amarillento, salpicado de manchas de tierra negra, se levanta. Ya lleva varias líneas casi paralelas, largas.

Un poco más lejos una cuadrilla siembra semilla. Los piqueros van delante haciendo hoyos y los muchachos con sus sacos colgados del cuello van tirando y enterrando los pequeños trozos que se convertirán en cañas pronto, si las lluvias los favorecen en tiempo oportuno.

En los carriles la grama vuelve a reverdecir. Ya no se levantan polvaredas. Si ha llovido ya, muchos se hacen intransitables. Ya se secarán para la zafra! Algunos han menester de un pequeño arreglo para que puedan pasar por ellos las carretas. Se hará más tarde, cuando ya se aproxime la molienda.

La máquina se detiene en un chucho. En parte se ve una extensión de tierra negra, quemada. Son las porciones habitadas de las nuevas extensiones, donde se va a sembrar caña por primera vez. Allí se quedan los sacos. Un hombre a caballo los recibe. Y desde el chucho se alcanzan a ver las tumbas, listas para la quema desde que haga el primer verano fuerte, y se oyen más allá crujidos de palos que caen bajo el golpe del hacha, en

el monte que cierra el horizonte como una cortina.

La Factoría, desde donde salió temprano la máquina, queda ahora a catorce kilómetros. La máquina pita, se va, sólo vino a traer esa carga y muchos de los que viven en bateyes cercanos a ese chuchó, y alguno que otro peón, aprovechan esta oportunidad, tan rara en tiempo muerto, para bajar al batey.

Mientras la locomotora estuvo fuera, en la Central, no se sintió más ruido que los que salieron del taller de mecánica o de la carpintería.

Pasan a veces ganados que van de un potrero a otro. Y los muchachos salen a verlos. Los peones que los conducen cantan y restallan el látigo. Tienen mejor apariencia. Se ven repuestos.

En la noche el silencio se hace más profundo. Un acordeón se hace dueño del batey. Se oye de todas partes. Las casas de los empleados están semioscuras.

El batey tiene menos luz. Tarde en la noche se siente trotar una bestia por el camino que sale a los campos.

En la fonda las mesas están desmanteladas. La bodega cierra temprano. En la botica juegan una mano de tablero. La casa de máquina, a la luz de la luna, parece una ruina abandonada.

—No hay negocio,—dice el dueño de la fonda.

—En tiempo muerto las ventas son escasas.



Y este año no se abrirán trabajos,—dice el bodeguero.

Una gran cantidad de jentes ha emigrado. Pueden encontrarse algunas casas vacías. De tarde en tarde sube por el camino del muelle un joven o una persona madura, aprovechando un viaje de la máquina o en un caballito encanijado. Después de perderse un tiempo en el batey aparece por la bodega o por la fonda. Siempre conoce a alguien o es reconocido.

—Y tú por aquí?

Se dan la mano. Y luego.

—Qué te ha traído por estos mundos?

Después de una pausa:

—Vine a ver si encuentro algo que hacer. Las cosas están tan malas!

—Y ya viste a Miste Mora?

—Sí, le entregué una carta, pero me dijo, después de leerla, que por ahora no tiene nada. Que tomará nota para la próxima zafra.

—Ah! bueno, ya tienes una esperanza. Y cuando te vas?

—Mañana. Como esto es tan lejos, voy a dormir aquí en la fonda.

El tiempo muerto es largo. Se trabaja poco, pero se hace durante transcurre, muchos cálculos. El retoño va subiendo bien. Ha llovido suficiente. El precio va mejorando. Se harán economías en el cultivo. Habrá cambios en el personal.

—No es posible que el próximo año sea peor,—dice el colono en su casa.



Y no falta quien recuerde las palabras del Administrador.

—Año que viene, llueve más. Precio un poco mejorando. Hay que dar condición, mocha condición.

Y en la bodega, convencido, un contratista afirma:

—Estas jentes saben lo que dicen. Los blancos no se equivocan.

Hacía días que de La Inocencia se había ido casi toda la jente. Muchos, antes de terminar, ya se retiraban con gran tristeza. El batey parece abandonado. La Inocencia está casi desierta. La casa de vivienda como vacía. En la bodega sólo ha quedado un dependiente. Las noches son demasiado tristes. Apenas se ve pasar una que otra carreta cargada de semilla para la resiembra. En los campos se ha iniciado la limpieza. Por los carriles cruzan campesinos de tarde en tarde y los peones que trabajan en el desyerbo.

Chencho va a descansar ahora. Trabajaré con menos fatiga. La lucha será menor. El personal se ha reducido considerablemente. Muchos ingleses, los haitianos y otros tantos dominicanos se han ido de la colonia. Quizás de éstos volverán unos cuantos, mientras otros tendrán a La Inocencia entre sus recuerdos.

—Y tú qué haces ahora?—le preguntan a Ramón en un carril

—Yo? No sé! No tengo rumbo. No sé para donde coja este año.

—Yo creo, vale, que en todas partes es igual.

Puede que haya algún sitio peor. Pero entre los carriles, tirados a cordel, frente a la verdura alucinante de la caña, siempre se encuentra lo mismo. Es un paisaje tan uniforme!

Un día Don Antonio dice al Mayordomo:

—Tendremos un tiempo muerto pesado.

—No se apure,—respondió Chéncho.—Ya abrirán trabajos pronto.

Rosendo tenía pensado cuando le pagaran darle diez pesos a Don Antonio a guardar. No los quería gastar en nada, porque según le habían prometido continuaría trabajando en el tiempo muerto y tenía el propósito de juntar algunos chavos para ir a Higüey. Pensó en ese viaje hacia tiempo para cumplir una promesa, pero no lo había podido hacer. Siempre se presentaban dificultades. Si se le barajaba otra vez temía que volvería a enfermar.

Transcurrieron unas semanas después que se habían llevado una parte de los bueyes para los potreros de la sabana. Mientras los otros trabajaban en el tiro de leña y de semilla. La mayoría de las carretas estaban bajo la enramada y otras fueron al taller a repararse. Las monturas también se las llevaron al potrero, solamente quedaron dos caballos y el mulo del Mayordomo. Mucha jente se fué después que se retiraron los haitianos. Fonso, Murciélagó, y con ellos, otros trabajadores. En la calle de los bohíos también dejaron





las casas dos o tres familias que se traladaron a otros bateyes más propicios.

Dos semanas antes de terminar la zafra, Nano le dijo a Rosendo:

—Vale, yo tengo pensao dirme. Esto es una esclavitú.

—Yo se lo decía, vale. Las Fincas son pa los sinverguenzas. Pa la jente que no tiene aspiración. Pa los que no tienen otra cosa que hacer. Con esos trabajos que uté dejó allá abajo tenía uté pa vivir mejor que aquí y más libre. Cada uno debe trabajar en lo suyo, vale. Trabajarle a otro no da preducto. Eso ta visto. Tó el mundo sale de aquí pior.

Cinco meses trabajó Nano en La Inocencia. Lo que había sufrido lo guardó dentro del pecho para todo el mundo menos para Rosendo. Y lo que había aprendido era bastante. Allá en San Cristóbal, donde había nacido, la vida no era tan dura. Sus padres lo querían mucho y lo consentían más. Y sus hermanos no se diga. Que dificultad ni contratiempo se le presentaba que no lo ayudaran a resolverlo? Su vecindario era un vecindario tranquilo. No recuerda que allí se produjera ninguna desgracia grande. A no ser la muerte del viejo Pacheco que unos ladrones asesinaron en compañía de su mujer para robarle las morocotas, y eso en otra sección, aunque cerca de la que él habitaba, no recordaba más hechos de sangre. Porque la puñalada que le dieron a Secundino fué casi sin querer. La prueba es que



a Medardo lo soltaron muy pronto. Sección pacífica la suya, donde todos eran familia y todos se conocían y se ayudaban. Allí los vecinos se trataban como hermanos. Nunca en las fiestas hubo reyertas, apesar de que se bebía en todas partes.

Cuando hizo su conuco se le sobraron manos para ayudarlo. En la primera junta sobró la comida. Y siempre lo tuvo en condición, aunque no le producía gran cosa. Tanto sus hermanos como sus amigos le echaban días de trabajo cuando lo necesitaba o no lo podía él hacer. En una ocasión tuvo en cama por unas calenturas y cuando se pudo levantar y lo fué a ver lo encontró limpiquito y no le faltaba nada. Cuando tenía que arreglar la empalizada podía cortar madera y bejucos en cualquier parte siempre que pidiera permiso. Y conseguía en los otros conucos semillas y plantones y cepas para sembrar. Nadie cojía presa a las bestias porque se soltaran y mejor autoridad que la que tenían no la podía haber en parte alguna. Por allí no se presentaban jentes desconocidas, ni malhechores de otras partes. Ni se hablaban otras lenguas. Se comía con cualquier cosa y aunque corría poca plata se gastaba menos. Todos tienen de todo en sus casas. Menos dinero, pero sí más comida. Además trabajaba cuando era menester, no obligado.

Por las mañanas se levantaba tempranito, tomaba café y se dirigía al conuco. Hacía luego fuego para asar un plátano o una batata y se entregaba al repaso. Limpiaba algún pedazo com-



ponía tramos de empalizada, recojía guandules o registraba las matas. Le daba vueltas a las lechosas, a los molondrones, a las batatas, al maíz. En la cañada le daba de beber al burro. Recojía las yaguas y hacía sus cálculos para cuando tuviera que ir a la Capital a vender.

A veces, antes de que se pusiera el sol ya estaba de regreso al bohío, si no tenía viaje preparado. Si lo tenía entonces recojía lechosas, ahuyamas, yuca, mapuey, zapotes, guandules, todo lo que encontraba a propósito para hacer su carga y al día siguiente salía tempranito. Por la tarde ya estaba en su casa. Esto le dejaba poco, pero no tenía que darle cuenta a nadie. Cuando quería juntar o necesitaba más dinero hacía uno o dos hornos de carbón en sociedad. Recojía madera en los montes de sus amigos interesándolos en el carbón y lo vendía allí mismo a otros que se encargaban de llevarlo a la ciudad.

Muy diferentes eran las cosas en la Finca. En La Inocencia cortó cañas, hizo limpiezas, cortó leña, en fin todo lo que se le presentaba y no había podido juntar nada. Trabajaba como un burro, sin resultado. Todo lo gastaba en la comida. Le daban casa, pero tenía que pagar la manutención, la ropa, y los trabajos no dejaban beneficio. En muchos perdió. El Mayordomo no tenía conciencia. Siempre salía cortao. Y trabajando sin descanso, de seis a seis, como un animal. Cuando trabajaba por día le sacaban el cuero. No tenía derecho a sestear. Un día se puso malo



en un chapeo. Formaba parte de una cuadrilla, y los atendía un capatáz de los más malos del batey. Ese hombre no lo podía ver sin estar dando machetazos.

—Mire amigo, eche palante!

—Vamos! Vamos! A jarriar!

Un condenao. Parece que creía que bregaba con perros. Al medio día apenas daba descanso.

—Vean parriba,—decía observando el sol.—  
No se enfríen! Bajen la mano!

Bueno! Más que un condenao. El trabajo por día es de lo más pesado. Le sacan el cuajo al pobre cristiano. Y cuando es por ajuste lo que sobra apenas alcanza para la fuma. Es una barbaridad!

Cuando a la caída de la tarde, los peones fatigados, cubiertos de polvo, se juntaban en campo abierto, cerca de la piedra de amolar, para sacar filo a sus machetes, a sus mochas, a sus cuchillos, o en la puerta de la cuartería, y de las condiciones del trabajo hacían motivos de conversación, tenían que hacerlo en voz muy baja, pendiente del cruce de algún achuchón, porque en la Finca todo se sabe, y hay más correos de a pié que en ninguna otra parte, y por cualquier cosa, por leve que sea, se pierde el pan. Porque los Mayordomos y sus aduladores no van lejos para despedir a los que insisten en la queja.

Hay que estar contentos siempre, con buena cara. Ser sufridos y revelar una conformidad sin límites a toda hora y en todo sitio. En una palabra, ser discretos. Muchos, decía Rosendo, han



perdido el pan por menear demasiado la lengua. Mientras más callados más provecho. Eso está probado en Fincas.

—Hasta los colonos están locos aquí. Tó lo que uté ve no es más que apariencia. Bien, lo que se diga bien, los blancos. Esos si que tan a su gusto.

Sólo Rosendo, apesar de todo, no se mueve.

Una mañana que Anselmo Benitez cruzó por La Inocencia, camino de Hato Mayor para enmendarle la plana al Notarito que equivocó los linderos en una venta que él hizo por cuenta de un amigo del Hoyón, le dijo a Rosendo:

—Tú parece que estás clavao en este batey. Que te han enterrao el ombligo aquí.

—A mi no me lo entierran en parte, vale. Es que yo se que todas las Fincas son iguales.

“Si yo supiera manque fuera la O, no se hubieran juntao estos blancos conmigo. Pero semo tan bruto vale, que nos cuesta dar la boca”.

**FIN.**





